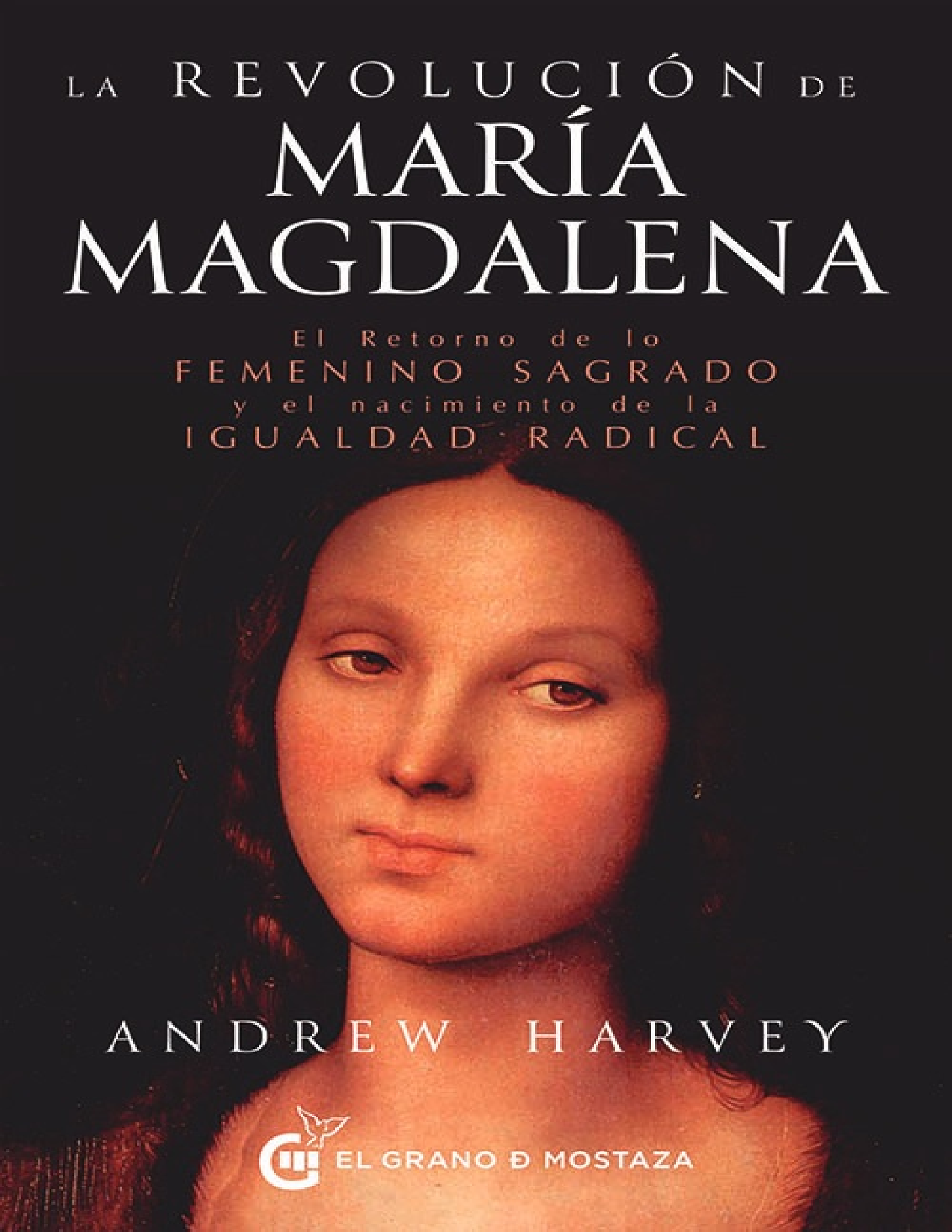
LA REVOLUCIÓN DE MARÍA MAGDALENA

El Retorno de lo
FEMENINO SAGRADO
y el nacimiento de la
IGUALDAD RADICAL



ANDREW HARVEY

EL GRANO Đ MOSTAZA

Título: La revolución de María Magdalena
Subtítulo: El retorno de lo femenino sagrado y el nacimiento de la igualdad radical
Autor: Andrew Harvey

THE MAGDALENE REVOLUTION
Copyright © 2026 by Andrew Harvey
Originally published in 2026 by Hay House LLC

Primera edición en España, 2026
© para la edición en España, Ediciones El Grano de Mostaza S.L.

Impreso en España
ISBN papel: 979-13-990752-9-8
ISBN ebook: 979-13-991706-0-3
DL: B 2902-2026

El Grano de Mostaza Ediciones, S.L.
Carrer de Balmes 394, principal primera
08022 Barcelona, Spain
www.elgranodemostaza.com

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (‹www.conlicencia.com›; 91 702 19 70/93 272 04 45)».



La revolución de María Magdalena

El retorno de lo femenino sagrado y el nacimiento de la igualdad radical

Andrew Harvey

Para María Callas

Mi guía al
corazón ardiente
del Divino Femenino
y María Magdalena

Voce divina
di fiamma e di lagrime
innamorata eterna
della mia anima

Voz divina
de llama y de lágrimas
eterna amada
de mi alma

Prefacio

Antes de comenzar el viaje que vamos a emprender juntos hacia *La revolución de María Magdalena*, permíteme que te invite a buscar una imagen de María Magdalena que te emocione y te conmueva misteriosamente.

María Magdalena ha cautivado la imaginación artística de Occidente y muchos de nuestros mejores pintores la han homenajeado. Asegúrate de elegir una imagen que te llegue verdadera y profundamente al corazón. Mira a los ojos de Magdalena y pídele la gracia, la fuerza y el coraje que necesites para ser receptivo, a tu manera única, a la visión que ella me ha dado para que te la transmita, y a todo lo que ella quiere revelarte y revelar en ti a través de dicha visión.

Ninguna visión de un ser tan vasto y multinivel podría ser definitiva, al igual que ni siquiera los más grandes místicos cristianos pudieron definir o describir definitivamente a Jesús. Ellos dieron juntos a luz a la revolución del amor en acción que se expande y se despliega sin cesar, como llegarás a ver y experimentar. A lo largo de años de trabajo duro, y a veces desconcertante, yo he hecho lo que he podido. Tu sinceridad, su gracia y la gracia del amor trascendente, encarnado y transfigurador que ella y Jesús vivieron —y del que fueron pioneros—, harán el resto.

Este es un libro no solo para los cristianos, sino para todos los buscadores, amantes de la verdad y devotos de la Divinidad Femenina de cualquier sexo y sexualidad, con o sin religión. La sencilla y devota oración empleada a lo largo del proceso de dar forma y fundamentar la visión radical que ella me dio podría serte útil, y podría permitirte permanecer abierto a todas las peticiones y revelaciones que ella puede ofrecernos a todos: «María Magdalena, muéstrame tu verdadero rostro y tu verdadero rostro en mí».

Si esto no te inspira, crea tu propia oración breve que exprese tu deseo de estar en comunión tanto con ella como con la tierna y ardiente fuerza de amor que ella encarnó y que sigue transmitiendo a todos los que la honran y adoran desde más allá del tiempo.

La imagen de María Magdalena que ha ardido en todo mi ser a lo largo

del agotador y maravilloso proceso de crear *La revolución de María Magdalena* me fue revelada hace más de veinte años a través de una experiencia directa y transformadora que tuve de ella. Yo era colíder de una peregrinación dedicada a la Divinidad Femenina en Francia. Visitamos París, Chartres, Vézelay, el lugar de la aparición en la montaña de La Salette, y luego llegamos a la soleada Saint Maximin, la ciudad cercana a la enorme cueva-útero de La Baume, donde, sostiene la tradición, María Magdalena pasó en meditación los últimos 30 años de su extraordinaria y heroica vida. En un domingo sin nubes, junto con otros treinta peregrinos de todo el mundo, ascendí por el sinuoso y a veces empinado camino que llevaba a la cueva, ahora transformada en una iglesia dedicada a ella. Entré en la cueva: inmediatamente, una profunda y resplandeciente paz y un silencio dichoso descendieron sobre mí. Había visitado otras cuevas en Ladakh y en los Himalayas, donde habían vivido grandes ermitaños iluminados, y en ellas había experimentado un silencio y una paz similares, pero no tan impresionantes y ricos como los de aquella tarde. Recuerdo haber pensado: «Solo un enorme despertar podría haber dejado como regalo una presencia tan profunda».

Cuando por fin salí de la cueva, leí la descripción oficial de lo que simbolizaban la cueva y la estancia de Magdalena en ella. Divagaba sobre que Magdalena había sido una pecadora que había dedicado la última parte de su vida a causas ardientes y a la penitencia, y que al final —y solo por la gracia de Jesús— había alcanzado la salvación. Me quedé atónito y me sentí indignado. ¿Cómo podía la mujer que había sido la primera en ver a Jesús resucitado, a quien incluso las partes más conservadoras y patriarcales de la Iglesia habían reconocido como «la apóstol de los apóstoles», haber seguido viviendo una vida miserable? Había sido testigo, quizás personalmente, del mayor acontecimiento de la historia de la humanidad: al final de su asombrosa vida, ¿cómo podría no estar extasiada?

El inmenso silencio que había empapado todo mi ser en la cueva no tenía rastro alguno de angustia. ¿Por qué perpetuaba la Iglesia un mito antiguo, estéril y degradante sobre la mujer que, tal como los Evangelios nos muestran con claridad, Jesús amaba y honraba tan profundamente?

Aún perturbado, bajé la montaña y crucé la llanura que había debajo

hasta llegar al antiguo convento restaurado donde se alojaba mi variopinto grupo. Algo hizo que me detuviera, me diera la vuelta y contemplara por última vez la entrada de la cueva, ahora un pequeño punto negro en la distancia. Durante unos segundos eternos, vi con mis ojos abiertos a la propia María Magdalena, alta como una torre, con los brazos extendidos, con el rostro, el cuerpo y el vestido de color oro puro resplandeciente, irradiando y rodeada por un mandala de brillante luz dorada.

Nada podría haberme preparado para tal revelación, ni para el asombro reverencial y extático que me inundó. No se lo conté a nadie. Me llevó dos décadas de meditación, oración e intenso estudio empezar a comprender un poco de lo que había visto, y encontrar el coraje para desentrañar lo que esta visión podría significar tanto para mí como para otros. Mantuve viva en mí esta imagen mientras esculpía el presente libro. A esta semilla dorada del dorado árbol de la vida y la libertad es a la que rezo para que La revolución de María Magdalena llegue a ti.

A través de la gracia de esta visión y de esta imagen suya, he llegado a saber en lo más profundo de mi ser lo que muchos otros amantes de Magdalena también saben: que ahora vivimos en el tiempo de Pentecostés, cuando las llamas de la verdad desenmascarada y la gloriosa presencia de Magdalena están descendiendo para iniciar, liberar e irradiar sobre todos los que estamos receptivos. En los últimos 30 años, una plétora de libros brillantes, valientes y pioneros de distinguidos místicos, teólogos y visionarios, tanto hombres como mujeres, ha inundado el mercado, suscitando una apasionada controversia y, a menudo, contradiciéndose abiertamente entre ellos. Esto ha abierto una miríada de posibles acercamientos a su figura. Al igual que en el Pentecostés original, después de la Ascensión de Jesús —cuando las llamas de la sabiduría y el amor divinos descendieron para iniciar a los discípulos reunidos en un «cenáculo» en Jerusalén—, ahora las llamas de la Divinidad Femenina, en forma de María Magdalena, están descendiendo torrencialmente por todo el mundo para iniciar y transformar a aquellos que están preparados.

Hay dos lecciones esenciales que he aprendido en este Pentecostés de Magdalena, del que vosotros, los que estáis leyendo esto, formáis parte potencialmente. La primera es que el Pentecostés de María Magdalena

como encarnación de la pasión, la majestad y la sabiduría tierna y feroz de la Divinidad Femenina no borra, niega ni desafía en modo alguno el milagro original: lo cumple y completa su iniciación. Como espero que se os muestre, *La revolución de María Magdalena* nos ofrece por primera vez —y cuando se necesita desesperadamente— una visión integral, incluyente, empoderante y liberadora —tanto trascendente como inmanente—, de la auténtica conciencia crística. Su resplandor dorado se revela como un matrimonio sagrado, reflejado y representado en la relación entre Jesús y María Magdalena, entre lo Divino Masculino y lo Divino Femenino en la Deidad Suprema, en la creación y en nosotros mismos. Esta visión es la que impregna e ilumina *La revolución de María Magdalena* en todas sus asombrosas aplicaciones en constante evolución, no solo para nuestro viaje espiritual personal, sino para la evolución de toda la humanidad y del mundo.

La segunda verdad que he aprendido de este Pentecostés es que el Pentecostés de la verdadera naturaleza humana y divina de Magdalena provoca y necesita todas las visiones y enfoques con respecto a ella que ahora se ofrecen. Cada uno de los que recibimos su fuego, lo recibimos en términos de nuestros propios dones, sexualidad, personalidad espiritual y misión única. Cada uno de los que hemos escuchado hablar su voz de fuego desde lo más profundo de nuestras almas y corazones cantará lo que ha recibido con su voz única y transformada, empoderando a aquellos cuya naturaleza y necesidades sean similares a la nuestra. Y con alegría y humildad mezclaremos nuestras voces con todas las demás en una celebratoria misa divina que se expandirá infinitamente. *La revolución de María Magdalena* es una de estas llamas que cantan y celebran su gran Pentecostés. Que también pueda inspirarte a ti, querido amigo, a convertirte en tu corazón, en tu vida y en tu trabajo, de tu forma única e irreemplazable, en una llama que canta el matrimonio sagrado.

***

CUANDO ESCRIBÍ ORIGINALMENTE estas palabras, la mañana del viernes 2 de mayo de 2025, en lo que era mi estudio en mi pequeño apartamento de Oak

Park, Illinois, estaba eufórico. Me había estado preguntando si debía atreverme a incluir esta visión de su Pentecostés, que yo y otros hemos estado recibiendo, en un libro que, como verás, ya es bastante radical y provocador. Esa mañana mis últimos temores se disiparon y la gracia me granjeó el coraje para cantar en voz alta la página de música que llevaba tanto tiempo sonando en mi corazón. La alegría que sentí cuando terminé me dejó atónito, y confirmó visceralmente la verdad de lo que había escrito.

Era una suave mañana gris de primavera en Chicago, y alrededor de las 11:00 de la mañana salí a hacer algunas compras para mí y para mi querida gata, Jade, y a disfrutar de un desayuno celebratorio leyendo el periódico The New York Times. Cuando regresé a las 11:45, una multitud ruidosa y alterada se había congregado frente a mi edificio de apartamentos. Era evidente que había ocurrido algo dramático. Una joven me dijo: «Ha habido un incendio».

Todavía tranquilo y contento, sin sospechar nada, fui a la parte trasera del edificio y vi que era mi apartamento el que estaba en llamas. Un sucio humo negro salía a borbotones y escupía chispas de fuego por las ventanas, ahora destrozadas. Apenas capaz de mantenerme en pie o de hablar, le pregunté a uno de los bomberos qué había pasado. «La unidad cuatro está destruida y el gato del propietario ha muerto».

No necesito entrar en los macabros detalles de lo que sucedió a continuación, salvo para decir que el único consuelo que tuve aquella terrible mañana fue que Jade, que lo había sido todo para mí durante diecisiete años y medio —mi musa, mi amada, mi amiga más querida, mi maestra— no se había quemado. La encontré tumbada serenamente, en paz, con toda su suntuosa belleza calicó, en el suelo de mi dormitorio, junto a mi estudio; las llamas no la habían tocado. Se había asfixiado con el humo. En su rostro no había ningún signo de miedo ni de sufrimiento.

Todos mis manuscritos, libros y todos los pequeños tesoros que había acumulado a lo largo de décadas de peregrinajes y viajes quedaron destruidos. Supe de inmediato que toda una vida había terminado. En mi larga existencia, he pasado, como muchos de nosotros, por múltiples muertes, pérdidas y pruebas. Esta ha sido, con diferencia, la más devastadora. Durante varios días no supe si podría o quería sobrevivir a lo

ocurrido. Perder mis posesiones y enfrentarme a un posible desastre económico no me perturbó mucho. Fue perder a Jade —mi gata Magdalena, a quien había adorado y quien me adoraba, cuya belleza perfecta, sabiduría y ternura habían llenado de alegría mi vida durante casi dos décadas— lo que casi me ahogó en una angustia y una desesperación insoportables.

Semanas después, gracias al amor de mis amigos, a la oración intensa, a la práctica espiritual con Jesús y Magdalena, a los numerosos mensajes de Jade en sueños y a un increíble comunicador con animales de Grecia, ahora soy otra persona. Me siento póstumo y completamente vivo, destrozado pero no roto, más convencido que nunca de la verdad que intento revelaros en *La revolución de María Magdalena* porque ahora la estoy viviendo al desnudo; y más decidido que nunca en mi pasión por serviros a vosotros y al mundo con todo lo que soy y sé, en el tiempo que me queda.

Ahora el planeta entero está ardiendo en las llamas de una noche oscura global. Todos los que están siquiera parcialmente despiertos lo saben. Durante décadas he intentado advertir a todo el mundo de que iba a llegar lo que está aquí ahora. A pesar de su devastadora realidad, esta noche oscura sin precedentes es una purificación inevitable y el canal natal para una nueva humanidad divina y encarnada. Las llamas de esta noche han destruido lo que era mi vida, pero no han destruido el amor eterno que viví con mi amada. Y ahora me doy cuenta visceralmente de que me están liberando y expandiendo, día tras día, para convertirme finalmente en mi yo desnudo, verdadero y libre.

En una noche oscura tan global, nadie, a ningún nivel espiritual o material, es inmune al horror, y a veces al dolor y al sufrimiento intolerables. Fingir que lo eres o que podrías serlo es una ilusión peligrosa, porque te cegará a la necesidad de hacer el trabajo interior y exterior de descubrir tu verdadero yo humano divino para luego —desde su tranquila pasión— trabajar, crear y servir al nacimiento de una nueva humanidad y de un nuevo mundo a partir de las cenizas del antiguo, tanto si llegas a verlo plenamente realizado como si no. Solo un trabajo tan intenso, vulnerable, desconcertante, peligroso y extático puede empezar a prepararte para lo que ya está explotando, para lo que está viniendo, y para lo que aún es posible, incluso a estas alturas de la historia. Mi más profunda oración es que *La*

revolución de María Magdalena te impulse a llevar a cabo este trabajo a tu manera, en tu propio camino, como lo hicieron María Magdalena y Jesús en sus tiempos violentos y terribles, para acompañarnos ahora, cuando nos reunimos para nuestra propia crucifixión y resurrección.

Nunca desesperes. Nunca te rindas. Nunca dejes de creer en la misericordia y la grandeza de lo Divino, y en los milagros que creará en ti y a través de ti, si te entregas a sus exigencias con fe y confianza.

Andrew Harvey
22 de mayo de 2025
Oak Park, Illinois

Introducción

Durante veinte años, he dedicado todo mi trabajo a intentar contar y encarnar la historia completa de María Magdalena y su relación con Jesús con todas sus transformadoras implicaciones. Antes no habría estado preparado para emprender un proyecto tan difícil y radical. Como hombre gay y devoto de la Divinidad Femenina en todas sus facetas y poderes, durante gran parte de mi vida he estado enfurecido con las iglesias erigidas en nombre de Jesús, y con su misoginia, homofobia y exclusivismo. Y también con los verdaderos crímenes contra el alma y el corazón a los que dichas iglesias han conducido indiscutiblemente. Sin embargo, esta furia nunca me ha impedido continuar una exploración apasionada y reverente del camino de Cristo y del misticismo cristiano.

He llegado a descubrir por mí mismo y en mí mismo una visión más impersonal y equilibrada del cristianismo capaz de abarcar todo el beneficio que ha persistido, al tiempo que reconoce las devastadoras traiciones contra el auténtico Cristo que han caracterizado gran parte de la práctica de la Iglesia. Este equilibrio ha dado lugar a la esperanza que impregna este libro, la esperanza de que, sea cual sea el camino que sigáis en las iglesias y teologías impregnadas por Cristo, contar la nueva historia de la mejor manera posible os inspirará a vivir una revolución gozosa que puede abrirse paso y dar a luz una nueva verdad: la verdad de la conciencia crística.

En esta búsqueda, María Magdalena me ha estabilizado y me ha animado continuamente. Hace poco estaba leyendo a altas horas de la noche el Evangelio gnóstico de María. En él, María Magdalena presenta una enseñanza visionaria que le ha sido dada por Jesús, pero se encuentra con el escepticismo virulento y la negación de los discípulos varones, especialmente de Pedro. Las otras veces que había leído esto, había convulsionado de ira porque su suprema realización y generosidad se encontraran con tanta violencia misógina. Esa noche, algo cambió para siempre cuando contemplé con más profundidad que nunca cómo reaccionó a esta violencia. María Magdalena no reprendió a los discípulos varones. No los humilló, como habría hecho una adepta menos avanzada desde las alturas alcanzadas por su propia realización. No los criticó por ignorar al

verdadero Jesús, porque sabía que el amor de ellos por Jesús era tan real como el suyo. En cambio, lloró.

Vi claramente que lloró por dos razones interrelacionadas. Lloró por la angustia cósmica y la decepción que le producía que los hombres que amaban tanto a Jesús y estaban dispuestos a dar su vida por él no pudieran escuchar una transmisión crucial que les llegaba a través de una mujer. Y también lloró porque comprendía lo que ese rechazo les costaría a los hombres que tenía ante sí, cómo deformaría su comprensión de la vida y las enseñanzas de Jesús que ellos promulgarían, y las trágicas limitaciones para la fe que ellos establecerían. No solo lloraba por sí misma, lloraba por ellos y por todos los hombres y mujeres que se verían privados del Jesús que ella conocía y amaba tan profundamente.

A medida que esta comprensión se expandía en mí, entendí visceralmente que había llegado el momento de secar esas lágrimas proféticas que derramó María Magdalena para que su rostro, en todo su esplendor, humilde y confiado, pueda transmitirnos su sabiduría, y para que el dolor de los hombres que no pudieron reconocer quién era ella pueda por fin ser sanado y transfigurado.

Siguiendo el gran espíritu de sanación y transfiguración de María Magdalena, este libro se ofrece a todos aquellos que están abiertos a su verdad y a todos los que saben que la vieja historia, con todas las ramificaciones que ahora es obvio que son letales, está muriendo. Y también saben que nacerá una nueva historia que tendrá en su radiante centro el amor de ella y el de Jesús, porque completa y activa toda la gama de la conciencia crística. Estamos en el tiempo de la Segunda Venida.

La Segunda Venida no será, como proclaman de distintas maneras muchas iglesias, el regreso de un avatar Jesús al estilo de las películas. Más bien, la Segunda Venida será, y ya es para aquellos que tienen ojos para ver y corazones para recibir, la aparición de la levadura dorada de la conciencia del amor divino encarnado y en acción que surgirá en millones de seres de todas las confesiones que se unen para renovar y regenerar nuestro mundo. Este amanecer es imposible sin reclamar plenamente lo Divino Femenino, la Maternidad de Dios, y sin el reconocimiento de María Magdalena como la novia del novio Jesús, una Cristo femenina e igual por derecho propio.

Ambos son una conciencia de amor completa y encarnada que unifica el corazón, la mente, el alma y el cuerpo, y ofrece a la humanidad un camino de amor humano divino cuyo poder puede engendrar milagros de transformación interna y externa.

El secreto de la Segunda Venida será la recepción de la novia: la restauración del pleno poder de lo femenino en unión con el pleno poder de lo masculino en la celebración de su matrimonio sagrado. Ha llegado el momento de compartir este secreto con todos los que puedan recibirlo. Nada menos que el futuro de la humanidad depende de que aprendamos y encarnemos este secreto en nuestra vida interna y externa, tanto en nuestra práctica espiritual privada como en nuestro compromiso externo con la acción urgente, sabia y sagrada en nombre de la paz, la compasión y la justicia para todos los seres.

La María Magdalena que se nos revela después de siglos de oscurantismo y denigración no es solo la testigo única y divinamente elegida de la Resurrección. Junto con Jesús, ella también es la madre de toda la tradición mística cristiana y de su mayor secreto, que en gran parte aún permanece oculto y desconocido: el proceso de transfiguración que se hizo posible y accesible para toda la raza humana a través de Jesús, su vida, su mensaje y su Resurrección. Creo que es este proceso de transfiguración lo que Jesús y María trajeron al mundo, juntos, en su matrimonio sagrado; y ese es el verdadero Santo Grial, no un objeto. En los años posteriores a la Ascensión de Jesús, María Magdalena dio a luz en sí misma a este proceso de transfiguración para arraigarlo en los huesos y las células de la humanidad. Y es por su regreso, que invita a unirse a este proceso —vivido y conocido en secreto, con asombro y reverencia, por místicos y místicas a lo largo de la historia cristiana— a todos los seres que viven en este momento de la historia humana, cuando todo depende de comprender lo mejor posible y de rendirnos a sus exigentes pero gloriosas leyes.

Se trata de afirmaciones vastas, desafiantes, e incluso perturbadoras, porque si se toman en serio, no solo dan nacimiento a una nueva historia humana, sino que amenazan y desentrañan las estructuras de poder del patriarcado. El regreso de la Cristo femenina en su radiante igualdad con su amado potencia una revolución en cómo comprendemos la profundidad y la

gloria de lo Divino Femenino.

Esta revolución transforma nuestra experiencia tanto de la identidad femenina como de la masculina. Disuelve las mentiras que sustentan el sacerdocio exclusivamente masculino y todo tipo de jerarquías dominadas por los hombres. Ahoga el odio hacia el cuerpo y el sexo y lo transforma en una experiencia profunda y gloriosa, la experiencia de la auténtica conciencia crística, de la unidad sagrada de la mente, el corazón, el cuerpo y el alma. Ofrece a todos los seres un camino escarpado pero extático hacia la divinización, el asombroso proceso por el cual un ser humano se vuelve humano y divino, completando tanto la misión de Jesús como el sueño de lo Divino reconocido y celebrado por los místicos evolutivos de todas las tradiciones.

La relación que vivieron Jesús y Magdalena, que podemos experimentar de maneras maravillosas pero nunca codificar, sigue llevándonos más allá de lo que podemos imaginar. Que este viaje que estamos haciendo juntos te inspire a tener tu propia relación única con ella y con él, para que tú también, dondequiera que te encuentres en el camino, puedas sentirte inspirado a abrirte al gran nacimiento que se le ofrece a la humanidad; para que tú también encuentres en ellos ejemplos sublimes, transmisores y maestros. Pero aún es más importante y sorprendente que puedas llegar a verlos como yo los veo: como amigos amorosos y compasivos que nunca dejarán de ayudarte si encuentras en ti mismo la fe y el coraje para seguir abriéndote a su ayuda.

Tal apertura es la iniciación más gloriosa posible, y la más exigente. Lo sé por mi propia experiencia. Una vez que hayas vislumbrado la enormidad de lo que posibilita el regreso de María Magdalena, ya nunca podrás darle la espalda, por mucho que tu antiguo yo lo desee. En mi experiencia, esto es cierto tanto para los hombres como para las mujeres, y para todos aquellos que han sido educados en cualquier religión y sistema patriarcal, incluyendo el hinduismo y el budismo, que a menudo definen la iluminación de maneras disociativas y antifemeninas.

Emily Dickinson dijo: «Di toda la verdad, pero dila sesgada», y yo he seguido el consejo de esta gran mística, a menudo en contra de mi propia pasión masculina por la definición y la claridad inmediatas. Yo mismo he

tenido que prepararme por etapas para empezar a ver la verdad de la relación entre María Magdalena y Jesús. Así de fuerte es la resistencia que todos sentimos hacia el nacimiento de lo que dicha relación hace posible. De modo que espero poder prepararte también por etapas.

Por eso, este libro comienza con la visión que se me ha dado y después procede a ofreceros lo que se me ha ofrecido a mí: la información sagrada y crucial, basada en textos reales y en la auténtica experiencia mística, que nos permite integrar su expansiva revelación en nuestra propia y singular relación con María Magdalena.

Dejemos que estas palabras de uno de los textos gnósticos más importantes, *El trueno, la mente perfecta*, nos guíen en este viaje hacia la gloria de lo que María Magdalena y Jesús nos ofrecen:

Fui enviado por el poder,
y he venido a aquellos que reflexionan sobre mí,
y he tomado forma entre aquellos que me buscan.
Miradme, los que reflexionáis sobre mí,
y vosotros, oyentes, oídme.
Vosotros que me esperáis, tomadme en vosotros.

Lo sepamos o no, ella y nosotros hemos estado esperando 2000 años para nuestro encuentro transformador con el Cristo femenino que ella encarna. Que todos seamos dignos de tal encuentro y que estemos abiertos a su enseñanza de divinización que es urgente, radiante, siempre en evolución y expansión: la divinización que su gracia se vuelve, por fin, asombrosamente posible.

«Retorno para ofrecer a todos los que la anhelan
la gran sanación de todas las divisiones:
entre el cuerpo y el alma, el corazón y la mente,
lo masculino y lo femenino,
la sexualidad y el amor sublime,
la divinización interna y la sagrada acción externa,
en el Campo de la verdadera Conciencia Crística
que es vuestro derecho de nacimiento,
la fuente de vuestro ser,
el fuego que enciende vuestra transfiguración
en vuestro propio Cristo unificado y único.
Regreso para revelaros el noble poder
de la sagrada compañía del alma del Amado con la Amada,
abierta a todos los sexos y sexualidades
que Jesús y yo vivimos, para invitaros
a vivirla también y a nacer a través de ella,
con nosotros como vuestro hermano y hermana,
a una nueva humanidad divina,
a un nuevo mundo y a una nueva creación».

—Mensaje de María Magdalena a su adepta
Mary v en una visión el día de su fiesta, el 22 de julio de 1991.

María Magdalena en los Evangelios

Para empezar nuestra exploración de María Magdalena en los Evangelios y su relación con Jesús, debemos tener muy claras tres verdades interrelacionadas.

En primer lugar, no puede decirse que los Evangelios sinópticos, aunque magníficos y fundamentales para todo el desarrollo del cristianismo de manera obvia e inspiradora, compongan una imagen definitiva o incluso completa de quién era Jesús. Los últimos dos siglos de estudios bíblicos han demostrado, más allá de toda duda razonable, que cada uno de ellos fue escrito en diferentes momentos para diferentes públicos, con diferentes intenciones y perspectivas cuidadosamente esculpidas. Estos Evangelios han añadido o sustraído material sobre la vida o las enseñanzas de Jesús, o ambas cosas, que se ajustan al propósito que los gobierna.

Jesús vivió, enseñó, murió y resucitó; de eso estamos seguros quienes lo conocemos íntimamente. Sin embargo, buscar en los Evangelios un conocimiento completo de su vida y sus enseñanzas es una tarea inútil, aunque muchos de los grandes personajes de la Iglesia la hayan perseguido con entusiasmo. En mi opinión, existe la intención divina de permitir que nuevos conocimientos y revelaciones amplíen lo que se ha conocido y dicho.

En segundo lugar, los Evangelios fueron escritos por hombres en una cultura patriarcal en la que se daba por sentada la inferioridad de la mujer, incluso su depravación inherente. Continuaron siendo interpretados y reinterpretados en gran medida por hombres de otras culturas patriarcales. Llegados al siglo IV, ya había surgido una historia convencional en el círculo que rodeaba al emperador Constantino, quien, con un solo edicto en el año 313 d. C., transformó el cristianismo de una secta prohibida a la religión del Estado. En el año 323 d. C., la Iglesia ya tenía su credo oficial, el Credo Niceno, elaborado en el Concilio de Nicea, en el suroeste de Turquía.

Pasarían otros 150 años antes de que apareciera una Biblia oficial, pero lo que se incluiría en ella ya estaba tomando forma. En el año 367 d. C., el obispo Atanasio formuló una lista de los 27 escritos apostólicos

canónicamente aceptables, que resultarían idénticos a lo que se convirtió en el canon oficial del Nuevo Testamento.

Esta historia convencional, confeccionada íntegramente por hombres, afirmaba que, como escribe Karen King en el último capítulo de *El Evangelio de María Magdalena*:

«Una cadena ininterrumpida se extendía desde Jesús hasta los apóstoles varones y sus sucesores en la Iglesia —ancianos, ministros, sacerdotes— y garantizaba la unidad y la uniformidad de las creencias y prácticas cristianas.

»En la versión drásticamente simplificada de esta historia que la mayoría de los cristianos aceptan, Jesús vino a la tierra para fundar una religión llamada cristianismo, llamó a sus discípulos, todos ellos hombres, para que fueran sus apóstoles y sacerdotes, y solo a ellos les dio el sacramento de la Eucaristía en la Última Cena».

Y, como escribe Cynthia Bourgeault en su magnífico libro *María Magdalena*, «Se pasan por alto anomalías evidentes: por qué María Magdalena, a quien el propio Jesús encomendó específicamente la primera misión apostólica de anunciar la noticia de su resurrección, no fue incluida entre los apóstoles y por qué Pablo, que no estuvo en la Última Cena y nunca conoció a Jesús en su vida terrenal, sí lo fue... El mensaje que se transmite sobre el valor de las mujeres y su plena inclusión en el cuerpo del cristianismo es demasiado obvio».

En tercer lugar, esta distorsión patriarcal de la historia de Jesús, y su creciente limitación a la ortodoxia en la práctica, trajo consigo cuatro desastres sutiles e interrelacionados:

- La ignorancia deliberada del considerable papel que desempeñaron las mujeres en la misión original de Jesús como compañeras, seguidoras y, sí, discípulas que lo acompañaron, en lo que ahora algunos estudiosos consideran una declaración deliberada y provocativa de igualdad radical en el reino.
- La ignorancia deliberada del papel que desempeñaron las mujeres después de la muerte de Jesús en la Iglesia primitiva, donde sabemos por la Epístola de Pablo a los Romanos y a los

Filipenses, y por Plinio el Viejo y Clemente de Alejandría, que las mujeres podían ser diáconas, sacerdotisas e incluso obispas.
- La supresión de textos, tanto gnósticos como de otro tipo, que de alguna manera retrataran a las mujeres como iguales a los hombres en capacidad visionaria, y que presentaban a Jesús celebrando la maternidad de Dios y lo Divino Femenino del modo que fuera.
- La eliminación de María Magdalena como la más importante de todos sus seguidores y quizás incluso su consorte o esposa.

***

LAS CONSECUENCIAS DE ESTOS INTENTOS conscientes de suprimir lo femenino en todas sus formas provocaron el aborto del nacimiento del ser humano divino. Jesús había venido a proclamar un nacimiento que solo podía tener lugar a través del matrimonio sagrado de todos los opuestos: trascendencia e inmanencia, masculino y femenino, cuerpo y alma. Esta trágica y errónea interpretación dañó la fuerza y la integridad de la tradición mística cristiana que, a pesar de toda su magnificencia —y con la valiente excepción de algunas mujeres místicas como Juliana de Norwich, Hadewijch de Amberes y Hildegarda de Bingen— nunca pudo abrazar plenamente el cuerpo y la sexualidad. El mensaje que Jesús tenía intención de transmitir para transfigurar la totalidad de la vida terrenal se volvió etéreo; se centró en gran medida en el pecado, la culpa y la depravación humana; se volvió profundamente escéptico ante el éxtasis visionario y la revelación; y quedó inextricablemente ligado a las estructuras patriarcales de autoridad.

La tarea central de la reforma radical del cristianismo en nombre del mensaje original de Jesús es la recuperación del poder pleno de lo sagrado femenino en toda su majestuosa y apasionada compasión por la totalidad de la vida.

Pasemos ahora directamente a María Magdalena tal como se la describe en los Evangelios.

Voy a comenzar con lo que para mí es la clave más importante de todas. De hecho, es la pista para comenzar a restaurar a María Magdalena con su

pleno esplendor, y nos dice cómo leer lo poco que los Evangelios nos dicen sobre ella de una manera revolucionaria.

Hace unos meses, avanzada la noche, estaba leyendo por milésima vez el capítulo 20 del Evangelio de San Juan en la versión del Rey Jacobo que tanto me gusta. Es el capítulo en el que María Magdalena se encuentra con Jesús resucitado en el jardín, y de repente dos versículos cobraron vida para mí como nunca antes.

En el versículo 17 está escrito:

> Jesús le dijo: «No me toques, porque aún no he ascendido a mi Padre, pero ve a mis hermanos y diles: asciendo a mi Padre y a mi Dios y a vuestro Dios».

El versículo 18 dice:

> María Magdalena fue y les dijo a los discípulos que había visto al Señor y que él le había dicho estas cosas.

Lo que me impactó aquella noche, en sucesivas oleadas de reconocimiento y alegría, no fue nada de las palabras en sí mismas. Lo que estalló en mi alma fue la plenitud de lo que no se decía en el intervalo entre los versículos 17 y 18.

Durante los días siguientes, lo que la gracia me había dado a entender más allá del pensamiento y el dogma se fue desplegando en una conciencia cada vez más clara: en las horas transcurridas entre presenciar y ser irradiada por la gloria de la Resurrección y contar la asombrosa noticia a los discípulos varones, María Magdalena comprendió con todo su ser el significado, secreto y milagroso, de toda su relación con Jesús. Un significado que ni siquiera ella, con toda su apasionada devoción y conciencia mística, podría haber sospechado: que ella sería la elegida por lo Divino, que en ella se desplegaría toda la historia de su unión y sería la primera llama viva de lo que San Pablo llamó «la gloriosa libertad de los hijos de Dios».

En aquellas horas, ella se encontraba en su ser cada vez más divinizado. Todas las iglesias que se crearían en nombre de Jesús, todas las revelaciones que seguirían en la tradición cristiana, tanto en los místicos masculinos como en los femeninos, estaban vivas y brillaban en su incandescente

silencio. Todos los sublimes logros artísticos del cristianismo, desde sus maravillas arquitectónicas hasta las artísticas y musicales, estaban en ella en estado embrionario. Todos los descubrimientos realizados por los más grandes místicos del cristianismo —desde los Padres del Desierto hasta Gregorio Palamás, pasando por San Simeón el Nuevo Teólogo, Teresa de Ávila y mi propio maestro, el padre Bede Griffiths— sobre el proceso de transfiguración que puede dar a luz en el ser humano a una humanidad divina encarnada; todo ello vibraba en ella mientras caminaba desde el jardín hasta el lugar donde se encontraban recluidos los discípulos.

En aquellas horas, María se convirtió en algo aún más extraordinario que la madre de la Iglesia o de sus gloriosas tradiciones místicas y artísticas, o que la guardiana y guía del proceso de transfiguración. Se convirtió, junto con Jesús, en la comadre de una nueva raza humana; la raza que los místicos evolutivos de todas las tradiciones han proclamado como meta de la evolución humana.

Con esta visión poseyéndome, me sumergí en la tradición mística cristiana para tratar de encontrar otros testigos de su esplendor. Después de meses de investigación, encontré que hay muchas fuentes emocionantes que respaldan mis intuiciones en los Padres del Desierto, Clemente de Roma y Tomás de Aquino, entre otros.

Aunque me gratificó descubrir estas celebraciones de María Magdalena en el corazón de la tradición patriarcal, me pareció que ninguna de ellas llegaba lo suficientemente lejos. Durante semanas estuve desconcertado con respecto a dónde buscar lo que anhelaba encontrar. Entonces recordé a Romano el Méloda, el apasionado y profético místico de la Iglesia Ortodoxa y defensor de lo Divino Femenino, a quien había descubierto veinte años atrás cuando trabajaba en varios libros sobre María, la Madre.

Romano el Méloda, probablemente de ascendencia judía, nació en Emesa, Fenicia, a finales del siglo V. Sabemos que vivió en Berytus (la actual Beirut), donde fue diácono antes de trasladarse a Constantinopla durante el reinado de Anastasio I, y que murió entre los años 555 y 565 d. C. Conocí su emocionante y extático trabajo hace veinte años, cuando descubrí su himno acatista que celebra a María, la Madre.

Salve a ti, por quien estamos revestidos de gloria.

Salve, columna de fuego que guías a los que están en la oscuridad.
Salve a ti, por quien obtenemos nuestras victorias.
Salve, sanación de mi cuerpo.
Salve, sanación de mi alma.

Veinte años atrás me di cuenta de que, en el himno acatista, Romano el Méloda declaraba que María era nada menos que la encarnación de la Madre Divina, mucho más que la mujer humilde, sumisa, silenciosa y obediente que la Iglesia adoraba. Comprendí que Romano el Méloda no solo había cristalizado toda la gloria de los títulos que los primeros cuatro siglos de misticismo cristiano habían otorgado a María, sino que, sin nombrarla como tal, la había proclamado Madre Divina, lo que implicaba un papel mayor del que se le había atribuido hasta entonces en la revelación de Cristo.

Cuando me sumergí de nuevo en Romano el Méloda, especialmente en sus grandes himnos a la Resurrección, descubrí dos cosas que confirmaron mi intuición sobre su presciencia visionaria.

La primera fue una visión de la propia María Magdalena. Su María Magdalena es una figura extática, inspirada por la más alta verdad visionaria, el centro y cabeza de un grupo de mujeres que, a diferencia de los discípulos varones, no negaron a Jesús ni huyeron del horror y el peligro de la crucifixión. Ella ya era la digna testigo de su Resurrección, una figura cercana a lo que se nos revela de ella en los Evangelios gnósticos y especialmente en el Evangelio de María. En el himno cuatro, Romano el Méloda sitúa firmemente a María Magdalena en su misión de mensajera.

Jesús dice: «Que tu lengua proclame estas cosas, mujer, y las explique a los hijos del reino que esperan que yo despierte a aquello que soy, el viviente. Ve rápidamente, María. Reúne a mis discípulos. En ti tengo una trompeta con una voz poderosa. Canta un canto de paz a los oídos temerosos de mis amigos escondidos. Despiértalos a todos como si estuvieran dormidos, para que puedan correr a encontrarse conmigo. Ve y diles que el esposo ha despertado, abandonando la tumba y sin dejar nada en ella. Ahuyentad, apóstoles, vuestra pena mortal, porque ha despertado él, el que ofrece la Resurrección a todos los hombres quebrantados».

Cuando Jesús le dice: «Reúne a mis discípulos», está claro que Romano

celebra a María no solo como la primera testigo de la Resurrección, sino también, y esto es revolucionario, como el primer eslabón esencial de la asamblea que acabaría creando la Iglesia. Y luego Romano el Méloda va aún más lejos.

Hace decir a María Magdalena, después de haber visto a Jesús resucitado: «Estoy llena de las transmisiones de Cristo. No dudo en decirlo. He recibido la misma gloria que Moisés. He visto, sí. No he visto en la montaña, sino en la tumba, sin estar velado por una nube, sino por un cuerpo, al maestro de los seres de luz y las nubes. Su [de ellos] maestro de ayer, hoy y siempre, me dice: "María, date prisa. Ve y revela a los que me aman que he resucitado"».

Según nos muestra Romano el Méloda, ella, al igual que Moisés, sabe que ha sido elegida como intermediaria entre Dios y su pueblo. Si bien Moisés recibió su visión de trascendencia absoluta en una montaña, el monte Sinaí, Romano el Méloda deja clara la diferencia entre ambas revelaciones. María Magdalena recibe su mandato profético no solo de la trascendencia, sino a través de una relación personal con su amado, que la llena de la visión de él y de su transmisión. Ella ha devenido, de una manera profunda y misteriosa, uno con él. Aunque resucitado y de camino hacia el Padre, él vive dentro de ella como su nueva identidad esencial, desde la cual ella habla. Y estar poseída por Jesús en su corazón, mente, alma y cuerpo es lo que le da el valor para proclamar: «He recibido la misma gloria que Moisés», al tiempo que deja claro, en lo que dice a continuación, que está recibiendo esta bendición trascendente de una manera completamente nueva: en la tumba y en las profundidades más oscuras de la materia, la misma materia que ella vio transfigurada en su amado.

Como primogénita de la nueva creación, aquí María nos muestra lo que nos sucederá si nos atrevemos a recibir todo el esplendor de aquello que ahora ella no solo sabe, sino que lo es. Nosotros también seremos como ella, naceremos a la plenitud de Cristo, y nuestra carne, nuestra tumba, se inundará de luz divina y se transfigurará. Nosotros también nos convertiremos en el grial viviente.

***

PROFUNDICEMOS AHORA en algunos paralelismos que sin duda Romano el Méloda pretende establecer entre María Magdalena y Moisés. En Levítico 1, versículos 1 y 2, leemos sobre Moisés: «Yahvé llamó a Moisés y le habló, y le dijo: Habla a los israelitas y diles: cuando alguien traiga una ofrenda a Yahvé, traerá como ofrenda un animal del ganado o del rebaño». En cuanto a María Magdalena, en Juan 20:14 leemos: «Ella no sabía que era Jesús, y Jesús le dijo: "No me toques, porque aún no he ascendido al Padre, sino ve y encuentra a mis hermanos y háblales"». En ambos casos, si estudiamos el texto, vemos que al principio lo Divino no se identifica claramente.

En Levítico, la palabra hebrea *vahiqra* no tiene sujeto. El que llama no está identificado, al igual que al principio María no sabe que está en presencia de Jesús.

En ambos relatos vemos que lo Divino llama a cada uno de ellos por su nombre, y así establece la base de la nueva relación. Lo Divino está llamando a una nueva tarea, la de comunicar la asombrosa verdad de Dios a la comunidad.

En ambos casos, además, el elegido corre el riesgo de que no crean el mensaje que debe transmitir porque no se basa en ninguna prueba tangible. En el caso de Moisés, las tablas de la ley estaban rotas. En el caso de María, se le encomendó la tarea de proclamar lo que parecía imposible: la resurrección de Jesús.

Y hay otra similitud crucial. A lo largo de la historia bíblica, quienes son convocados por lo Divino para dar testimonio y transmitir su mensaje y su palabra nunca parece que sean los más cualificados para esta función. Desde el principio, Moisés proclamó su falta de elocuencia, lo que le llevó a pedir ayuda a Aarón; y Aarón acabó traicionándole en la debacle del becerro de oro. Jonás intentó huir lo más lejos posible del peso de la responsabilidad que se le había conferido; Jeremías, cuando recibió la visión era joven, tan joven que a nadie se le habría ocurrido invitarlo a hablar en público; Judith se presentó a sí misma como el último recurso de Dios cuando se había perdido toda esperanza.

Ahora, en María Magdalena, la antorcha profética pasa a una mujer, la amada de Jesús, a quien se le pide que anuncie la Resurrección. En el mundo de su época, su testimonio sería social y legalmente nulo, y tendría

que ser transmitido por los hermanos para que fuera escuchado. Debido a la forma escandalosa en que lo Divino elige a sus mensajeros, todos ellos se encuentran en una posición precaria y profundamente inestable, sujetos al escepticismo, la burla y la humillación, como estuvieron María Magdalena y Moisés.

En el Himno Dos de la Resurrección, Romano el Méloda continúa: «Cuando ella escuchó todas las palabras del Verbo, la joven corrió de vuelta a sus compañeras y les dijo:

> ¡Oh, mujeres, las maravillas que he visto y que os voy a contar! Estoy llena de la visión y las palabras de Cristo. He visto al señor de los reinos invisibles y de las nubes. Su señor hoy, ahora y siempre me dice: "María, date prisa, ve. Revela a los que me aman que he resucitado como una rama de olivo. Llévame en tu lengua para anunciar la buena nueva a los descendientes de Noé, mostrándoles que la muerte ha sido destruida y que el amado ha vuelto a la vida, Él, que ofrece la resurrección a los hombres quebrantados"».

Romano el Méloda, que como hemos visto compara a María Magdalena con Moisés, ahora compara el testimonio de María Magdalena con la rama de olivo que la paloma trajo a Noé para señalar el fin del gran diluvio. Según da a entender el Méloda, ella y su testimonio son conjuntamente el signo de una creación totalmente nueva que trasciende a la antigua; una creación que anuncia el milagro de un renacimiento inimaginable, no solo del propio Jesús, sino de toda la humanidad y la creación.

Doce siglos después, haciéndose eco del éxtasis de María Magdalena, esto es lo que escribió Hadewijch de Amberes sobre su propia experiencia mística de Cristo resucitado:

Oh, esta furia de amor
que explota y me transfigura,
este éxtasis de ser toda Suya,
¡qué sabiduría en la furia del amor,
qué asombrosa victoria
en la furia del amor libre!

***

Con esta visión de María Magdalena revelada por Romano el Méloda y Hadewijch ardiendo en nuestros corazones y mentes, ahora echemos un vistazo más detenido a estas representaciones. Pero no con los ojos del pasado, ni siquiera con los ojos de los últimos y mejores estudios académicos (aunque recurriré a ellos), sino con ojos nuevos y agraciados por lo que yo llamo la «visión de la brecha». Si lo hacemos, seremos testigos de cómo surgen los inicios de una nueva historia que cuestiona la formulación patriarcal de quién es María Magdalena y el continuo rechazo de lo femenino y de su autoridad en la Iglesia. También nos desafía a todos nosotros a elevarnos a la grandeza radical de lo que ella dejará claro: el nuevo camino del amor evolutivo que ella y Jesús, juntos, nos abren. Si nos atrevemos a integrar su mensaje en nuestras vidas, este camino cambiará nuestra visión de quiénes somos, de lo que puede engendrar la relación consagrada y extática, y de lo que aún podría ser posible, incluso en esta peligrosa etapa tardía de la evolución humana.

Hay dos peligros que he llegado a ver claramente al contar esta historia.

El primer peligro es trivializar la historia por intentar hacerla accesible de inmediato a todo el mundo. El amor evolutivo es un salto cuántico en nuestra comprensión de lo que puede ser el amor, y se requiere trabajo mental y espiritual para elevarse a su altura, un trabajo que no podemos evitar si realmente queremos ser transformados.

El segundo peligro consiste en contar la historia de su amor de una manera tan idealizada que, en lugar de inspirarnos a hacer el trabajo interno para emularlo y encarnar progresivamente la verdad del amor evolutivo en nuestras vidas, nos rindamos por pensar que no somos capaces de vivir una aventura tan asombrosa y rigurosa. Esto es especialmente peligroso para aquellos que han experimentado un gran desengaño y traición en el amor, o para aquellos que se han conformado con una mediocridad cómoda y decente. Este segundo peligro es difícil de evitar porque tanto María Magdalena como Jesús eran seres muy extraordinarios, y la historia de su amor está impregnada de milagros y de un asombroso heroísmo del corazón, de modo que no contar la historia en toda su magnificencia es traicionarles tanto a ellos como al poder del camino que nos abren.

Nos encontramos con este segundo peligro cuando nos acercamos a

cualquiera de las grandes figuras espirituales y de las transmisiones proféticas del pasado, y es difícil conseguir el coraje necesario tanto para reconocerlo como para evitarlo. Este coraje nos exige tres cosas: (1) estar dispuestos a perdonarnos por las decisiones poco iluminadas y llenas de concesiones que hemos tomado, viendo claramente por qué las hicimos sin vergüenza ni autocrítica punitiva; (2) la determinación de reivindicar nuestra propia conciencia y naturaleza divinas frente a una cultura que las niega, y frente a nuestra propia ignorancia continuada de su plena belleza y poder; y (3) la serena pasión de creer que, sean cuales sean las penas y los errores de nuestro pasado, tenemos dentro de nosotros, como una bendición divina, la capacidad de cambiar y ser cambiados de maneras que apenas podemos empezar a imaginar.

Ninguna de estas tres cosas me ha resultado fácil, incluso después de toda la gracia que he experimentado en mi camino místico. Mi propia búsqueda del amor humano y divino me ha llevado a muchos callejones sin salida y ha amenazado mi corazón con el cinismo y la desesperación. Muchas veces, mientras preparaba y escribía este libro, me he sorprendido a mí mismo diciendo: «Honro y creo en el amor extraordinario de Jesús y María, pero me cuesta creer que pueda vivirlo y experimentarlo en mi propia vida». Lo que he aprendido es que estas dificultades son esperables y surgirán variantes de ellas en cualquiera que se arriesgue a confrontar la gloria de lo que ellos vivieron.

Lo que también he aprendido es que, con fe y la gracia continua de Magdalena y Cristo, estas dificultades no son insuperables. Me han mostrado con implacable claridad todo lo que todavía necesito trabajar para limpiarme de mi vieja historia y prepararme para la revelación de la nueva que Jesús y María están dando a luz. Estas dificultades también me han mostrado de manera inequívoca que cuando me permito experimentarlas y sufrirlas, y luego las abro a la gracia sanadora, su autoridad comienza a desvanecerse y empieza a florecer una esperanza anclada en una nueva forma de amor, frágil al principio, pero con creciente fuerza y alegría.

Después de cumplir 70 años, me siento más libre que nunca, no solo de los mensajes patriarcales sobre el cuerpo y la sexualidad, sino también de mi propio pasado, a veces doloroso. Soy consciente de que esta libertad

apenas está comenzando y que necesitaré fe y perseverancia para encarnar plenamente lo que, por la gracia de Jesús y María, estoy empezando a conocer. El viaje hacia el amor evolutivo nos lleva a atravesar la muerte de cualquiera de las viejas historias sobre el amor que nos han contado, o que nos hemos contado a nosotros mismos. Les cuesta morir, pero sí que mueren a medida que permitimos que el esplendor de lo que vivieron Jesús y María nos penetre e irradie a través de nosotros, tal como la gloria de la Resurrección penetró en María Magdalena e irradió desde ella.

¿Quiénes eran María Magdalena y Jesús?

Ahora vamos a abordar juntos el primer encuentro de María Magdalena con Jesús. Para poder estar lo más receptivos que sea posible a lo que ocurrió en uno de los encuentros más trascendentales entre amantes humanos y divinos en la historia mística, necesitamos entender, de la forma más rica y compleja posible, quiénes eran cada uno de ellos por separado y qué surgió en ambos cuando se encontraron. Para ello, tendremos que verlos a ambos en su humanidad, despojándolos de los mitos que en ambos casos la comprometen o enmascaran, y en su divinidad y en los arquetipos divinos que su encuentro transformador consagra y activa.

Esto requiere emprender un cuidadoso y sinuoso viaje, paso a paso, hacia su encuentro, en el que cada etapa recopila información crucial y luminosa que nos permite ver y experimentar dicho encuentro en todo su significado revolucionario. Carl Jung escribió en *El libro rojo*: «Dar a luz en una época a lo primordialmente antiguo es creación. La salvación es la solución del problema, la resolución de la tarea. La tarea consiste en dar a luz lo antiguo en un tiempo nuevo».

Jung sabía, y ejemplificó en sus escritos y en su profunda vida interior, lo que implica esta tarea: un matrimonio sagrado entre la profunda experiencia espiritual y el discernimiento, mediante una erudición radical y exigente. Una libertad excesiva de la intuición conduce a la fantasía y la ilusión. Depender en exceso de la erudición, por brillante que sea, provoca que al contar una vieja historia lo hagas de forma interesante, pero no reveladora. Solo su rico, difícil y paciente casamiento alberga la esperanza de producir «el nacimiento de lo antiguo en un tiempo nuevo».

Esto exige una abundancia de la virtud que menos me gusta: la paciencia. La paciencia de un detective divino o de un arqueólogo que clasifica fragmentos de pistas y previas interpretaciones erradas. También requiere un conocimiento exigente de uno mismo, una conciencia de las propias limitaciones y sombras, así como la capacidad de desaprender todo lo aprendido.

Por tanto, ahora permíteme que te prepare para el viaje en espiral hacia la experiencia plena del encuentro entre María y Jesús, dándote por

adelantado una visión general de cómo voy a desarrollar sus etapas para que puedas confiar y comprender adónde espero llevarte, y para que puedas absorber las ideas que te ofrece cada etapa. Por favor, querido amigo, lee despacio y con atención. Para que el milagro de las bodas de Caná nos revele su mensaje más rico y empoderante, hay que reunir muchas perspectivas diferentes y fuentes de revelación que a menudo permanecen ocultas o secretas.

En la primera etapa del viaje, intento eliminar del retrato que tenemos de María Magdalena las manchas que lo oscurecen, causadas por historias contradictorias debidas tanto a la distorsión patriarcal como a las versiones glamurosas y compensatorias de algunos celebradores contemporáneos de la Magdalena. Mi objetivo es revelar su normalidad extraordinaria, lo que la hace más cercana a nosotros y al mismo tiempo más desafiante e inspiradora.

En la segunda etapa, hago una invitación a que nos centremos en el hombre con el que ella se encontró en Cafarnaúm, el Jesús de 29 años. Como mostraré, necesitamos ver a Jesús en su contexto histórico —basándonos tanto en los mejores estudios académicos como en el contexto de la revelación continua de su misión divina— para empezar a comprender lo que su encuentro significó para ambos. En otras palabras, debemos verlo como el rabino Jesús en una etapa importante de su evolución y de la evolución de sus enseñanzas y misión, y como la encarnación totalmente humana y divina de Cristo. Sin embargo, confrontar lo segundo implica una limpieza radical del retrato de Jesús que nos ha llegado tanto de los Evangelios como en gran parte de la tradición mística cristiana.

Aquí mi objetivo no es en modo alguno disminuir el esplendor de la verdad y la identidad místicas de Jesús, sino ampliar y anclar nuestra comprensión de ellas abrazando en mayor profundidad su unión con su humanidad. Al igual que con María Magdalena, este enfoque acerca a Jesús a nuestra humanidad desnuda, al tiempo que revela nuevas posibilidades para nuestra propia encarnación del ser humano divino.

En la tercera etapa, al acercarnos al encuentro entre Jesús y María, os invito a dar un paso atrás y visualizarlo, así como sus consecuencias, comparándolo detalladamente con el encuentro entre Shams y Rumi. Rumi,

que vivió en el siglo XIII, es el poeta místico más grande del Islam y del mundo; su vida se transformó tras su encuentro y relación con un hombre mayor, misterioso y salvaje, Shams de Tabriz. Si exploramos los profundos paralelismos y las diferencias entre los encuentros de Shams y Rumi y Jesús y María nos podemos hacer una idea general de lo que sucede cuando los místicos revolucionarios se encuentran y se unen. Esta etapa termina con la visión, que creo que es la más precisa, de la crisis interna en la que se encontraba María Magdalena cuando vino a encontrarse con su amado.

En la cuarta etapa llegamos juntos de nuevo al encuentro. Creo que debemos limpiarlo de todas las versiones contradictorias y limitantes que existen para empezar a verlo tal como pudo haber sido realmente. Esto implica dos reinterpretaciones: la de la supuesta posesión demoníaca de María y la de la imagen tradicional de que Jesús es asexual. Para desacreditar de la forma más útil y convincente todas las visiones restrictivas de la sexualidad de Jesús y sus posibles implicaciones transformadoras —tanto para nuestra comprensión de la conciencia de Cristo como del nuevo camino de amor que él y María nos abren—, a continuación, muestro lo que creo que es el significado de su primer milagro: el milagro de Caná en una boda.

Para que esta revelación sea lo más inspiradora y empoderante posible para nosotros, os invito a contemplar en detalle tres aspectos diferentes de la tradición de la denominada «santidad sexual» en el judaísmo. Con las sorprendentes conclusiones que ofrecen estas exploraciones, volveremos al encuentro de Jesús y María y lo veremos —espero y confío— tanto en su extraordinaria profundidad humana como en su divina promesa arquetípica y en su poder creador.

Me ha llevado décadas de trabajo interno y externo empezar a ser capaz de proponer esta perspectiva de la riqueza radical que el primer encuentro de estos dos iniciados sagrados prepara para todos nosotros.

He tratado de destilar lo que creo que es la información más liberadora y expansiva —de la manera más clara y aterrizada— para revelar todo lo posible sobre lo que el nuevo tipo de amor entre Jesús y María nos ofrece y nos invita a abrazar en lo Divino, en ellos y en nosotros mismos. Esta información está al alcance de cualquiera que esté dispuesto a emprender

este viaje conmigo, y espero que os sorprenda y os anime, como sigue sorprendiéndome y animándome a mí.

Al empezar nuestra experiencia conjunta ante este despliegue fugaz de significados y perspectivas, os invito a hacer una pausa para recordar los encuentros que os han cambiado la vida. El misterio de cómo ocurrieron y cómo os afectaron y cambiaron. Te sugiero que elijas tres de ellos: un encuentro transformador con un amante; un encuentro con un maestro espiritual o anciano sabio y amoroso que te reveló valiosas ideas sobre el camino del amor; y el encuentro con un animal de compañía que, como mi querida gata Jade, te inició en un reino de alegría dichosa y tierna. Cuando hayas destilado dentro de ti mismo la esencia única de cada uno de estos encuentros transformadores, mezcla las esencias en el centro de tu corazón y permítete sentir de la forma más plena posible el poder del sol del amor divino, del que todos los encuentros sagrados son rayos.

***

¿Quién era María Magdalena? Para empezar a responder a esta pregunta, primero tenemos que examinar las dos versiones que predominan actualmente de María Magdalena, ambas defendidas con firmeza y, en mi opinión, limitadas.

En lo que yo llamo la versión del Maestro Dominador —codificada originalmente por el papa Gregorio I en el siglo VI y repetida sin cesar con diferentes adornos llamativos a lo largo de la historia de la Iglesia—, María Magdalena era una prostituta rica y arrepentida, alguien a quien sus excesos licenciosos la llevaron a la locura y a la presencia de Jesús, cuyo amor que todo lo perdona la transformó en la apóstol de apóstoles. No hace falta añadir que esta versión de su vida es el montaje de una misoginia que ha seguido causando estragos en el mensaje de la conciencia crística.

Aunque esta versión es limitada, paradójicamente ha ofrecido un profundo consuelo a muchos hombres y mujeres que sentían que sus vidas oscurecidas estaban excluidas de la gracia. A lo largo de la historia, innumerables cristianos se han sentido inspirados por ella —a pesar de que ahora su fantasía es evidente—, pues les ha llevado a creer en el ilimitado

poder de transformación del perdón divino. Después de todo, si el amor de Cristo podía transfigurar a una prostituta degradada y loca hasta hacerla la primera testigo de la Resurrección, los creyentes podían sentir que ningún pecado, por escandaloso o indignante que fuera, podía impedir que les resucitara la misericordia de Dios. Sin embargo, el precio de esta idea fue que se oscureció el verdadero estatus y la importancia de María Magdalena y, con ello, la continua mutilación y degradación de las mujeres, el cuerpo y la sexualidad. Armada con esta versión, la Iglesia patriarcal pudo continuar con su celebración de la autoridad exclusivamente masculina y con su defensa, en nombre de Jesús, de un amor etéreo, incorpóreo y puramente trascendente que negaba o aprisionaba el esplendor de Eros y no ofrecía ningún camino hacia su divinización.

En la segunda versión, que irradia a través de la obra de algunos teólogos feministas, tanto hombres como mujeres, y de una serie de canalizadores que afirman qué es María Magdalena sin adulterar, se la presenta en diversos papeles resplandecientes: como hija de un linaje real, como iniciada en los misterios egipcios, sacerdotisa de Isis, inmersa en la magia sexual y en la ley esotérica de una complejidad desconcertante. Esta versión exagera en la dirección opuesta a la patriarcal, y es claramente, y quizás inevitablemente, compensatoria; una reacción nacida de un trauma secular y no necesariamente de una sabiduría meditada.

Esta segunda versión tiene la ventaja de que celebra a María Magdalena como una adepta por derecho propio, como la igual y profesora de Jesús, como una mujer de dignidad divina, brillantez, realización y pasión. Su desventaja es que, al igual que la primera versión, sus afirmaciones más fantasiosas no están respaldadas por ninguno de los textos tradicionales o gnósticos, ni por el propio *Evangelio de María Magdalena* (El evangelio de la compañera amada), y pueden ser refutadas con demasiada facilidad por aquellos teólogos que, consciente o inconscientemente, siguen queriendo encerrar a María Magdalena en la vieja caja patriarcal. La información canalizada sobre ella que sustenta esta versión a menudo es contradictoria y puede ser fácilmente descartada.

Sin embargo, existe una tercera versión de quién era y es María Magdalena, que fusiona las verdades más ricas y resplandecientes de la

versión patriarcal y la exageradamente feminista, sin quedar atrapada en las limitaciones de ninguna de ellas. En esta tercera versión, de la que informa el presente libro, María Magdalena no es ni una prostituta rica y arrepentida ni una sacerdotisa de Isis. Ella es, como lo fue Jesús, una mujer marginada, ordinaria y extraordinaria, probablemente de Magdala, con capacidades espirituales excepcionales. Una apasionada buscadora de la verdad, a quien Jesús amó y también ella lo amó, y que, en su unión sagrada, enseñó a Jesús tal como él le enseñó a ella.

Después de todo, Jesús era hijo de un carpintero. ¿Por qué María Magdalena no podía ser hija de un granjero o un artesano? El mensaje central y revolucionario del humilde nacimiento de Jesús es que todos los seres humanos tienen dentro de sí la conciencia divina y, por lo tanto, el potencial de convertirse en divinos. ¿Por qué la mujer que estaba destinada para él no podía ser también de las clases marginadas más bajas que él tanto amaba? Una mujer cuyo coraje, dignidad y humildad son celebrados una y otra vez por los mensajes de Jesús.

Jesús no tuvo que viajar a Egipto y a la India para alcanzar la plena iluminación, como afirman de forma improbable algunas versiones de su vida, y María Magdalena no tuvo que ser instruida en los misterios de Isis para despertar a su naturaleza divina mientras estaba en su casa o caminaba por las calles de Magdala. Una mirada instruida a la historia mística de la humanidad nos muestra que lo Divino es muy capaz de despertar a las personas al resplandor de su divinidad estén en el lugar que estén, y en cualesquiera que sean las circunstancias en las que se encuentren.

***

PASEMOS AHORA A VER lo que revelan los mejores estudios académicos contemporáneos sobre quién era María Magdalena. María Magdalena era una mujer judía de la ciudad de Magdala, en la orilla occidental del mar de Galilea, y su apodo «Magdalena» se lo puso casi con toda seguridad el propio Jesús, a quien le gustaba poner apodos a sus allegados. Bruce Chilton escribe en su obra magistral *María Magdalena, una biografía*:

«Aunque Simón era pescador, Jesús lo apodó Roca (*Kepha* en arameo,

Petros en griego). Este nombre se burlaba de la inestabilidad del barco de Simón cuando Jesús lo utilizaba como plataforma para predicar a las multitudes en la orilla. (Dado que Simón Pedro era lento para comprender lo que Jesús decía en varias ocasiones, Roca también podría aludir a cierta densidad mental.) Los otros dos apóstoles principales, Santiago y Juan, eran evidentemente ruidosos; Jesús los llamó los hijos del trueno». (Marcos 3:16-17) «Los Evangelios no relatan que Jesús le diera personalmente a María el nombre de Magdalena. Nadie puede demostrar que él la llamara así, pero al inferir que él identificó a una María entre las otras Marías que mencionan los Evangelios llamándola Magdalena, podemos explicar por qué ese nombre aparece de manera tan consistente».

Bruce Chilton añade: «Cuánto menos románticas habrían sido las leyendas posteriores sobre la riqueza, la elegancia y la capacidad de seducción de María si tanto los eruditos como los narradores hubieran recordado que Magdala era un pueblo pesquero, conocido en toda la región por su pescado».

El nombre Magdala se deriva del término migdal, una pequeña torre de piedra que se usaba para guardar pescado. Una vez más, Bruce Chilton escribe: «Las instalaciones de almacenamiento formaban parte de un complejo de muelles y depósitos de piedra que distinguían a esta ciudad de unos 3000 habitantes. Los pescadores locales pescaban en el mar de Galilea, especialmente el abundante espadín, un pequeño pez huesudo de unos quince centímetros de largo que se podía secar para su exportación. Arrastraban cargas de pescado vivo a tanques de piedra y luego los apilaban para secarlos y salarlos».

Magdala se encontraba a cinco kilómetros al sureste de Tiberíades, llamada así en honor al emperador Tiberio, la ciudad que Herodes Antipas construyó para que fuera la nueva capital, en sustitución de la ciudad interior de Séforis.

Esta proximidad de Magdala a Tiberíades es importante para comprender su apodo, ya que, para los judíos de entonces, Tiberíades era un monumento a la idolatría y la impureza. El historiador Josefo nos dice que los judíos que se trasladaron a la ciudad eran los desechos de Galilea, la basura arrastrada por el mar hasta la orilla. Como escribe Chilton: «Estos

colonos se convirtieron en vehículos de la impureza que Herodes Antipas había extendido por toda la región de Galilea». Y es esta inmundicia y la fuerza de su impureza lo que lleva adherido el apodo de María Magdalena.

Puesto que Magdala estaba tan cerca de Tiberíades, y la dominaba tanto política como económicamente, es importante señalar que esto no significa que María Magdalena fuera impura, como dice la versión patriarcal. El apodo que Jesús le dio a la mujer que amaba y reconocía como su igual bien podría haber sido irónico.

La ironía compleja, como puede observar cualquiera que lea sus parábolas con atención, era una de sus armas favoritas para transmitir la verdad.

Otro mito que muchos eruditos modernos de renombre, tanto hombres como mujeres, han dejado claro que se debe de la historia de María Magdalena es que era fabulosamente rica. En mi opinión, esta fantasía cuestiona tanto la versión patriarcal de María Magdalena como la feminista.

Veamos primero la versión patriarcal. Así es como el papa Gregorio I generó una legión de fantasías corroborantes cuando, el 21 de septiembre de 591, predicó una homilía en la basílica de San Clemente, en Roma. Habló de la historia de Lucas de la mujer pecadora que ungió los pies de Jesús con sus lágrimas y con un costoso ungüento sacado de un frasco de alabastro. A lo largo de la homilía, su descripción implicaba que María Magdalena se había enriquecido explotando la lujuria masculina y ahora se arrepentía. «Es evidente, hermanos, que la mujer utilizaba anteriormente el ungüento para perfumar su carne en actos prohibidos. Lo que antes mostraba de forma escandalosa, ahora se lo ofrecía a Dios de una manera más loable. [...] Había mostrado su cabello para resaltar su rostro, pero ahora su cabello seca sus lágrimas. Había dicho cosas orgullosas con su boca, pero al besar los pies del Señor, ahora la posaba en los pies del redentor. Por cada placer que había tenido en sí misma, ahora se inmolaba. Convirtió la masa de sus crímenes en virtudes para servir a Dios por completo en penitencia».

Por desgracia, esta antigua fantasía no ha desaparecido. Según una reconstrucción académica reciente de su vida, que deriva su autoridad de que Lucas asocia a María y Juana —que se había casado con Cusa en casa de Herodes Antipas—, María y la poderosa Juana eran socias comerciales.

Y María utilizaba las conexiones de Juana y su propia riqueza para organizar cenas extravagantes en las que empleaba a Jesús como cómico. Estas invenciones no tienen credibilidad.

En la versión de ciertas académicas feministas, así como de la gran mayoría de las canalizadoras que afirman haber recibido mensajes de la verdadera María Magdalena, también se hace hincapié en su riqueza, pero por una razón opuesta: para otorgarle soberanía y dignidad, y a veces incluso un estatus real. Y también para explicar cómo pudo haber vivido durante largos períodos en Egipto hasta convertirse en una iniciada en los misterios de Isis. En nuestra sórdida Nueva Era contemporánea, tan obsesionada por utilizar la espiritualidad para obtener poder económico, esa imagen podría parecer no solo convincente, sino inspiradora. Quizás, también, se ha diseñado inconscientemente esta presentación tan lujosa de María Magdalena para hacerla parecer especial y única. Lamentablemente, la obsesión con su riqueza y realeza imita la misma parte de la historia patriarcal que pretende desmontar.

No se puede decir con demasiada frecuencia que el verdadero problema que tienen ambas versiones es que no se asemejan en nada a la forma que María Magdalena se presenta en los textos en los que aparece.

Examinemos ahora el capítulo 8 de Lucas, donde encontramos por primera vez a María Magdalena dentro del grupo de hombres y mujeres que acompañaban a Jesús:

«Y había algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, y Juana, esposa de Cusa, administrador de Herodes, y Susana, y muchas otras que proveían para ellos con sus bienes».

Una lectura descuidada de este versículo crucial ha alimentado la fantasía de la riqueza de María. Sin embargo, la realidad es que simplemente no dice que ella compartiera el estatus de riqueza que tenía Juana. De hecho, con una lectura atenta de este versículo, se puede observar que establece un contraste entre las dos.

Como escribe concisamente Bruce Chilton: «Entre las mujeres que menciona Lucas, Juana es aristocrática, quizás rica y con buenos contactos. María, por otro lado, no tiene el estatus ni las conexiones de Juana. Lo que

tiene son demonios».

Ningún texto antiguo ni ninguna especulación razonable sugiere que Jesús se mudara a Magdala para aparecer en sus cenas como un cómico espiritual, ni que María tuviera propiedades allí que pusiera a disposición de Jesús.

La María Magdalena que Jesús conoció en su primer encuentro era una humilde mujer judía, probablemente soltera, seguramente rechazada por su familia porque la consideraban impura debido a la crisis angustiante y perturbadora que la consumía (una crisis que exploraremos en etapas posteriores), y de unos 20 años.

Y ahora debemos plantear otra pregunta: ¿por qué María Magdalena, en su agonía, decidió ir a Jesús? Había muchos sanadores y aspirantes a profetas en la Judea de su época a los que podría haber acudido en su desesperación. ¿Qué la atrajo hacia él? ¿Había rezado para encontrarse con uno de los [mensajeros] ocultos de Dios, sabiendo que solo un ser con el conocimiento supremo podría curarla? ¿Había recibido una señal inequívoca en un sueño o en una visión de que era Jesús quien la redimiría de sí misma?

***

Cuando María Magdalena conoció a Jesús, él tenía veintimuchos años y se había mudado de Nazaret a Cafarnaúm. Un intento de lapidación (Lucas 4:16-30) le había demostrado brutalmente que la pequeña ciudad que conocía desde su infancia nunca lo aceptaría como maestro. Como escribe Bruce Chilton: «En Cafarnaúm, Jesús encontró su lugar y su ritmo. Esta ciudad pesquera de unos dos mil habitantes le proporcionó un refugio seguro y su reputación como exorcista creció».

Chilton continúa: «Jesús se instaló con dos hermanos llamados Simón y Andrés, que eran originarios de Betsaida (Juan 1:44) y se habían casado con mujeres de una familia de pescadores de Cafarnaúm. Acoger al rabino Jesús no era un acto rutinario de hospitalidad. Sus necesidades eran bastante modestas... La tensión provenía de las multitudes ansiosas que se agolpaban a su alrededor. Los lugares donde Jesús practicaba el exorcismo y la

curación podían llenarse de tanta gente que resultaba imposible moverse. Los Evangelios describen una escena en una casa que estaba tan llena de gente que cuatro hombres tuvieron que hacer un agujero en el techo para bajar a su amigo paralítico en una camilla a fin de que Jesús lo curara (Mateo 9:1-8, Marcos 2:1-12, Lucas 5:17-26)».

Esa escena sugiere el entorno en el que María Magdalena conoció por primera vez al joven rabino. En Cafarnaúm la reputación de Jesús era un rumor constante. Tenías que abrirte paso a empujones para verlo. Entonces, el Jesús que María conoció era un famoso sanador y exorcista, el predicador de una nueva supremacía y poder divinos que las escrituras arameas habían prometido: la *malkuta delahah*. El reino de Dios.

El Jesús que María conoció era, como la propia María Magdalena, de la clase marginada. Era un *tekton*, un artesano fabricante de productos de madera, como puertas y marcos, situado en el extremo inferior de la clase campesina, que en ocasiones tenía que mendigar para ganarse la vida y muy probablemente procedía de una familia que no poseía tierras. Al igual que la propia María Magdalena, había conocido el aguijón de la pobreza y sufría los ultrajes, sutiles o evidentes, de la humillación social, económica y política.

Jesús había sido discípulo de un famoso maestro ascético, Juan el Bautista, que lo había proclamado como una especie de mesías que la tradición judía había estado esperando. Su primer sermón en Nazaret, después de su despertar definitivo a su identidad divina —y la tentación en el desierto que le siguió y le permitió integrarla— había anunciado un nuevo orden. En él, todos los seres, especialmente los pobres y afligidos, serían honrados y celebrados en una victoria del amor sobre la desigualdad, de la justicia sobre la opresión sistémica de la religión y la política. Este sermón había escandalizado tanto a los oyentes que intentaron matarle; solo escapó con vida por los pelos. Se trasladó a Cafarnaúm, donde, en palabras de Chilton, «alcanzó su ritmo». Se dio a conocer ampliamente en toda Galilea como sanador y maestro de exorcismos, radical y poco convencional, que se rodeaba —como María Magdalena habría sabido— de un grupo devoto de mujeres y hombres. Y su manera de vivir libre, jovial e incluyente ya estaba despertando la ira y la condena de los puristas

religiosos.

Sin embargo, lo que más habría atraído a María Magdalena de Jesús era, sin duda, lo que había oído de sus enseñanzas sobre el Reino, la *malkuta delahah*, la supremacía divina prometida en las Escrituras.

María, a través de su propio despertar místico, había tenido vislumbres directos, fulgurantes e inquietantes de esta realidad divina, y quizá también sabía algo de la tradición oral de la *malkuta delahah*. Esto es lo que escribe Chilton de forma memorable sobre el poder de esa tradición oral: «Jesús enseñó que el reino de Dios era el principio revolucionario que estaba detrás de todo el cosmos. Un día, toda la vida brillaría con la plenitud y la energía divinas. El poder de César se disolvería y el reino apartaría cualquier resistencia con su fuerza, tan natural y misteriosa como el brotar de una semilla, tan inexorable como los ríos en crecida».

María Magdalena también habría oído que el rabino Jesús, gracias al misterioso y galvanizador poder de su propia realización, era capaz de dar a quienes acudían a él la experiencia directa y desnuda del *malkuta delahah*. Era esta experiencia innegable la que María necesitaba arraigar en todo su ser —mente, corazón, alma y cuerpo— para poner fin y trascender la guerra interna que estaba asolando su cordura y su ser.

Así, Magdalena acudió a Jesús destrozada y completamente abierta, confiando desesperadamente en la presencia de este hombre que, como ella, había conocido la pobreza, la exclusión, la burla y la controversia extrema, y que estaba viviendo libremente su vida y la majestuosidad radical de sus enseñanzas. Esta era la verdad que ella misma había vislumbrado, aunque no sabía cómo interpretarla o integrarla: podía hallar la gracia de recibir la revelación sanadora y estabilizadora que necesitaba, no solo para su futuro progreso espiritual, sino para su supervivencia.

Esto es lo más lejos que nos puede llevar la sabia erudición contemporánea. Para entrar en la plenitud y en el significado revolucionario de este encuentro que podría transformar toda nuestra comprensión y práctica de la conciencia crística, y de Jesús y su misión, tenemos que atrevernos a ir más allá.

He argumentado que debemos interpretar el papel de María Magdalena en los Evangelios inspirándonos en aquello en lo que ella llegó a

convertirse en el Jardín de la Resurrección. Y debemos ver al Jesús transformador que ella conoció ese día en la pequeña y abarrotada casa de Cafarnaúm en el contexto de su mundo contemporáneo, pero también desde todo lo que hemos aprendido y seguimos aprendiendo sobre la extraordinaria fuerza del amor divino encarnada en él. Esta es la fuerza de amor que conduciría a la Resurrección y la Ascensión, así como a toda la tradición mística cristiana de la Transfiguración.

***

PARA EMPEZAR A IMAGINAR el efecto de este encuentro no solo en María Magdalena, sino también en Jesús, tenemos que enfrentarnos a dos interpretaciones erróneas, catastróficas e interrelacionadas, que han limitado, restringido e incluso abortado radicalmente la verdadera recepción y encarnación de la revolucionaria conciencia de amor que Jesús vino a sembrar en la experiencia humana. En mi experiencia, enfrentarse a estas catástrofes —y no hay otra palabra adecuada para lo ocurrido—, resulta a la vez angustioso y revelador.

Es angustioso porque revisa las profundidades de la traición al poder evolutivo encarnado de la conciencia crística, que ha desfigurado trágicamente la práctica de las iglesias erigidas en nombre de Jesús, así como el énfasis y los descubrimientos de una parte significativa de sus tradiciones místicas. Resulta revelador porque incluso empezar a vislumbrar la verdad de lo que nació del encuentro predestinado entre María Magdalena y Jesús, y que se desarrolló en su relación única, nos ofrece una visión que revoluciona lo que hemos llegado a conocer como cristianismo, y, para los que se atreven a abrazarla, abre un camino que aún podría cambiarlo todo, incluso en este trágico momento de la historia humana.

La primera interpretación catastrófica atañe al propio Jesús. En su mayoría, la erudición moderna presenta a Jesús como un rabino judío y maestro de sabiduría de brillantez radical y originalidad inquietante, y en gran medida ha desacreditado las afirmaciones posteriores de que era o afirmaba ser el único Hijo de Dios. Si bien estos estudios han hecho avanzar enormemente nuestro conocimiento del trasfondo religioso y

místico judío que en parte moldeó a Jesús, y nuestro asombro y respeto por su humanidad y valentía en las terribles condiciones de su época, no pueden abordar ni «explicar» la grandeza y majestuosidad de la conciencia divina encarnada en él, que ahora podemos contemplar por su efecto en la historia humana.

El Jesús que fue y es el Cristo viviente se apareció a Pablo y lo transformó permanentemente en el camino a Damasco, y también se apareció y transformó permanentemente a una larga y trascendental lista de grandes místicos: desde los Padres del Desierto hasta Teresa de Ávila, Hildegarda de Bingen, Meister Eckhart, Hadewijch de Amberes, Serafín de Sarov y muchos otros. A mis cuarenta y tantos años, ese Jesús se me apareció en una iglesia de Coimbatore, en el sur de India, inundándome de amor e imprimiendo a fuego en mi alma la misión del activismo sagrado que ha consumido y ennoblecido mi vida. Este Jesús, que es el Cristo viviente, no puede ser circunscrito, ni siquiera imaginado, por un planteamiento académico que lo considera un maestro de sabiduría más, por muy original que sea o muy iluminado que esté.

Así como la erudición moderna limita el misterio de quién era y es Jesús, lo mismo ocurre con la tradición oficial de las iglesias erigidas en su nombre, que declaran enseñar la verdad por su autoridad. La erudición moderna, en esta época en gran medida escéptica y secular, ha enfatizado la humanidad de Jesús y ha limitado —ya sea por arrogancia espiritual, ignorancia mística o una combinación sutilmente tóxica de ambas— cualquier aceptación descarada de su divinidad. La tradición de las iglesias ha hecho exactamente lo contrario, en su obsesión —en parte comprensible pero aún así peligrosamente exagerada— con la divinidad de Jesús.

Esta tradición ha engendrado un Jesús etéreo y desencarnado, separado de la humanidad, en la que se encarnó para transfigurarse. A lo largo de siglos de dogma acumulado, y ahora fosilizado, ha creado un Jesús que exige adoración como el único Hijo de Dios, el Señor supremo, Salvador, Redentor y Mesías. Este Jesús está separado por la gloria de la misma humanidad que vino a revelar como intrínsecamente divina y, por lo tanto, capaz de una transformación infinita. Esta tradición creía que estaba honrando a Cristo en Jesús al separarlo, en su pureza sin pecado y en la

magnificencia de su poder divino, del resto de nosotros. Pero, ahora, aquellos que tienen ojos para ver saben que esta creación de un Jesús etéreo falsificó la inclusividad total de su vida y su mensaje, distorsionó el desafío radical de sus enseñanzas y su ejemplo, y creó una adoración dañina y exagerada del celibato como único camino verdadero hacia la conciencia crística. De esta manera engendró un conjunto de enseñanzas indiscutibles que promovían la misoginia, el odio al cuerpo y al sexo, y negaba drásticamente el papel de lo Divino Femenino en la vida y la creación, el mismo Divino Femenino con el que Jesús se identificaba y celebraba como Hochmah o Sofía.

El resultado es que esta tradición ha distorsionado y deformado enormemente el mundo. Un mundo que le da privilegio al poder masculino, denigra la sacralidad de la vida humana y la creación, sigue demonizando el cuerpo y sus energías y deseos potencialmente divinizables, y continúa dividiendo —interna y externamente— la humanidad y la divinidad. Así, la humanidad sigue siendo abyecta, y está paralizada, disgustada consigo misma, deprimida, obsesionada con el pecado y la imperfección. Es inconsciente y está despojada de su verdadera naturaleza y de su potencial ilimitado. Y, por lo tanto, ahora es incapaz de estar a la altura de los desafíos que nos impone nuestra noche oscura global.

Hay dos grandes claves para deconstruir y desentrañar la peligrosa eterización de la humanidad de Jesús, que ha tenido consecuencias tan desastrosas. La primera gran clave consiste en comprender que la fusión de Jesús con Dios —que condujo a la trágica separación de Jesús de la misma humanidad que vino a transfigurar— fue una forma de teología relativamente tardía, que solo se cristalizó en el Concilio de Nicea, en el año 325 d. C. El padre Bede Griffiths, junto a Thomas Merton, uno de los mayores místicos cristianos del siglo XX, escribió en su obra maestra *A New Vision of Reality* [Una nueva visión de la realidad]:

«Esta teología, aunque perfectamente correcta y legítima en sí misma, es un tipo particular de lenguaje teológico que se desarrolló en Occidente a lo largo de muchos siglos y sin duda respondía a las necesidades de la gente de la época, pero hoy en día para la mayoría presenta una dificultad insuperable. Ejemplos de este lenguaje son: Dios se hizo hombre, bajó del

cielo y apareció en la tierra. Estas imágenes, que eran bastante naturales para la gente en el pasado, ahora parecen esencialmente mitológicas y hacen que el mensaje del evangelio parezca totalmente irreal e irrelevante».

No obstante, Bede Griffiths aclara que «este lenguaje no es el lenguaje del Nuevo Testamento en sí mismo… El Nuevo Testamento tiene una perspectiva completamente diferente. No parte en absoluto de Jesús como Dios, sino de Jesús como hombre. El propio Jesús nunca habla de sí mismo como Dios. Su designación favorita de sí mismo es la de Hijo del Hombre, que en hebreo y arameo es prácticamente equivalente a humano... El Hijo del Hombre es el más significativo de todos los títulos de Jesús».

Esto significa que el propio Jesús, aunque proclamaba su unidad interna con Dios, nunca se proclamó el Hijo único de Dios, y se reconocía a sí mismo como humano, íntimamente uno con toda la humanidad.

«Visto desde esta perspectiva, Jesús no aparece como un fenómeno aislado, una aparición repentina de Dios en la tierra. Él es el cumplimiento de todo el plan de la creación, que lleva la multiplicidad de vuelta a la unidad, llevando a toda la humanidad de vuelta a Dios, a esa plenitud de ser para la que fue creada». (El énfasis es mío).

Si la humanidad de Jesús no se abraza en toda su riqueza, vulnerabilidad y complejidad arquetípica, ¿cómo podría nuestra humanidad revelarse a sí misma como inherentemente divina y tan divinizable que tendría la capacidad de ser atraída de vuelta a Dios, a esa plenitud de ser para la que fue creada?

La adoración de Jesús como Dios, sin reconocerlo también como Hijo del Hombre y humano primordial, nos condena a permanecer en lo más profundo de nuestra propia humanidad sin transformarnos. Nos conformamos con suplicar nuestra redención a una fantasía ficticia de Jesús, en lugar de atrevernos a seguir verdaderamente su ejemplo humano y divino, a dar a luz —con la gracia de lo Divino, que lo divinizó progresivamente— nuestra propia humanidad divina, nuestro propio ser crístico. Todo el ejemplo y las enseñanzas que la vida de Jesús nos trajo ponen este asombroso nacimiento al alcance de todos nosotros, independientemente de nuestros fracasos y negligencias del pasado, y de nuestras crueles e inadecuadas suposiciones sobre quiénes somos.

Y ahora debemos confrontar sutilmente una segunda interpretación catastrófica, aunque matizada, que ha impedido que toda la fuerza de la venida de Jesús transforme la experiencia humana. Que la tradición se haya concentrado obsesivamente en Jesús, y solo en Jesús, como manifestación divina única, ha provocado la eliminación de los aspectos femeninos más sagrados de esta manifestación: lo relacional. Esta exclusión de lo femenino y lo relacional ha llevado a que el propio Jesús se vuelva trascendental de una forma desastrosa, porque se malinterpreta por completo, o ni siquiera se intenta comprender, que los Evangelios no registran únicamente la experiencia de un hombre asombroso. También hablan, a aquellos que pueden oír, de que la revelación de la auténtica conciencia crística es la relación íntima de lo humano y divino con todas las cosas: con lo Divino mismo, con la creación, con todos los seres sensibles y con todos los acontecimientos grandes y pequeños de la vida. Esta relación refleja la intercomunión de energías que todo tipo de místicos reconocen como la realidad del universo, y que la física moderna ha descubierto en todo su alcance y dimensión cósmica.

Los Evangelios revelan a un Jesús intensamente humano, compasivo con todos los seres, pero que ama a unos pocos con un amor particularmente personal. Un Jesús nada convencional en su acogida de los pobres, los descarriados, los desheredados, los abandonados, y cuya presencia —y las acciones sanadoras y reveladoras que fluyen de ella— manifiestan y hacen manifiesta la realidad viva del Reino.

Los Evangelios, cuando se leen con esta creciente y asombrosa comprensión, revelan que la conciencia del reino es una comunión inmediata, intrépida y directa a todos los niveles del ser humano con todos los niveles de la manifestación divina. Es una comunión que es, al mismo tiempo, intensamente personal e impersonal, que se establece sin esfuerzo, y que contiene en sí misma un campo de potencial para la transformación. Este sutil milagro de la relación transfiguradora se repite una y otra vez en todas las relaciones de Jesús: con sus discípulos, hombres y mujeres, con su familia, con aquellos a quienes sanó y predicó y, por supuesto, con María Magdalena.

Jesús es un ser divino y humano, sí, pero aún hay algo más

sorprendente: es un campo de energía amorosa intercomunicada, cuyo poder orgánico se expande en la gran historia de su evolución hasta su culminación cósmica en la Resurrección y más allá.

Este campo de energía amorosa —como Jesús deja claro en su constante proclamación de identidad con Sofía, o Hochmah— es una energía femenina divina que considera sagrada la totalidad de la vida, y acepta a los seres humanos con todos sus deseos, debilidades y anhelos. Nada le es ajeno; nada ni nadie queda excluido de su tierno y ardiente abrazo. Si no intentamos comprender la extensión incondicional de esta energía femenina divina, no solo perdemos la enseñanza de Jesús como campo de amor, sino también el poder evolutivo que emana dicho campo. De hecho, nos perdemos que la presencia y las acciones de Jesús son el campo donde [esta energía] nace.

Aquel día, en Cafarnaúm, María Magdalena se encontró con este amor, con este campo del que nace una presencia. El torbellino de aguda miseria psíquica y los igualmente agudos y feroces destellos de revelación que habían llevado a María Magdalena a su presencia también la convirtieron en la persona que pudo ver inmediatamente quién era realmente Jesús. Estaba demasiado desesperada y destrozada para poder ser rehecha y resucitada por algo menor que una inequívoca intervención divina. La profundidad de su agonía y la sinceridad y pasión de su búsqueda de la verdad le habían valido para atraer hacia ella la gracia suprema de encontrarse con él y conocerlo tal como era realmente, plenamente humano y plenamente divino, el Hijo del Hombre y el hombre primordial. Jesús era el varón divino, el amado, el destinado para ella, quien la veía y conocía desde dentro de ella misma tanto en su agonía como en su gloria. Era el que le dispensaba un amor más allá del juicio, un amor que bendecía todo lo que ella había pasado y comprendido, y le reflejaba cegadoramente la verdad de quién era ella realmente y en qué se convertiría.

***

Con estas ideas de quiénes eran María Magdalena y Jesús por separado, frescas en nuestra mente y corazón, y mientras nos acercamos a su

encuentro, detengámonos de nuevo. Respiremos y contemplemos de la forma más amplia posible qué significa el encuentro entre dos seres tan extraordinarios.

Cuando dos seres se encuentran, como Shams y Rumi, como Jesús y María Magdalena, para encarnar la revelación divina, ellos, como escribió Rumi, «han estado en todo momento el uno en el otro». Y el momento del encuentro es fundamental para todo lo que se desarrollará después. Nada es casual en un encuentro así. Está predestinado. Ambos están destinados a ser transformados para siempre por el otro. Nada en la vida de ninguno de los dos volverá a ser conocido o experimentado de la misma manera, porque el amor que florece en el fuego que hay entre ellos es total, lo consume y lo renueva todo. Es un amor que brota de la fuente del amor divino mismo, en la realidad divina, para abrazar y envalentonar a ambos en su forma de vivir y desplegar el misterio abrumador por el que nacieron, para encarnarlo y transmitirlo.

Las similitudes entre las dos mayores historias de amor místico que conocemos, la de Shams y Rumi, y la de Jesús y María Magdalena, son profundas y reveladoras. Shams y Rumi dieron a luz, desde su sublime amistad no sexual, lo que Rumi reconoció y celebró como «un nuevo tipo de amor, ni por encima ni por debajo», un amor que no es solo trascendente, ni meramente físico, sino que constituye una fuerza radicalmente nueva nacida de la fusión eléctrica de ambos, un amor a la vez totalmente humano y totalmente divino.

«Un nuevo tipo de amor, ni por encima ni por debajo», pero también sexual, floreció —como veremos— entre Jesús y María Magdalena, quien termina su aparición en los Evangelios —tal como hemos visto— como la madre transfigurada de la Iglesia y de sus tradiciones místicas más profundas; una amada resucitada, viva en cada célula de su cuerpo.

Shams, en su realización imponente pero aislada, sabía que necesitaba a alguien en quien verter la lava fundida de la revelación del amor y la sabiduría que se había vertido en él y lo había divinizado. Sabía que el amor que lo había transfigurado era intrínsecamente relacional, y necesitaba ser transmitido por completo a otro ser para que su misterio pudiera extenderse a todos aquellos con ojos para ver y oídos para oír. Rezó durante largos y

solitarios años para que se le concediera la gracia de encontrar a un amado humano que no temiera pagar el precio de un regalo tan grande, y en el momento predestinado encontró a su amado en Rumi.

Cuando lees lo que Shams escribió sobre Rumi en su *Maqamat*, una serie de notas irregulares y reflexiones divinas, comprendes que la relación que surgió entre ellos era mucho más que una unión entre maestro y discípulo, o incluso más que la historia de amor del corazón humano que mayor profundidad había tenido. Era una relación tan nueva, tan radical, tan revolucionaria como la fuerza del amor que estaba destinada a dar a luz, y desde sus inicios trascendió todas las categorías que podían explicarla o codificarla. El *Maqamat* deja claro como el cristal que Shams estaba tan asombrado y sorprendido por la belleza interior y la capacidad de aventura visionaria de Rumi, como este estaba asombrado y sorprendido por la majestuosidad inquebrantable del ser de Shams.

Lo que Rumi le dio a Shams fue mucho más que un recipiente obediente y vacío en el que poder verter el vino ardiente de su revelación. La relación entre ellos fue, en sí misma, la revelación, una relación de profunda igualdad sagrada: una amistad entre amados en la que cada uno quedó transformado a su manera; una amistad que reveló el poder evolutivo de la auténtica relación amorosa, desnuda y visionaria, y que preparó a la humanidad para un nuevo tipo de amor.

Esta también fue —ahora podemos empezar a comprender— la relación entre Jesús y María Magdalena, con la diferencia de que, en el caso de Jesús y María, se trataba de un amor completo entre hombre y mujer, vivido desde el corazón iluminado y extático en todos los ámbitos de la mente: el corazón, el alma y el cuerpo amoroso.

El amor de Shams y Rumi fue percibido por sus intransigentes contemporáneos como algo peligroso, e incluso escandaloso, y ambos, por separado y juntos, soportaron una oposición horrible, a veces por parte de los más cercanos. Así también, el amor que Jesús y María Magdalena —como vemos en la expulsión de María Magdalena de los Evangelios y en las revelaciones de su verdadera dignidad en los Evangelios gnósticos— causó una tremenda división entre los discípulos varones, que no compartían en absoluto la asombrosa apertura de Jesús tanto a la feminidad divina como a

las mujeres reales de su grupo, o a la feminidad sagrada en sí mismo.

Ambos amores evolutivos y transformadores estaban dando a luz a algo completamente nuevo, y las fuerzas que no querían que naciera «un nuevo tipo de amor, ni por encima ni por debajo», que pudiera empoderar a toda la raza humana, intentaron destruirlo de una manera que solo lo hizo más inquebrantable. Nada, ni siquiera el asesinato de Shams, cometido por un grupo organizado por el hijo mayor de Rumi, pudo impedir que este se diera cuenta, tras una larga agonía y locura, de que Shams vivía eternamente en él como él mismo.

Nada de lo que los discípulos varones dijeran o hicieran, y nada de lo que pudieran decir o hacer los testigos varones de los Evangelios o las autoridades varones que los seguían, nada —ni siquiera lo que pudiera hacer la ira de los romanos y de las autoridades religiosas judías, manifestado en el horror de la crucifixión— podía aniquilar el esplendor evolutivo de lo que María Magdalena y Jesús vivieron, ni impedir que ella se diera cuenta de que la Resurrección había nacido en ella. Ahora era, gracias al poder milagroso del amor que había vivido con Jesús, la primogénita de una nueva creación que el amor mismo había ayudado a engendrar, una realización que se expandiría en pasión, poder y gloria durante el resto de su vida, siendo una para siempre con su amado y con el amor divino mismo.

Y tal como ahora estamos comenzando a comprender la profundidad transformadora de la amistad entre Shams y Rumi, solo ahora estamos comenzando a recibir el impacto completo del amor entre Jesús y María Magdalena. No es una coincidencia que se nos esté revelando ahora todo lo que implican las dos grandes historias de amor místico. Les corresponde estar juntas. Se iluminan mutuamente. Ofrecen, en sus formas diferentes pero divinamente interrelacionadas, la asombrosa guía que la humanidad necesita y que ahora por fin es capaz de recibir. Ambas son revelaciones del poder evolutivo que el amor total tiene para transformar el mundo. Rumi sabía que su mundo islámico no podía recibir toda la verdad de su amor en aquella época. Pero también sabía que llegaría el momento, pues escribió: «Esas tiernas palabras que nos dijimos el uno al otro, que están guardadas en el corazón secreto del cielo, un día lloverán, caerán y se esparcirán, y el

mundo entero reverdecerá con nuestro amor».

Después de todo lo que habían pasado juntos, Jesús y María Magdalena también debían saber que el misterio que estaban viviendo solo podía llegar a la humanidad, porque estaba destinado a transformarla en etapas luminosas. Una humanidad que —gracias a la agonía y el ansia de una noche oscura global que está revelando la bancarrota de todos los sistemas de poder patriarcales— por fin era capaz de empezar a imaginar y encarnar la relación entre el amado y la amada y comenzaba a darse cuenta del poder del que disponía para efectuar un cambio milagroso en circunstancias extremas. No hay encuentro más expuesto y abrasador en la historia mística. Cuando Rumi conoció a Shams, se cayó del caballo y se arrastró para abrazarlo. Cuando María Magdalena conoció a Jesús, ya estaba casi aniquilada por la agonía de una vida oscura que no podía soportar.

Ningún encuentro que conozcamos ha sido tan abrasador o transformador, y ninguno ha sido tan malinterpretado tanto por el patriarcado como por algunos de aquellos que, comprensiblemente, quieren exaltar y honrar a María Magdalena. Pero ambos afirman que el encuentro no ocurrió de esta manera. Los primeros porque parecen privilegiar a Jesús como sanador y salvador, negando la igualdad de María Magdalena con él. Los segundos afirman que lo que Lucas llama posesión demoníaca era una locura divina que los contemporáneos, con una psicología limitada, no podían entender.

La narración patriarcal, de forma consciente o inconsciente, transformó esta historia de una forma conveniente y devastadora para definir a María Magdalena como una prostituta, cuya posesión era la oscura recompensa por haber cedido descaradamente a sus deseos carnales (y haber cobrado por ello). Y utilizó esta narración para degradarla no solo a ella, sino a todas las mujeres; y a través de ella, a lo femenino. Por otra parte, la versión exageradamente feminista, en su honorable pasión por divinizar a María Magdalena desde el principio, también ha fracasado a la hora de comprender todo el terror y la belleza de la historia de su encuentro.

Una vez pasé un fin de semana con unas mujeres místicas de María Magdalena que eran muy conocidas. Fue, en muchos sentidos, una experiencia emocionante y sagrada debido a la pasión y sabiduría con la

que cada ponente hablaba de la mujer que tanto la había inspirado.

Sin embargo, cuando intentamos abordar el tema del primer encuentro entre Jesús y María, casi todas las presentes —de una manera que me sorprendió—, descartaron que la historia por completo era un añadido patriarcal, o la idealizaron como una revelación del estatus divino de María Magdalena de una manera que nadie a su alrededor podía comprender, excepto, quizás, el propio Jesús. Una de las ponentes dio un golpe en la mesa y proclamó: «María Magdalena no estaba loca ni poseída. Resplandecía con la gloria de la madre, y Jesús era el único capaz de sentirse abrumado por su verdad».

Ni la versión patriarcal ni la feminista son precisas. La narración patriarcal está mutilada desde dentro por su misoginia y, de forma más sutil, por su suposición de que, en su encuentro, Jesús es claramente el superior. Es el Hijo de Dios, que se encuentra con una mujer loca a la que cura, sin haber cambiado en absoluto por el encuentro con un ser extraordinario. La versión feminista, aunque honra de manera elocuente y acertada a María Magdalena, pasa por alto las fogosas y cruciales revelaciones del amor transformador entre ambos, distorsionando la alquimia de la revelación que ellos dieron a luz. No podemos permitirnos las distorsiones de ninguna de las dos versiones si queremos conocer a María Magdalena en su realidad tanto plenamente humana como plenamente divina, y si queremos empezar a entender la profundidad personal y arquetípica del amor que vivió con Jesús; y Jesús con ella.

Solo volviendo a entrar en la historia de su primer encuentro, con todos nuestros sentidos humanos y místicos abiertos en el desconocimiento, podemos empezar a descubrir una tercera versión, o hacer que se nos desvele.

***

MÁS ALLÁ DE AMBAS VERSIONES de este encuentro transformador entre María Magdalena y Jesús, afortunadamente hay otra versión que está surgiendo en estudios académicos valientes y pioneros. Esta tercera versión honra la dignidad espiritual de la mujer destinada a presenciar y encarnar la gloria de

la Resurrección y el efecto transfigurador que el encuentro tuvo tanto en María Magdalena como en el propio Jesús.

En esta versión, la joven, probablemente de unos veinte años, que había caminado sola los 16 kilómetros que separan Magdala de Cafarnaúm, y que sin duda había sido abandonada por sus amigos y familiares, no estaba poseída por demonios. La idea de que estaba poseída es una degradación patriarcal de su persona.

En esta versión, en la que he llegado a creer, María Magdalena no estaba poseída por demonios ni era una prostituta enloquecida por sus vicios. Más bien, era una mujer que había experimentado una serie de despertares masivos, tanto a la gloria del amor divino como al horror del brutal poder patriarcal del mundo en el que había nacido. Se había sumergido en una noche oscura, insoportable y aterradora, y estaba destrozada por la revelación de la verdad, que la exponía simultáneamente al esplendor de la presencia divina y a la agonía del mundo, en especial a la agonía de lo que ese mundo estaba infligiendo al naciente y divino poder femenino en ella.

Nada ni nadie en su mundo podía curarla o ayudarla, porque estaba destinada a encarnar una visión y un poder dedicados a la subversión y reconstrucción de todas las estructuras heredadas que suprimían o degradaban lo Divino Femenino, y a un nuevo tipo de amor con el hombre que tenía ante ella.

El despertar radical, como el que preparó a María Magdalena para encontrarse con su divino consorte humano, es siempre extático y horroroso a la vez: extático porque revela lo Divino en su magnificencia trascendente e inmanente; horroroso porque expone a uno, sin máscara ni protección, a las múltiples traiciones contra ese esplendor que se producen en la sociedad humana; traiciones aún más aterradoras debido a la verdad divina que la revelación hace inolvidable.

Imaginemos lo que debió experimentar María Magdalena, no solo como alma, sino como mujer, al estar despierta tanto a su divinidad inherente como a los abrumadores poderes oscuros de la religión y la sociedad. En la sociedad judía de su época, las mujeres eran tratadas principalmente como propiedades y con inferioridad, estando sometidas en todos los sentidos a los caprichos de sus padres, maridos y cuñados. Sin derechos legales

propios y confinadas a la servidumbre doméstica, las mujeres tenían prohibido divorciarse de sus maridos, aunque estos podían deshacerse de sus esposas por toda una serie de infracciones, entre ellas, la de soltarse el pelo. Para la mujer, el divorcio sería una condena perpetua. Se quedaba sin sustento y, si era acusada de adulterio, podía ser lapidada sin consecuencias legales para los hombres que la lapidaban ni para su amante adúltero.

Las prácticas religiosas de la época reforzaban esta degradación generalizada de lo femenino. En el judaísmo de la época no había refugio seguro para una mujer que despertara tumultuosamente a la verdad de su divinidad femenina. En la sinagoga, las mujeres se sentaban separadas de los hombres en una pequeña galería, y se las consideraba impuras durante la menstruación. Se les permitía leer la *Torá*, pero en gran medida se les prohibía predicar.

¿A quién podría haber acudido María para confirmar su guía sagrada en un mundo en el que se descartaba y negaba la posibilidad de ser una mujer despierta y empoderada?

Y si estas restricciones no eran lo suficientemente salvajes, el despertar de María tuvo lugar en un mundo dominado por una ocupación romana corrupta y brutal, que utilizaba habitualmente la tortura, la crucifixión y la violación para aterrorizar a la población judía. Como mencioné antes, María procedía de Magdala, a pocos kilómetros de la ciudad de Tiberíades, famosa por su depravación y por los lujosos edificios y villas donde los conquistadores romanos se entregaban a sus vicios y hacían alarde de su riqueza y poder sobre un pueblo judío acobardado y cada vez más empobrecido. Gracias al estudio de las ocupaciones coloniales a lo largo de la historia, sabemos que el imperialismo, con su poder desenfrenado y brutal, corrompe no solo a los colonizadores, sino también a los colonizados, empujándolos a un odio y una indignación secretos, hirvientes e impotentes, o a una connivencia que erosiona su integridad e identidad. Todo esto habría quedado muy claro para María Magdalena y era una fuente de angustioso enfado sagrado.

La mujer que se presentó ante Jesús en Cafarnaúm estaba al mismo tiempo encendida por la revelación y ardiendo en las llamas de una claridad horrorizada sobre las múltiples opresiones e injusticias tanto de su mundo

judío como del poder romano que lo corrompía. Había sido iniciada al mismo tiempo a la presencia divina y a la obscenidad humana. En su soledad y falta de guía despierta, era incapaz de sostener estos extremos opuestos, y, por lo tanto, estaba en un peligro real de ser aniquilada por ambos.

Las místicas posteriores que siguieron el camino iniciado por María Magdalena conocieron el estado, paradójicamente exaltado y torturado, que llevó a María a buscar y encontrar a Jesús, porque ellas mismas lo experimentaron en su solitario, desamparado y peligroso viaje hacia la conciencia crística femenina. La más elocuente de estas testigos fue Hadewijch de Amberes, la beguina del siglo XIII que experimentó en su época lo que María Magdalena había experimentado en la suya: el extremo de un inmenso despertar al amor divino, junto con la aterradora experiencia del poder patriarcal que buscaba degradarla, humillarla y destruirla a cada paso. Esto se debía a la majestuosidad y profundidad de su comprensión —que amenazaba el dogma de la Iglesia— y también al rechazo milenario de la Iglesia hacia las mujeres por considerarlas seres inferiores e incapaces de despertar.

Podemos recurrir a Hadewijch para encontrar palabras esclarecedoras sobre la noche oscura que descendió sobre María Magdalena y amenazó tanto su cordura como su supervivencia.

Humillación y aventuras brutales
año tras año.
Todas las cosas me resultan amargas
las que mis ojos han visto...
Vivir así me repugna.

———

El amor me llevó a un conocimiento tan deslumbrante,
que ahora todo lo que hago es tambalearme ante su salvajismo.
¿A quién acudo en este loco universo?,
donde el amor mismo es víctima, juez y verdugo.
Mis sentidos se marchitan en la locura de amor.

———

Oh amor tiernísimo,
surge en mí plenamente en tu ser más elevado,
para que mis sentidos puedan resucitar de la muerte.

Así, María Magdalena buscó en Jesús al ser más elevado que pudiera resucitar sus sentidos de la muerte. Para ella, crucificada por la realidad, el encuentro con su amado sería aún más que un renacimiento. Su crucifixión y resurrección precedieron a las de Jesús y la prepararon para poder trabajar con él, en rendición y adoración, a fin de preparar el milagro que presenciaría y empezaría a encarnar en el jardín.

Una vez más, podemos recurrir a Hadewijch para que nos inicie en lo que María Magdalena experimentó en comunión directa con Cristo. Por favor, querido amigo, lee paso a paso, lentamente, la trascendentalmente apasionada y exhaustiva descripción de su unión con Cristo, atreviéndote a ponerte en su lugar seas del sexo que seas.

«Él entró con la forma y la vestimenta de un hombre, tal como era el día en que nos entregó su cuerpo por primera vez. Parecía un ser humano, un hombre tierno y precioso cuyo rostro irradiaba luz. Se acercó a mí con la humildad de alguien que pertenece totalmente a otra persona. Se entregó a mí en la forma y figura del sacramento, como es costumbre. Luego, como también es costumbre, me dio de beber bajo la apariencia y con el sabor del vino.

»Después de eso, él mismo vino a mí. Me tomó por completo en sus brazos. Me apretó contra él de tal manera que todas mis extremidades sintieron las suyas mientras las llenaba con la dicha que mi corazón y mi humanidad anhelaban...

»Él estaba en mí sin separación y no podía distinguirme de él.

»Después de eso, permanecí muriendo en él y me derretí hasta que ya no me quedaba nada de mí misma...».

La visión sublime y completa de Hadewijch sobre la sensualidad trascendente de Cristo nos lleva directamente a la presencia del Jesús de 29 años en aquella sala abarrotada y ruidosa de Cafarnaúm.

La sexualidad de Jesús

Ahora es el momento de afrontar de lleno uno de los mayores misterios que rodean a Jesús: su sexualidad. La versión patriarcal que ha dominado a las iglesias es clara. Jesús puede haber sido humano, pero era puro y célibe, libre de pecado. Esta versión ha sido promovida durante casi dos milenios por lo que Karen King llama «la historia maestra», con su denigración del cuerpo, su profunda incomodidad y aversión por la sexualidad, su denigración de lo femenino y su promoción implacable de la hegemonía del celibato masculino y femenino. En gran medida, no se ha cuestionado el poder institucional de esta «historia maestra», e incluso en las iglesias progresistas sigue ejerciendo un fuerte hechizo que niega la vida, asegurando que lo Divino Femenino —con su verdad reveladora, su pasión por la creación, su esplendor místico y su ansia de transformar la totalidad de la vida humana— permanezca drásticamente confinado.

Ha llegado el momento de que esta historia muera. La miseria que ha causado, la disfunción que ha engendrado, la falta de amor y el odio secreto hacia la vida que ha generado, la paranoia que ha promovido ante las diferencias de todo tipo, especialmente las sexuales —todo ello en nombre del Ser cuyo mensaje de amor inclusivo y transfigurador sigue siendo el más potente que jamás se le ha dado a la humanidad—, demuestra que esa no puede ser la historia ni del hombre Jesús ni de la auténtica conciencia crística.

El gran poeta, místico cristiano y revolucionario William Blake lo expresó de forma muy clara e inequívoca cuando escribió: «Hay que sacudir la Biblia de arriba abajo para que revele todos sus secretos. Los sacerdotes la han censurado, recortado y mutilado. Nos presentan a un Jesús célibe nacido de una virgen, sin la "más mínima mancha" de contenido sexual, lo cual es un sin sentido blasfemo».

La brillante palabra clave aquí, la palabra que lo cambia todo, es «blasfemo». Durante siglos, el patriarcado nos ha dicho que es una blasfemia imaginar a un Jesús sexual y que el único camino definitivamente real hacia la conciencia crística reside en obedecer y seguir su versión «censurada, recortada y mutilada». Blake se atreve a revertir esta locura y

proclama que es precisamente esta historia maestra la que es blasfema por tres razones interrelacionadas: niega el misterio de la encarnación de Jesús como divino y humano; niega la plenitud y riqueza de la humanidad de Jesús al enfatizar en exceso su divinidad; distorsiona y degrada radicalmente el eje central de su misión, que es revelar y potenciar la divinidad en nuestra humanidad; al distorsionar y degradar este núcleo de su mensaje, aborta el nacimiento de la nueva humanidad que él vino a propiciar.

Blake sabía, desde su propia conciencia crística, que «los tesoros del cielo no son negaciones de la pasión, sino Realidades del Intelecto [su palabra para referirse a la gnosis directa de la realidad eterna], de las que todas las pasiones emanan sin límite en su gloria eterna».

Blake también sabía que lo que el divino humano Jesús había venido a despertar en la humanidad —a su propia imagen divina y humana— era —en las maravillosas y sobrecogedoras palabras de Blake— «la cabeza sublime, el afecto vehemente del corazón, la belleza de los genitales, la proporción de las manos y los pies». Y que, sin el eros transformado, exuberante y tierno, que el propio Jesús exhibió en sus relaciones tanto con hombres como con mujeres, simplemente no podría haber nacido un ser humano divino tan abundante, creativo, de corazón libre, apasionado y amoroso. En *El evangelio eterno*, Blake escribe sobre los maestros censores, recortadores y mutiladores de la vieja historia:

Llaman vergüenza y pecado
al templo de amor donde Dios habita
y esconden en el sagrado altar oculto
la desnuda y divina forma humana
convirtiéndola en algo sin ley
sobre lo que el alma extiende sus alas.

O como escribe Jean-Yves Leloup, un gran místico ortodoxo contemporáneo que ha realizado una labor pionera sobre los evangelios gnósticos, en su obra *El abrazo sagrado de Jesús y María*: «Si Yeshua no vivió su sexualidad, entonces la sexualidad no está redimida».

Al igual que Blake, Leloup sabe que «lo que está en juego aquí es la

salvación total, la liberación de la totalidad del ser humano al imbuir todas las dimensiones de este ser con conciencia y amor». Leloup añade, con más calma que Blake pero con la misma claridad y corazón roto: «La religión ha fallado en su deber al descuidar la disciplina espiritual del éxtasis físico. Al no estar dispuesta a establecer el vínculo entre la teofanía —la revelación de la divinidad— y la sexualidad, ha permitido que esta conexión caiga en el olvido». Para Leloup, al igual que para Blake, esta destrucción del vínculo entre la teofanía y la sexualidad es nada menos que una peligrosa blasfemia que conspira hacia una degradación de la humanidad, que ahora amenaza su supervivencia misma.

Lo que Blake, Leloup y muchos otros valientes místicos modernos dejaron claro es que la verdadera pregunta sobre la sexualidad de Jesús no es: «¿Era sexual?» (si era humano, como lo era, era sexual). Sino que es otra mucho más desafiante: ¿qué tipo de sexualidad viviría y expresaría el amado en forma humana?

Una vez tuve la siguiente conversación con el padre Bede Griffiths, quizás el mayor místico cristiano del siglo XX. Bede dijo:

—No podemos seguir discutiendo de forma más o menos enrevesada si Jesús era sexual o no. Los argumentos de ambas partes pueden sonar convincentes, dependiendo de tu formación o tus prejuicios. Pero ambas partes pierden de vista lo esencial.

Si Jesús era un ser sexual, y yo creo que lo era, como seres humanos de una época en la que la belleza sagrada de Eros, de la sexualidad, ha sido degradada tanto por las iglesias y las religiones como por la gratificación pornográfica de todas las cosas en el mundo moderno, ¿podemos aún evocar una imaginación sagrada lo suficientemente profunda como para imaginar una sexualidad sublime? Esa, mi querido Andrew, es la verdadera, difícil y asombrosa pregunta.

A continuación, le pregunté:

—¿Qué entiendes ahora, a tus ochenta y tantos años, por sexualidad sublime?

Me dio una definición que comenzó a transfigurar mi vida. Hizo una larga pausa y luego dijo en voz baja:

—Eros y ágape, deseo y amor desinteresado fusionados, transfigurados

por la adoración del otro en Dios, como manifestación de Dios.

¿Qué definición más completa y hermosa podríamos tener del amor de Jesús y Magdalena, y potencialmente del nuestro?

Si quieres, haz una pausa y vuelve a leer lentamente las citas de Blake y las palabras de Bede, y contempla, con tanta profundidad como puedas, el campo de amor unificado y sanador al que te iniciarán. Luego, contempla cómo podría haber sido tu propia vida emocional y sexual si hubieras sido educado con una visión de la «sexualidad sublime» como algo natural y posible para ti. Al principio, esto no te resultará cómodo, pero si persistes, te llevará a una nueva comprensión y te producirá una gran alegría.

***

Planteemos la pregunta sobre la sexualidad de Jesús de otra manera: si su misión, y la misión de la conciencia crística encarnada en él, es divinizar la totalidad de la vida humana, en todas sus relaciones trascendentes e inmanentes, ¿cómo podría no haber sido sexual? ¿Y cómo no habría vivido un camino en su sexualidad que nos permita a nosotros divinizar la nuestra?

La mayor herida de la humanidad, como dejan claro tanto Blake como Leloup, es la división que todas las religiones ortodoxas han promulgado de diferentes maneras y han ampliado y profundizado: entre el cuerpo y el alma, lo terrenal y lo celestial, el deseo erótico humano y la iluminación divina. Toda la misión de Jesús consistió en sanar esa división para siempre, revelando lo Divino en el núcleo primordial del ser humano de una manera que diera lugar a una vida más abundante, a una nueva raza divina y humana que viviera conscientemente, con apasionada compasión, en la conciencia del reino.

En su amor por María Magdalena, Jesús vivió esta conciencia despierta y apasionada del reino de una manera que no solo la transformó a ella, sino que también lo colmó y transformó a él y a sus enseñanzas. La evolución humana en la conciencia divina con la que nació también le guio al encuentro sagrado con la mujer divina destinada a ser su consorte, su esposa y su discípula más iluminada. Pero, lo que es aún más maravilloso, es que ella también estaba destinada a ser su copionera en el nacimiento de un

nuevo camino de amor encarnado, divino y evolutivo para todas las relaciones humanas, especialmente las eróticas y sexuales. Atreverse a ver y a celebrar esto cambia para siempre nuestra visión de lo que es la conciencia crística, de lo que puede ser la sexualidad y de lo que su expresión más amorosa, tierna y extática puede hacer en nosotros y por nosotros.

Antes de profundizar en todo lo que significó el encuentro entre Jesús y María Magdalena, veamos primero el primer milagro de Jesús en las bodas de Caná, donde nos esperan misterios y secretos esenciales.

El milagro en las bodas de Caná

Si realmente queremos abrazar y dejarnos transformar por las revolucionarias implicaciones del milagro de Caná, es esencial situarlo en el contexto en el que lo coloca el Evangelio de San Juan: inmediatamente después del gran prólogo del capítulo 1, que anuncia la identidad de Jesús con el logos. Si lo hacemos con cuidado y de la forma más rica posible, se revelarán grandes verdades sanadoras que iluminarán todo el significado de las bodas.

Para que comprendamos de forma más profunda la encarnación de Jesús, todo depende de cómo interpretemos «en el principio era el verbo» y de cómo interpretemos «y el verbo se hizo carne».

En Juan 1:14, el prólogo proclama de Jesús: «y el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y contemplamos su gloria». «El verbo se hizo carne» en griego es *kai* o *logos sarx egeneto*.

La palabra griega para «principio» es *rkche* (pronunciada ar-*kay*) y la frase «en el principio» se hace eco del primer versículo del Génesis: «En el principio, Dios creó el cielo y la tierra», donde la palabra hebrea para «principio» es *bereshit*. La tradición rabínica revela que, aunque *bet*, la primera letra de *bereshit*, es el principio de la Biblia, la letra *aleph* precede a *bet* en el alfabeto hebreo. Lo que esto implica es trascendental: el *aleph* implícito y sin sonido es el origen primordial de la unidad divina de la que surge toda dualidad, *bet* impregnada por *alpeh* a todos los niveles.

En otras palabras, la trascendencia totalmente incognoscible, en un misterio de matrimonio sagrado, se une, impregna y vive en todos los reinos concebibles de la inmanencia.

Entonces, la «palabra» —*logos*— es una *con*, y es una expresión de esta esencia divina original, que lo impregna y lo santifica todo.

Sin embargo, para comprender lo que realmente dice el Evangelio de San Juan, primero tenemos que admitir que traducir logos como «palabra» reduce drásticamente sus implicaciones. Logos no significa «palabra», al menos no en el sentido que se comprende normalmente del término. La palabra para «logos» en hebreo es *dabar*, que significa no solo «palabra», sino también, sorprendentemente, «inteligencia infusora» e «información

creativa». En el pensamiento semítico, palabra y acontecimiento no son de ningún modo conceptos separados. Una palabra verdadera es también, simultáneamente, un acto. Esto significa que logos se traduciría con mucha más precisión como «palabra creativa», la inteligencia informadora y la información creativa de la fuente original que unifica, conforma, sostiene y hace evolucionar todo lo existente en todos los ámbitos.

En griego, *logos* es masculino. Pero cuando profundizamos en sus múltiples significados, descubrimos que también es la perpetua fuerza dinámica y femenina que da origen a todas las cosas. Es un poder de creación que Jesús encarnó plenamente para revelarnos y revelar en nosotros el poder creativo que fluye a través de todo nuestro ser cuando estamos alineados con la fuente, el principio y las acciones iluminadas que emanan de ella.

La segunda frase del primer versículo del prólogo de San Juan se traduce como «y el verbo estaba con Dios». Desgraciadamente, esta también es una traducción inadecuada, demasiado intelectual y estática del griego original: *kai* o *lógos en pros ton theón*.

La palabra clave aquí es *pros*, que significa «hacia» e implica orientación, movimiento y evolución; todo ello al mismo tiempo. Por lo tanto, esta frase del prólogo de San Juan, crucial para que comprendamos cómo la palabra creadora se expresa en el universo, en la creación, en Jesús y en nosotros mismos, debería leerse: «el logos está hacia Dios».

Si la palabra creadora está «hacia» Dios, entonces su labor esencial es lo que Gregorio de Nisa llamó *epektasis*, «expansión sin fin»; una expansión con posibilidades evolutivas sin fin en todos los ámbitos desde el núcleo divino de la vida.

Es este *logos* Padre/Madre, infinitamente pacífico e infinitamente creativo a la vez, el que, según el prólogo de San Juan en el versículo 14, «se hizo carne en Jesús». Una vez más, debemos prestar mucha atención al griego si queremos iniciarnos en las profundidades de lo que se quiere decir. La frase «el verbo se hizo carne» en griego es *o lógos sárx egéneto*. Al igual que en las otras afirmaciones que hemos examinado, «carne» es una traducción demasiado limitada y restrictiva para *sárx*. *Sárx* en sí misma es una traducción de la palabra hebrea *basar*. En hebreo, *basar* siempre se

asocia tradicionalmente con *nephesh* (alma) y con *adam*, hecho de arcilla.

En hebreo, *basar* significa y se refiere al ser humano viviente en su totalidad. Una traducción más precisa y esclarecedora de «y el verbo se hizo carne» sería «el verbo se manifiesta en el ser humano».

Esta visión, que es mucho más rica y entiende la encarnación como un matrimonio entre lo Divino y la totalidad del ser humano, fue vislumbrada por algunos de los primeros padres de la Iglesia. Epifanio utilizó la palabra griega *enanthropesen* al escribir sobre la encarnación, lo que significa que la encarnación se convierte en *anthropos*, humano. Jean-Yves Leloup escribe: «Estos exégetas perciben claramente el significado hebreo original detrás de la invención griega de *sarx*, un significado que debe implicar *anthropos*, plenamente humano». Y continúa citando a un papa primitivo, Dámaso, que se basó en esta verdad cuando escribió en el año 374 d. C.: «Porque si se encarnó un hombre incompleto, entonces el don de Dios es incompleto y nuestra salvación es incompleta, ya que no es el hombre completo el que ha sido salvado...».

Si la tradición cristiana hubiera escuchado al papa Dámaso y a Epifanio, le habría sido imposible predicar el desprecio por el cuerpo; tampoco habría podido negar que Jesús era sexual, o que el camino hacia la sexualidad divinizada que él iba a abrir con —y a través de— María Magdalena es uno de sus dones más transformadores para nosotros. Lo que deja claro este mensaje inspirado del papa Dámaso es que el significado más profundo del logos hecho carne es que todo el ser humano de Jesús fue totalmente divinizado, sin disminuir, menospreciar o degradar, en modo alguno, su humanidad.

Así, el camino de la conciencia crística no es de represión dualista o separación del alma y la carne, sino de su progresiva divinización conjunta en la palabra a través de este matrimonio inextricable de la palabra y la carne, en el campo del logos. Este proceso por el que el ser humano deviene Dios no implica una negación del cuerpo o de la sexualidad, sino una transfiguración de ambos. Como escribió Ireneo, obispo cristiano y teólogo que vivió solo unas pocas generaciones después de Cristo, antes de que la separación entre la carne y el alma se convirtiera en algo habitual en la teología cristiana: «La gloria de Dios es la persona humana viviente; la vida

de la persona humana es la visión de Dios».

En el ser de Jesús y en su evolución progresiva, este —el mayor de todos los secretos— se va desvelando poco a poco, de modo que quienes le amamos y le seguimos podemos tener un mapa; un mapa inolvidable, preciso e infinitamente inspirador de cómo su gloria puede desvelarse en nosotros y a través de nosotros. Cuando la tradición cristiana abrace la inclusividad total de esta verdad, comenzará a dar lugar a la verdadera conciencia crística, plenamente encarnada y divina.

Con esta visión fundamentada y expansiva del prólogo vibrando en nuestras mentes y corazones, pasemos ahora al capítulo 2 del Evangelio de San Juan, en el que se describe el primer milagro de Jesús en la celebración de una boda. Por favor, lee lentamente las palabras del Evangelio de San Juan e imagina —con todo lo que ahora sabes de Jesús— que realmente estás allí presente, como testigo, asombrado por todo lo que se desarrolla.

> 2:1 Al tercer día se celebró una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí.
>
> 2:2 Jesús y sus discípulos fueron invitados a la boda.
>
> 2:3 Cuando se acabó el vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino».
>
> 2:4 Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver con eso? Aún no ha llegado mi hora».
>
> 2:5 Su madre dijo a los sirvientes: «Haced todo lo que él os diga».
>
> 2:6 Había allí seis tinajas de piedra, según la costumbre de la purificación de los judíos, que contenían dos o tres medidas cada una.
>
> 2:7 Jesús les dijo: «Llenad las tinajas de agua», y las llenaron hasta el borde.
>
> 2:8 Y les dijo: «Sacadlas ahora y llevadlas al mayordomo del banquete». Y se las llevaron.
>
> 2:9 Cuando el mayordomo probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde venía, pero los sirvientes que habían sacado el agua lo sabían, llamó al novio.
>
> 2:10 Y le dijo: «Todo el mundo sirve primero el vino bueno, y cuando los invitados ya han bebido bastante, se sirve el peor; pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora».

> 2:11 Este primer milagro hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.

***

EN LA MENTE DE CUALQUIERA que acepte la verdad de la plena sexualidad humana de Jesús como algo inseparable e inextricable de su plena divinidad, surgen tres preguntas interrelacionadas:

- ¿Cómo pudieron Jesús y su mensaje haber sido reclutados para servir a una visión misógina que desprecia el sexo cuando su primer milagro fue en una boda?
- ¿Cómo, en nombre del Hijo del Hombre, pueden la mayoría de los cristianos seguir ignorando la verdad que proclama este milagro: que la sexualidad humana es santa y digna de celebración, especialmente cuando se consagra en una unión sagrada?
- ¿Por qué algo tan trascendental como el primer milagro de Jesús —un milagro que es el sol del que todos sus demás milagros son rayos— habría tenido lugar en una fiesta nupcial humana, para honrarla y aumentar su alegría, si no hubiera un secreto transformador en su corazón, un secreto indispensable para la transformación de la humanidad?

He pasado treinta años rebuscando en bibliotecas polvorientas para leer todo lo que he podido encontrar sobre qué tratamiento le da la tradición cristiana a este milagro, y nunca he encontrado respuestas a estas preguntas. Cada vez que se lo he planteado a mis amigos cristianos, me han recibido con una condescendencia cautelosa o con una resistencia airada, como si el mero hecho de cuestionarlo fuera una blasfemia.

Así que permitidme que aquí ofrezca un análisis lo más completo y revelador posible del significado de las bodas de Caná, basado en treinta años de iniciación en muchas de las tradiciones místicas del mundo, además de la cristiana.

Jesús, Hijo del Hombre y ser humano primordial, realiza su primer

milagro en una boda para dejar claras cuatro cosas:

- Que la naturaleza fundamental de lo Divino, y por tanto del universo, es el matrimonio sagrado de la trascendencia y la inmanencia en el Uno, el «padre» y la «madre», la divinidad absoluta y la divinidad encarnada.
- Que la verdad fundamental de la propia naturaleza de Jesús, que refleja y encarna esta verdad de la realidad divina y de los poderes milagrosos que de ella emanan, es un matrimonio entre lo masculino y lo femenino, entre una identidad paterna (la conciencia del «yo soy») y la compasión maternal radical y creativa (la conciencia de «amo, sirvo y nutro a todos los seres como a mí misma»).
- Que el objetivo de la búsqueda humana de Dios —que Jesús mismo vino a representar y revelar— es la realización conjunta en el corazón, la mente, el alma y el cuerpo del asombro del matrimonio sagrado; una realización que inicia y promueve el proceso de divinización con expresiones cada vez más sutiles, para hacer que estemos, en palabras de Ireneo, «plenamente vivos».
- Que la materia misma, formada por la interpenetración de la trascendencia y la inmanencia, es capaz —como desvela el propio viaje de Jesús desde la resurrección hasta la ascensión y más allá — de infinitas y asombrosas permutaciones de refinamiento.

Me doy cuenta de que lo que estoy diciendo aquí a muchos puede parecerles tan grandioso o impenetrable que es imposible. Pero estas cuatro verdades y revelaciones interrelacionadas, aunque vividas por Jesús con una intensidad única, son conocidas en todas las tradiciones místicas del mundo. Hay un puñado de místicos en cada una de ellas que las ha comprendido. Estas verdades han sido conocidas y vividas por Kabir, por Abhinavagupta del linaje shivaíta de Cachemira, por los maestros vajrayana del budismo mahayana, por los shivaítas del linaje de Tirumular en el sur de la India, por los místicos iraníes celebrados por Henry Corbin —que cultivaron en sí

mismos el ser de luz—, por los alquimistas taoístas y por ciertos místicos cristianos como Hadewijch, San Simeón el Nuevo Teólogo y Angelus Silesius, que se transfiguraron en lo que el Evangelio gnóstico de Felipe llama «la cámara nupcial».

Estas verdades también han sido conocidas y atestiguadas por los grandes místicos evolutivos de la humanidad, como Teilhard de Chardin, Sri Aurobindo, y la Madre. Todos ellos saben, tanto por su experiencia personal más íntima como por revelación, que la naturaleza del universo —como matrimonio de trascendencia e inmanencia— posibilita una inseminación interminable y progresivamente más potente de lo inmanente por lo trascendente, que a su vez da lugar a nuevas creaciones infinitas.

***

El siguiente secreto que ponen de manifiesto las bodas de Caná es que, para que este matrimonio sagrado esté plenamente enraizado y realizado en su plena potencia, lo Divino Femenino debe ser reconocido en su completa autoridad divina, y debe ser amado y obedecido en todas sus leyes de compasión, interconexión y celebración de su creación. Después de todo, Jesús realiza el milagro de Caná a instancias de su madre.

El significado de esto ha sido ignorado casi por completo por una larga sucesión de místicos cristianos que debaten, de forma a veces absurda y siempre limitada, sobre por qué es tan esencial el papel de su madre María a la hora de obligar al Hijo del Hombre a manifestar su poder milagroso. Algunos la condenan porque la consideran una típica madre judía insistente y pesada; otros se burlan de ella por ser una madre que intenta presumir de su brillante hijo. Otros la reconocen como santa, profeta, apóstol y mártir, pero siguen limitando los poderes que le atribuyen, porque todos los místicos cristianos, desde los primeros gnósticos, han estado limitados por la misoginia inconsciente que han heredado, por la obsesión con la virginidad de María y por la virginidad y el celibato en general.

Todos ellos pasan por alto lo que dejan claro las bodas de Caná: que María, como encarnación viva de la madre divina, es la instigadora del primer milagro de Jesús. Pero ella también es el símbolo viviente de la

fuerza de lo Divino Femenino que activa e impregna todo el ser y los mensajes de Jesús, junto con los milagros que brotan de su encarnación del matrimonio sagrado.

Reconocer esto revela lo que todos los místicos saben de las tradiciones del matrimonio sagrado: que sin el pleno retorno de la majestad, la pasión, la vida, la sabiduría y la compasión de lo Divino Femenino, restaurado en toda su dignidad y poder, no es posible plasmar el potencial divinizador del matrimonio sagrado y su capacidad para transformar la totalidad de la vida en un banquete nupcial.

Convertir el agua en vino

Ahora podemos empezar a abordar las numerosas revelaciones interrelacionadas que contiene el acto central del milagro en las bodas de Caná: la conversión del agua en vino.

La primera revelación es sobre la naturaleza de Jesús y la misión que conlleva su encarnación. Jesús mismo, el Hijo del Hombre y ser humano primordial, es por su propia naturaleza un matrimonio sagrado de todos los opuestos concebibles, que refleja la naturaleza de lo Divino mismo. El hecho más profundo y radical de su presencia y de los poderes que emanan de ella es manifestar en lo humano la verdad esencial de la realidad misma: que la trascendencia impregna, satura y hace evolucionar la totalidad de la creación inmanente.

Esta unidad es manifiesta para quienes están iniciados a lo que Jesús llamó la «conciencia del reino»; en otras palabras, los que están embriagados por el vino de la verdadera percepción y la dicha encarnada que el matrimonio sagrado siempre derrama sobre los que se atreven a beberlo. Como proclama la segunda carta de Pedro I, versículo 14: «El verbo se hizo carne para hacernos partícipes de la naturaleza divina». Participar de la naturaleza divina significa beber constantemente del vino del matrimonio sagrado para ir embriagándonos y transformándonos progresivamente, tanto por la paz extática como por el dinámico poder evolutivo de la naturaleza divina.

Esta comprensión del vino como símbolo de la dicha y del empoderamiento expansivo que proviene de la experiencia directa del matrimonio sagrado no es exclusiva de Jesús. Impregna el misticismo de Oriente Medio, tanto de los místicos judíos como de los sufíes islámicos. Los maestros tántricos budistas, taoístas e hindúes también lo emplean con vertiginosas variaciones.

En el misticismo cabalista, lo que se denomina vino «protegido» es un símbolo de la redención mesiánica. El vino protegido hace referencia al vino fermentado durante el tiempo suficiente para purificarlo de los posos. Simboliza tanto la transformación del mal como el *sefirot Binah* —la gran madre, también conocida como la *shekinah superior*—, cuya gracia une lo

que llamamos mal y lo que llamamos bien en el misterio de la conciencia unitaria. En muchos textos cabalísticos se describe al Mesías mismo como «adornado con vino superior».

Como escribió Mordechai Leiner de Izbica: «Desde el día en que se creó el mundo, él, el Mesías, ha estado lavando sus vestiduras en el vino superior». Este es el vino del éxtasis sobrio que produce el conocimiento más elevado, en el que todos los opuestos se reconcilian y se unen: Eros y ágape, cuerpo y alma, la mente luminosa y el corazón encendido, lo masculino y lo femenino, la oscuridad y la luz.

Para muchos cabalistas, el propósito del camino místico es preparar todo tu ser para beber este «vino superior», de modo que su alegría perfecta y sin posos pueda transfigurarte y convertirte en su encarnación humilde y real. Como escribió Leiner: «Bebed y convertíos en amantes embriagados, porque los brotes recientes necesitan ser regados desde el río más profundo, la madre sobrenatural, pues ella es la primera en darles de beber de ese vino» (*Cantar de los Cantares*, capítulo 5, versículo 1). Las correspondencias entre esta visión y el milagro de las bodas de Caná son obvias: Jesús, como Mesías y Cristo, a instancias de la madre sobrenatural, convierte el agua en este vino superior y mejor para que aquellos que luchan por encarnar lo que él representa y pone a su disposición se den cuenta, a través de su gracia, de su propio ser indiviso, plenamente humano y plenamente divino.

Sin embargo, la expresión más plena de esta interpretación del vino se encuentra en la poesía de Rumi, en la que se alude de manera más exhaustiva a todos los significados relacionados con el vino en estos seis versos de *El Mathnawi*:

El vino de la divina gracia es ilimitado.
Todas las faltas provienen únicamente de las faltas de la copa.
La luz de la luna inunda todo el cielo de horizonte a horizonte.
Cuánto puede llenar tu habitación depende de sus ventanas.
Concede una gran dignidad, amigo mío, a la copa de tu vida;
el Amor la ha diseñado para contener Su vino eterno.

Estas seis líneas resumen el mensaje central del milagro de las bodas de

Caná: la gracia divina ilimitada llega a nosotros desde el hecho esencial del matrimonio sagrado de trascendencia e inmanencia, puesto que lo Divino mismo es ilimitado tanto en presencia como en poder evolutivo.

En la tercera línea, Rumi desvela qué nos revelará beber el vino ilimitado de la gracia divina cuando estemos preparados: «La luz de la luna inunda todo el cielo de horizonte a horizonte». Esto se refiere a la experiencia que todos los místicos del matrimonio sagrado reconocen que es clave para nuestra «participación cada vez más consciente en la naturaleza divina»: la experiencia de la luz eterna como fundamento y sustancia de todo cuanto existe. Como saben todos los místicos realizados, esta luz es blanca como el diamante —luz de luna— e inunda todo el cielo de nuestro conocimiento iluminado para revelar finalmente y de forma inolvidable su presencia en y como todas las cosas, incluyendo, por supuesto, a nosotros mismos.

Sin embargo, la cuarta línea de Rumi: «Cuánto puede llenar tu habitación depende de sus ventanas» revela que, aunque esta experiencia del vino divino pone fin a una vida, da comienzo a otra, que sigue desplegando realizaciones cada vez más frescas y profundas de la unidad. En muchas tradiciones, tal experiencia se anuncia como la iluminación definitiva. Los místicos del matrimonio sagrado saben que, si bien esta experiencia altera permanentemente nuestra percepción y conocimiento de la realidad, es solo el comienzo de otro viaje asombroso y agotador. Otro viaje a través del cual «casamos» lo que se nos ha revelado y se ha revelado en nosotros con los distintos aspectos y facetas de nuestra encarnación: el corazón, la mente, el alma y el cuerpo progresivamente divinizado.

En las dos últimas líneas, Rumi escribe: «Concede una gran dignidad, amigo mío, a la copa de tu vida; el amor la ha diseñado para contener Su vino eterno». Rumi no habla de la «copa de tu mente», ni siquiera de la «copa de tu corazón». Con una audacia propia de Jesús, escribe la «copa de tu vida». Esto nos muestra que, a medida que todo tu ser, mente, corazón, alma y cuerpo se convierten en una ventana, se vuelven transparentes a la gracia, y nos damos cuenta de que lo que nos ofrece la gracia divina ilimitada es la vida en el centro de nuestra propia vida, la naturaleza divina misma. Entender esto va mucho más allá de la comprensión normal de lo

que es la iluminación.

Si conviertes la iluminación —como todas las tradiciones patriarcales tienden a hacer drásticamente— en un asunto relacionado solo con el despertar de la conciencia, y no en una transmutación de todas las emociones, los deseos y la vida física misma, ni siquiera sabrás —a menos que la gracia te instruya directamente— que el despertar de la percepción divina solo es el comienzo de lo que te ofrece la infinita generosidad del amor divino. Nunca sabrás lo que Jesús, Rumi y los demás místicos del matrimonio sagrado llegaron a saber. El significado más profundo del milagro de las bodas de Caná es que tú mismo eres un matrimonio sagrado de luz y materia, capaz de nacer a fusiones cada vez más poderosas de ambas cuando bebes y sigues bebiendo el mejor vino: el vino de la sabiduría y la dicha de la Divinidad Femenina, que crea e impregna toda la realidad, tanto creada como increada.

Cualquier vergüenza u odio hacia el cuerpo es, por lo tanto, una forma de blasfemia, y no es el resultado de honrar el espíritu, sino de la ignorancia de que el cuerpo mismo es una creación de la luz, impregnada y activada por el espíritu a través de sus centros sutiles, llamados chakras en el sistema hindú, pero conocidos en todas las tradiciones místicas con descripciones ligeramente diferentes. El hecho de que este conocimiento sublime y gozoso no haya impregnado nuestra conciencia humana global es un oscuro tributo a la ortodoxia patriarcal, que ha desfigurado de diferentes maneras todas las religiones del mundo.

***

ESTO NOS LLEVA AL SIGNIFICADO potencialmente más radical del milagro de convertir el agua en vino que obra Jesús en las bodas de Caná. Al convertir el agua en vino en una boda, Jesús estaba transformando simbólicamente el agua de la sexualidad ordinaria y no iluminada en el vino del éxtasis revelador de una sexualidad impregnada de adoración y conciencia divina. Su conciencia de sí mismo como encarnación divina le proporcionó un conocimiento directo de todos los seres humanos como encarnaciones divinas, dotadas de un potencial evolutivo infinito. La experiencia que tuvo

de sus propios impulsos y deseos físicos, como irradiaciones del amor divino con el que él era uno, le dio una conciencia directa de lo que podría llegar a ser la sexualidad humana si se viviera con una experiencia arraigada del matrimonio sagrado entre la trascendencia y la inmanencia. [La sexualidad humana] Puede ser el lugar del encuentro directo y transfigurador con las sagradas energías creativas del padre/madre mismo.

A la luz de la visión y la presencia del padre Bede Griffiths, he comprendido que Jesús, al convertir el agua en vino, estaba mostrándonos a los seres humanos el camino para bendecir la sexualidad, entendiéndola como expresión del éxtasis del matrimonio divino en la vida humana, y para experimentar la sexualidad, a través de su consagración, como una iniciación a las energías creativas de la dicha del universo.

A mis 70 años sé que mi cuerpo y mi sexualidad son sagrados; que el cuerpo y la sexualidad de todas las personas, como los míos, son capaces de ser sutil, mágica y progresivamente divinizados, y que este proceso de divinización es uno con la plenitud de la conciencia crística. De hecho, esta es su mayor bendición, ya que a través de su gracia todo el ser humano queda inseparablemente interconectado con lo Divino en el núcleo del corazón de la vida.

Durante treinta años me he sumergido en el estudio de los sistemas budista y tántrico. En ambos encontré una celebración del poder de lo Divino Femenino para iluminar la sexualidad consagrada y revelarla como una puerta hacia la unidad, hacia la conciencia divina que todo lo impregna. En Caná, ahora veo a María como una madre que pide una revelación de este poder, y de su potencial de sanación y transformación.

También me sumergí en un estudio detallado de las fuentes del misticismo judío en las que Jesús podría haberse inspirado. Lo que descubrí requeriría un extenso libro para exponerlo de manera exhaustiva. Pero para nuestros actuales propósitos, intentemos comprender la conciencia y el propósito del hombre que conoció a su consorte predestinada en aquella sala abarrotada de Cafarnaúm. Tres corrientes interrelacionadas del judaísmo místico confirman y amplían el análisis que he ofrecido aquí de lo que he llegado a llamar el sacramento de Caná. Estas tres corrientes son:

- El misticismo del matrimonio sagrado entre lo masculino y lo femenino en el primer templo.
- Las profundas revelaciones místicas que surgieron del homenaje de ciertos místicos judíos, contemporáneos de Jesús, al *Cantar de los Cantares*.
- La brillante comprensión de la sexualidad consagrada que surgió de ambas corrientes. Los místicos matrimoniales de la cábala posterior la cristalizaron en una visión de que la práctica reverente de lo que uno de ellos, Najmánides, llamó «santidad sexual», podía transformar tanto la sustancia como la evolución de la raza humana.

Lo que Jesús había llegado a ver, tanto en su primer milagro en Caná como en su reconocimiento de María Magadalena y en su amor humano y divino por ella, refleja las tradiciones de sabiduría tántrica de Oriente y también la sabiduría más rica de la tradición en la que nació y de la que se nutrió.

Antes de presentarte, de forma precisa, breve y potente, estas tres corrientes de lo que llamo «la tradición judía de la santidad sexual», te invito a integrar lo que te he ofrecido hasta ahora sobre el misterio del vino en el milagro de Caná.

Imagina el «vino» que Jesús manifiesta en Caná como un torrente de luz dorada que lo transforma todo y entra en todo su ser a través de la parte superior de la cabeza. Deja que esa luz entre en tu mente y la transforme en una mente radiante de conocimiento divino. Deja que se derrame desde allí hacia tu corazón, y que se expanda hasta convertirse en un sol que irradia su luz por todo tu cuerpo. Toma la luz dorada que se derrama en todos los huesos, músculos y células de tu cuerpo e imagina que irradia luz dorada a toda la creación, como lo hizo María Magdalena en su asombrosa aparición ante mí en el sur de Francia.

Ahora estás saturado de luz dorada (el vino) en cada parte de tu cuerpo, e irradias desde él a todo el universo. Siente que ahora estás plenamente vivo, en tu plena humanidad divinizada. Si quieres, realiza esta práctica dos veces, lentamente, con una concentración relajada pero intensa, y

comenzarás a saborear profundamente el matrimonio sagrado de la trascendencia y la inmanencia en tus genitales, huesos y pies, así como en tu corazón y mente iluminados.

Ahora imagina cómo cambiaría tu vida si este sabor se convirtiera en un conocimiento constante y normal que irradiara sobre todo lo que eres y haces, desde cocinar hasta ir de compras, hablar con tus amigos, hacer el amor y servir a los demás. Ahora estás listo para entrar en las tres corrientes de revelación de la tradición judía de la santidad sexual.

Un consejo para cuando leas las próximas páginas: mantén viva en tu corazón la imagen de María Magdalena y Jesús, encontrándose por primera vez en aquella ruidosa y bulliciosa sala de Cafarnaúm. En las páginas que siguen, deja que la información sagrada que ofrecen haga que esa imagen sea cada vez más hermosa, santa e incandescente.

***

COMENCEMOS CON EL MISTICISMO del matrimonio sagrado en la espiritualidad del primer templo. Las brillantes investigaciones modernas de Margaret Barker y otros han revelado que, en la tradición más antigua de Israel, Yahvé era concebido como masculino y femenino. Fueron lo masculino y lo femenino quienes crearon, sostuvieron y desarrollaron el mundo.

Como escribe Betty Kovacs en *Merchants of Light*: «Yahvé era ambos, masculino y femenino. El lado femenino de Yahvé se llamaba Sabiduría, la consorte de Yahvé, la Reina del Cielo, la brillante y radiante cuya enseñanza era como la luz del amanecer. Ella era la gran dama, virgen, lámpara de los dioses, Espíritu Santo, madre nutricia y consorte del rey humano, el aceite de la unción para los sumos sacerdotes, el sol alado y el gran árbol de la vida en el jardín de los dioses llamado Edén. Ella era el agua de vida que fluía de las fuentes del cielo, los cuatro ríos que fluían del Edén. Y era ella quien llevaba a todas las parejas de opuestos a un equilibrio armonioso. Se nos dice que el espíritu de Yahvé era el espíritu de Sabiduría».

En el libro bíblico de Jeremías se apoya también esta antigua tradición. En él, Yahvé pregunta al profeta Jeremías: «¿No ves lo que hacen en las

ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén? Los niños recogen leña, los padres encienden el fuego y las mujeres necesitan masa para hacer pasteles para la Reina del Cielo». Según esto, la propia Biblia da testimonio de la importancia del culto a la diosa Asera en la vida del pueblo del antiguo Israel y Judá.

Los deuteronomistas en la época de Josías, rey de Judá, estuvieron a punto de borrar esta antigua tradición de que Yahvé era masculino y femenino en el 621 a. C. Durante una renovación del templo, el sumo sacerdote de Josías, Hilcías, afirmó que había desenterrado un pergamino que pretendía ser el *Libro de la Ley* de Yahvé, procedente de Moisés. Actualmente, la mayoría de los eruditos creen que ese pergamino era una falsificación escrita por Josías o Hilcías, o una colaboración entre ambos. Utilizando la indiscutible autoridad de este pergamino «milagroso», Josías inició su propia serie de reformas revolucionarias, diseñadas para que Israel volviera a la religión inventada sobre el pasado de Moisés y sus antepasados. Esto supuso un borrado despiadado y metódico de todo lo relacionado con la consorte femenina de Yahvé, Hochmah/Asherah.

Todos los objetos asociados con ella fueron retirados del templo. Sus bosques sagrados fueron talados, sus altares destruidos, sus imágenes sagradas quemadas y su literatura sapiencial excluida de los escritos sagrados. Asimismo, todas sus historias fueron reescritas drásticamente bajo la dirección de los deuteronomistas. En el «nuevo Génesis» del mito del Jardín del Edén, el árbol cósmico de la vida —sagrado para ella— se convirtió en el árbol del conocimiento del bien y del mal, del que un Yahvé exclusivamente masculino prohibió comer a Adán y Eva. En esta nueva historia, la propia madre divina se transformó en Eva, retratada como una mujer peligrosa y tortuosa que se dejó seducir por la serpiente para convencer a su hombre de que comiera el fruto prohibido, sumiendo así a la humanidad en la muerte y el exilio del Edén.

El árbol cósmico, que en la antigua tradición brillaba con los frutos dorados de la sabiduría iluminada y la inmortalidad, se convirtió en el vehículo de la caída de la humanidad, y la majestad y la bendición de Asera se distorsionaron cuando el deuteronomista redujo su papel a la figura de Eva, convirtiéndola en una fuente no de vida fértil y abundante, sino de

muerte y devastación.

Sin embargo, a pesar de todos los violentos y fanáticos esfuerzos de Josías y sus secuaces (los deuteronomistas), los recuerdos de la celebración del matrimonio sagrado en el Primer Templo nunca se borraron por completo. La tradición rabínica nos dice que el arca del Sancta Santorum del Segundo Templo construido por Salomón contenía no solo la ley, sino «un hombre y una mujer unidos en intimidad en forma de un hexagrama que era el matrimonio de dos triángulos: el fuego masculino mirando hacia arriba y el agua femenina mirando hacia abajo y hacia la tierra».

Los estudios modernos también han dejado claro que, aunque las reformas de Josías reformularon drásticamente los escritos sagrados y, por tanto, la práctica judía ortodoxa, muchos judíos siguieron creyendo en secreto que el Primer Templo era el verdadero, y conservaron en secreto el antiguo culto a la sabiduría como Reina del Cielo. Incluso un gran número de sacerdotes luchó con las fuerzas babilónicas contra Jerusalén en el año 586 a. C. debido a la purga de Josías contra la Reina del Cielo y las tradiciones del Primer Templo. Los refugiados que huyeron a Egipto tras la destrucción de Jerusalén por los babilonios insistieron en que el desastre se debía al castigo divino por haber abandonado la sabiduría. En su propio templo de Elefantina, continuaron adorando a Yahvé junto con su consorte, ahora llamada Anath.

En la época de Jesús, los recuerdos de la antigua tradición del Primer Templo seguían vivos en los numerosos grupos místicos judíos que no aceptaban ni la autoridad romana ni la judía ortodoxa, y condenaban a ambas porque las consideraban corruptas. Entre ellos se encontraban los esenios, a quienes, casi con total seguridad, Jesús visitó en su asentamiento en el desierto, cerca de Qumrán. Estaban comprometidos con lo que creían que era la verdadera alianza entre Dios e Israel, y buscaban renovar esta antigua verdad en su asentamiento.

Jesús cita ampliamente fuentes esenias, tanto en el Sermón de la Montaña como a lo largo de sus enseñanzas. Es poco probable que él mismo fuera esenio, como han afirmado algunos estudiosos, ya que estos eran, en su mayoría, hombres mayores monásticos que vivían en la austeridad y la sencillez, y Jesús no era en absoluto monástico y vivía

deliberadamente entre todo tipo de personas. No hay duda de que respetaba muchos de sus principios como por ejemplo, el reparto de la propiedad, su nuevo y radical orden democrático, su distribución del trabajo, la comida, la ropa y el alojamiento, su respeto por la libertad y su forma de vivir en paz, sin permitir las armas. Los respetaba y aprendía de ellos.

Había otros grupos de los que también podría haber aprendido esta antigua tradición del Primer Templo. Durante el periodo helenístico, los estudiosos han demostrado que había varios grupos de judíos que mantenían viva esta tradición, algunos en Jerusalén y otros en las zonas circundantes. Otros se encontraban en Egipto, como los Terapeutas, a quienes Filón de Alejandría elogió por su forma de vida sagrada. Además, como aclara E. R. Goodenough en *By Light, Light: the Mystic Gospel of Hellenistic Judaism*, muchos de estos grupos judíos también estaban abiertos al misticismo del matrimonio sagrado de la tradición mistérica griega: «El judaísmo en el mundo de habla griega, especialmente en Egipto, se había transformado en un misterio».

Jesús pudo haber sido iniciado en este «misterio» del matrimonio sagrado. Asera estaba viva en él al igual que Yahvé. Incluso antes de conocer a María Magdalena, él se sabía tanto hijo de la madre divina encarnada como del padre trascendente, el absoluto.

La tradición del *Cantar de los Cantares*

El *Cantar de los Cantares*, que en la época de Jesús lo llamaban *Cantar de Salomón*, es una recopilación del siglo IV o V a. C., elaborada posiblemente por un único editor, de canciones de amor e himnos nupciales hebreos, sirios, egipcios o moabitas que se cantaban en ceremonias matrimoniales y banquetes.

Probablemente, el canto se incorporó al canon hebreo como resultado de la interpretación alegórica —aún dominante en el judaísmo ortodoxo— que equipara al «novio» del Cantar con Dios y a la «amada» o «sulamita» con Israel. Una larga lista de brillantes místicos cristianos —desde Orígenes y Gregorio de Nisa, Guillermo de Saint-Thierry y Bernardo de Claraval— adoptó y adaptó esta idea para quienes la relación entre el «novio» y la «amada» representaba de forma apasionada y mágica el vínculo íntimo entre Cristo y su Iglesia, o entre Cristo y el alma humana buscadora, o entre Cristo y el alma en la unión eucarística.

Esta interpretación exclusivamente mística y trascendental del erotismo extático del *Cantar de los Cantares*, tanto en el judaísmo ortodoxo como en la tradición mística cristiana, podría no ser la única que Jesús conoció y por la que se sintió inspirado. En muchos de los grupos espirituales judíos activos en su época, el *Cantar de los Cantares* se celebraba y se exploraba como una revelación misteriosa de la belleza, la fuerza y el poder que podían desvelarse, liberarse y activarse mediante la sexualidad humana, cuando se impregnaba del amor y el éxtasis divinos. Estos grupos no sabían lo que los estudiosos saben ahora, que el *Cantar de los Cantares* es una recopilación de canciones profanas sobre el matrimonio. Habrían aceptado la creencia tradicional de que había sido compuesto por el rey Salomón. Como parte de esta creencia tradicional, su composición estaba vinculada al famoso encuentro de Salomón con la Reina de Saba, o a su matrimonio con la hija del faraón. Su glorioso erotismo no era un mero símbolo del éxtasis místico, pues era tan terrenal y real como exaltado y divino: la revelación que había vivido un hombre que combinó un amor santo por las mujeres con una insuperable sabiduría divina.

Basándose en esta visión de Salomón como un ser completo humano y

divino, ciertos grupos de la época de Jesús celebraban el *Cantar de los Cantares* y trabajaban con él íntimamente. Interpretaban los apasionados intercambios entre los amantes como si fueran simultáneos entre Salomón y la amada humana, y Salomón y la Divinidad Femenina encarnada en su amada humana. Para ellos, y quizás también para Jesús, el *Cantar de Salomón* cantaba el misterio divino y la revelación que reside en el corazón del amor sexual humano. Así mostraban que, cuando la sexualidad humana se vive en adoración y consagración, puede llevar a ambos miembros de la pareja a desvelar su identidad divina —a beber el vino que Jesús manifestó en las bodas de Caná—, cuyo sabor hacía extáticamente evidente el matrimonio de lo inmanente y lo trascendente en todas las cosas.

Hace veinte años me reuní en Safed con un grupo de jóvenes cabalistas israelíes, bulliciosos e iluminados, para compartir su sabiduría sobre este aspecto de la tradición del *Cantar de los Cantares*. Había dos misterios a los que volvían una y otra vez, y que elaboraban con una intensidad cada vez más exuberante; dichos misterios son relevantes para nuestra comprensión de Jesús, de la conversión del agua en vino en Caná y de su encuentro con su «novia» en Cafarnaúm.

El primer misterio surge al contemplar la riqueza de las innumerables comparaciones con las que el *Cantar de los Cantares* intenta describir la belleza física de los amantes. El cuerpo de la amada es un jardín, una ciudad con sus torres, un ejército de estandartes. Sus labios son como hilos de miel, sus pechos como racimos de uva o como dos cervatillos gemelos. Su vientre es un haz de trigo, su ombligo una copa de vino. El novio es un ramo de mirra, un manzano entre los árboles del bosque o una gacela.

Uno de mis amigos cabalistas me dijo:

—Para nosotros, esto significa que cuando se experimenta una sexualidad directamente divina porque se le ofrece a lo Divino en oración, se reconoce que el éxtasis engendrado es la fuerza creativa del amor del universo entero. La belleza que los amantes celebran el uno en el otro los une, a través de este reconocimiento, a la belleza de toda la creación. Si lees el *Cantar de los Cantares* siendo consciente de esto, notarás que la abundancia de imaginería sensual tiene el efecto mágico de hacer que las imágenes de la creación estén más presentes que los propios cuerpos

humanos de los amantes, que se vuelven sombríos, misteriosos y se desvanecen hasta desaparecer en un campo de unión extática con el cosmos. Cuanto más se acumulan las metáforas, más intercambiables se vuelven, y más se convierte el deseo, que tan apasionadamente canta en el *Cantar de los Cantares*, en una celebración polimórfica de todo lo que existe.

El segundo misterio se refiere al propio Salomón como arquetipo del rey sabio, como lo es Jesús para los místicos cristianos.

Mi amigo más cercano del grupo trajo un texto del *Zohar Hadash Shir Hashirim* a nuestra mesa de desayuno, en la pequeña plaza de piedra dorada donde nos reuníamos cada día.

—He dejado lo mejor para el final —dijo, y luego leyó muy lentamente —:

«Cuando se construyó el [segundo] templo abajo y se estableció firmemente el santuario, se pudo revelar el *Cantar de los Cantares*, ya que el santuario necesitaba unirse con el santuario».

Leyó esta frase dos veces para asegurarse de que yo comprendiera lo radical que era vincular la construcción del segundo templo con la divulgación del *Cantar de los Cantares*.

—El texto —continuó— sigue diciendo que cuando Israel estaba en el desierto, sus pecados y dudas hicieron que la unión erótica de Yahvé con la Shekhinah fuera ahor be ahor, espalda con espalda.

Cuando los israelitas cruzaron el río Jordán y entraron en la Tierra Prometida, los hombres y las mujeres fueron separados. Como dice el texto: «Cuando Israel cruzó el río Jordán y Moisés murió, el Santo la apartó a ella, la mujer, la *shekinah*, y la instaló en el tabernáculo de Shiloh.

Esto inició un nuevo proceso de fusión gradual entre lo masculino y lo femenino después de la separación, que culminó con la finalización del templo, donde el texto dice: «Ella se unió al rey Salomón y los mundos quedaron cara a cara».

La relación entre lo masculino y lo femenino llegó a ser de cara a cara, un nuevo encuentro extático y revelador que reflejaba y emanaba el poder y la alegría de la realidad divina. El texto dice que en el momento en que los mundos volvieron a estar cara a cara, «todos los descendientes malignos y todos los espíritus malignos desaparecieron del mundo y dejaron de tener

dominio».

Hizo una pausa y, con la voz un poco temblorosa, leyó las siguientes líneas del *Zohar Hadash Shir Hashirim*: «Y en ese momento, cuando el mal fue eliminado del mundo y la Mujer y su Hombre quedaron cara a cara, fue cuando se reveló el *Cantar de los Cantares*».

Cuando la «mujer» en María Magdalena y el «hombre» en Jesús se encontraron en Cafarnaúm, como pronto entenderás, se desató una revelación fresca y profética de la tradición del *Cantar de los Cantares*.

La tradición judía de la santidad sexual

Después de esa semana de conversaciones en Safed, varios de los amigos que había hecho mantuvieron correspondencia conmigo. Me enviaron poemas y listas de libros, y me animaron apasionadamente a explorar lo que para ellos era la cordura divina del sistema cabalístico, al que le atribuían la característica de llevar a su más rico despliegue los temas esenciales ya latentes en el judaísmo antiguo. Una y otra vez, las cartas y los correos electrónicos hacían hincapié en tres temas interrelacionados: (1) que Yahvé es tanto masculino como femenino; (2) que la creación de Yahvé era y es una extensión de Dios en la que encontramos, directamente en tiempo y espacio, lo infinito revestido de finito; y (3) que el propio cuerpo humano es un holograma del árbol de la vida sefirótico, y todas sus energías y deseos son potencialmente divinizables mediante la intención consciente y sagrada.

Uno de estos amigos —al que llamaré Eliezer, ya que desea permanecer en el anonimato— se encargó de educarme en lo que él llamaba la tradición de la santidad sexual. Las dos cartas de treinta páginas que me escribió con tanta generosidad y fervor siguen siendo una de mis posesiones más preciadas.

En su primera carta, me envió esta cita del cabalista español Moisés de León. Por favor, querido amigo, lee esto despacio, dos veces, y registra en todo tu ser cómo esta enseñanza radical revierte y amplía lo que han enseñado las tradiciones esotéricas patriarcales tanto del judaísmo como del cristianismo:

«El propósito del alma al entrar en este cuerpo es desplegar sus poderes y acciones en este mundo, ya que necesita un instrumento. Al descender a este mundo, el alma aumenta el flujo de su poder para guiar al ser humano a través del mundo. Así, ella se perfecciona a sí misma por encima y por debajo, y alcanza un estado superior porque se siente realizada en todas las dimensiones. Si no se siente plena tanto arriba como abajo, no está completa.

»Antes de descender a este mundo, el alma es emanada del misterio del nivel más alto. Mientras está aquí, este mundo inferior la completa y realiza. Al abandonar este mundo, se llena de la plenitud de todos los

mundos, el mundo superior y el inferior.

»Al principio, antes de descender a este mundo, el alma es imperfecta; le falta algo. Al descender a este mundo, se perfecciona en cada una de las dimensiones».

En el largo comentario que Eliezer me escribió, decía: «Este pasaje celebra lo que esta tradición sabe con más precisión y elocuencia que cualquier otra de la cábala: que el propósito del alma al entrar en el cuerpo es divinizarlo, junto con todas sus energías y deseos. El alma no se daña ni se limita al entrar en el cuerpo, como sostienen las formulaciones ascéticas de otros sistemas occidentales y orientales, en detrimento de la santidad innata de toda vida. Por el contrario, el alma entra en el cuerpo extáticamente, con gratitud, porque sabe que a través del cuerpo su sabiduría y su alcance se expandirán de manera inconmensurable. A través de su unión con el cuerpo, el alma «se perfecciona arriba y abajo, y alcanza un estado superior porque se siente realizada en todas las dimensiones».

Al final de su carta, dijo: «Medita sobre todo esto. En dos semanas, te enviaré algo más que te cambiará la vida». Dos semanas después, Eliezer me envió algo que realmente me ha cambiado la vida. Me envió los siguientes cinco párrafos de la carta *Iggeret ha-Qodesh* sobre «Santidad sexual», del siglo XIII, atribuida al rabino Moisés Ben Nachman, también conocido como Nahmánides, un rabino español que emigró a Palestina. Nunca olvidaré la alegría que inundó mi ser cuando leí por primera vez estos párrafos lentamente, frase por frase, como si estuviera bebiendo el mejor vino del milagro de las bodas de Caná. Recuerdo que también pensé: «Ojalá hubiera sabido este secreto desde siempre. Toda mi vida emocional, espiritual y sexual habría sido diferente». Una vez más, querido amigo, te invito a leer las palabras de Nahmánides dos veces, lentamente, permitiendo que te despierten directamente a ti mismo.

Aquí está la cita que me envió:

«La unión sexual es santa y pura cuando se realiza de la manera justa, en el momento adecuado y con la intención correcta. Que nadie piense que hay algo vergonzoso o feo en tal unión. ¡Dios no lo quiera! Al tipo correcto de unión se le llama conocer. No se le llama así por nada. A menos que fuera muy santo, no se le llamaría conocer...

»Nosotros, que poseemos la *Santa Torá*, creemos que Dios creó todo según lo decretó la sabiduría divina. Dios no creó nada vergonzoso ni feo.

»Si la unión sexual es vergonzosa, entonces los genitales también lo son. Sin embargo, Dios los creó. ¿Cómo podría Dios crear algo impuro, deshonroso o deficiente? Después de todo, la *Torá* afirma que Dios vio todo lo que había hecho. Y consideró que era muy bueno.

»La evidencia es clara en el relato de la creación: los dos estaban desnudos, el hombre y su mujer. Sin embargo, no sentían vergüenza. Antes de comer del Árbol del Conocimiento, contemplaban las formas puras, y su intención era completamente santa. Para ellos, los genitales eran como los ojos o las manos que estaban en otras partes del cuerpo.

»Cuando la unión sexual es por el bien del cielo, no hay nada tan santo o puro. La unión del hombre y la mujer, cuando es correcta, es el secreto de la civilización. De este modo, uno se convierte en socio de Dios en el acto de creación. Este es el significado secreto de la frase de los sabios: cuando un hombre se une a su mujer en santidad, la presencia divina está entre ellos.

»El pensamiento humano tiene el poder de expandirse y ascender hasta su origen. Al unirse a la fuente, se une con la luz superior de la que emanó; ella y él se convierten en uno. Entonces, cuando el pensamiento vuelve a emanar, todo se convierte en un solo rayo. La luz superior es atraída hacia abajo por el poder del pensamiento. De esta manera, la presencia divina aparece en la Tierra. Una luz brillante resplandece y se extiende alrededor del lugar donde el meditador está sentado. Asimismo, cuando un hombre y una mujer se unen, y su pensamiento se une al más allá, ese pensamiento atrae hacia abajo la luz superior.

»Debes darle la bienvenida [a ella] con palabras que atraigan su corazón, calmen su mente y le traigan alegría. Entonces su mente se unirá con la tuya y tu intención con la suya. Habla con ella pronunciando palabras que despierten el deseo, el amor y la unión apasionada, con palabras que la lleven a sentir asombro ante Dios».

Y luego, en otra hoja de papel, Eliezer escribió:

«No puedo refrenarme de añadir una cita cabalística más. Después de esta, querido amigo, tendrás todo lo que necesitas para hacer que tu propia sexualidad sea tan santa y transfiguradora como sé que anhelas

profundamente que sea.

»Baruch Ben Abraham nos cuenta que durante años creyó que la instrucción de que uno debía santificarse durante la unión sexual significaba que debía santificar sus pensamientos, eliminando cualquier intención de sentir placer físico. “Algún tiempo después, Dios me favoreció”, escribe, “con un don de gracia, concediéndome la comprensión de la esencia de la santidad sexual. La santidad se deriva, precisamente, de sentir el placer. Este secreto es maravilloso, profundo e impresionante” (el énfasis es mío)».

Ahora, décadas más tarde, me doy cuenta de que era este secreto maravilloso, profundo e impresionante el que Jesús quiso poner al alcance de toda la humanidad al convertir el agua en el mejor vino en el milagro de Caná. Este secreto maravilloso, profundo e impresionante era el que Jesús iba a vivir con María Magdalena de una manera que los transfiguró progresivamente a ambos.

En la última parte de su carta, Eliezer escribió: «Hay otro secreto más que los cabalistas han conocido desde la época de Salomón. Abrirá todo tu ser.

»Cuando un hombre y una mujer viven su amor sexual de una manera consagrada y conscientemente divina, los hijos que nazcan de tal éxtasis concentrado nacerán en otro nivel evolutivo, pues todo su ser, su corazón, su mente, su alma y su cuerpo están sembrados con el código de luz de la divinización. Las personas que practican esta sexualidad divina se transformarán cada vez más por las energías de luz que descienden sobre ellas y las bañan —despertando los músculos, los huesos y las células internos a su origen en la luz divina—, y los hijos nacidos de ellas, de esta transfiguración, quedarán sembrados con todo lo necesario para activar este proceso y vivirlo, llevando así potencialmente a toda la humanidad a otro nivel evolutivo de encarnación divina. En su primer milagro, Jesús convirtió el agua en vino para anunciar esta asombrosa posibilidad evolutiva, y las tecnologías sagradas que ofrece el matrimonio sagrado de la inmanencia y la trascendencia».

Lo que ahora también he llegado a entender es que esta posibilidad evolutiva está abierta a todas las personas —independientemente de su género y sexualidad— que hayan sido bendecidas con un ser amado y

persigan el amor consagrado en una relación entre seres amados. Los «hijos» nacidos de la sexualidad consagrada pueden ser los medios para transformar la pasión y la sabiduría sagradas en cualquiera de las artes y las ciencias, así como para realizar obras de activismo sagrado y de justicia. De hecho, pueden actuar en cualquier ámbito que construya los caminos del nuevo nacimiento que está surgiendo con la muerte de la actual noche oscura global. Nada es imposible para los amantes imbuidos de las energías sagradas que el acto sexual divino invoca y libera. Nada es imposible para aquellos que, por separado y juntos, se fusionan en la santidad sexual.

Por favor, vuelve a leer lentamente los dos párrafos anteriores, dejando que su glorioso mensaje revolucionario —que mi investigación de más de treinta años ha encontrado reflejado en el shivaísmo de Cachemira, en el tantra secreto shivaíta y vajrayana, y en la alquimia taoísta— reavive tu asombro y esperanza.

En el milagro de las bodas de Caná, Jesús abre un camino transfigurador de amor evolutivo. En su relación con María Magdalena, él vivió ese camino en todo su esplendor y poder, al igual que la gran mujer santa que fue su consorte.

***

AHORA, POR FIN, PODEMOS VER, a partir de todo lo que hemos explorado juntos, que el encuentro entre Jesús y María Magdalena supone realizar y activar, en el núcleo de sus vidas, las múltiples revelaciones interrelacionadas del milagro de Caná. Es a la vez el encuentro de un hombre de 29 años y una mujer de poco más de 20, en pleno vigor y pasión de su juventud, y la unión divinamente diseñada de dos almas evolucionadas y encarnadas —con una intensidad y un coraje únicos— destinadas a experimentar y vivir juntas un camino radicalmente nuevo de amor evolutivo. Este es un camino que la Iglesia ha oscurecido durante milenios, privilegiando el celibato y demonizando el cuerpo y la sexualidad. Ahora es esencial que lo recuperemos con toda la riqueza posible, en todo su poder arquetípico y real.

A nivel arquetípico, el encuentro entre Jesús y María Magdalena refleja

la coincidencia de los opuestos de lo Divino Masculino y lo Divino Femenino en una visión primordial del matrimonio sagrado que impregna e ilumina, de maneras diferentes pero relacionadas, todas las grandes revelaciones místicas de la humanidad. En su encuentro en aquella sala abarrotada y ruidosa de Cafarnaúm, y en la noble y divina pasión humana que brotó de él, el padre trascendente y la madre encarnada se reúnen con la fuerza de Asherah-Shekinah —desterrada desde la destrucción del primer templo— y redimen a Yahvé. Por fin se consuman los apasionados anhelos de la «novia» y el «novio» en el *Cantar de los Cantares*.

Estas uniones arquetípicas ofrecen, a quienes comienzan a comprender, mediante la gracia el milagro de lo ocurrido en el encuentro entre Jesús y María, lo que dicho encuentro puso a disposición de estos: un río interminable del mejor vino de Caná, ese vino superior que nos empapa de conciencia divina encarnada, y activa las posibilidades de «expansión infinita», ayudándonos a convertirnos en padres de una raza humana nueva y cada vez más divinizada.

Por tentador que sea descansar en la gloria de tales reconocimientos arquetípicos, la revelación completa de lo que Jesús y María lograron a través de su amor solo puede abordarse si se intenta comprender lo que significó para ambos vivir una pasión tan revolucionaria, y lo que les costó en términos humanos concretos. Comenzar a comprender la constelación de uniones arquetípicas que alimentaron la pasión sagrada entre ellos es solo el principio. A continuación, tenemos que explorar cómo ellos, como seres humanos y cuerpos humanos en una época terrible y brutal, llegaron a vivir dicha unión para que nosotros también podamos empezar a encontrar la sabiduría y el coraje para vivirlas radicalmente en nuestra propia época terrible y brutal.

Contemplar la belleza del encuentro entre Jesús y Magdalena solo en sus dimensiones arquetípicas puede ser una forma de evitar el trabajo feroz, riguroso y transformador que debemos llevar a cabo para encarnar su esplendor evolutivo en nuestras relaciones más profundas, en un momento en el que el tiempo se está agotando para la raza humana.

El encuentro y la mirada

En las tradiciones posteriores del cristianismo gnóstico, en lo que se conoce como el Evangelio sofiano, tal como se describe en la brillante obra de Tau Malachi, *Living Gnosis*, podemos encontrar una historia que describe el primer encuentro entre Jesús y María. Es muy probable que sea apócrifa, pero, como escribe Cynthia Bourgeault, «parece verosímil tanto a nivel psicológico como espiritual».

En esta historia, el padre de María Magdalena, un hombre codicioso y mundano, la compromete a ella, una mujer hermosa y místicamente avanzada, con un rico comerciante de Babilonia. Sin embargo, de camino a Babilonia, unos ladrones atacan su caravana y a María Magdalena la venden como esclava y prostituta. Tras un periodo de brutal degradación, recupera su libertad, pero permanece prisionera del odio y la indignación.

Entonces, en un sueño, Magdalena recibe el mensaje de que debe regresar a su tierra natal y buscar al Ungido, que la liberará de su agonía. Este sueño que reconoce inspirado por lo divino la despierta, y parte inmediatamente hacia Tierra Santa. La historia nos cuenta que, en el preciso momento en que María Magdalena cruza el Jordán, Jesús se alza de las aguas del bautismo en las que la Voz anunció que era «mi hijo amado». Y lo que es aún más sorprendente, dado lo que hemos estado explorando, es que a continuación la historia dice que el día en que María Magdalena entra por primera vez en Tierra Santa, Jesús obra el milagro de las bodas de Caná. Como escribe Tau Malachi en *Living Gnosis*: «El gran misterio del evangelio ya se estaba revelando entre ellos antes de que se conocieran en este mundo».

María Magdalena encuentra el camino hasta donde Jesús está enseñando. Una multitud se agolpa a su alrededor y ella se esconde en la parte de atrás con la esperanza de pasar desapercibida. Pero mientras él habla, el Evangelio sofiano nos dice:

> En un momento dado, él la miró, captó su mirada y algo pasó entre ellos. Ella quedó atónita. Una energía y una vibración llenaron todo su cuerpo. Se le abrió la vista y vio la verdadera forma de él «como luz, fuego y verdad», y brotó en ella un amor como nunca había conocido.

Este párrafo sublime nos guía de la manera más profunda y sagrada hacia la verdad de lo que ocurrió entre Jesús y María cuando se encontraron. En los sistemas religiosos orientales se ha reconocido durante milenios que la «mirada o la mirada fija» de un maestro iluminado puede ser la forma más eficaz de iniciación.

Por ejemplo, en el *Advaita Vedanta* se dice que las cuatro formas más poderosas de iniciación por parte de un ser iluminado son, en orden ascendente, la enseñanza, el toque, el silencio y, por último, la mirada. El gran sabio hindú Ramana Maharshi, por ejemplo, rara vez hablaba y rara vez tocaba a nadie, excepto a los animales que amaba profundamente. Enseñaba en y a través del silencio y, como veréis, a través de su «mirada» directa y transformadora.

A sus 25 años, mi padre era el jefe de policía del distrito de South Arcot, donde se encontraba el ashram de Ramana, y conocía bien a Ramana, a quien amaba y quien le amaba a él. Cuando le pregunté cómo era el silencio de Ramana, respondió con una sola palabra: «ensordecedor». Y luego dijo: «Su silencio era trascendental, diferente a todo lo que he experimentado antes o después, pero no era nada comparado con su mirada. Muy ocasionalmente, cuando estaba con él, se volvía y me miraba sin parpadear durante unos largos, largos minutos. Todo mi ser se llenaba de lo que solo puedo describir como una gran paz. Como sabes, yo era y soy un cristiano acérrimo de la vieja escuela. Al principio me asustaba, pero conocía a Ramana, confiaba en él y utilicé lo que experimenté con él para ayudarme a imaginar cómo debía haber sido estar cerca de Jesús».

Y luego me contó la siguiente historia.

—Un día fui a presentar a Ramana a uno de los dignatarios más importantes de Madrás, el ministro estatal de Hacienda, que yo sabía que era un sinvergüenza; un brahmín elegante y educado en Eton, pero, al fin y al cabo, un sinvergüenza. Ramana apenas le prestó atención, lo que me divirtió en secreto y me hizo venerarlo aún más. El ministro quería que lo vieran meditando a los pies del Divino, así que nos sentamos en silencio. Pasaron unos minutos y, de repente, la tranquila sala se llenó de gritos. Un mendigo desaliñado y claramente borracho entró corriendo en la sala y empezó a gritar: «Dejad de decir tonterías. Dios no existe. Este viejo fraude

solo os está engañando. ¿Por qué no se busca un trabajo? Mi mujer y mis hijos murieron de cólera el mes pasado, mi cabaña se quemó la semana pasada y ayer el médico me dijo que tengo cáncer de pulmón».

»Los asistentes de Ramana lo agarraron y quisieron echarlo. Ramana les indicó que se detuvieran y dijo: «Traed a mi amigo». El hombre, todavía borracho y murmurando, se acercó y se quedó parado frente a él. Entonces Ramana dijo con profunda ternura: «Me entristece que hayas sufrido. Entiendo tu ira. Ven, siéntate y mírame a los ojos».

»En los dos años que llevaba conociéndolo, nunca le había oído hablar tanto. El mendigo, que estaba tan furioso, se calmó, se sentó y levantó los ojos hacia Ramana. El mendigo y el sabio se quedaron mirándose, y las lágrimas comenzaron a correr por el rostro del mendigo. Podía ver su rostro con claridad porque estaba a solo unos metros de distancia. No eran lágrimas de dolor o de rabia. Eran lágrimas de alegría. Cuando Ramana bajó la mirada, el mendigo se secó los ojos con la manga sucia, se levantó y salió de la habitación. En mi siguiente visita, lo vi trabajando en el jardín del ashram. Ramana lo había aceptado como discípulo.

—¿Qué crees que pasó en esa mirada? —le pregunté a mi padre.

Mi padre sonrió.

—Vio a Dios y todas sus preguntas fueron respondidas. Vio y experimentó a Dios, tal como hace Job después de todas sus miserias. Fue esa experiencia la que lo curó. Ramana le proporcionó esa experiencia. Fue la única vez que puedo decir que presencié un milagro. Por favor, no me preguntes ahora cómo lo transformó la mirada de Ramana. No tenía ni tengo ni idea. Nada de lo que conocía me había preparado para lo que vi, y lo recordaré hasta que muera.

En una de sus mejores odas, Rumi recuerda el poder revelador de la mirada de Shams y cómo le cambió para siempre.

La idea de una belleza definitiva salta
como un ciervo en mi corazón,
como la luna corriendo por el cielo,
como un lirio que levanta de repente
la cabeza entre la hierba del río.
Ves, todas las imágenes del mundo corren hacia tu imagen.

Virutas de hierro atraídas por un imán de luz.
El diamante se convierte en piedra ante ti,
los leones en pequeñas flores.
El sol se encoge ante ti, haciéndose más pequeño
que cualquier átomo.
En ti, ahora todo este mundo arde como el monte Sinaí.
Cada uno de sus átomos rebosa de fuego acuático.

***

Así, EN AQUELLA RUIDOSA SALA de Cafarnaúm, el hombre Dios y Dios hombre miraron a la mujer destinada para él, y ese «algo» que pasó entre ellos la dejó «aturdida». Todo su cuerpo se llenó de «energía y vibración». Pero no fue solo su cuerpo el que se sintió de una manera completamente nueva. Su vista se abrió —el centro de la visión que los hindúes llaman el *Ajna chakra*— y María vio al joven de pie, en la ruidosa habitación de Cafarnaúm, de una manera que la marcaría para siempre, con un amor vasto y ardiente que la poseería y seguiría transformándola por el resto de su vida y más allá.

En ese momento ella lo vio como no lo había visto ninguno de los discípulos —y quizás solo su madre—, tal y como era en su naturaleza crística esencial: «luz, fuego y verdad». Sus propias experiencias místicas y visionarias la habían preparado para esta revelación, repetida en la experiencia más íntima de innumerables místicos cristianos después de ella. Su agonía la había incinerado y vaciado tanto que la maravilla que estaba recibiendo podía estallar en las profundidades de su cuerpo, luego en las profundidades de su ser sagrado y, a continuación, lo unificaba todo en las profundidades de su «corazón sagrado», permanentemente destrozado y abierto.

Y fue entonces cuando brotó en ella un amor como nunca lo había conocido. Sus aperturas visionarias le habían dado las primeras muestras de ese amor. Estas muestras habían sido destellos abstractos del rayo del amor divino, la luz y el fuego de la verdad. Pero dichos destellos no habían sido suficiente para evitar el horror y el sufrimiento que la habían envuelto y

azotado hasta el borde de la locura suicida. Ahora, ese rayo se alzaba ante ella en el cuerpo y la presencia de un hombre solo unos años mayor que ella.

María Magdalena no fue exorcizada de siete demonios. ¿Cómo puede una frase tan sombría y plana describir lo que las palabras de estos textos gnósticos tartamudean para relatar? María Magdalena fue transfigurada por el ya transfigurado, Jesús el Cristo. Fue esa transfiguración la que la curó.

Pero eso no fue todo lo que sucedió en esa mirada compartida.

Jesús también fue transformado para siempre.

Creo que lo que ocurrió entre ellos en esa mirada que compartieron asombró, sacudió y transformó todo lo que él ya sabía, al igual que asombró, sacudió y transformó a María Magdalena y todo lo que ella había conocido.

***

CUANDO SHAMS CONOCIÓ a Rumi el 29 de noviembre de 1243, en la intersección de dos caminos cerca de la plaza principal de Konya, una visión de Alá le había dicho que fuera a Konya, e incluso le había dado el nombre de su amado predestinado. Sin e´mbargo, nada le preparó para el éxtasis que le inundó cuando Rumi se cayó del caballo, se tambaleó y corrió a sus brazos. Una y otra vez, en sus escritos sobre aquella época en el *Maqamat*, Shams exclama: «Nunca imaginé que pudiera existir un ser tan hermoso». Shams rezó durante una década para encontrar a un amigo querido que fuera lo suficientemente valiente para amar y aceptar todo lo que él era, y todo lo que se le había dado para que él lo diera a su vez. Alá le había mostrado que su deseo se había cumplido. Pero nada le preparó, ni podría haberle preparado, para la alegría divina que le provocó ese deseo que se cumplió o la pasión incandescente que fluía de él y del hombre cuya belleza interior le deslumbraba y le asombraba tanto como su propia majestuosidad deslumbraba y asombraba a Rumi.

Por muy divinizado que pueda estar alguien, incluso Shams, incluso Jesús, lo Divino tiene bajo la manga secretos asombrosos, secretos que siempre y para siempre llevan más lejos a quienes ya han viajado más que

nadie en el misterio del amor.

Para que se produzca, tal milagro de reconocimiento solo puede ser mutuo, por la sencilla y trascendental razón de que no puede tener lugar cuando queda algún rastro de separación en cualquiera de los amados; ya sean amigos íntimos, como en el caso de Shams y Rumi, o pareja sexual, como en el caso, creo, de Jesús y Magdalena.

Para saber que esto es cierto no hace falta ser Shams o Rumi, ni Jesús o María Magdalena. Cualquiera que haya amado a alguien con todo su ser —corazón, mente, cuerpo, alma—, ya sea humano o animal, ha saboreado esta revelación. En nuestra última conversación en su lecho de muerte, mi padre me dijo, con la que normalmente era una grandiosa voz británica, ahora temblorosa:

—Tu madre y yo llevamos casados cuarenta y seis años, y te diré que esta mañana la amo más que nunca, más de lo que jamás imaginé que podría amar a alguien, incluso a ella. Cuando viene a verme cada mañana, me quedo mirándola y lo único que pasa por mi mente es: ¿cómo he podido ser tan agraciado? Una mujer tan increíble, misteriosa, valiente y hermosa; y hemos estado juntos cuarenta y seis años, en medio de todo lo que la vida nos ha deparado. Dios sabe que sé que puede ser exasperante, especialmente cuando se lanza a contar una de esas historias que todos hemos oído mil veces. Y cuando bebe demasiado, Dios, especialmente cuando bebe demasiado y empieza a despotricar contra los socialistas, o los rusos, o cualquier otra cosa que pase por su mente desbocada. Pero ahora todo eso solo son detalles menores. Pequeñas picaduras de pulga, nada más.

Y luego añadió:

—Es muy extraño, Andrew. Ya no puedo pensar en mí mismo, en Bernard Alexander Fortescue McLeod Harvey, sin ella en mí y conmigo. No existo sin ella en mí y conmigo. Y lo único que lamento de morir es dejar a tu madre y nuestro amor.

Nos quedamos en silencio. Y entonces vi cómo se le iluminaba el rostro y esbozaba su maravillosa y majestuosa sonrisa, la que mi madre llamaba su «Clark Gable». Y dijo muy bajito:

—Yo también sé que nunca podré dejarla. Una vez que llega el amor verdadero, se queda. El evangelio de San Juan nos dice que Dios es amor.

Entonces, ¿adónde iría Dios?

Fue el discurso más largo que jamás había oído pronunciar a mi padre, y cada palabra era aún más preciosa y sagrada porque venía de él, pues, como Ramana, era un hombre de pocas palabras. La verdad del matrimonio sagrado y de la relación sagrada quedó grabada en mi alma para siempre. Lo último que me dijo mientras yo estaba de pie en la puerta, mirándole a los ojos por última vez, fue:

—Nunca olvides el amor que te creó. Que siempre te dé confianza y coraje.

Y mi cuerpo y mi ser, como los de María Magdalena, se llenaron de alegría.

La mirada como anunciación

Lo que la Iglesia ha pasado por alto, e incluso la mayoría de los místicos cristianos, salvo un puñado de mujeres como Hadewijch e Isabel de la Trinidad, es lo que Cynthia Bourgeault escribe con tanta delicadeza y sabiduría cuando comenta esta historia gnóstica en su majestuoso libro sobre María Magdalena: «¿Puede una mirada así pasar solo en una dirección? La historia deja claro que el impacto de ese algo que pasa entre ellos es tan irresistible para él como para ella». Y continúa: «Él (Jesús) la llama inmediatamente... Más tarde, según esta leyenda, tras un tiempo de reclusión en el desierto en el que él le imparte enseñanzas y la inicia, se casan y trabajan juntos como compañeros místicamente unidos».

A continuación, Cynthia Bourgeault escribe algo silenciosamente revelador: «En la vida real, si algo así hubiera ocurrido realmente, probablemente habría sido mucho más complicado y ambivalente. Para un joven maestro espiritual emergente de la época, que se identificaba a sí mismo como nazareno —es decir, como un asceta austero— solo cabe imaginar que su primer encuentro con esa mirada eterna a través de la cual se anuncia el amor verdadero debió de ser una repetición de la historia de su madre unos treinta años antes, cuando la repentina visita de un ángel anuncia solemnemente que la vida de uno no va a ser como uno pensaba. Aunque él también acabó llegando a ese mismo "deja que sea así", sospecho que no lo hizo sin una gran lucha interior».

Solo una mística iluminada que conoce la sutil resistencia incluso del hombre más iluminado a dejarse inundar e irradiar por el poder volcánico de lo Divino Femenino podría haber escrito eso. Jesús era el Cristo encarnado, pero también era un hombre cuya identidad religiosa humana se había formado, al menos en gran parte, en torno a los nazarenos esenios y Juan el Bautista; es decir, en torno a visionarios de la trascendencia y la ascesis. Aunque hablaba de forma apasionada y conmovedora de la sabiduría femenina, y de una manera que demuestra que ya estaba en sintonía con el arquetipo femenino de Dios, encontrarse realmente con ese arquetipo femenino en una mujer viva, que respiraba y era visionaria, debió sacudirlo hasta la médula. Y, en cierto modo, como dice Cynthia

Bourgeault, eso le costó una gran lucha interior.

La irrupción del amor inequívoco e ineludible en la vida de cualquier ser humano, incluso en la de alguien que es una encarnación de Dios, amenaza cualquier identidad que se haya formado previamente, y todos sus conceptos y teorías, por muy convincentes y magníficos que sean. Inicialmente, el encuentro con la Divinidad Femenina encarnada solo pudo haber sido perturbador para Jesús, en ocasiones incluso inquietante. A fin de abrazar e integrar plenamente lo que despertó en él la mirada hacia y desde la mujer con la que se encontraba cara a cara, tuvo que haberse rendido de formas que ni siquiera él podía imaginar. El encuentro con la auténtica Divinidad Femenina en toda su agonía, autenticidad, belleza y pasión desnuda es siempre una revolución; para las mujeres, sí, pero especialmente para los hombres, sea cual sea su sexualidad. Esto se debe a todos los derechos inconscientes y las superioridades secretas, en gran parte no reconocidas e infundadas, con las que se ha fortalecido cualquier ego masculino, incluso el más iluminado.

Si bien es fácil imaginar por qué una mujer de la estatura interna y la crucificadora experiencia externa de María Magdalena se habría sentido abrumada al encontrarse con Jesús en toda la belleza divina de su presencia, es esencial atreverse a imaginar por qué Jesús también se sintió abrumado por ella, por la profundidad de su alma, por la agonía que había atravesado y por la capacidad de iniciación, revelación y sabiduría que se había forjado en ella. Ella lo vio tal como era, todo «luz, fuego y verdad». Él la vio en ese momento tal como había sido, era y sería, todo a la vez, y su alma encarnada cayó ante la de ella con asombro y adoración atónita.

La reunión de las dos mitades de la realidad eterna y encarnada, de todos los arquetipos que hemos visto girar alrededor de su encuentro, solo podía ser igualitaria y mutua. ¿De qué otra manera podría producirse una reunión así, con sus trascendentales consecuencias para la humanidad, sino en el éxtasis del reconocimiento y la adoración en el que ambos quedaron transfigurados? Ella por él; él por ella.

Cuando dos amantes divinos se encuentran, nace un tercero, el Uno, y ambos no solo quedan cambiados, sino transfigurados. Como escribió Moisés de León en el Zohar: «Todos los espíritus del mundo están

compuestos de masculino y femenino. Cuando vienen al mundo, lo hacen como ambos, masculino y femenino. Después de eso, se separan a su manera. Si una persona es digna, entonces se unirán. Es decir, él encontrará a su alma gemela y se unirá a ella *en una unidad que afectará a todo lo espiritual y lo corporal*».

El sublime comentario de Cynthia Bourgeault sobre la historia del encuentro entre María Magdalena y Jesús indica otro gran secreto de su amor. Ella compara su impacto en Jesús con el impacto que la Anunciación tuvo en su madre. Así como el mensaje del ángel a la Virgen María y su rendición a él inauguraron una nueva era, la unión de Jesús y María Magdalena abrió para ambos —y a través de ellos para todos nosotros— un nuevo camino de amor encarnado, divino, humano y evolutivo. Tiene sus raíces, como hemos visto, en las profundidades inspiradas de la tradición judía, pero también trasciende esas raíces de maneras urgentes, dinámicas y transformadoras, que tuvieron que ser esculpidas y vividas en circunstancias aterradoras y agonizantes.

La tradición judía, a pesar de todo el conocimiento y la celebración que lo Divino Femenino hace de la valiente y radical santificación de la sexualidad consagrada, permaneció sutilmente aprisionada en el patriarcado. Fue este sutil encarcelamiento de lo Divino Femenino dentro de una tradición dominada por lo masculino lo que el amor, el amor humano y divino, real, igualitario y mutuo de Jesús y María, estaba destinado a destruir, de formas que desafían profundamente no solo la tradición judía, sino también los sistemas tántricos hindúes y budistas, que a menudo también se inclinaban hacia el empoderamiento y la liberación masculinos.

Lo que las iglesias nunca han sido capaces de afrontar, sumidas como todavía están en formas y dogmas patriarcales, es que el amor que surgió aquel día en Cafarnaúm entre Jesús y María no es solo el amor entre maestro y discípulo, sino, lo que es mucho más importante y radical, es el amor entre iguales, entre amados. Incluso en las iglesias progresistas, aquellos que afirman honrar la plenitud de este amor y abrazan su totalidad, rehúyen las implicaciones revolucionarias de la igualdad y la adoración mutua que conlleva: el desafío de transformar el mensaje de Jesús y los

dogmas e instituciones que afirman proteger y transmitir dicho mensaje y lo transmiten.

En la época de Jesús y María, este amor igualitario creó tal perturbación en los discípulos varones que rodeaban a Cristo, y en los escritores de los Evangelios, que fue minimizado o, como hemos visto, pervertido y eliminado por completo. Esta perturbación sigue siendo una potente fuerza de limitación y oscurecimiento, y una fuente de resistencia que es quizás más sutil que en siglos anteriores, pero, aun así, peligrosa.

Descubrir esta resistencia en los recovecos secretos de mi interior, y trabajar tenazmente con sus voces saboteadoras, ha sido una de las principales revelaciones que he tenido al escribir este libro; una revelación aleccionadora que me lleva a la humildad. Aunque en muchos sentidos nuestra época es la destinada a recibir la transmisión completa de la pasión sagrada de Cristo y Magdalena, recibirla verdaderamente seguirá implicando para mujeres y hombres una tremenda lucha interior. Significará una meticulosa y agotadora reescritura de muchos guiones, tanto seculares como sagrados, que hemos aceptado como verdades atemporales en lo más profundo de nosotros mismos. Tanto María Magdalena como Jesús tuvieron que morir en el amor que los unía y que continuó transformándolos y haciéndoles renacer, como nos ocurrirá a nosotros.

Las recompensas de esa muerte son incalculables y gloriosas, pero el proceso que conlleva puede ser desconcertante e incluso angustioso, e implica repetidos actos de valentía y fe en el empeño del Padre/Madre de darnos a luz por fin en nuestra propia magnificencia íntegra, humilde y radiante. Es mucho más fácil ser el amante del amado que reclamar con asombro y admiración el estatus del amado en la mente y el corazón, el alma y el cuerpo. Porque cuando empiezas a atreverte a hacerlo, mil voces internas, pulidas y autoritarias, se burlan de ti; te llaman loco, vanidoso y engañado. Y repiten de formas cada vez más sutiles y feroces los mensajes de odio hacia el cuerpo, de vergüenza sexual, y de la inevitable realización limitada que te mantienen esclavizado al pasado patriarcal y a sus limitadas visiones de «salvación» e «iluminación».

Lo que más me ha ayudado en mi propio camino es comprender que Jesús y María también debieron de luchar para afrontar, aceptar, vivir e

integrar el esplendor de lo que el amor les ofrecía. Esto me ha permitido recurrir a ellos cuando surgía una nueva dificultad para exponerles cada vez con más valentía mis dudas, inhibiciones e inseguridades. He recibido de ellos la gracia de seguir intentando abrirme paso, cueste lo que cueste, en el campo natal transfigurador que su amor establece, transmite e irradia.

La Virgen María debió recibir interinamente, junto con el mensaje de que estaba destinada a dar a luz al Ungido, la revelación de todo lo que eso les costaría a ella y a él. En aquella habitación de Cafarnaúm, Jesús debió de experimentar en un momento divino tanto la nueva primavera que el amor les ofrecía a él y a Magdalena (y a nosotros), como las dificultades, oposiciones e incluso terrores que vivirla inevitablemente atraería y conllevaría.

La Virgen María, a los 12 o 13 años, en su pequeña habitación de Nazaret, tuvo que sumergirse en las radiantes profundidades de su ser para encontrar el valor de pronunciar el fiat que cambió la historia de la humanidad. Asimismo, su hijo, emocionado y horrorizado por lo que se le revelaba a él y en él, a través de la mujer que tenía delante, tuvo que sumergirse en las profundidades de su propia conciencia divina para pronunciar el fiat que aceptaba y honraba el nuevo camino del amor humano divino encarnado, ese amor que se abría ante él como parte de la misión de transformar todos los términos de la vida terrenal que se le había asignado. Quizás no sabía que también se le pediría esto, ya que nunca se le había pedido antes a ningún profeta o avatar. Debió de intuir inmediatamente que no sabía, ni podía saber, todo lo que este nuevo tipo de amor le exigiría, y que ahora no había posibilidad de eludir sus rigores ni sus revelaciones.

El «sí» que estalló en aquella mirada entre él y María Magdalena tendría que repetirse en ellos una y otra vez, con una verdad y una entrega cada vez más profundas, hasta que su obra estuviera completa. Saber esto no disminuye quién era y es Jesús, como siguen afirmando algunos críticos patriarcales por falta de imaginación mística. De hecho, aumenta nuestro asombro por lo que su alma heroica estaba dispuesta a asumir, vivir, soportar y esforzarse por revelar. También ofrece la clave de lo que *nosotros mismos* debemos estar dispuestos a entregar para ser progresivamente

valientes y receptivos a aquello a lo que María Magdalena y Jesús están tratando de iniciarnos.

La relación de amor entre Sri Aurobindo y la Madre

La única relación comparable en la historia mística, que se desarrolló casi dos milenios después entre un hombre y una mujer iluminados, es la de Sri Aurobindo, el filósofo evolutivo y místico más grande, y su sagrada consorte e igual, la Madre Mirra Alfassa. Cuando en 1912, Sri Aurobindo conoció a la mujer que transformaría su vida y su obra de maneras innumerables y extraordinarias, ya se había dado cuenta de que él era una encarnación divina. Y Mirra Alfassa también había madurado hasta lograr comprender de una forma sorprendente y multifacética su destino como encarnación viviente de lo Divino Femenino.

Por los relatos de Aurobindo y Madre sobre su encuentro, sabemos que ambos reconocieron que estaba divinamente destinado, que revolucionó el camino espiritual de ambos y que su unión —infundiéndose, informándose, sosteniéndose, presenciándose, saludándose y animándose constantemente el uno al otro— se dedicaría a una labor de revolución evolutiva en constante expansión y profundización. Aurobindo aprendió de Mirra Alfassa —más tarde llamada simplemente «Madre»— el papel crucial de la luz supramental que desciende de la Madre en el nacimiento de una humanidad divina encarnada, que él ya sabía que era su objetivo. A partir de su tiempo con Aurobindo, Mirra confirmó y afianzó en sí misma el camino del nacimiento de una nueva humanidad que tanto sus visiones de la primera infancia como sus posteriores exploraciones del ocultismo y diversas tradiciones místicas ya habían encaminado.

Sabemos mucho sobre la evolución espiritual de su relación y sobre la continua evolución de Madre tras la muerte de Aurobindo. Se sintió inspirada a llevar el trabajo aún más lejos y directamente creó un nuevo yoga: el yoga de la transmutación de las células. Pero sabemos poco sobre lo que ocurrió entre ellos a nivel personal y humano. Biografías recientes han sugerido que inicialmente su relación fue sexual. Cuando Aurobindo conoció a Mirra, ella ya había tenido varias relaciones profundas con hombres de talento, además de dos matrimonios y un hijo, y claramente no estaba en un camino de negación del cuerpo. Aurobindo también había estado casado brevemente, pero, cuando la conoció, era un yogui célibe

plenamente dedicado a su propio despertar.

Como era de esperar, las biografías que sugieren un período de pasión sexual entre ellos —que sirvió para profundizar su intimidad e intensificar su dedicación mutua al trabajo con el que se habían comprometido— fueron recibidas con gritos de indignación y burlas, tanto por parte del ashram de Pondicherry como de las instituciones religiosas hindúes, que privilegian el celibato con la misma tenacidad que la Iglesia católica. Sin embargo, para muchos de nosotros, que los veneramos y aprendemos de ambos, aunque no se pueda demostrar nada, esta sugerencia y posibilidad solo aumenta nuestro asombro por el sublime gran amor que vivieron de manera tan continuadamente transformadora. También profundizan nuestra contemplación de la plenitud y de la finalidad de la unión que ellos conocieron y llevaron a cabo. Tanto si fueron amantes durante un periodo inicial como si no, sin duda estuvieron, al igual que Jesús y María, en una relación de amor, reconociéndose y honrándose mutuamente como iguales. Estuvieron involucrados de la misma forma en los detalles y la complejidad de la aventura evolutiva que emprendieron juntos, y que no podrían haber continuado sin el apoyo constante, el testimonio y el intrépido aliento del otro.

Ellos también representan, a su manera única y radical, el potencial dinámico del matrimonio sagrado. De esta manera, nos señalan un camino evolutivo de unión sagrada en los niveles más altos y profundos, que, como veremos, nos ofrece claves y pistas sobre lo que debieron ser Jesús y María Magdalena.

A finales de la década de 1970, cuando comencé a explorar la obra de Aurobindo y Madre, conocí al poeta y místico franco-canadiense Guy Lafond, que había conocido bien a Madre y había sido uno de los pocos que pudieron verla en el último periodo de su vida, cuando trabajaba en su yoga de la transmutación de las células. Un día me contó que le preguntó cuáles habían sido las principales dificultades de su vida con Aurobindo y del trabajo que habían emprendido como compañeros místicos. Guy sonrió, hizo una pausa y luego dijo:

—Sabes, la primera respuesta de Madre fue una tos larga, seca e irónica.

Luego, ella continuó:

—Dificultad es una palabra demasiado pequeña. Un teorema matemático es difícil. Tocar la *Toccata en Re* de Bach es muy muy difícil. Perfeccionar tu servicio en el tenis requiere años de difícil práctica. Pero el trabajo que Aurobindo y yo hicimos juntos fue más que difícil. Era desconcertante, confuso, agonizante, hilarante, temible, aburrido, imposible y apenas posible, todo a la vez.

»Por la majestuosa claridad de sus libros, podrías pensar que Sri Aurobindo siempre sabía adónde iba —y que yo también siempre lo sabía después de todo el trabajo que había realizado en tantos y tantos campos—, pero te equivocarías. A veces, durante semanas y meses, nos encontrábamos sumidos en misterios de los que ninguno de los dos sabía nada ni podía saber nada. Sin embargo, sabíamos que teníamos que seguir adelante como niños en un espeso bosque sin camino, en medio de la noche. Difícil, mi querido Guy, habría sido fácil.

»Y luego estaban los llamados discípulos. Ahora piensas que están locos: pretenden adorarme, pero en realidad piensan que he perdido la cabeza, y tratan de impedir que se divulgue cualquier iniciativa mía. Piensan que, si se divulga, mi reputación quedará destrozada. A lo que se refieren, por supuesto, es a que su pequeño, ordenado y perezoso mundo ashrámico se desmoronará; o que ellos, como yo he hecho continuamente, tendrán que renunciar a lo poco que saben y empezar de nuevo una y otra vez, lo que, por lo que veo, ninguno de ellos quiere siquiera empezar a hacer.

»Sí, ahora están locos, pero siempre lo han estado. Son arrogantes, malcriados, exigentes, vampíricos, celosos de las visiones y del supuesto progreso de los demás. El ashram siempre fue, incluso en sus inicios, una mezcla de guardería para refugiados de la realidad y de manicomio con todas las comodidades, por supuesto: buena comida, pistas de tenis, mis pequeñas charlas y recitales de música. Pero seguía siendo un manicomio.

»Cómo acosaban a Aurobindo con sus exigencias, con sus preguntas repetitivas e idiotas. A veces él se pasaba ocho horas al día escribiendo sus maravillosas cartas, tratando de responder a sus preguntas, sus pequeñas y estrechas preguntas de jardín de infancia, cuando podría haber dedicado ese tiempo al trabajo. Su paciencia y compasión eran asombrosas; a veces veía

que estaba agotado y le rogaba que parara, pero no me hacía caso. A veces pienso que habría vivido al menos diez años más si no hubiera sido por los discípulos que lo devoraban vivo, exigiendo siempre más y más de él, como si ya hubieran empezado a absorber los tesoros que él había depositado a sus pies.

»Y luego estaban las fuerzas; las fuerzas oscuras y destructivas que harían cualquier cosa para impedir que se llevara a cabo el trabajo o para trivializarlo y pervertirlo. Sabían y saben que, si teníamos éxito, su reinado sobre la humanidad terminaría, e hicieron todo lo posible —hacen todo lo posible— para detenernos. Una se acostumbra a ellos, ¿sabes? Los espera. Se convierten casi en conocidos molestos de los que no puedes deshacerte. Pero siempre hay que mantenerse sobria, estar alerta, vigilar todos los rincones para tratar de anticipar desde dónde van a saltar la próxima vez. Lo difícil sería fácil, amigo mío.

»Si no nos hubiéramos amado y venerado completamente el uno al otro, y si no nos hubiéramos rendido una y otra vez a las exigencias del trabajo, sin importar el coste, no se habría podido lograr nada. Éramos pioneros, y así son las cosas para los pioneros. Si simplemente hubiéramos dado a los discípulos lo que querían, un yoga indio a la antigua usanza, todo habría sido tan fácil como hornear un pastel de limón, y las fuerzas se habrían esfumado. Pero esa no era ni es nuestra forma de actuar, y no es mi camino.

Yo era un joven buscador idealista, embriagado por mis primeras experiencias místicas, y una parte de mí estaba horrorizada por lo que me estaba contando. No quería que mis iconos espirituales fueran humanos ni que dudaran de sí mismos y se sintieran desconcertados, como, por supuesto, yo mismo continuaba y continúo sintiéndome. Pero sabía que estaba escuchando la verdad, una verdad que tendría que absorber tan profundamente como pudiera si alguna vez quería ser auténtico. Esa noche escribí en mi diario todo lo que Guy me había contado sobre Madre, y veinte años más tarde, cuando leí los trece volúmenes de la *Agenda de la Madre*, de Satprem, el relato asombroso y desgarrador de su último yoga de las células, confirmé todo lo que Guy me había contado.

He compartido todo esto aquí por razones que espero que a estas alturas sean obvias: imaginar a Jesús o a María Magdalena, o el desarrollo de su

amor, de una manera glamurosa o serenamente idealista es traicionarlos para mantenernos a salvo y protegidos tanto del inevitable coste humano como del valiente esplendor divino de lo que vivieron. Si vamos a seguirlos como pioneros de un nuevo camino de amor evolutivo y transfigurador, tendremos que seguir el incomparable consejo que Jesús le dio a sus discípulos: pedir la gracia de poder combinar en profundidades cada vez mayores la «sabiduría de la serpiente» y la «inocencia de la paloma». En otras palabras, debemos pedir la gracia de imaginar y experimentar tanto la posibilidad divina última como todas las sombras internas y externas que conspiran —a veces sutilmente, a veces con crueldad sobrecogedora— para amilanarla y reducirla a escombros. Solo si nos atrevemos a vivir y fusionar estos opuestos tan exigentes tendremos alguna esperanza de dejarnos instruir por su amor o de atrevernos a vivir su verdad en su nombre y a través de su ejemplo.

En el desierto

Volviendo ahora a la historia gnóstica, después de su encuentro, Jesús y María Magdalena se fueron juntos al desierto, donde «Jesús la inició y enseñó».

Sin embargo, hay algo de lo que podemos estar seguros: la historia gnóstica se equivoca ligeramente, ya que afirma que solo Jesús enseñó a María, cuando la mujer con la que se encontró cara a cara en aquella habitación de Cafarnaúm también le enseñó e inició a él. María tendría sus propios misterios que verter sobre su amado. Su matrimonio sería el mejor vino elaborado a partir de sus alegrías y penas más profundas; de los momentos de tensión, miedo, agotamiento o desconcierto, tanto por lo que se les ofrecía como por lo que ello iba a implicar; de sus ternuras y éxtasis compartidos, y su revelación mutua.

Después de su bautismo, Jesús había comenzado a convertirse en Cristo en el desierto, donde se había encontrado con su doble oscuro y había rechazado las seducciones, integrado su sabiduría lacerante y nihilista en su conciencia expandida. Solo en la absoluta desnudez del desierto podía comenzar a cristalizar el matrimonio entre los extremos de su divinidad y su humanidad. Ahora, de nuevo, se había abierto en él otro camino que le había sido anunciado en su encuentro con María Magdalena: el del amor humano divino, un camino que sabía que tenía que vivir plenamente para poder abrírnoslo a todos nosotros. Y sabía que no podía abrirlo solo, porque solo podía forjarse en el crisol de un amor mutuo, igualitario y total con la mujer destinada a él.

María Magdalena también había conocido el desierto; el desierto interior de la noche oscura. El desierto había incinerado su identidad y la había reducido a un grito; y su espejo implacable le había reflejado todo el horror de un mundo enloquecido y embrutecido por el poder. Ella había experimentado este desierto como una muerte en vida, pero le había llevado, mientras se tambaleaba desconcertada a través de él, hasta Jesús, hasta ellos dos. Ahora estaba lista para volver al desierto.

María había cruzado un desierto con toda esperanza perdida, solo para volver a encontrar toda la esperanza —luz, fuego y verdad— en Jesús, y

con él iba a volver, pero esta vez sería diferente. Iría al desierto para ser deshecha y rehecha en sí misma y en él, y con él y en el Uno que está en ambos y más allá de ambos. Allí sería enseñada e iniciada, y ella enseñaría e iniciaría. Ella descubriría, al igual que él, que todas las enseñanzas e iniciaciones fluyen del Uno y vuelven al Uno, más allá y a través de los dos. Llegaría a saber lo que llegó a saber su hija mística, Hadewijch. En tres citas interrelacionadas de la gloriosa obra de Hadewijch, podemos empezar a vislumbrar el mapa de la transformación que María viviría con Jesús, y él con ella.

Por favor, contempla estas citas lentamente, saboréalas e integra sus revelaciones en tu propio camino.

Tú vuelves locos a los sabios y entendidos.
Los arrojas al caos hirviente y cuando desesperan,
los ahogas en tu superabundancia.
Villano malicioso, radiante de misericordia,
tierno como un cordero, despiadado
como una bestia salvaje, completamente libre
en tu desierto sin modo.

Las idas y venidas,
los ataques y las caricias
del amado
están diseñados
con sublime rudeza
para purificar el alma
de cada pasión, y conducirla
al desierto del Altísimo,
donde es arrastrada
más allá de sí misma, a medida que el desierto
la absorbe en él
y ella se pierde por completo
de modo que ya no se le llama «alma»,

sino Dios con Dios.

Borraos a vosotros mismos
ante el esplendor desértico del Rostro de la Verdad,
y seguid en todas las cosas
con asombro y temblor, con pasión inquebrantable,
sus feroces y nobles exigencias.

Por supuesto, no podremos saber nunca todo lo que ocurrió entre María y Jesús en el desierto. Sin embargo, tanto nuestra imaginación sagrada más profunda y reverente como nuestras experiencias del conocimiento del amor pueden revelarnos estas cuatro realidades interrelacionadas:

En primer lugar, el desierto profundizaría y afianzaría la mirada fulgurante que los había unido y arraigaría su resplandor en la fuente no nacida e inmortal, la Luz Única.

En segundo lugar, en el desierto, en el acto sexual, en la intimidad sin máscaras, en el silencio, llegarían a conocerse completamente, a fusionarse y a separarse en la maravilla de ser dos en el Uno.

En tercer lugar, en el desierto, tanto su masculino sagrado como su femenino sagrado fluirían, irrigarían y comenzarían a transmutarse mutuamente, de modo que cada uno pudiera ser tanto lo masculino sagrado como lo femenino sagrado en su propia verdad andrógina única, pero eternamente entrelazada.

En cuarto lugar, en el desierto, Jesús recibiría de María Magdalena la bendición de la mujer despierta que encarna la pasión de la Madre por el Padre, y María recibiría de Jesús la gran paz de la rendición definitiva al ser trascendente del padre. Y este intercambio convertiría alquímicamente a ambos en oro.

Cuando Jesús y María salieron del desierto, cada uno tendría en el otro lo que la historia gnóstica llama «una pareja místicamente unida en corazón, mente, alma y cuerpo».

Los dos estarían unidos para siempre al Uno, ahora el Tercero inmutable, en cada detalle y movimiento de amor. Tanto Jesús como María

sabían que todo lo que sucediera a partir de entonces sería tan glorioso y terrible como lo había sido el desierto; el desierto que los disolvió y los hizo renacer. Y ambos se mantendrían firmes para afrontar juntos, con pasión inquebrantable, las «exigencias feroces y nobles» de la vida que iban a llevar.

Lo que había nacido entre ellos en el desierto, y el matrimonio que el desierto había alquimizado a todos los niveles, ahora continuaría alumbrando a ambos a través de todas las cosas. Ahora iban a vivir en un misterio que todavía estamos descifrando y que no llegaremos a comprender del todo. Pero, milagrosamente, mediante su gracia, podemos empezar a imaginarlo y —lo que es más importante—, con su ayuda, podemos empezar a vivirlo.

***

AHORA, CON TODO ESTO que hemos empezado a conocer, volvamos a los Evangelios. Parecen y son muy cautelosos en su descripción de la mujer que lo cambió todo para el hombre al que celebran con tanta belleza. Sin embargo, si los leemos con los ojos de un detective divino, agudizados por la luz del desierto, en ellos podemos encontrar lo que buscamos. Podemos encontrar señales de las formas en las que la mujer descrita ayudó, inspiró, instruyó, fortaleció y sostuvo al hombre que amaba y que la amaba; señales de cómo ella ayudó a dar a luz nuevas formas en él, que sin ella no estarían abiertas; señales de cómo su amor les preparó a ambos para una creciente y asombrosa transmutación.

Incluso en un texto del que María Magdalena ha sido prácticamente eliminada, encontramos joyas para colgar alrededor de su cuello o para fijar en una corona de luz sobre su cabeza. Esta es la corona que la amada tiene de su amado; la que lo amó y conoció como nadie más lo amaba y conocía; la primera a quien él se mostró en su nuevo cuerpo milagroso en la Resurrección. Él lo hizo así por la sencilla razón de que su adoración, sabiduría, ternura y pasión le habían ayudado a bendecir su cuerpo; habían ayudado a que su luz se uniera a cada uno de sus músculos, huesos y células, y así preparó el terreno para la revelación que ella había ayudado a

alumbrar en él.

No se puede resucitar lo que no se ha bendecido por completo, y Jesús aprendió, a través de su amor, a bendecir la carne que él también era, y la gloria desenfrenada de sus pasiones.

La guerrera de la luz

Si en los círculos cristianos o Nueva Era contemporáneos y espiritualmente correctos, hablas con franqueza de las fuerzas demoníacas que para San Pablo son los principados y potestades, te reciben con indignación o te tratan con condescendencia, como si fueras un aspirante a evangélico o un dualista secreto. ¡La condenación definitiva! En el mismo momento en que el mal y las fuerzas demoníacas a su servicio están llevando a cabo una orgía mundial de destrucción interna y externa y amenazan la supervivencia misma de la humanidad y gran parte de la naturaleza, los humanistas liberales y los ateos, así como los que se proclaman místicos no dualistas iluminados, niegan la existencia del mal en lo demoníaco.

En la práctica, esto significa que el mal no se reconoce, no se reacciona a él y no se cuestiona, tanto en nosotros mismos como en las estructuras económicas, políticas y religiosas despiadadamente manipuladas, desiguales y opresivas que dominan nuestro mundo. Dichas estructuras no solo son desesperadamente inadecuadas para hacer frente a las múltiples crisis de nuestra noche oscura global, sino que, consciente o inconscientemente, impulsan, alimentan y manipulan estas crisis en busca de dinero y poder, precipitando así a la raza humana hacia el olvido.

En el corazón de la misión de Cristo, tal como los Evangelios dejan terriblemente claro—especialmente el Evangelio de Marcos—, se encuentra la confrontación clara y feroz con el mal y las fuerzas demoníacas que este comanda, tanto en el yo individual como en el mundo. Esto no se debe, me dijo una vez un destacado budista con una sonrisa de superioridad, a que Jesús no estuviera lo suficientemente iluminado y fuera dualista, también me dijo que si hubiera tenido el despertar de Buda o Nagarjuna, habría «hecho las cosas de otra manera».

Puesto que Jesús tenía el conocimiento último del Uno a través de su identidad divina con el logos, sabía que el Uno está más allá de lo que conocemos como bien y mal, y emplea a ambos en su desierto para sus propios fines redentores y misteriosos. Jesús vivía en el corazón del mundo loco, cruel y brutal del poder romano y, como *tekton* marginado, vio y sintió profundamente su salvajismo en acción, y supo que había sido enviado para

iniciar a los seres humanos en la conciencia del reino mientras vivía su poder, esplendor y humildad en todo lo que decía y hacía.

Jesús sabía que podía transformar potencialmente todas las formas y hábitos de la vida humana, divinizándola al forjar el camino por el que había sido enviado. Mediante la ley de la danza de opuestos en el Uno atraería inevitablemente la oposición más feroz y despiadada posible, tanto de los principados y potestades para quienes el nacimiento de una raza humana divina encarnada sería un desastre absoluto, como de los seres humanos manipulados por estas fuerzas a través del narcisismo, la codicia, la adicción y la sed de poder.

Jesús no era un dualista secreto ni estaba solo parcialmente despierto. Como emanación de lo Real, era un realista supremo, que no tenía las ilusiones que se han apoderado del mundo sobre la destructividad de la oscuridad ni sobre la adicción al poder. Sabía el precio que habría que pagar para resistir, superar y transmutar esa oscuridad, y el precio que la sabiduría evolutiva nos exigiría para superar y transmutar la oscuridad en nosotros mismos y en el mundo, tal como se le exigió a él.

En María Magdalena encontró una compañera mística cuyo pasado de violación y sufrimiento también la había abierto al mal y al poder de las fuerzas oscuras, y cuyo despertar con él en el desierto la había alertado de la titánica lucha que inevitablemente conllevaría la transformación de la humanidad y de las estructuras del frío mal en el reino de Dios. Era una mujer cuya alma se había forjado en los fuegos de un trauma atroz, algo que habría vuelto loco o nihilista a alguien con menos temple. En su noche oscura, había visto el mal desenmascarado a todos los niveles, pero también había visto la Luz, y a él irradiado por la Luz, tal como él la había visto a ella.

Con María, Jesús nunca tendría que suavizar nada sobre la labor que ahora compartían. Ni su precariedad ni su vulnerabilidad a la malicia y a todo tipo de sabotaje, ni el agotamiento, la angustia, la agonía y las horas de desesperación desnuda que ello conllevaría. Él había ocultado todo esto a sus seguidores y discípulos, pero no necesitaba ocultárselo a ella. Sabía que solo ella era lo suficientemente valiente como para aceptarlos, y lo suficientemente fuerte como para mantenerlo a él firme y consolarlo cuando

se presentaran, tal como él la mantendría firme y la consolaría a ella.

Solo una guerrera podría haber soportado lo que María Magdalena tuvo que soportar antes de conocer a Jesús sin quedar completamente destrozada. Solo la guerrera que había en ella podía amar con tal admiración desbordante al guerrero que había en él. Solo una guerrera podía aceptar el devastador precio que supondría ser la consorte de Jesús: el precio de la incomprensión, la envidia y la malicia de los discípulos; el precio de sufrir lo que él tenía que sufrir sin ninguna posibilidad de protegerse; el precio de ser inevitablemente marginada, excluida y olvidada en una sociedad patriarcal que, como ambos sabían, nunca aceptaría su sublimidad ni honraría su esplendor.

Solo una guerrera nacida del mismo desierto que él podía afrontar sin vacilar, junto a él, las revolucionarias, feroces y nobles exigencias del amor. Después de conocer a María, Jesús la llevó inmediatamente al desierto, no solo para estar a solas con ella, sino también para mostrarle en el espejo del desierto los fuegos por los que tendría que pasar con él. Ella había elegido esos fuegos por la plena pasión divina del amor humano que le tenía y por su propio hambre feroz e ilimitado de un mundo nuevo rehecho por el amor. Ninguno de los discípulos varones, como queda claro por su comportamiento a lo largo de los Evangelios y especialmente durante la Pasión, lo acompañaría como ella lo acompañó a través de todo. En palabras de San Pablo, «soportándolo todo, creyéndolo todo, esperándolo todo, aguantándolo todo», aceptando también el martirio definitivo por amor a él, sin ser reconocida nunca, hasta nuestros días, por lo que fue y es.

María Magdalena, después de que su unión sagrada con Jesús quedara sellada en el desierto, se convirtió en su compañera de armas durante la implacable lucha que Cristo entabló contra los poderes oscuros que trataban de abortar el nacimiento de una nueva humanidad. Trabajó con él a su lado —con su propia fuerza y con la majestad de su realización unida a la de él — en las trincheras de la oscuridad.

Esto podemos verlo claramente en el papel que desempeñó en la labor de exorcista que tuvo Jesús, una labor por la que él ya era famoso cuando la conoció, y que continuó con ella. Los estudiosos modernos también la han revelado como una fuente meticulosa y precisa de las historias de

exorcismo que se entrelazan en los Evangelios, especialmente en el de Marcos.

En Mateo 12:28, Jesús dice: «Si yo expulso demonios por el espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado a vosotros». Sabemos por el Evangelio de Lucas que la transformación de María se consideró un exorcismo, y eso debió darle una posición privilegiada entre los discípulos, aunque constantemente disputada, al haberle llegado el reino de Dios. Sin embargo, como señala Bruce Chilton: «El papel de María como la maestra que relató los exorcismos de Jesús y su significado sigue sin ser reconocido en los Evangelios y en los estudios académicos».

Gracias a Chilton, ahora podemos apreciar este aspecto crucial de la labor de María con y para Jesús con la importancia que merece. Al igual que los estudiosos han revelado que Pedro fue la fuente de las historias relacionadas con el bautismo, Chilton deja claro que María es «la transmisora más importante de las historias relativas a los exorcismos de Jesús», y analiza brillantemente tres historias de Marcos sobre ellos.

La primera surge al comienzo de la estancia de Jesús en Cafarnaúm, alrededor del año 25 d. C. (Marcos 1:21-28). La segunda se sitúa en el periodo que comienza con la huida de Jesús de Herodes Antipas, en el año 27 d. C. Es la historia de Legión, un hombre poseído por innumerables demonios que Jesús exorcizó y envió a una manada de cerdos que más tarde se precipitaron por un acantilado. La tercera es una historia del exorcismo después de la Transfiguración de Jesús en el año 30 d. C.

El análisis de Chilton revela la verdad esencial: lo que indica la firma realista de María en estas historias es que las narraciones de Marcos muestran a los demonios resistiéndose violentamente a Jesús. María sabía, por la experiencia íntima que tenía con él, que la batalla en la que Jesús estaba involucrado en los niveles sutiles era una guerra cósmica de mundos; una guerra contra las fuerzas oscuras que manipulaban a los seres humanos para crear y mantener sistemas de poder crueles y degradantes, como el poder de Roma que estaba pulverizando su mundo. Ambos comprendían que la llegada del reino exigía la superación de aquellas fuerzas que mantenían en su lugar el brutal antiguo orden mediante el poder del espíritu de Dios. El propio viaje de María por la noche oscura, y el impacto que la

santidad de Jesús había tenido en ella, la ayudaron a comprender visceralmente el poder de su presencia, puesto que lo había vivido. Pero también comprendía por qué las fuerzas del mal se organizarían contra esa presencia para impedir que diera lugar a un mundo nuevo, el mundo que él le había abierto a ella y en el que ahora vivían su amor en unión sagrada.

Es asombroso que María supiera que el arma más terrible con la que contarían los demonios en su ansia por resistirse a Jesús era el conocimiento único que ambos tenían de su identidad. Su propio viaje al borde de la locura nihilista le había dado, de manera misteriosa, la capacidad de verlo tal como era realmente en su luz, fuego y verdad. El hombre sin nombre y poseído de la primera historia en Cafarnaúm llama a Jesús «el Santo de Dios», y el hombre llamado Legión de la segunda historia lo llama «hijo del Dios Altísimo».

María sabía por experiencia propia que cuando las fuerzas oscuras se enfrentaban al poder de su pureza, se disolvían. Como escribe Bruce Chilton: «El combate espiritual entre Jesús y las fuerzas de la impureza se resolvió porque los espíritus inmundos reconocieron la pureza cuando la experimentaron. Por violenta que pareciera su rebelión, los demonios acabaron reconociendo su propia inexistencia».

María Magdalena conocía no solo el horror de ser devastada por las fuerzas oscuras, sino también el poder que la presencia de Cristo, su amor santo y su pureza adamantina tenía para revelar a esas fuerzas su insignificancia y su nulidad, y para disolverlas y transformarlas. Y al vivir y trabajar con Jesús, supo cuán feroz y costosa es la lucha de Cristo con la oscuridad para aquellos que la emprenden sin miedo y sin ilusiones. Como la realista suprema en que se había convertido, quería que se transmitiera, con claridad y sin ilusiones, cada detalle de la labor de la conciencia de Cristo en la lucha contra el mal a todos los que asumen la cruz del amor, para que puedan sentirse seguros, informados y envalentonados.

Cuando yo tenía treinta y pocos años, una mañana gris de invierno viajé en tren de Oxford a Londres. No había nadie más en mi compartimento excepto un hombre, probablemente de unos 70 años, bajito, regordete, de mejillas sonrosadas, con un traje negro arrugado y manchado, y zapatos negros llenos de barro. No dejaba de intentar llamar mi atención, con sus

ojos brillantes y una alegría inconfundible, casi descarada. Aunque intuitivamente me había caído bien, estaba demasiado absorto en mi propia miseria como para entablar la conversación que él obviamente deseaba. Al final, él mismo rompió el silencio con una frase que todavía me hace sonreír.

—Sabes, querido muchacho, soy exorcista.

—¿Un exorcista? —me encontré respondiendo—. ¿Uno de verdad? ¿Como en las películas?

—Bueno, no exactamente como en las películas, aunque tienen algunos detalles precisos. Sí, soy exorcista. Un exorcista anglicano.

Pronunció la palabra «anglicano» con un ligero temblor divertido. Continuó:

—No sabías que hay exorcistas anglicanos, ¿verdad? Somos tres: uno en York, otro en Kent y yo. No somos suficientes para todo lo que está pasando, pero lo intentamos. Y, Dios, ¡qué ocupados estamos! A veces me gustaría jubilarme, jugar con mi viejo perro, Pops, y cultivar rosas silvestres. Pero no puedo. Jesús no se jubiló, ¿verdad?

Tragué saliva y se produjo un largo silencio. Tenía que tomar una decisión: huir de aquel compartimento y buscar otro, o entablar conversación con él. Decidí lo segundo. Le dije:

—Es un poco extraño pensar en un exorcista anglicano. Los anglicanos que conozco parece que solo saben cortar sándwiches de pepino.

Añadió, riéndose un poco:

—Y arreglar flores, y organizar bingos para recaudar fondos para la nueva alfombra de la iglesia. Sí, querido muchacho, podemos ser un grupo muy poco inspirador. No somos muy apasionados ni adoradores, somos demasiado indignos, demasiado continentales.[1]

Pronunció las sílabas de tal manera que ambos nos reímos. Me relajé y olvidé lo que fuera que estaba oscureciendo mi corazón.

—Ningún anglicano que haya conocido —dije— me ha dicho ni una palabra sobre el diablo.

Él respondió:

—Los tibios se lo pierden todo. El diablo es real, ¿sabes? No solo el gran Kahuna, sino una hueste aparentemente interminable de demonios

menores, pero muy desagradables. He conocido a bastantes de ellos a lo largo de mi vida.

—¿Cómo comenzó su carrera como exorcista?

—Por Dios, querido muchacho, no es una carrera. Supongo que soy excéntrico, pero no estoy loco. ¿Quién querría dedicarse al exorcismo como carrera? Para mí, es una vocación ineludible, una que nunca soñé, pero que no pude evitar adoptar.

—¿Por qué?

—Porque cuando era un joven sacerdote, tenía visiones y me invadían extraños éxtasis, administraba la Santa Comunión y vivía una vida terriblemente santurrona, más pura que la pureza misma, el diablo vino a mí.

—¿Vino a ti?

—Apareció en mi habitación, tal como lo hace en las historias medievales, como una cabra enorme y apestosa con ojos de fuego, y comenzó a caminar hacia mí. A veces él es mucho más sutil. Pero esa primera vez, supe que quería matarme y estaba aterrorizado.

—¿Qué hiciste?

—Agarré un crucifijo que había en mi cómoda y grité lo primero que se me vino a la cabeza: «El Señor es mi pastor», y le apunté con el crucifijo. Él soltó una risa horrible y desagradable, y desapareció. Una semana después, fui a ver al obispo para tratar asuntos de la parroquia. El obispo era un buen hombre, no como algunos otros, y en secreto también era un poco místico. Me escuchó y al final me dijo en voz baja pero firme: «Creo que estás destinado a ser exorcista. Voy a enviarte a Larry, en York, para que te forme durante unos fines de semana. Parece que has captado lo básico, pero quizá necesites un poco más». Fui a ver a Larry a York, recibí la formación y aquí estoy, cuarenta años después. He realizado ciento cuarenta y tres exorcismos, y voy a por el ciento cuarenta y cuatro en Camden, ¡de todos los lugares posibles! Una joven jamaicana, recién salida del jardín de infancia.

Entonces se puso serio.

—Cuando entraste —dijo—, vi que eras infeliz y que amas a Dios de verdad. Quería decirte que vas a estar bien. Tu corazón te llevará a Cristo a

través de muchos desvíos, y todos ellos serán necesarios y benditos. Y cuando encuentres a Cristo, encontrarás tu verdadero yo, y él te mostrará la verdad de lo que estoy a punto de decirte. Solo recuerda esta conversación cuando llegue ese momento. El mal existe. Los principados y potestades existen. Los demonios existen. Los magos negros que se alían conscientemente con ellos existen. Los demonios actúan sobre muchos de diferentes maneras, y se apoderan tanto de los que están totalmente desprotegidos como de aquellos que, debido a sus heridas o propensiones innatas, se abren a los impulsos oscuros.

»Los demonios han jurado enemistad perpetua a la verdad, al amor, al reino de Cristo. Y son brillantes, sutiles y letales. Ahora están por todas partes, tienen total libertad, porque nadie, ni siquiera los miembros de la Iglesia, cree realmente en ellos.

»Si emprendes un viaje místico profundo, como vas a hacer, te encontrarás con ellos. Así que es mejor que empieces a saber desde ya lo que puedes esperar. Estar a favor de Dios en un mundo que huye de Él es invitar a la oscuridad a que intente destruirte. Jesús lo sabía mejor que nadie. Y aquellos a quienes atrae hacia él más íntimamente se encontrarán con la oscuridad en su forma desenmascarada, tal como le sucedió a él.

Hubo un largo silencio. Su sinceridad me había conmovido profundamente. Entonces, al ver mi rostro, sonrió.

—Pero no te preocupes. Mantente alerta, pero no tengas miedo. Mantente firme y fuerte en la fuerza de Cristo, tal como hizo María Magdalena, esa gran guerrera del amor. Y nada en este mundo ni en ningún otro podrá derrotarte.

—¿María Magdalena?

Hacía años que no oía su nombre.

—Sí —dijo—, ella es mi chica. Cuando me siento demasiado pequeño e inútil para acudir a él, porque él puede resultar un poco intimidante, ¿sabes?..., acudo a ella y me ayuda más de lo que mis palabras pueden describir. Los demonios no la soportan, pero van a tener que aguantarla. Lleva dos mil años haciendo su trabajo y no se va a ir ahora. De hecho, en mi humilde opinión, está ganando fuerza. No hay muchos de mis colegas que me crean cuando hablo de María Magdalena. Pero soy demasiado viejo

y he visto demasiado. Y la conozco demasiado bien como para no decir, perdón por mi lenguaje: «¿Qué demonios saben ellos?».

1 Europeos en lugar de británicos (N. del t.).

La señal

Antes de volver a sumergirnos en los Evangelios y en el papel de amada ungidora de María Magdalena, tengo otra experiencia de la gracia que me siento obligado a compartir contigo. Incluso los eruditos conservadores reconocen a María Magdalena como la iniciadora y maestra de la tradición de la unción, y la maestra del propio Jesús en cuanto al poder sagrado y la bendición; una tradición que ella pudo haber aprendido en Magdala.

Lo que la visión limitada que han elegido les impide ver es lo que exploraremos juntos: que su unción fue un acto sublime de adoración de la esposa al esposo, de un ser amado humano divino a otro, de un cuerpo cada vez más divinizado a otro. Esto se hizo no solo para santificarlo, sino también para darle fuerza en el devastador y asombroso viaje que daría lugar a la Resurrección. Como veremos, esta visión expansiva revoluciona nuestra comprensión de lo que podría ser la tradición de la unción en el cristianismo. Como escribe Cynthia Bourgeault: «Recuperar la unción en su contexto original la convertiría en el centro sacramental de toda una nueva visión de Cristo basada en la transformación espiritual y la alquimia del amor».

Es este contexto original y esta alquimia del amor lo que ilumina la experiencia que voy a compartir con vosotros. Mientras leéis lo que nos sucedió a mi amiga y a mí en la cueva de María Magdalena en Francia, por favor, daos cuenta —como yo lo hago ahora con asombro, gratitud y admiración— de que lo que se nos dio no fue solo para nosotros, sino para ofreceros esperanza, asombro y alegría, y para empoderaros con la visión que he estado ofreciendo a lo largo de este libro.

Antes de empezar a escribirlo, sabía que tenía que volver a visitar los lugares de Francia donde yo y muchos otros creemos que María Magdalena terminó su vida. Como sabía que le apasionaban tanto Cristo como Magdalena, le pedí a mi querida amiga Sheryl que me acompañara. Sabía que podía compartir sin reparos todo lo que estaba recibiendo y aprender de lo que ella estuviera experimentando.

La nuestra es una amistad sagrada de veinte años, y la combinación única en Sheryl de discernimiento mundano, poder generoso y profundidad

mística, así como su experiencia vivida de un matrimonio sagrado con su pareja, Howard, han sido para mí una fuente constante de bendición y deleite. Nos conocimos en París antes de dirigirnos a Vézelay y luego a Saint-Maximin, cerca de la cueva de María Magdalena. En París, Sheryl me dio una copia a color de una pintura de Jesús que no había visto antes, pero que me conmovió porque fusionaba belleza humana y majestad divina. Mientras me entregaba la imagen y mis ojos se llenaban de lágrimas, me dijo que había llamado a un amigo común —un psíquico y guía con un don divino al que ambos habíamos acudido— y que él le había dicho que a ambos se nos daría «una señal concluyente» en la cueva de María Magdalena. No había sido específico, pero había dicho que esta señal nos traería a ambos una alegría milagrosa.

Siete días después, en una suave tarde gris, Sheryl y yo nos encontramos solos en la vasta cueva, ahora transformada en iglesia, donde se dice que María Magdalena pasó en soledad sus últimos 30 años. Deambulamos reverentemente por la cueva, sin hablar, pero bebiendo de su paz reconfortante. Luego nos sentamos juntos mirando el altar y comenzamos a rezar.

Recé a Magdalena para que me hiciera capaz de llevar a cabo la tarea de escribir este libro, para que me guiara y me ayudara a ser tan valiente y juicioso como sabía que tendría que ser si quería transmitir su revolucionario mensaje con la mayor claridad posible, y para que me salvara de mis sombras, que inconscientemente podían empañar el flujo de su gran luz. Le prometí que haría todo lo posible y pasaría por lo que fuera necesario para honrarla tal como se me estaba revelando.

Casi inmediatamente después de que Sheryl y yo termináramos de rezar y nos sentáramos juntos, entró un joven de unos veintitantos años con su amada compañera, ligeramente más joven. Ambos eran altos, de alrededor de 1,80 m, y de una belleza noble: él era delgado y atlético, vestía vaqueros negros y chaqueta marrón, y tenía el rostro curtido de un filósofo o un poeta; ella llevaba pantalones de seda azul oscuro y un jersey de seda y lana azul oscuro que se ceñía a su cuerpo, acentuando sutilmente la perfecta compacidad de su torso. Aún más sorprendente e inspirador que su presencia física era la palpable y suave pasión que fluía entre ellos. No se

daban la mano ni se abrazaban, como harían muchas parejas enamoradas. Se movían por separado, completamente suficientes en sí mismos, pero guiados —era extrañamente evidente— por un profundo respeto y adoración mutuos, dignos y armoniosos. Parecía que no nos veían en absoluto, aunque nosotros no podíamos evitar mirarlos, por muy discretamente que lo hiciéramos. No nos prestaron atención, sino que se movían como al son de una música inaudible.

Primero subieron al santuario situado sobre el altar y se quedaron allí en silencio, luego se separaron. Ella fue a rezar a María Magdalena, arrodillándose ante la gran escultura blanca barroca de ella que está situada a la derecha del santuario, en el fondo de la cueva, con la cabeza inclinada y el río azul de su espalda iluminado por la luz parpadeante de las velas. Él caminó hacia el fondo de la iglesia y se sentó en los bancos al otro lado del pasillo con respecto a nosotros, con el rostro de perfil, mirando fijamente al frente, con las manos cruzadas en el regazo. Mientras ambos rezaban en sus diferentes lugares y de diferentes maneras, a Sheryl y a mí nos pareció, como nos dijimos más tarde, que a través de su oración y del sutil pero inconfundible y potente vínculo sagrado que tenían, la cueva se llenó del poder sagrado que ambos sentimos. Lo sentimos no solo en nuestras mentes y corazones sobrecogidos, sino en lo profundo de nuestros cuerpos, como una energía sutil y ardiente que bailaba en nuestros huesos y células.

Sheryl vio la señal prometida antes que yo. Me susurró:

—Mira su rostro —dijo con voz un poco temblorosa—. ¿Qué ves?

Hasta ese momento, yo había estado bebiendo la bendición de su amor y su presencia, y la expansión que su devoción parecía haber activado en el poder de la cueva. Entonces, ante la insistencia de Sheryl, me volví para mirar el perfil del hombre que estaba sentado a unos diez metros de nosotros. Había notado su belleza y me había conmovido su dignidad y autoridad natural, pero nada de lo que había percibido antes me había preparado para lo que vi entonces.

—¡Dios mío! —balbuceé.

—Sí —sonrió Sheryl—. ¡Dios mío!

Su rostro era exactamente el rostro de Jesús que tenía en el papel que Sheryl me había dado. Por las noches, durante todo el viaje, había rezado en

secreto a ese rostro en mi habitación, y allí estaba él, en esa cueva con ella.

—Ellos son la señal —dije—. Él y ella, separados, juntos, el matrimonio.

Sheryl asintió con la cabeza.

Lo único que recuerdo de los largos momentos que siguieron es que mi mente se sumergió en un silencio de asombro y una gratitud que ahogó todo pensamiento. Mirando atrás, como he hecho cada día desde entonces, me doy cuenta de que esperaba que cualquier señal que se me diera fuera en los términos que había aprendido de toda mi educación mística previa, en sueños o en una gracia repentina asociada al intelecto, o en la iluminación divina de un texto antiguo, o en experiencias momentáneas e inolvidables de ser regado en mente y cuerpo por el fuego del amor divino.

Nada podría haberme preparado para esta señal, esta gracia, de estar con mi mejor amiga en la cueva de Magdalena, experimentando este milagro conmigo y confirmando así que no estaba perdido en fantasías.

Sheryl me dijo:

—Creo que deberíamos irnos. Se nos ha dado más de lo que jamás podríamos haber imaginado. Quedarnos más tiempo parece irreverente. Salgamos y esperemos a que salgan para poder verlos por última vez.

Salimos y nos quedamos en el balcón cuadrado de piedra, fuera de la cueva, contemplando la llanura salpicada de sol que se extendía ante nosotros en toda su majestuosidad hasta Saint Maximin. Pasaron veinte minutos y la pareja aún no había salido.

Sheryl miró su reloj.

—La cueva cierra a las seis. Faltan veinte minutos. Caminemos por el sendero que tomamos de subida. Es el único camino para bajar. Podríamos esperar allí para verlos.

Caminamos por el sendero, encontramos una gran roca lisa y nos sentamos en ella, esperando y rezando en silencio. Esperamos durante una hora. Empezó a anochecer. No llegaron.

La señal se repitió de forma inequívoca dos días después. Sheryl y yo estábamos paseando por la iglesia del siglo XI de Saintes-Maries-de-la-Mer, el pueblo junto al mar donde se dice que María Magdalena y sus compañeros desembarcaron por primera vez en Francia. Yo estaba sentado,

rezando en la parte inferior de la iglesia. Sheryl se había acercado al altar para ver las pinturas del lado del ábside y estaba tomando fotografías con su teléfono. Se acercó, se sentó a mi lado sonriendo ampliamente y me entregó su teléfono.

—Ábrelo y dime qué ves.

El teléfono se iluminó con una pintura que no había visto, en la que Jesús aparecía sentado tranquilamente en una barca. Estaba pintado de perfil, con el mismo perfil y el mismo rostro que la pintura que ella me había dado. El mismo rostro del maravilloso joven que habíamos visto en la cueva. Dije:

—¿Quién va a creer esto?

Ella se rio.

—Esa no es la cuestión. ¿Lo creemos nosotros? ¿Lo crees tú?

—Sí —le respondí—. Por fin, lo creo.

Salí para dejar que Sheryl rezara por su cuenta mientras intentaba recomponerme. Me senté en una silla de plástico un poco inestable en la pequeña plaza exterior, y puse la cabeza entre las manos.

Cuando levanté la vista, vi a una gitana de unos 50 años, vestida con un torbellino de rojo, negro y dorado, que me miraba fijamente.

—No quiero tu dinero —dijo—. Solo quiero decirte dos cosas que debes recordar. Termina el trabajo que has comenzado, por difícil que parezca a veces y pase lo que pase.

Y Repitió:

—Pase lo que pase.

Luego dijo, con el rostro y los ojos repentinamente pétreos, y con una voz más alta y áspera:

—Nunca olvides lo que te han mostrado.

***

AHORA ESTÁ CLARO, tras el viaje que tú y yo hemos realizado juntos en este libro, tanto yo como muchos otros creemos que María Magdalena es: la esposa de Jesús, su igual, su compañera consciente y pionera del matrimonio sagrado, con las asombrosas posibilidades que este libro

seguirá abriendo.

Sin embargo, antes de continuar, es importante reconocer que, a menos que se descubra un documento real o una reliquia arqueológica inequívoca, lo que propongo no puede demostrarse de forma indiscutible. Aquellos que deseen aferrarse a la seguridad de la ortodoxia tendrán dos milenios de autoridad a sus espaldas, y siempre podrán descartar a los que la cuestionamos, ya sea de plano o de forma matizada. No estoy de acuerdo con ello, pero lo respeto.

Después de todo, la visión del Jesús de los Evangelios y gran parte de la tradición mística inspirada en ella han exaltado innumerables vidas y siguen haciéndolo. Aunque yo y muchos otros creemos que la relación que Jesús tuvo con María Magdalena es una parte indispensable y maravillosamente esclarecedora de su historia y su trayectoria, no es toda su historia, como a veces afirman algunos de los defensores más fanáticos de Magdalena. Decir, como escuché recientemente de parte de un famoso experto en Magdalena, que «Jesús es solo el representante y portavoz de María Magdalena» es absurdo y peligroso.

Una corrección obvia respecto a las opiniones establecidas, que sustituye la antigua ortodoxia por una nueva ortodoxia sesgada, destruye tanto el misterio como las implicaciones potencialmente revolucionarias de su unión sagrada. Este misterio y estas implicaciones no limitan, desinflan ni circunscriben de ningún modo las enseñanzas de Jesús, su ejemplo ni la inmensidad mística del viaje que emprendió en nombre de la humanidad. Quienes veneran la tradición como yo, pero creen en su capacidad para integrar nuevas revelaciones y perspectivas, no pueden dejar de emprender aventuras potencialmente controvertidas. No nos disuade el respeto rígido por lo antiguo ni nos falta la valentía que mostraron los grandes místicos cristianos, especialmente, según creo, las mujeres místicas como Mechthild de Magdeburgo, Juliana de Norwich, Hadewijch de Amberes e Isabel de la Trinidad.

Cynthia Bourgeault, en su obra maestra, *María Magdalena*, se mantiene, de manera firme y exaltada, en esta tradición. Nunca olvidaré los gritos de alegría y reconocimiento que se me escaparon cuando leí por primera vez estas palabras en su libro, que siguen inspirándome tanto por su equilibrio

como por su sabia audacia:

> Si Jesús nos muestra cómo es el ser humano completo en forma masculina, ella, María Magdalena, nos lo muestra en su versión femenina. Juntos se convierten en la cristosofía, el arquetipo andrógino de la totalidad humana. Y debido a que su corazón humano y su pasión de amantes son fundamentales para esta transformación, ella nos enseña a no temer estas cosas en nuestro propio esfuerzo espiritual. El camino hacia la plenitud del ser pasa por la intimidad humana, no por alejarse de ella.

Al acercarnos a María Magdalena en su papel de ungidora, y a las posibilidades radicales que esto nos puede abrir, no podemos avanzar sin arriesgar una y otra vez la visión más grande e inspiradora posible del amor de Jesús y María, incluso frente a la burla ortodoxa y la falta de pruebas irrefutables de las que he hablado. En las décadas que llevo meditando e investigando las pruebas de su amor, una pregunta me ha perseguido constantemente. Si la visión del amor de Cristo y María Magdalena es, como yo y otros místicos cristianos creemos, tan transformadora, ¿por qué lo Divino no la ha hecho más obvia, especialmente en una época como la nuestra, en la que es tan necesaria?

No puedo pretender que conozco la respuesta definitiva, pero empiezo a sospechar, a partir de mi dolorosa y milagrosa experiencia al escribir este libro, que parte de la respuesta puede estar en la naturaleza de nuestra agonizante y asombrosa crisis evolutiva contemporánea. Esta crisis nos está enseñando a muchos de nosotros a ir más allá de las formulaciones tradicionales de todas las tradiciones místicas, para atrevernos a confiar en las intuiciones más profundas de nuestra alma, en nuestras experiencias místicas, y en las revelaciones de la intimidad humana y de la intimidad con la creación.

La transformación o transfiguración evolutiva por la que tendrá que pasar la humanidad para sobrevivir no puede depender únicamente de la ortodoxia, del dogma o de la tradición, por muy profundos que sean; tendrá que depender del coraje y la receptividad visionaria de la elección de cada individuo. El camino evolutivo que tenemos por delante es una visión nueva y sin precedentes, rica y completa, tanto de Dios como de nosotros mismos. Si bien nuestras tradiciones heredadas contienen verdades

esenciales que no nos podemos permitir descartar o pasar por alto, actualmente sus sutiles dualismos y limitaciones patriarcales y tribales nos impiden tener ese discernimiento y ese coraje radicalmente humilde y experimental que necesitamos para avanzar.

Si a través de la gracia descubrimos este coraje o esta elección dentro de nosotros —y nos atrevemos a reafirmarlo en la profundidad inexpugnable de nuestra propia alma y experiencia contra todo pronóstico y oposición, tanto externa como interna—, seremos recompensados con nuevas revelaciones tanto del potencial divino como del humano.

Como me dijo una vez el padre Bede, haciéndose eco de lo que Shams de Tabriz le exhortó a Rumi: «El mundo de Dios es un mundo de interminable expansión». «Nunca descanses, ni siquiera en la realización más alta y profunda que puedas haber alcanzado. Si lo haces, te quedarás fijo en ella y tu evolución se congelará sutilmente».

La naturaleza de lo Divino es, como dijeron Shams y Gregorio de Nisa, *epektasis*, crecimiento sin fin. Cada paso de ese crecimiento infinito debe ser elegido conscientemente por un alma a la que la gracia le ha revelado lo que se reveló a todos los místicos evolutivos de todas las tradiciones: hay y siempre habrá más.

El contexto de la unción

Para comprender tan plenamente como sea posible el significado del papel de ungidora de María, creo que debemos abordarlo en dos contextos interrelacionados: el de la unión sagrada entre Jesús y María, y el de los tres años extremadamente peligrosos y tumultuosos de la vida y misión de Jesús que María Magdalena compartió con todo su ser.

Visto así, la unción de su amado por parte de Magdalena adquiere un significado privado y cósmico mucho más rico, y forma una parte exaltada y radical de María y de su legado en continuo despliegue.

En primer lugar, la unión sagrada.

La idea central de la magnífica exploración de Cynthia Bourgeault sobre el amor de Jesús y María —derivada de Boris Mouravieff, de las profundidades de la tradición esotérica cristiana y de su propia experiencia — es que Jesús y María, en su amor conjunto, alumbraron lo que Mouravieff llama «un alma más capaz que guio e informó su evolución sagrada y su misión compartida, impregnándolos progresivamente con su sabiduría unificadora».

Creo en esta visión, tanto por mi propia experiencia íntima como porque se confirma en lenguajes diferentes y relacionados —tanto en el misticismo islámico y cabalístico como en las tradiciones alquímicas y tántricas orientales— que cuando dos seres altamente evolucionados y dedicados a lo sagrado se unen en rendición, en la mutua adoración de su ser en lo Divino, se crea «un tercero». Este tercer ser hace posibles tres transformaciones asombrosas e interrelacionadas.

En primer lugar, la experiencia vivida de la pasión completamente santa guiada por el tercero unifica los opuestos en ambos: la trascendencia y la inmanencia, la luz y la sombra, el cuerpo y el alma, lo masculino y lo femenino. En segundo lugar, esta unificación progresiva engendra en ambos lo que las tradiciones esotéricas llaman «el cuerpo sutil», y algunas tradiciones tántricas lo llaman el cuerpo radiante o dorado. En tercer lugar, cuanto más iluminado y consciente se vuelve este cuerpo sutil, más se abre el cuerpo físico real al misterioso proceso que los místicos cristianos ortodoxos llaman *teosis*, que significa transfiguración o divinización, y los

grandes místicos tántricos hindúes y budistas, y el gran místico universal Kabir lo llaman convertirse en oro.

Tal visión se encontrará inevitablemente con tres formas de resistencia interrelacionadas. Es posible que las tres estén surgiendo en ti mientras lees esto. La primera es la resistencia, que hemos identificado de muchas maneras en todas las tradiciones exotéricas, a la igualdad radical y transformadora de lo sagrado masculino y femenino en el uno.

La segunda resistencia, relacionada con la primera, aparece tanto en el cristianismo exotérico tradicional como en todas las tradiciones exotéricas patriarcales: es a la divinidad inherente a la creación, la materia y el propio cuerpo. La sabiduría mística más elevada e inclusiva de todas las tradiciones proclama la indivisibilidad de la trascendencia y la inmanencia, la misteriosa unidad en la diferencia de materia y espíritu, creación y fuente, cuerpo y alma, el mundo de la forma transitoria y la presencia eterna. Si bien este tremendo secreto de lo que Caroline Myss llama memorablemente «divinidad orgánica» es conocido en el budismo, el taoísmo y el hinduismo —y ha sido experimentado por los místicos más despiertos de todas las tradiciones— su revelación aún no ha informado de manera suficientemente profunda y rica a las tradiciones exotéricas a las que pertenecen.

La tercera resistencia, íntimamente entrelazada con las otras dos, es la más seria y difícil de reconocer y trascender con discernimiento. Debemos ser plenamente conscientes de las dos primeras resistencias y de las formas en las que han contaminado y limitado conscientemente —e incluso y más importante, inconscientemente— nuestra visión tanto de lo divino como del potencial humano. De lo contrario, cualquier visión que afirme una divinidad que es a la vez totalmente trascendente y totalmente inmanente —infinitamente más allá de todo relato y de toda la historia y completamente involucrada en una expansión orgánica y evolutiva de ambos— parecerá absurda, e incluso blasfema y herética.

Lo que esta visión revelará es lo que la tradición mística cristiana sabe en secreto: que la progresión evolutiva de la propia vida y camino de Jesús, desde el nacimiento hasta el bautismo, la transfiguración, la crucifixión, la resurrección, la ascensión y Pentecostés, nos ofrece un modelo completo —

asombroso, riguroso y exaltado— para nuestra propia evolución desde la humanidad hasta la humanidad divina.

Empezar a abrirse a esta verdad supone otro reto que, una vez más, no niega la ortodoxia cristiana tradicional, sino que la amplía de forma gloriosa y conmovedora. Este reto surge del secreto más profundo del camino de Cristo, aún en gran parte desconocido e inexplorado por las iglesias occidentales y la mayoría de los místicos cristianos inspirados por ellas. Pero es conocido y celebrado en el corazón de la ortodoxia como *teosis*, o divinización, por la cual un ser humano se vuelve humano y divino, tal como lo fue Jesús, no solo en alma, corazón y mente, sino también en cuerpo. Todas las iglesias ortodoxas, especialmente la rusa, celebran la fiesta de la Transfiguración y algunos místicos, como Gregorio Palamás y San Simeón el Nuevo Teólogo, creen que Jesús manifestó su gloria encarnada a los discípulos no solo para revelar la majestad de su propia verdad, sino también el objetivo de la nueva creación, de su misión y de la vida que esta inaugura: la potencial divinización total de aquellos que aman y siguen a Cristo.

Como dice Gregorio de Sinaí de manera muy amplia: «Toda persona que haya sido renovada en el Espíritu, y haya preservado este don, será transformada y encarnada en Cristo, experimentando de manera inefable el estado sobrenatural de la deificación».

Mientras que las iglesias occidentales, en su mayor parte, concebían la conciencia crística como un proceso puramente místico y espiritual, los místicos ortodoxos orientales se dieron cuenta de una verdad aún más asombrosa: que Jesús, como encarnación, le ofrece, a quienes lo aman, poder nacer milagrosamente en la Transfiguración, nacer como seres humanos divinos completamente trascendentes e inmanentes. Esto es lo que los evangelios gnósticos llaman el *Anthropos*, un ser nacido del matrimonio de todos los opuestos, divino y humano, masculino y femenino, corazón y mente, cuerpo y alma, místico y activo.

Mientras que los místicos ortodoxos orientales celebraban esta visión de la *teosis* con una precisión e intensidad únicas, esta visión de la divinización de todo el ser humano no es exclusiva de ellos, ni siquiera del linaje de la transfiguración que se extiende desde los Padres del Desierto hasta los

siglos XI y XII, pasando por San Serafín de Sarov en el siglo XIX y Bede Griffiths en el XX. Lo que me han dejado claro treinta años de experiencia íntima y de investigación tenaz en las profundidades de todas las principales tradiciones místicas es que este secreto del nacimiento transfigurador a lo plenamente humano y plenamente divino es el secreto central, el más importante y galvanizador de todas las principales tradiciones, que espera ser redescubierto y revelado radicalmente, y que ahora regresa con su exigencia y esplendor para guiarnos a través del desafío evolutivo de nuestra noche oscura global.

Este secreto es el que Shams le transmitió a Rumi, de un «nuevo tipo de amor, ni por encima ni por debajo», un amor trascendente e inmanente y más allá de ambos. Es este secreto, como ha demostrado Henry Corbin, el que iluminó la visión del «Hombre de Luz» de este místico iraní [Shams de Tabriz] de los siglos XIV y XV. Este secreto es el que inflamó a los místicos shivaítas del sur de la India, como Tirumular y Manikkavasagar, que adoraban al Shiva dorado de su santuario central de Chidambaram no solo como un icono supremo de lo Divino, sino como el signo de su propia potencial divinización total a través de la adoración y la gracia del Bailarín Dorado. Este secreto es el que Moisés de León y otros cabalistas exploraron en las deslumbrantes imágenes del matrimonio sagrado. Este secreto es el que la alquimia taoísta esotérica proclama como el don y la realización últimos del Tao. Este secreto es el que Jung celebra en su obra maestra Mysterium Coniunctionis, cuando lo revela en el corazón del proceso alquímico que supone dar a luz a aquello que los alquimistas llamaban la piedra filosofal. Esta no es —o no es solo— una fórmula mágica para convertir el plomo en oro, sino que es, de forma mucho más radical, el misterioso nacimiento de un ser plenamente encarnado y divinizado, forjado en los fuegos de la alquimia interior e imbuido de nuevos y vastos poderes sagrados. Este también es el secreto que el Dalai Lama desveló en las enseñanzas que impartió en Australia en 2016, a las que tuve el honor de asistir. Su Santidad dejó claro, de forma intrincada y precisa, que se encontraba en el corazón dorado del camino Vajrayana del budismo Mahayana y del cultivo en ciertos adeptos avanzados del «cuerpo arco iris»; un cuerpo capaz —a través de la meditación profunda y la prolongada

irradiación de la clara luz del vacío— de disolverse en «luces arco iris» en el momento de la muerte. También es este secreto el que ha guiado la labor pionera y aún poco conocida de los místicos evolutivos modernos, especialmente Sri Aurobindo, la Madre y su brillante sucesor, Satprem, así como Teilhard de Chardin, cuya visión de la transfiguración progresiva de todo el universo en lo «crístico» tiene sus raíces en él y se ve avivada por él.

Creo que, como veremos, este secreto también es el que nos transmite el verdadero amor de Jesús y María Magdalena de una manera que no contradice la visión ascética de la transfiguración de los Padres del Desierto y de los místicos ortodoxos, sino que la complementa para hacerla potencialmente accesible a todos. Y esto ocurre en un momento en que la encarnación más rica, profunda y atrevida de este amor puede contener una de las claves cruciales para la supervivencia humana, y también para el posible nacimiento, en nuestra noche oscura, de una nueva raza humana.

El proceso alternativo de transfiguración

Nos estamos acercando juntos a lo que creo que es una iluminación asombrosa, crucial para guiarnos al significado de la unción de Jesús por parte de María Magdalena, y al papel oculto pero esencial de María en su ministerio, crucifixión y resurrección. Y lo que es aún más importante, hacia el poder evolutivo del amor que vivieron. Lo Divino crea uniendo; la tercera persona que Jesús y María Magdalena formaron a través de su unión sagrada dio lugar a una nueva fuerza de amor evolutivo pleno de alma y plenamente encarnado que María Magdalena nos devuelve. El regreso de lo Divino Femenino que ella encarnó, empoderado e íntegro, ahora es accesible para todos los que, a través de la gracia, podamos encontrar el coraje para reconocerlo, celebrarlo y abrazarlo.

Lo que acabo de compartir contigo —el testimonio de la tradición ortodoxa de la *teosis* (el proceso de divinización)— plantea otra posibilidad extraordinaria: que el amor pleno en cuerpo y alma que vivieron Jesús y María Magdalena dio lugar a un proceso de transfiguración alternativo. Este proceso no niega de ningún modo, sino que complementa el esplendor del camino ascético de transfiguración que ha florecido de forma secreta pero espléndida desde San Macario en el siglo II hasta Bede Griffith en el XX. También abre el misterio crucial del nacimiento del ser humano divino ante cualquiera que se dé cuenta de la santidad de los afectos del cuerpo y el corazón, y de la potencial divinización de la sexualidad a través del amor intrépido y sereno dedicado a lo Divino.

Esta es, por supuesto, una afirmación radical y trascendental dentro de los términos heredados de la tradición mística cristiana. Sin embargo, debemos recordar que la tradición, por gloriosa que sea, ha sido moldeada por la omisión o la ignorancia de la verdad de María Magdalena, de la naturaleza sexual de Jesús, y de la divinidad plenamente encarnada: lo sagrado femenino.

Por muy sagrada que sea, una tradición que no puede abrazar de forma plena y humilde la visión liberadora del lado materno de Dios y del divino matrimonio sagrado, no puede empoderar plenamente ni activar todo el poder evolutivo que tiene la conciencia crística. La conciencia crística no es

solo espiritual o trascendente, también implica y posibilita la creciente divinización o «unión» de la totalidad del ser humano con lo Divino; de hecho, el nacimiento del ser humano divino.

Entendida y vivida de esta manera, la conciencia crística se revela como el poder que genera una nueva raza humana capacitada, a través de una transfiguración progresiva, para colaborar con lo Divino y dar a luz a la justicia universal y la compasión apasionada del reino en este mundo. Este poder generador ya no puede ser contenido e interpretado dentro de ninguna institución o tradición patriarcal. O bien las remodelará y reforjará drásticamente, o bien desaparecerán para que nazcan modalidades de culto y práctica más libres.

Mi querido maestro, el padre Bede Griffiths, lo entendió así. Él creía, como yo he llegado a creer, que hay fuentes dentro de la propia tradición cristiana que podrían hacer que se remodelara y se abriera a esta fuerza renacida de la conciencia crística, reinterpretándola de manera expansiva y en relación con otras revelaciones, e incorporando una comprensión madura y equilibrada del matrimonio sagrado.

A lo largo de nuestras conversaciones sobre el misticismo joánico (especialmente arraigado en Juan, capítulo 17) y el misticismo trinitario, Bede destacaba constantemente dos de ellas.

Nunca olvidaré la mañana que, en uno de los momentos proféticos de lucidez que le concedió su última prueba, Bede me recitó de memoria estos versículos de Juan 17, que, según dijo muchas veces, eran para él la piedra angular del verdadero misticismo cristiano:

«Jesús alzó los ojos al cielo y dijo: “Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo también pueda glorificarte a ti... Y ahora, oh, Padre, glorifícame tú con tu propio ser, con la gloria que yo tenía contigo antes de que el mundo existiera. He manifestado tu nombre a los hombres del mundo que tú me diste. Eran tuyos, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra. No ruego solo por estos, sino también por los que creerán en mí a través de su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Y la gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú

en mí, para que sean perfeccionados en unidad, y para que el mundo sepa que tú me enviaste y que los has amado como me has amado a mí"».

Cuando Bede terminó, brillaban lágrimas de felicidad en sus ojos, y estaba tan abrumado por la alegría que no podía hablar.

Luego se recompuso y dijo:

—Lo que he llegado a comprender es que cuando Jesús pidió ser glorificado, no fue porque le faltara gloria en ningún sentido, sino (y esto es crucial para comprender a qué se refiere San Pablo con la gracia sobreabundante que fluye de Cristo hacia aquellos que lo aman y lo adoran) porque Jesús anhelaba glorificar consigo a todos aquellos a quienes atraería hacia sí.

Hizo una pausa y luego dijo:

—Las palabras más importantes que Jesús, como amor encarnado, pronuncia en todas las Escrituras; las palabras cuyo significado se ha ampliado a medida que yo mismo me he ampliado, son, en mi opinión, estas. Escúchalas de nuevo.

Padre, quiero que sean uno en nosotros como tú, Padre, estás en mí y yo en ti.

Hasta ahora, gran parte de las limitaciones del misticismo cristiano provienen de que estas palabras se han interpretado de manera puramente espiritual. Por supuesto que tienen un significado espiritual y hablan de esa identidad entre el alma humana y la Divinidad, que Meister Eckhart y tantos místicos cristianos descubrieron y celebraron.

Pero no son meramente trascendentes. La encarnación de lo Divino que es Jesús, y que quiere que seamos con él y en él en lo Divino, también está radicalmente encarnada y radicalmente activa en las obras de sanación y justicia. Esta dimensión encarnada y activa, que como he descubierto tiene profundas raíces en lo sagrado femenino, ha sido limitada o descuidada por completo, con las desastrosas consecuencias que vemos a nuestro alrededor.

Es hora de abrazar la plena verdad evolutiva y revolucionaria de la encarnación que, como nos muestra este pasaje de Juan, no pertenece solo a Jesús, sino que pertenece potencialmente a todos aquellos que emprenden el camino de Cristo con sinceridad. Esta dedicación podría dar lugar a la verdadera Segunda Venida, que, como sabéis, no veo en modo alguno como

el regreso de Cristo, sino como el nacimiento de la conciencia crística encarnada y activa en millones de seres.

Bede hizo una pausa y luego continuó:

—Ahora veo claramente que hay un obstáculo para este nacimiento en la palabra Padre. Durante la mayor parte de mi vida, no encontré ningún problema en referirme a Dios solo como Padre, pero mi experiencia reciente me ha confirmado que Dios es tanto Madre como Padre.

»Hasta que no se reconozca a Dios como Madre, además de como Padre, se acepte lo que esto implica con la ayuda de otras grandes tradiciones místicas y se explore e integre dentro de la tradición, será abortado el pleno nacimiento que la auténtica conciencia crística posibilita. El propio Jesús, como dejan claro los evangelios gnósticos, adoraba a lo Divino como padre y como madre. Cuando se estudian los evangelios en profundidad, se descubre que Jesús se identifica repetidamente con Hochmah o Sofía, la sabiduría divina, basándose en la práctica de profetas como Isaías y Jeremías. Sofía es el aliento del poder de Dios, el resplandor de la luz eterna, el espejo inmaculado del poder de Dios.

Como muestra su identificación con Sofía, toda la vida y la misión de Jesús se inspiró en esta visión de lo femenino, quizás especialmente en Sirá [o Sirach, versículo 2 del capítulo 8], los libros apócrifos del Antiguo y Nuevo Testamento.

«La amé, al espíritu de sabiduría, y la busqué desde mi juventud. Deseaba hacerla mi esposa, y era amante de su belleza».

Lo que este versículo sugiere es, en mi opinión, la esencia de la identificación con la sabiduría que Jesús subrayó tan a menudo.

No solo la buscó, sino que quería hacerla su esposa. Quería estar casado con ella en todas sus dimensiones trascendentes y encarnadas, y así convertirse él mismo en la plena expresión en la tierra del matrimonio entre Yahvé y Hochmah.

***

MÁS ADELANTE, ESA MISMA TARDE, estuve de nuevo con Bede a solas en su cabaña. Esta vez me habló con entusiasmo de su continua exploración de la

Trinidad, y de cómo era necesario que se ampliara y fundamentara esta interpretación de lo que para él era «la más inspiradora de todas las evocaciones místicas de la naturaleza de Dios», para que se convirtiera en algo que fuera al mismo tiempo más revelador y más accesible.

Nuestra conversación duró dos horas y sigue siendo una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida. Sin embargo, para nuestros propósitos aquí, son importantes dos de los muchos temas que desarrolló. En primer lugar, Bede enfatizó la necesidad de abrazar lo sagrado femenino en las tres personas del uno para poder liberar de las sutiles restricciones patriarcales que la conciben como Padre, Hijo y Espíritu Santo, donde todas las personas se consideran masculinas, nuestra comprensión de la Trinidad.

En segundo lugar, destacó que la idea central del misticismo trinitario —que Dios es relación interpersonal— necesitaba aterrizarse en la vida cotidiana, para que sus implicaciones más plenas pudieran hacerse realidad para nosotros.

Permíteme sintetizar estos dos temas en sus propias palabras:

—La Trinidad no es un dogma revelado. Surge de siglos de contemplación de lo que hemos hablado esta mañana: la relación de Jesús con lo Divino y su misión de compartir su gloria con nosotros. La formulación de Padre-Hijo-Espíritu Santo que surgió de esta contemplación fue un comienzo maravilloso, pero inevitablemente limitado por el énfasis patriarcal. Puede que no sepas esto, Andrew, pero durante los dos primeros siglos tras la muerte de Jesús, el Espíritu Santo se concebía como una fuerza femenina, muy parecida a la visión hindú de la Shakti. Por desgracia, esto se perdió.

Recuperar esta comprensión inicial nos invita a imaginar la integración de lo Divino Femenino en las tres personas. Lo que durante dos milenios se ha identificado como el Padre, el fundamento trascendente de toda realidad, debe ser reimaginado como Padre y Madre, ya que la trascendencia está naciendo y viviendo constantemente en todos los mundos. Asimismo, la antigua noción del Espíritu Santo, la fuerza de amor que la trascendencia emana para crear y hacer evolucionar todos los mundos, debe ser celebrada de nuevo como una fuerza fundamental de amor maternal que atesora, sustenta y hace evolucionar. El Hijo —que es la creación basada en, y

saturada e interpenetrada por la trascendencia y la fuerza del amor— necesita ser reformulado de tal manera que consagre la verdad del matrimonio de los opuestos en todos los procesos, tanto de creación como de divinización. Y esto solo se puede conseguir abrazando lo femenino en todos los niveles de la realidad.

Ampliar de esta manera lo que actualmente entendemos como la Trinidad, para empezar a abarcar la dimensión femenina de las tres personas podría tener, en mi opinión, dos consecuencias radicales. La más importante es que restaura la igualdad entre lo Divino Femenino y lo Divino Masculino, reflejando así lo que antiguamente se intuía del matrimonio sagrado como una visión de la realidad rica y equilibrada. La segunda es que nos ayuda a experimentar la Trinidad como un ejemplo de cómo lo Divino obra, crea e impregna cada átomo de su creación, y también como una forma de entender que nuestra vida cotidiana y nuestras relaciones son reveladoras y un reflejo íntimo de la vida trinitaria de Dios y del propio Jesús.

La clave para asentar y realizar la verdad de la Trinidad en nosotros y en nuestras vidas es comprender, tan profundamente como la gracia nos lo permita, que el diamante que reside en el corazón de la visión trinitaria es que el ser Divino es esencialmente una relación interpersonal. Esta idea resuena con lo que los físicos cuánticos modernos están descubriendo sobre cómo se relacionan las partículas subatómicas, que reaccionan instantáneamente unas a otras en el campo aunque estén separadas por grandes distancias.

También nos ayuda a aterrizar la visión exaltada de la Trinidad que está en el núcleo de nuestras vidas reales. Después de todo, para la gran mayoría de nosotros, las relaciones interpersonales son la experiencia crucial de nuestra vida. Nos experimentamos a nosotros mismos en relación con nuestros padres, con nuestras esposas o maridos, o parejas o amantes, con nuestros hijos, con nuestras mascotas, con nuestros amigos y asociados.

Esto es lo que constituye gran parte de la vida humana para la mayoría de la gente. Y decir que la plenitud de la vida —de hecho, la vida de lo Divino mismo— es la plenitud de la relación interpersonal es describir la Trinidad a todos los niveles. Es, en otras palabras, la comunión radical entre

el conocimiento y la comunión: comunión personal. La revelación de que la realidad última de Dios es la intercomunión en el amor es, en mi opinión, el diamante, la joya de la corona del cristianismo, y para mí revela la profundidad de todo el misterio.

Al transmitir ahora, treinta años después, las palabras de Bede sobre el misticismo joánico y trinitario —en el contexto de la exploración de los poderes transfiguradores a los que el nacimiento del campo de amor entre María Magdalena y Jesús nos abre a todos—, se presentan ante nosotros dos visiones interrelacionadas.

La primera visión disuelve milenios de demonización del cuerpo y sus deseos al mostrarnos que el Jesús de Juan 17 le pide a Dios que nos dé la gloria encarnada, tal como se le dio a él, que inunda y diviniza potencialmente todos nuestros amores y deseos. Así, nos revela que no son obstáculos para devenir completos en Dios, sino manifestaciones del deseo más profundo que lo Divino ha arraigado en nosotros: el deseo del amado, el anhelo de aquel que es amor.

Esta visión nos invita a experimentar todas nuestras relaciones con amigos, amantes, parejas y animales —además de todas las manifestaciones de la creación— como dones y revelaciones de la gracia del amor divino, que han de ser vividas en un discernimiento sagrado y gratitud que unificarán progresivamente todo nuestro ser con el uno. Cuanto más amemos a todos los seres y cosas, más nos poseerá el amor mismo y más nos transfigurará e irradiará.

La segunda visión ilumina directamente lo que estoy explorando contigo sobre la naturaleza y el poder del amor entre María Magdalena y Jesús, y lo que implica actualmente para nosotros y para la humanidad que abrace esta posibilidad en un futuro.

Lo que esta visión nos muestra es que, en el amor de Jesús y María Magdalena, lo que se nos revela en toda su belleza, pasión, verdad y poder evolutivo es una forma sacramental de relación sexual que refleja la vida de la Trinidad misma. Y reconoce, fomenta y celebra la noble pasión humana como expresión viva y gracia del Espíritu Santo, permitiendo así que su fuerza maternal circule en nosotros y a través de nosotros, transformándonos a todos, tal como les transformó a ellos.

María Magdalena y la Transfiguración

Estamos casi listos para explorar juntos la unción de Jesús por parte de María Magdalena de una manera nueva y expansiva. Sin embargo, antes de hacerlo, debemos afrontar el hecho de que los Evangelios no nos dan pistas reales sobre la profundidad del amor entre Jesús y María Magdalena, ni sobre el papel único que ella tuvo entre los discípulos, ni sobre la segunda corriente alternativa de transfiguración que, según sugiero, nació del matrimonio sagrado entre ellos. Nada de esto debería sorprendernos. Hemos mostrado que María Magdalena está casi totalmente ausente de los Evangelios canónicos, y las múltiples y complejas razones que hay detrás de esta omisión.

Ahora quiero dirigirme a la obra y la tradición externa a los Evangelios que he encontrado más esclarecedora: el Evangelio sofiano, tal como lo describe Tau Malachi en su libro *Living Gnosis*. Antes he citado el relato del gnóstico sofiano sobre el encuentro de María Magdalena con Jesús en Cafarnaúm. Aquí quiero destacar lo que la tradición gnóstica sofiana nos dice sobre el papel de María en la Transfiguración.

Se dice que el Evangelio sofiano ha sido transmitido en una tradición ininterrumpida desde la propia María Magdalena y se centra, al igual que yo, en su papel como esposa de Jesús, su igual y maestra de lo Divino Femenino, así como su discípula más inspirada y receptiva. Afirma, entre otras cosas, que Jesús enseñó a María Magdalena una sabiduría que no compartió con ningún otro discípulo, que ella lo acompañaba cuando se retiraba a la contemplación, y que rezaba, meditaba y compartía con él muchos «milagros secretos». El Evangelio de Sofía revela que cuando María Magdalena y Jesús hacían el amor, estas maravillas ocurrían como si en ellos Yahvé y la Shekinah se cristalizaran en una unión física y «las bendiciones y la luz se derramaran sobre el mundo».

Lo que podría confirmar la veracidad de lo que propongo son las descripciones de la tradición gnóstica sofiana sobre la Transfiguración, en oposición a los evangelios canónicos.

Como escribe Tau Malachi:

«Según la leyenda, cuando los discípulos varones cayeron en la

inconsciencia, abrumados por la manifestación de la realidad fluida y la gloria divina, María Magdalena permaneció plenamente lúcida y consciente, y recibió la transmisión de luz que el Señor pretendía, por lo que también brilló con luz celestial... Según cuenta la historia, la tarde siguiente a la Transfiguración del Señor en la montaña sagrada, María Magdalena llevó a tres de sus discípulas más íntimas a una cueva y quedó transfigurada ante ellas. (...) Se dice que las mujeres tuvieron que ocultar sus rostros durante varios días porque brillaban con luz visible, ya que, a diferencia de los hombres, permanecieron completamente conscientes y fueron iluminadas por la revelación divina de la Mujer de Luz».

Tau Malachi continúa escribiendo que la historia de la misión conjunta de Jesús y María Magdalena alterna imágenes de lo Divino Masculino y lo Divino Femenino para celebrar lo que él denomina «la verdadera y plena igualdad y colaboración existente entre ellos». Esto queda más claro, y es quizás más provocativo, en las imágenes de sus dos transfiguraciones: la transfiguración de Jesús tiene lugar en la montaña sagrada fálica, mientras que la transfiguración de María tiene lugar en la cueva, una imagen femenina del útero.

Como escribe Malachi: «Es como si María Magdalena fuera el útero de la tierra en el que se siembra la semilla de luz, y a través del cual todos reciben la transmisión de luz. Es como si el Señor Yeshua fuera la luz y la Señora María fuera el prisma de luz a través del cual esta pasa, convirtiéndose en rayos de gloria arcoíris».

***

POR FAVOR, QUERIDO AMIGO, ahora haz una larga pausa y deja que todo lo que has estado leyendo cristalice en lo más profundo de tu corazón.

Después de todo lo que estás experimentando, ahora te invito a volver a centrar tu atención en la escena de la Unción y a comenzar a contemplarla con una perspectiva mucho más amplia.

Por fin estamos listos para contemplar la unción de Jesús por parte de María Magdalena en los días previos a la crucifixión y para comenzar a verla en todo su significado; un significado que abarca los enfoques

tradicionales, pero los trasciende.

En primer lugar, situemos el glorioso acto de María en su contexto: la vida tumultuosa y peligrosa que ella, Jesús y los demás discípulos compartían.

En el año 27 d. C., poco después de su encuentro y matrimonio, Jesús huyó de Cafarnaúm debido a que Herodes Antipas le amenazó de muerte. Siguieron cuatro años de vagabundeo, primero en territorio gentil al este de Galilea y luego al oeste. Los estudiosos tradicionales afirman que María Magdalena no siempre lo acompañó, dada su vulnerabilidad como mujer, y que él trabajó principalmente con los discípulos varones. El Evangelio de Sofía y otros textos gnósticos sugieren claramente lo contrario, dejando claro que desde el principio su relación trascendió todas las convenciones, enfatizando el coraje guerrero de María, así como la profundidad de la pasión que sentía por su amado.

Si se acepta esto, el amor que María Magdalena sentía por Jesús se vuelve aún más conmovedor. Ella compartió sin vacilar la vida difícil y acosada que él tuvo que vivir para cumplir su misión, que ahora era la misión de ambos, alimentándolo, fortaleciéndolo e instruyéndolo con su amor, coraje y sabiduría. Renovándolo a él y renovándose a sí misma en los fuegos sacramentales de su pasión mutua, y experimentando con él las revelaciones de la transfiguración progresiva que se generó.

Compartió íntimamente todas las ansiedades, incluso los terrores, que se arremolinaban alrededor de Jesús desde el primer sermón que pronunció en Nazaret anunciando la libertad y la igualdad del reino, y que enfureció tanto a la audiencia que solo escapó con vida por los pelos. Lo que él sufrió, ella también lo sufrió. Lo que amenazaba y acechaba a Jesús, también amenazaba y acechaba a María.

Desde el comienzo de su amor por él, ella debió saber —por todo lo que oía y lo que él le contaba sobre por qué había venido— que la vida de Jesús siempre estaba en peligro, al igual que ahora la suya. Su amor tendría que atravesar un periodo tras otro de amenazas, traiciones y dificultades extremas. El amor que María sentía por Jesús, y su entrega total a su amor, nunca podrían ser solo un asunto privado. Tenían como finalidad transfigurar la vida humana y el mundo.

De hecho, el amor de María Magdalena y Jesús era parte de esta revolución, el combustible personal secreto que tenían ambos, el agua viva en la que ambos se bañaban una y otra vez para renovar todo su ser ante las pruebas que les esperaban. Para todos los revolucionarios del amor en acción ofrece un modelo de cómo la unión íntima entre dos amantes sagrados puede iluminar, fortalecer e incluso continuar transfigurando a ambos, capacitándoles para servir sin reservas a la verdad y a la justicia, sean cuales sean los sufrimientos que surjan y las derrotas que haya que soportar en el camino hacia la victoria.

En el año 31 d. C., Jesús tomó una decisión trascendental. Como escribe Bruce Chilton: «La oposición de Herodes Antipas no había hecho más que reforzar el atractivo de Jesús para los judíos marginados de Galilea, algunos de los cuales querían que el carismático rabino encabezara una violenta ofensiva contra Antipas y sus protectores romanos».

Jesús y María Magdalena sabían que el reino nunca podría establecerse mediante la violencia, ya que eso solo engendraría más violencia. En las tentaciones del desierto, él había rechazado todos los atractivos del poder meramente mundano. Tanto él como María sabían que lo que tenía que nacer ahora para que la realidad del reino fuera posible y real en todas las relaciones humanas, obras e instituciones, no era una revolución física, sino una revolución espiritual que lo transfigurase todo. Esta revolución tendría que disolver todos los temores a la muerte y todas las dementes fantasías de separación que esclavizaban a la humanidad y mantenían las estructuras del tribalismo y la exclusividad, que abortaban la fuerza de la conciencia crística en todo su esplendor y la regeneración radical que seguiría a su implementación.

Todo aquello por lo que Jesús y María habían vivido y trabajado había llegado a su punto álgido.

La decisión trascendental que tomó Jesús, según creen algunos eruditos de renombre, fue concentrarse no en la rebelión contra los romanos, sino en una renovación drástica de la vida del Templo. Según escribe Bruce Chilton: «Creía que él y sus seguidores podían cambiar el mundo y dar la bienvenida al reino de Dios en la tierra de Israel si ofrecían sacrificios en el monte Sión de la manera que el Dios de Israel deseaba... El rabino Jesús

creía que el verdadero sacrificio traería tanto el fin de la opresión de Israel como la apertura del Templo a toda la humanidad, judíos y no judíos».

Esta opinión en parte puede explicar por qué Jesús actuó como lo hizo —tanto al volcar las mesas de los cambistas como al decidir entrar en Jerusalén y en el Templo durante la Pascua, cuando ambos lugares se llenaban de multitudes procedentes del campo—, pero no es suficiente. Por un lado, menosprecia la inteligencia espiritual de Jesús. Dado todo lo que sabía del poder romano y de la corrupción religiosa judía, ¿podría haber creído realmente que era posible una transformación tan radical de la vida del Templo?

El verdadero peligro de explicar de forma tan precisa las acciones que condujeron a Jesús a la crucifixión y la resurrección es que pasa por alto su significado cósmico y universal, que habría sido claro, incluso primordial, en los corazones y mentes de Jesús y María Magdalena. Lo que esta dimensión cósmica y universal revela a quienes la contemplan es que la lógica de Jesús —y la misión que María tenía con él de dar a luz la plena conciencia crística— había llegado a un momento decisivo. Él y María tendrían que arriesgarlo todo para dar a luz una nueva realidad, una nueva creación en la Tierra y en el universo.

Solo ese nacimiento podría comenzar a revertir la destructividad del conflicto romano-judío, junto con los oscuros deseos de poder y dominación que afligen a toda la historia humana. También aseguraría que pudiera tener lugar el nacimiento de una nueva humanidad; una humanidad plenamente viva en la «gloriosa libertad de los hijos de Dios». Así, lo que estaba en juego era mucho más que una renovación de la vida del templo.

Jesús y María Magdalena sabían, por su propia experiencia drástica, las limitaciones de lo que se podía lograr en un mundo sumido en creencias religiosas estrictas y atrincheradas en estructuras patriarcales. Por muy glorioso que hubiera sido su amor mutuo, y por muy emocionantes que hubieran sido las enseñanzas, las curaciones y los milagros de Jesús en su manifestación de los poderes que fluyen de la conciencia crística, la situación en Israel les reveló que había que intentar algo completamente nuevo y aún más transformador. Algo que cristalizaría de inmediato todo lo que había sucedido anteriormente y daría lugar, tanto en la vida terrenal

como en la vida del universo, a la fuerza del amor transformador que ambos sabían que era la única fuerza capaz de cambiarlo todo.

No podían saber con certeza cómo sería el nacimiento de un nuevo nivel evolutivo del amor que todo lo redime. No podían saber con certeza que Jesús resucitaría, pasara lo que pasara; si pensáramos que lo sabían, creo que se empañaría la intensidad de su visión, valentía y confianza en el misterio, así como el coraje y la visión que su ejemplo nos anima a abrazar.

Sin embargo, dadas las pruebas y revelaciones que ya habían vivido repetidamente, debían saber tres cosas: que la nueva aventura a la que ahora tendrían que arriesgarse se desarrollaría de maneras a veces brutales y siempre imprevisibles; que, dada la naturaleza espiritualmente revolucionaria de la plena conciencia crística, los arrastraría a ambos a peligros nuevos y extremos, incluso a la muerte de uno o ambos; y, por último, que la vida divina junto con el amor que sabían que era divino en su origen, poder y pasión, tendrían la última palabra, fuera cual fuera el resultado.

La adquisición de estas tres ideas, ganadas con esfuerzo, constituye la base inquebrantable de su determinación por arriesgarlo todo para asegurar el nacimiento de una nueva creación y de su rendición a lo que el amor exigiera.

La unción

Con todo lo que hemos explorado hasta el momento todavía vibrando dentro de nosotros, ahora podemos ver la unción de Jesús por María Magdalena de una manera nueva y reveladora. Sí, es un acto de adoración sublime que prepara el cuerpo de Jesús para el entierro, pero también es un empoderamiento iniciático por parte de una encarnación de lo Divino Femenino, en el momento en que Jesús entra en los misterios maternos definitivos de la muerte y el renacimiento en su Pasión y Resurrección.

Como verás, abordar de esta manera el misterio de la unción amplía nuestra perspectiva de quién es María en la historia real, aún no contada, y a qué estaba dedicada la relación entre ambos. También amplía nuestro conocimiento de lo que Jesús logró en nombre de toda la raza humana y del universo mismo; logros en los que María —como mujer, esposa, sanadora, ungidora y experta en los misterios de la encarnación de la madre— desempeña un papel secreto y sagrado como cotransfigurada, corredentora y cocreadora de una nueva humanidad y una nueva creación.

A partir de lo que ya hemos explorado juntos, ahora podemos ver que el acto de María Magdalena de ungir a Jesús es un diamante de siete facetas interrelacionadas e interpenetrantes, que abarcan los diferentes aspectos de su relación tanto en su intensa y apasionada humanidad como en su significado divino último.

Explorar juntos estos siete aspectos empezará a abrirnos a lo que el ejemplo y la fructificación de la historia de Jesús y María pone ahora a disposición de todos nosotros. Las siete facetas de este diamante único y radiante de la unción se muestran en un orden ascendente e interdependiente.

Cuando se produjo el incendio de mi apartamento que mató a mi querida gata, me encontré en un estado que nunca antes había experimentado: estaba a la vez aniquilado y extasiado. Mientras caminaba hacia la casa de un amigo que se había ofrecido a acogerme, oí en mi corazón la voz suave y penetrante del padre Bede que decía: «Ahora es el momento de recitar el mantra de María Magdalena: om nama Maria Magdalenaya».

Empecé a recitar el mantra de inmediato y todo mi ser se llenó de una

paz dinámica y vibrante que continúa bailando en mi interior.

Te recomiendo, querido amigo, que en este momento del viaje que estamos haciendo juntos, inclines la cabeza hacia tu corazón e imagines a María Magdalena ungiendo a Jesús de la forma que te resulte más vívida, y comiences a cantar el amor, el poder y la sabiduría sublimes que libera para ti. Ahora estás listo para recibir toda la riqueza de Magdalena como Ungidora.

Mientras lees la siguiente descripción de estas facetas intenta, en la medida de lo posible, llevar a ellas todo lo que hemos explorado hasta ahora sobre el amor de Jesús y María:

En mi opinión, estas siete facetas son:

- María, como mujer y esposa, unge a su marido para la inevitable prueba que ambos sabían que tenían por delante.
- María, como ungidora paradigmática de la tradición cristiana, que a través de su acto cristaliza, expande y renueva la rica tradición judía femenina de sanación y unción, en la que era experta y a la que representaba.
- María, como esposa y compañera en la conciencia crística, prepara a Jesús no solo para el entierro, como proclaman los Evangelios, sino, también a través de esa muerte para el posible y aún inimaginable nacimiento de una nueva creación.
- María, como amada del amado, inspirada en las tradiciones místicas del primer templo y del *Cantar de los Cantares*, celebra y reafirma a través de su acto sagrado las revelaciones con las que su unión sagrada les había inundado a ambos. Ella vertió todos los poderes extáticos de su propia realización del amor verdadero, simbólica y literalmente, en el ser de Jesús, a fin de prepararle para el viaje que él tenía por delante y de prepararse para su propio viaje con él hacia la muerte y el renacimiento.
- María, como encarnación consciente de la Divinidad Femenina de Sofía, bendice e infunde en Jesús toda la sabiduría maternal que necesitaría en ese momento. Ambos sabían que él estaba a punto de descender, como parte de su misión divina, al misterio materno

definitivo de la muerte y el renacimiento, el desmembramiento y la regeneración.

- María, como encarnación de la madre-padre, bendice a Jesús como encarnación del padre-madre en su matrimonio sagrado, afirmando su divina determinación humana de vivir su matrimonio a través de lo que el misterio del amor divino les exigiera a ambos y desplegara en ellos en el tiempo y en la eternidad.
- María, junto con Jesús, como comadrona de una nueva corriente de transfiguración, como cotransfigurada, reafirmando a través de su acto el poder de lo que ya habían vivido. Dada la necesidad urgente, ella infunde ese poder sacramentalmente en Jesús para el momento en que él necesite toda su fuerza divinizadora para completar la misión que compartían de dar a luz a una nueva humanidad, empoderada por fin para cocrear un nuevo mundo con y en lo Divino.

Es esta faceta última y definitiva —en la que se consagra todo el significado y el poder de las demás— la que nos dará pistas reveladoras. Las pistas se refieren al papel secreto que tenía María en la misión y resurrección de Jesús, así como al papel que desempeñó después de su Ascensión, en una unión cada vez más extática y encarnada con él como Cristo cósmico, tanto en el espacio y en el tiempo como más allá de ambos.

No podemos olvidar que el viaje que Jesús y María estuvieron impulsados a emprender y desarrollar por su amor no era solo para ellos, en sus propios y singulares roles de gracia y poder. Más bien, se llevó a cabo en nombre de todos nosotros y, en un sentido misterioso, lo hicimos todos nosotros, tal como podremos ser y seremos cuando estemos preparados para creer en —y a abrirnos a— nuestro nacimiento a la humanidad divina a través del amor.

María Magdalena y Jesús representan todo el potencial transfigurador del matrimonio sagrado para infundir en toda la raza humana y en la creación su poder en eterna expansión, y para darnos a todos un mapa de sus posibilidades. Si queremos sobrevivir a la noche oscura global en la que

estamos inmersos y colaborar con el nacimiento consciente y conscientemente desarrollado de lo que se sembró en nosotros a través de ellos junto con las múltiples revelaciones que el amor revela, necesitamos que este mapa sea tan rico, preciso y profundo como podamos imaginarlo.

Para honrar lo que Jesús y Magdalena dieron a luz a través de su matrimonio sagrado, debemos reclamar —mediante el reconocimiento, la aceptación y la evolución en y a través de la gracia— nuestra propia conciencia divina encarnada, nuestra igualdad radical con Jesús y María. No basta con admirarlos y celebrarlos, por mucha pasión que le pongamos, si no reivindicamos nuestra capacidad divina para emularlos y convertirnos en nuestras versiones únicas y transfiguradas de ellos, nuestro propio *Anthropos*.

Adorar a Jesús y María nos prepara para recibir la transmisión más completa posible de la fuerza de amor que ellos alumbraron para nosotros, pero debemos llevarla a las misteriosas profundidades de nuestra asombrosa unidad con ellos. De otro modo, esa adoración podría convertirse en un obstáculo sutil y poderoso que nos impediría comprender la verdad más profunda del mensaje que nos transmiten por separado y juntos: que ellos son nosotros tal como nosotros seremos cuando permitamos que la fuerza evolutiva del amor del padre-madre sane, unifique y transfigure todo nuestro ser.

Si nos distanciamos de Jesús y María y los exteriorizamos, incluso de formas sutiles y reverenciales, las asombrosas posibilidades alquímicas que la relación no dual con ellos tiene en el núcleo de nuestra psique, alma, vida y ser seguirán quedando abortadas, como ha ocurrido en gran medida a lo largo de la historia cristiana. Jesús y María no arriesgaron toda su realización y su ser una y otra vez, y en circunstancias cada vez más terribles, simplemente para ser adorados y venerados.

Trataban de alumbrar una fuerza de amor transfiguradora en nosotros y para nosotros. Querían que tantos de nosotros como fuera posible abrazáramos con urgencia su extraordinaria historia como si fuera nuestra; su divina pasión humana como nuestra; su hambre de ver nuestros seres y nuestro mundo completamente transformados como nuestra. Y que adoptáramos como nuestra tanto su perfecta puesta en práctica de la

divinización interna como de la sagrada acción externa.

Si realmente queremos aprender del viaje de Magdalena y Cristo, tenemos que ser suficientemente valientes para reivindicarlo ahora como un mapa riguroso de nuestra potencial divinización. También del significado secreto y del potencial de la noche oscura que el conjunto de nuestra especie está soportando en todos los niveles. Ahora todos afrontamos el desafío, y estamos empoderados en secreto para dar a luz juntos —a través de la fe, de la más rica información mística y de la práctica incansable— a una nueva raza humana divina, liberada del tribalismo, el dogmatismo y la separación suicida del pasado.

María y Jesús —que emprendieron antes que nosotros este peligroso, conmovedor y exaltado viaje con esplendor y valentía— se encuentran entre el puñado de guías más fiables y empoderadores de la humanidad, cuya sabiduría transfiguradora y liberadora ya no es un lujo para unos pocos elegidos, sino una necesidad para todos los que podemos empezar a comprenderla y nos atrevemos a vivirla.

Al principio, aceptar nuestra igualdad radical con Jesús y María —como seres dotados de divinidad inherente, y por tanto íntimamente conectados con el despliegue de cada aspecto, nivel y poder de su viaje— puede parecer emocionante. Sin embargo, en la práctica, comprender y vivir esto a medida que lo aceptamos requiere repetidos saltos al misterio; un compromiso reiterado con experiencias internas que a veces resultan desconcertantes y perturbadoras. También requiere un trabajo incansable con nuestra sombra para liberarnos de todas las voces heredadas —culturales, científicas y religiosas— que siguen entrelazándose y resonando en nuestro ser para convencernos de que estamos condenados a nuestras limitaciones predestinadas.

Reivindicar como propio el mapa de divinización más completo, riguroso y exaltado que jamás se nos ha dado, y luego interiorizarlo sistemáticamente en el núcleo de nuestras vidas y de nuestra práctica, exige que nos abramos repetidamente a un coraje siempre renovado y en constante expansión. No podemos limitarnos a reconocer intelectualmente, e incluso espiritualmente, el camino de transfiguración que, con una intención deslumbrante, Jesús y María Magdalena abrieron y vivieron para

todos nosotros. Debemos reconocerlo en nuestros corazones, mentes y almas, pero también vivirlo interiormente, integrándolo paso a paso. Y también exteriormente, integrándolo en una acción sagrada cada vez más potente, tal como ellos lo hicieron.

Debemos intentar atrevernos a vivir la verdad de Jesús y María que se ha revelado progresivamente —sean cuales sean los obstáculos, las pruebas, los desconciertos o las voces internas y externas saboteadoras o burlonas—, y a hacer el trabajo interno para permanecer cada vez más desnudos y abiertos a su gracia. No es solo por nosotros mismos, sino por el mundo y el cosmos con los que, tanto los místicos como los físicos cuánticos lo saben, estamos inseparable y orgánicamente interconectados. El potencial nacimiento de una nueva humanidad divina a partir de nuestra noche oscura global depende de ello. Esta nueva humanidad divina, que Jesús y María engendraron juntos, podría ser capaz de crear un mundo que refleje la conciencia del reino en sus instituciones, artes, ciencias, política y economía. También puede participar conscientemente en la divinización progresiva de toda la materia y sustancia de todos los universos; el crecimiento último de Cristo, como dijo Bede y como Teilhard de Chardin llegó a experimentar visceralmente, con asombro y reverencia.

Andrey Sinyavsky, el gran místico ruso, escribió: «No se trata de superar la naturaleza, sino de sustituirla por otra naturaleza desconocida para nosotros».

En su matrimonio sagrado, Jesús y María se unieron a esta «naturaleza desconocida», a sus poderes sobrenaturales evolutivos y orgánicamente entrelazados. Y nos unirán progresivamente a ella si nos atrevemos a permitírselo, a reclamarla como nuestra y si estamos a la altura de sus exigencias.

Comprometernos a vivirlo y a desarrollarlo, como hermanos y hermanas amados por Jesús y María —sea cual sea nuestra religión o persuasión espiritual; sea cual sea nuestra edad o sexualidad— es quizás la tarea más grande y transformadora que podemos emprender en nuestras circunstancias. Lo que también tenemos que hacer es creer en esta posibilidad, y después vivir nuestra creencia cueste lo que cueste. Ahora ya sé que el gran nacimiento que Jesús y María iniciaron es real.

Está comenzando en mí, y sospecho que en muchos de vosotros. Sus ardientes brotes verdes están agrietando el negro hormigón de nuestra desolación, y su escandaloso sol atraviesa las nubes tormentosas de nuestra devastación voluntaria. Ahora bien, el éxito de este nacimiento no es seguro. El nacimiento se nos ofrece, pero tenemos que pagar un precio para encarnar su gloria, para disfrutarlo, para contagiarlo y poner en práctica la gloriosa libertad de los hijos de Dios, los hijos del matrimonio sagrado, de Jesús, la palabra humana divina, y María Magdalena, la feminidad humana divina, Sofía y la novia.

Con su amor, su ejemplo, su desafío y su gracia plenamente vivos en nosotros, podemos hacerlo.

Dos palabras esenciales

Hace tres años estaba sentado con un viejo yogui de pelo enredado junto al Ganges en Benarés. Él había sido un rico banquero y se lo había dado todo a su familia para vagar por la ciudad santa.

Todas las tardes después de los rituales que hacíamos junto al Ganges solíamos reunirnos para charlar un rato. Esa tarde me preguntó:

—¿Cuáles son las dos palabras cuyo significado profundo te gustaría que todos conocieran?

Nadie me había hecho nunca una pregunta así. Había una seriedad repentina en su forma de preguntar que me hizo comprender que, para él, había mucho que dependía de lo que yo le respondiera.

Nos sumergimos en meditación y entonces me encontré diciendo:

—Mis dos palabras son noble y sublime. Para mí, lo que he aprendido por la gracia de lo Divino es que nuestra forma de abrirnos a imaginar y sentir estas dos palabras, y aplicarlas a nuestro ser esencial de la forma más rica posible, determina en gran medida nuestro estado de conciencia, nuestro conocimiento de lo Divino y el alcance de nuestras acciones.

Él sonrió ampliamente y me acarició la cabeza con ternura. Luego dijo:

—Comenzar a conocer la sublimidad y la nobleza del alma, y también comenzar a ser consciente de que nuestro propósito más elevado es encarnar esa nobleza y sublimidad en cada parte de nuestro ser, y en todos nuestros pensamientos y actividades, es el comienzo de la vida divina en la tierra.

Una fina luna creciente se alzaba sobre el Ganges y sonreímos juntos, saboreando su brillo sobre el río.

Entonces, dijo:

—¿Cuándo fue la última vez que oíste a alguien decir esas dos palabras?

—No lo recuerdo.

—Eso lo dice todo sobre el mundo en el que vivimos.

Ambos nos reímos con tristeza.

Una forma maravillosa de empezar a adentrarse en esta etapa del viaje que María y Jesús hicieron juntos es reflexionar profunda y multifacéticamente, con todo tu ser y toda tu experiencia vital, primero

sobre la palabra «sublime» y luego sobre la palabra «noble». Escribe cada una de tu puño y letra en páginas separadas, y mientras lo haces, comprométete a permitir que se irradien sobre ti ideas cada vez más profundas de sus significados. No te desanimes si sientes cualquier resistencia con alguna de las dos palabras, o si te cuesta abrirte para reclamarlas como descripciones de tu propio ser esencial: reconócelas a medida que surjan y trabájalas con confianza y alegría.

Mi amiga Caroline Myss ha hablado con brillantez sobre lo que llama el lenguaje sagrado y sobre la necesidad de saborear su verdad tanto como podamos para que nos permita vivir vidas sagradas, y para que nosotros mismos nos permitamos experimentar verdaderamente las gracias transformadoras que emanan de él.

¿Qué mejores palabras podríamos encontrar para describir a Jesús que «noble» y «sublime»? ¿Con qué mejores palabras podríamos celebrar a la María Magdalena que estamos descubriendo juntos: amante, profeta, guerrera, transfigurada? ¿Podríamos emplear palabras más precisas para describir el amor que Jesús y María se profesaban mientras vivían en tiempos y circunstancias terribles, con una enorme valentía frente a la incredulidad y la oposición de muchos de los discípulos varones? ¿Podríamos encontrar palabras más ricas para revelar el poder del amor verdadero y total que su amor nos revela y desarrolla en nosotros?

Lo que Jesús y María nos muestran es que la pasión humana divina entre dos seres despiertos y reconocidos como iguales es sublime en su origen trascendente, su inspiración y su éxtasis de adoración; y es noble en su compromiso y expresión. Es sublime porque está completamente impregnada con la ternura salvaje y exquisita que la adoración practicada con todo el cuerpo y toda el alma tiene; es noble porque se vive no solo para los propios amantes y su liberación, sino también para la transformación de la totalidad de la vida en todos los reinos.

He descubierto que abrirme lo máximo posible a la nobleza y sublimidad del amor de Jesús y María me conecta con mis propias intenciones más sublimes y nobles, con la realeza oculta de mi propia alma y la de todos. Me ayuda a creer que es posible un amor como el suyo, y que es posible ser irradiado por la gracia de su pasión. También es posible

despertar, sanar, fortalecer y expandir mis propios poderes de amor noble y sublime, de manera sutil pero maravillosa. Con esta expansión, comienza a revelarse el misterio de la relación entrelazada y no dual entre Jesús y María Magdalena.

Una práctica de oración mental

Cuando hayas contemplado estas dos palabras —noble y sublime—, y hayas comenzado a reclamarlas como los poderes y características tanto de María Magdalena y Jesús como de tu alma esencial y tu capacidad de amar, permíteme que sugiera que te sumerjas en lo que la Iglesia católica llama oración mental. Practicar la oración mental con fe y sinceridad te permite encontrarte en comunión directa tanto con Jesús como con María, en su historia y en el núcleo de tu ser.

Esto es lo que un gran místico español del siglo XVII, Pedro de Alcántara, escribe sobre esta potente práctica:

«En la oración mental, el alma se nutre de caridad, se mantiene en la fe y se fortalece en la esperanza. La mente se expande, los afectos se dilatan, el corazón se purifica, la verdad se vuelve real y obvia, los sentidos se renuevan. De la oración mental brotan, como chispas vivas, esos deseos del cielo que el alma engendra cuando se inflama con el fuego del amor divino. La excelencia de la oración mental es sublime y grandes son sus privilegios. A la oración mental se le abre el cielo; a la oración mental se le manifiestan los secretos celestiales y el oído de Dios está siempre atento».

La exaltación sostenida de un pasaje como este puede resultar poco familiar, e incluso un poco desagradable al principio, porque nuestra cultura ha convertido en ídolos lo sencillo y lo irónico. Pero si practicas la oración mental con sinceridad y sencillez de alma, descubrirás por ti mismo que lo que Pedro de Alcántara describe es real y actual y, con el tiempo, accesible.

Entonces, ¿en qué consiste esta práctica? La oración mental consiste en usar escenas inspiradoras y centrales de la historia de la vida de Jesús para conectarnos directamente, más allá de las palabras, con su humanidad y su divinidad. Nos ayuda a centrar nuestra voluntad en conseguir llegar a ser como él en todo nuestro ser.

Armado con esta práctica de la oración mental, te invito a entrar a todas las escenas y visiones que experimentaremos juntos, y en las que incluiremos a María Magdalena con Jesús.

Durante mis preparativos para orquestar este viaje, cada vez que necesitaba conectar con Jesús y María más allá de las palabras, en cualquier

escena en la que ambos están presentes, he practicado una breve invocación a cada uno de ellos en la plenitud de lo que muestran de sí mismos. Siempre he comenzado invocando a Magdalena, lo Divino Femenino, por la sencilla razón de que se le ha invocado muy poco de esta manera. Creo que ahora es el momento de volver a recibir plenamente a la novia en el lugar donde siempre ha estado en secreto: al lado del novio y en igualdad con él.

Luego, con mi ser lleno de gracia, en mi ser más interno vuelvo hacia Jesús, el novio, y con ello descubro que mi corazón se ha expandido inmensamente gracias a María, y puedo empezar a ver a Jesús como ella lo veía: lleno de «fuego, luz y verdad».

En mi exploración de esta nueva formulación de la antigua práctica, he descubierto que las dos siguientes invocaciones son particularmente potentes.

Para María Magdalena, utilizo estas palabras de San Anselmo, que escribió originalmente para la Virgen María. Para mí, también son aplicables a María Magdalena y a la gran renovación que prepara su regreso a nosotros:

«Oh, mujer, plena y completa, derrama tus gracias sobre este mundo y reverdece a todas las criaturas».

La fuerza de la Divinidad Femenina, que nos llega ahora desde la novia que regresa, es una fuerza que reverdece, refresca, reconstruye y resucita todo nuestro ser. Tanto en el misticismo cristiano como en el sufí, el color verde representa la eterna y eternamente fresca primavera, no solo del corazón sagrado y su inteligencia, sino de todo el ser cada vez más transfigurado y reverdecido por esa belleza y revelación.

Hildegarda de Bingen escribió a menudo sobre lo que ella llamaba viriditas, el poder reverdecedor del Espíritu Santo. En una de sus oraciones a la Virgen, Hildegarda se refiere a ella de la siguiente manera:

«Oh, ramita que reverdece, te eriges en tu nobleza como el amanecer».

Las mismas palabras son aplicables a la Magdalena en el amanecer de su regreso.

La invocación que me ha parecido más poderosa para el Jesús que celebro aquí es una frase que encontré hace años en París de parte del más

grande de todos los místicos marianos, Luis María Grignion de Montfort, cuyas obras te parecerán proféticas y revolucionarias. Al igual que las de San Anselmo, estas invocaciones fueron escritas para la Virgen María, pero creo que también se pueden aplicar, quizás de forma aún más intensa, a la Magdalena que estamos descubriendo juntos. Modificada para María Magdalena, esta frase de Montfort dice: «PARA QUE VENGA TU REINO, OH, SEÑOR, QUE VENGA EL REINO DE LA MAGDALENA».

Esto me conmueve profundamente porque cristaliza en pocas palabras la esencia de la transmisión del matrimonio sagrado al que he dedicado nuestro viaje. Al invocar de esta manera tanto a María como a Jesús, antes de entrar en la escena en la que deseo practicar la oración mental, he descubierto algo que es difícil de expresar con palabras. Lo que estoy descubriendo es que, al invocarlos primero por separado y luego juntos, me conecto con ellos en la escena en la que elijo encontrarlos. No obstante, también los traigo a mi ser más profundo como las dos fuerzas que necesitan unirse en mí para que mi yo divino plenamente encarnado, mi Jesús Magdalena, nazca en la cámara nupcial del matrimonio sagrado.

Permite que esta extraordinaria posibilidad se abra también para ti. A medida que continúes practicando la oración mental para entrar en el mapa que María Magdalena y Jesús nos ofrecen, mantente alerta a los repentinos cambios cuánticos en tu forma de comprender, a las nuevas aperturas rápidas e inimaginables, a los sueños eléctricos, a las oleadas de una alegría desconocida y salvaje, a los repentinos destellos de la belleza y la sublimidad inherentes a todas las cosas. Estas son las señales de que el matrimonio de María Magdalena y Jesús está teniendo lugar dentro de ti: la música que oyes cuando abres la puerta para ocupar tu lugar en la celebración de su matrimonio sagrado y del tuyo propio.

Dar a luz el matrimonio sagrado ahora

La intimidad radical que te proporcionará la práctica de la oración mental no solo te ayudará a experimentar mística y visceralmente la verdad del matrimonio sagrado de Jesús y María, también te dará las llaves sagradas del matrimonio sagrado de tu propio Jesús y María internos, que darán a luz a tu propio y singular ser humano divino.

Y hay más. La oración mental te revelará, como me ha revelado a mí, por qué el revolucionario regreso de Magdalena al corazón de una nueva visión de la conciencia crística está ocurriendo en este momento de nuestra evolución humana. Descubrirás por qué es esencial tratar de comprender y celebrar plenamente el papel, oscuro pero crucial, que Magdalena tiene para conseguir el crecimiento espiritual humano y el nacimiento potencial de una nueva humanidad divina fuera de nuestra noche oscura global.

Lo sepamos o no, toda la humanidad se encuentra en la misma situación en la que estaban Jesús y María en su terrible época, ante una prueba casi inimaginable, incluso ante la crucifixión de nuestro ser y nuestro mundo. Todas las viejas estructuras de pensamiento y práctica están colapsando. Ahora algunos de nosotros creemos lo que nos han dicho los grandes místicos y pioneros evolutivos de la humanidad: que nuestra noche oscura es el canal potencial de parto de una nueva creación y una nueva humanidad. Pero también sabemos, con espantosa claridad, que el camino hacia ese nacimiento pasa por un sufrimiento, una muerte y una destrucción sin precedentes. Sabemos que podría abortarse de diversas maneras —a través del colapso climático, la guerra nuclear, un auge global del autoritarismo y el fascismo— que harían imposible cualquier solución real y radical a nuestra difícil situación. Todos nosotros estamos donde estaban María Magdalena y Jesús en aquella habitación, cuando su divina consorte humana le ungió para el impredecible, aterrador y potencialmente glorioso viaje que le esperaba.

María y Jesús sabían que la fuerza transformadora del amor que había nacido de su unión era capaz de obrar milagros. Lo habían experimentado en lo más profundo y secreto de su relación, que sabían que reflejaba en el tiempo las leyes y los poderes del matrimonio sagrado y de la eternidad. Lo

que no sabían era cuánto les costaría ese milagro, ni siquiera si se cumpliría su gran sueño divino de ser los progenitores de una nueva humanidad.

Todo lo que María y Jesús habían vivido por separado y juntos les enseñó que era posible, pero nunca se había «hecho» antes, y todos los hechos evidentes de un mundo oscuro, violento y corrupto se oponían a ello. Lo que sí sabían, como muchos de nosotros estamos empezando a saber, es que no había tiempo que perder: tenían que darlo todo y arriesgarlo todo, abandonarse al amor humano divino más allá de la razón y de toda esperanza limitada.

Comprender esto profundiza el amor y la admiración que sentimos por Jesús y María, y puede mostrarnos lo que se nos exigirá para colaborar ahora con todo nuestro ser, cada vez más unificado, con la misteriosa fuerza evolutiva del amor. Si María y Jesús son nosotros transfigurados, cada escena, cada detalle y cada revelación de su viaje conjunto hacia la Resurrección y más allá nos proporciona información valiosísima para nuestro propio viaje, por separado y juntos, a través de la crucifixión hacia un nacimiento difícilmente imaginable, pero posible.

Es en este momento cuando estamos a punto de entrar en una lectura detallada y minuciosa de las escenas de la unción en los Evangelios, cuando la práctica transformadora que me enseñó María V. una experta en Magdalena, te será más útil para alumbrar a tu propio Anthropos, el sagrado hijo andrógino, humano y divino, del matrimonio sagrado.

Se compone de cuatro etapas.

Primero, inspira la luz dorada transfiguradora y deja que penetre en todo tu ser. Hazlo con calma nueve veces.

Segundo, imagina a Jesús y María de pie, uno frente al otro, en el núcleo de tu corazón, como tu propio masculino y femenino sagrado.

Tercero, imagina que tu masculino sagrado es Jesús honrando a tu femenino sagrado, que sería María Magdalena, y coloca una corona de luz dorada sobre su cabeza. Hazlo lentamente, con riqueza, con tus propias palabras inspiradas, reuniendo todos los temas de este libro. A continuación, con la misma reverencia, haz lo mismo con María Magdalena. No te apresures. Cuanto más despacio desarrolles esta etapa, más reveladora será.

Cuarto, descansa en lo que ahora ya se estará volviendo claro en todo tu

ser, más allá de las palabras. Di: «Yo soy el Anthropos, humano y divino, masculino y femenino en un misterio de presencia dorada y encarnada, más allá de ambos».

El frasco de alabastro

Ahora, con esta extraordinaria práctica que une todo tu ser en el Uno, volvamos nuestra atención y contemplemos juntos lo que para mí es la más rica y sugerente de las escenas de la unción, la del Evangelio de San Marcos (Marcos 14, versículos 3 a 9). Date cuenta de que está sucediendo en ti y te está sucediendo a ti.

En ninguno de los cuatro relatos evangélicos de la unción se menciona a María Magdalena por su nombre, por razones que a estas alturas deberían estar claras. Sin embargo, desde las homilías del papa Gregorio I en el siglo VI —las mismas homilías que paradójicamente la caracterizaban como una prostituta—, la tradición ha llamado a la mujer del frasco de alabastro «Magdalena», por lo que para nosotros conserva una versión disminuida y manipulada de su papel, que ahora podemos empezar a ver en todas sus implicaciones.

El Evangelio de Marcos nos ofrece el relato más antiguo y complejo de este suceso ritual, en una unción que tuvo lugar en Betania, la base de los movimientos de Jesús en los últimos meses de su vida y misión. Esta es la traducción de Bruce Chilton:

> Estaba en Betania, en casa de Simón el leproso (no era realmente un leproso, como en la traducción tradicional), recostado, y llegó una mujer que tenía un frasco de alabastro con auténtico ungüento de nardo, que era muy caro. Rompiendo el frasco, lo derramó sobre su cabeza, pero algunos de entre ellos se enfadaron.

—¿Por qué se ha desperdiciado este ungüento que podría haberse vendido por más de 300 denarios y haberse dado a los pobres? —y la reprendían.

Pero Jesús dijo:

—Dejadla. ¿Por qué le causáis problemas? Ella ha hecho una buena obra conmigo. Porque siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis, podéis hacerles el bien, pero a mí no siempre me tendréis. Ella actuó con lo que tenía. Se encargó de ungir mi cuerpo para el entierro. En verdad os digo que, dondequiera que se proclame este evangelio en todo el mundo, también se contará lo que ella ha hecho, en memoria suya.

En su comentario sobre este pasaje, Bruce Chilton deja claro que el

hecho de que Marcos omita el nombre de María Magdalena, en aparente contradicción con lo que afirma Jesús: «También se contará lo que ella ha hecho, en memoria suya», puede haber sido parte de lo que Chilton llama la «retórica de lo no dicho», propia de Marcos. Como escribe Chilton, «la identidad de la mujer, evidentemente, dejó de ser un secreto para quienes escucharon por primera vez el Evangelio de Marcos. Su nombre y su personalidad solo se ocultaron temporalmente, hasta que los oyentes de Marcos pudieron familiarizarse no solo con el evangelio que se les recitaba, sino también con el evangelio oral, ahora perdido, que enriquecía su instrucción... El cristianismo primitivo era un movimiento oral, no un club de lectura, y por tanto algunas de sus verdades más profundas no se plasmaron por escrito. La identidad de la ungidora anónima es un caso en el que Marcos insinúa más de lo que dice literalmente».

Y como Chilton aclara más adelante: «La contradicción con su identidad aparece más adelante en el texto de Marcos. Lo que es importante entender en este punto es que Marcos identifica a María Magdalena como la figura principal entre las mujeres que se encontraban en la entrada de la tumba de Jesús después de su crucifixión, y que ella lleva a cabo un ritual clave asociado con el entierro, la unción, Marcos 16 y 1.

»Y cuando pasó el sábado, María Magdalena, María de Santiago y Salomé compraron especias para poder ir a ungirlo.

»Entre estas tres mujeres, María Magdalena fue la primera en observar el lugar en el que José de Arimatea había enterrado a Jesús. Ella es el personaje indispensable en el relato de Marcos sobre la resurrección, el eje de la acción en torno al cual giran los acontecimientos finales.

»Ella, por su nombre y por sus acciones, encarna la conexión entre el entierro de Jesús y el anuncio angélico de que había resucitado de entre los muertos. Ella conecta su muerte y resurrección no solo por quién es, sino por lo que hace. María Magdalena estableció la unción como un ritual central en el cristianismo, recordando la muerte de Jesús y apuntando hacia su resurrección».

Esto es lo más lejos que nos puede llevar la erudición más sagaz. Sin embargo, si queremos que se nos revele y se manifieste en nosotros toda la

riqueza del acto de María Magdalena, debemos arriesgarnos a ir mucho más allá, como ya he dejado claro.

Volvamos a examinar juntos el texto de Marcos y fijémonos en tres pistas esenciales que nos ayudarán en nuestro viaje hacia la revelación.

La primera pista es que, en la versión de Marcos, María Magdalena derrama el costoso perfume sobre la cabeza de Jesús. Él aparece recostado y, cuando ella lo unge, se da a entender que ella está de pie, por encima de él. Esto es profundamente revelador. En el relato de Mateo, Jesús no está recostado, sino sentado a la mesa. En el relato de Juan, Jesús está a la mesa y María Magdalena unge sus pies y los seca con su cabello. En el relato de Lucas, Jesús está recostado en el sofá para comer y María Magdalena se coloca inicialmente detrás de él, llorando, y luego moja sus pies con sus lágrimas, los seca con su cabello, los besa y derrama el perfume sobre ellos. Estas variaciones en los detalles no son fortuitas. Son claramente intentos de disminuir la estatura de María, su igualdad con Jesús y la autoridad que conserva la versión más antigua de Marcos, en la que ella se encuentra de pie sobre Jesús recostado y vierte perfume sobre su cabeza. Los reyes y los sumos sacerdotes de Israel eran ungidos ritualmente en la cabeza. A veces los profetas también ungían de esta manera a quienes elegían para sucederles.

Lo que el relato de Marcos revela a quienes tienen ojos para ver es que, en este acto sublime, María nos muestra lo mismo que estamos descubriendo: que está imbuida de autoridad divina como Jesús, es la reina de su rey, suma sacerdotisa de su sumo sacerdote, y profeta por derecho propio dada la profundidad y el alcance de su propio carisma y transfiguración. En el primer acto público que según los Evangelios realiza, y que los discípulos varones consideran claramente escandaloso, María Magdalena se revela como lo que, para Chilton, es la ungidora paradigmática del movimiento de Jesús. Ella es, sin duda, lo que la tradición mística del cristianismo occidental y oriental ha celebrado: una guía suprema para adorar a Cristo con un amor espontáneo y generoso. Pero también es una mujer humana divina para el hombre humano divino que es Jesús, imbuida en su propia persona, como lo está él, de autoridad real, sacerdotal y profética.

La segunda pista sobre el profundo significado que tiene la unción reside en la reacción mezquina que tienen algunos de los discípulos. La forma en la que Marcos justifica su respuesta —que el perfume derramado por María sobre la cabeza de Jesús podría haberse vendido y el dinero entregado a los pobres— puede que no fuera la única razón. Todo lo que hemos aprendido sobre lo que se menciona de María en los Evangelios sugiere que detrás de la furia intolerante de los apóstoles ante el atrevimiento de Magdalena se oculta una envidia más oscura y fría por su singular relación con Jesús. Esta relación se les revela de una forma escandalosa, en la que ella es libre de ungirlo como reina, suma sacerdotisa y profeta por derecho propio, lo cual, como muestra el relato de Marcos, Jesús no solo recibe bien, sino que lo celebra.

La tercera pista se encuentra en cómo Jesús la celebra. Cabe destacar con énfasis que en los Evangelios no hay ningún otro ejemplo comparable de Jesús celebrando a alguien, o algún acto de cualquier discípulo, con elogios tan generosos. Alude a la clarividencia profética de María que la lleva a «ungir mi cuerpo para la sepultura», dando a entender que ninguno de sus discípulos varones supo interpretar este acto. A continuación, Jesús añade palabras que siempre provocarán humildad y emocionarán a todos los amantes de Magdalena: «En verdad os digo que, dondequiera que se proclame el mensaje en todo el mundo, también se hablará de lo que ella ha hecho, en memoria suya».

Esta forma única en la que Jesús celebra la acción de María es lo que hizo imposible —incluso para aquellos que podrían haberse sentido tentados a hacerlo por rencor, misoginia o incomprensión— no incluir su acto de adoración y empoderamiento en todos los relatos de su ministerio y de su vida.

Esto debería llevarnos a plantearnos una pregunta clave. ¿Por qué Jesús fue tan desmesurado al destacar la acción de María? Para mí, la respuesta es tan sorprendente como clara.

Jesús sabía que sus discípulos percibían su relación con María con hostilidad e incomprensión. También sabía que los relatos de su misión serían registrados por hombres que podrían compartir esa hostilidad o incomprensión y sabía perfectamente qué significaba la unción para lo que

le esperaba; un conocimiento que solo había compartido y compartiría con ella por todas las razones que hemos descubierto en nuestro viaje juntos. Quería asegurarse, con su insistencia, de que la unción de María Magdalena no fuera completamente menospreciada o eliminada.

Jesús también habría sabido que, aunque las gloriosas palabras de alabanza que le había dedicado a María garantizarían que su acto de adoración perdurara en la memoria, el significado más revelador de dicho acto tendría que esperar mucho tiempo para ser plenamente revelado. Asimismo, también habría que esperar para que el mundo estuviera listo para recibir las implicaciones más profundas de su lugar en la misión, pasión, crucifixión y resurrección de Jesús.

Ahora debemos orientarnos hacia estas implicaciones y explorarlas con todo el coraje que podamos.

La única revolución

Para comenzar con nuestra exploración de lo que suponen estas implicaciones y prepararnos para recibirlas en toda su radical nobleza y sublimidad —imaginándolas con todo el poder de nuestra imaginación sagrada e intentando integrarlas en la práctica mística y la oración íntima—, detengámonos de nuevo por un largo momento. Cristalicemos en nuestro ser todo lo que hemos descubierto juntos sobre quién es María Magdalena para nosotros y en nosotros, y lo que el amor humano, divino y evolutivo del matrimonio sagrado entre ella y Jesús nos revela sobre el poder del amor para dar a luz nuestra propia humanidad divina, extática y dinámica.

Solo a través de tal cristalización —repetida una y otra vez para que nos revele cada vez más del misterio de su unión y para que este se revele progresivamente en nosotros— podremos verlos como quienes eran y son. Esto también les permite, en un éxtasis de reconocimiento cada vez más amplio, celebrar su matrimonio dentro de nosotros, dando a luz al humano divino que fusiona todos los opuestos dentro del Uno.

Este nacimiento del ser humano divino dentro de nosotros no es solo una liberación privada. Es una revolución en nuestro conocimiento y en la experiencia de nuestros poderes para colaborar y cocrear, en y con lo Divino, una nueva creación y un nuevo mundo; para llevar la sabiduría y la pasión del amor a una acción transformadora tanto interna como externa. Es dar a luz al mundo real, el mundo revelado por la ley y el amor divinos, el mundo del reino, de la igualdad radical, de la reverencia por toda vida, de la compasión activa por todos los seres sintientes, de la justicia no solo para los seres humanos, sino para todas las criaturas creadas y para los derechos de la propia naturaleza, que es el cuerpo de Dios.

Esta es la única revolución que no dará lugar a su opuesto potencialmente monstruoso, como han hecho todas las revoluciones seculares, por muy nobles que fueran sus aspiraciones. Y no es solo la revolución a la que se dedicaron Jesús y María Magdalena, también es la revolución que nos exige el umbral evolutivo al que hemos llegado como humanidad. Ahora se nos ofrece como nuestra última, pero más transformadora, esperanza.

La esperanza y el empoderamiento que esta revolución aporta a quienes se atreven a creer en ella, a experimentarla y a ponerla progresivamente en práctica no es accesible ni siquiera para la razón más iluminada, que siempre se verá sutilmente inhibida por su necesidad intrínseca de un orden coherente. La vida y las enseñanzas de Jesús, y el ejemplo de Magdalena, nos muestran que esa esperanza solo puede ser ganada e integrada por aquellos que se atreven a desconocer, como hicieron María Magdalena y Jesús, incluso sus más altas realizaciones en total rendición a los terribles y redentores poderes del amor divino. Este amor nos llevará —como los llevó a ellos, a través de la crucifixión y la muerte, a la resurrección— a la experiencia vivida de lo que Gregorio de Nisa llamó *epektasis*, expansión sin fin.

Cuando San Pablo habla de la sublime locura de la Conciencia Crística, inaccesible a todas las formas de sabiduría mundana —por muy honorables y convincentes que sean—, no se refiere a un exceso emocional o a una aberración mental. Está celebrando la verdadera cordura de lo que la vida y el ejemplo que Jesús y María Magdalena nos revelaron del amor excesivo, redentor y evolutivo de Dios.

Es esta locura sana la que poseyó y guio a Jesús y a María. Es esta locura sana la que ha aterrizado y expandido a todos los grandes místicos cristianos y activistas sagrados. Es esta locura sana y su experiencia la que da lugar a la gloriosa libertad de los hijos de Dios y estalla en la escandalosa desmesura de la unción de Jesús por María, con sus múltiples significados.

Quienes son conscientes de que se ofrece el nacimiento de una nueva humanidad y una nueva naturaleza a partir del desmoronamiento y la destrucción de la antigua, ahora deben permitirse esta locura sensata. Deben experimentarla y ponerla en práctica más allá del dogma o la convención, más allá de cualquier formulación patriarcal de salvación o iluminación. Deben conocer su precio de burla e incomprensión y, a veces, de sufrimiento extremo, y estar más que dispuestos a pagarlo —como estuvieron Jesús y María Magdalena—, para experimentar y encarnar progresivamente los dones que solo una locura tan sana puede dar: dones de visión, paz, pasión sagrada en toda su gloria desenfrenada, esperanza y

caridad ardiente, tierna y divinamente excesiva.

Como escribe Hadewijch de Amberes: «Dios nos ordena que nunca olvidemos el amor. ¿No es un robo vergonzoso cuando privamos al amor de algo o nos guardamos algo? Reflexiona profundamente sobre esta palabra, sin descuidar nada, para promover el amor por encima de todas las cosas».

Hadewijch añade, dirigiéndose directamente a todos nosotros a lo largo de la historia, pero con especial intensidad a los que nos hallamos en una situación difícil actualmente: «Sed líderes y protectores de aquellos que no han alcanzado este estado... Ellos se encenderán con la vasta ferocidad de vuestra vida ardiente y unificada. Hasta ellos irradiarán las llamas de vuestra ardiente caridad».

Estas son las palabras que oiremos si escuchamos al Jesús eterno y a la Magdalena eterna en su unión, que es la auténtica conciencia crística. Si respondemos a estas palabras, las creemos y nos entregamos a ellas por completo, poniéndolas en práctica en lo más profundo de nuestra conciencia, en nuestra creatividad sagradamente inspirada y en nuestras acciones, nos llevarán a dar a luz nuestra propia humanidad divina.

Dos misterios esenciales y los siete matrimonios de Jesús y María Magdalena

Ahora quiero concentrarme en dos de los siete misterios que he detallado sobre la unción de Jesús por parte de María Magdalena.

Son estos dos misterios los que, para mí, ofrecen más pistas esenciales sobre nuestro trabajo de transfiguración y sobre nuestro mundo, al que Jesús y María nos llaman. El primero es el misterio del misticismo del *Cantar de los Cantares*, que Magdalena invoca y representa cuando rompe el frasco de alabastro sobre la cabeza de Jesús. Después está el misterio revelador y aún más importante de que ella es la encarnación viva, la madre divina femenina plena y plenamente empoderada, en toda su paradójica magnificencia evolutiva. Ella activa e implanta esta magnificencia en Jesús, iniciándolo radicalmente a través de su unción. Ella lo prepara para el misterio materno definitivo en el que está a punto de entrar como consumación tanto de su matrimonio sagrado como de su heroica misión compartida: el misterio materno de la muerte y el renacimiento, la crucifixión y la resurrección.

Antes de que comencemos nuestra exploración de estos dos misterios centrales, quiero compartir una conversación inolvidable que tuve con Mary V, quien me enseñó la práctica del sagrado matrimonio interno que he compartido contigo. Por favor, trae a este resumen de la conversación que tuvimos todo lo que la oración mental y esta práctica de unión interna te haya dado.

Viví en París durante mi treintena, y allí experimenté mi primer despertar místico, desconcertante y extático. En ese periodo, uno de los mayores regalos que recibí fue mi amistad con Mary V, una mujer de unos 70 años que, cuando la conocí, estaba comenzando serena y estoicamente a quedarse ciega. Vivía en un tranquilo piso blanco en Saint-Sulpice. Justo antes de morir, me envió una carta en la que describía toda una vida de pasión por María Magdalena y una visión que había tenido de ella, en la que la propia María Magdalena le había dicho lo siguiente:

«Todo lo que estoy a punto de decirte siempre ha estado sembrado en ti. Porque todo lo que yo soy y todo lo que Jesús es, y lo que somos juntos, ya

está en ti, esperando dentro de ti para ayudarte a evolucionar de manera única y encarnar el Fuego del Amor.

»Jesús y yo hemos tenido siete matrimonios ascendentes en nuestro matrimonio en el Uno. Se puede hablar de seis, pero para el séptimo no hay palabras, aunque el silencio te enseñará directamente sus misterios cuando estés preparada.

»Los siete matrimonios se desarrollaron de la siguiente manera. Voy a contártelos brevemente y, mientras estés viva, te invito a meditar sobre cada etapa.

»Nuestro primer matrimonio tuvo lugar cuando Jesús y yo nos miramos por primera vez y nuestras almas, corazones y cuerpos se fusionaron como Uno.

»Nuestro segundo matrimonio, el de Caná, estuvo dedicado al Matrimonio Sagrado del Padre y la Madre, y nos unió en el Uno, para que el Uno pudiera obrar en nosotros por separado y juntos.

»Nuestro tercer matrimonio, el amor totalmente espontáneo que vivimos en privado, casó progresivamente nuestras almas y corazones en el fuego del amor del Uno; en cada célula, músculo y hueso de nuestros cuerpos, unificando nuestros seres por separado y juntos; dando a luz a Jesús más profundamente en su divinidad humana en mí, y a mí más profundamente en mi divinidad humana en él.

»Nuestro cuarto matrimonio tuvo lugar en la Unción. En la Unción, lo bendije como su esposa humana, su otro yo Divino Femenino, y como la Madre que bendice al Padre. En la Unción volví a casarme simbólicamente con él, mientras juntos nos preparábamos para afrontar el precio de dar a luz los poderes que ahora conocíamos y encarnábamos y los poderes del amor que habíamos experimentado por todos y por el universo.

»El quinto matrimonio, que unió todo nuestro ser humano y trascendente en un amor que al mismo tiempo era totalmente doloroso y gozoso, se desarrolló mientras él y yo vivíamos conjuntamente su Pasión y Crucifixión. Los discípulos varones, a excepción de Juan, lo abandonaron. Yo me quedé. Sufrí su traición y tortura, el horror que le infligieron, la agonía del universo mismo, tanto con él como en él y en lo más profundo de mí misma. No hubo separación en ningún momento. Lo acompañé

mientras descendía al infierno y liberaba a sus prisioneros. Esta fue la parte más terrible de nuestro viaje, y después de la liberación del infierno no sabía ni podía saber nada de lo que sucedería a continuación. Por lo que había obrado en nosotros, sabíamos que el amor podía hacer cualquier cosa. Como yo todavía estaba encarnada y sutilmente limitada por mi encarnación, no pude seguirlo más lejos. Por eso entré llorando al Jardín de la Resurrección.

»La sexta boda fue en el Jardín de la Resurrección. Fui irradiada con la nueva luz de la nueva creación para comenzar mi propia resurrección en él, en mí. Después de que él se fuera en la Ascensión, el sexto matrimonio se desarrolló tanto en el tiempo como más allá de él, en una luz tras otra, en revelación tras revelación, en una gloria tras otra durante las últimas décadas de mi vida en la cueva de Francia. Esa cueva fue el útero del nacimiento de nuestro verdadero hijo; el hijo de nuestro amor verdadero y total; el hijo del proceso de transfiguración sin fin para todos los seres y toda la materia de todos los universos. Tuve que permanecer en la tierra para afianzar esta obra en este mundo, en esta realidad, mientras Jesús desde dentro de mí, tanto en esta realidad como en unidad con el Uno, me guiaba y me ayudaba a guiarme a mí misma.

»El séptimo matrimonio comenzó cuando dejé el cuerpo y me uní a Jesús en todas las dimensiones por siempre en el Uno.

»Una vez más te digo, hija mía, que todo lo que te estoy diciendo y que me fue revelado, puede serte revelado a ti. Nunca hemos estado separadas, y has llegado al momento de tu evolución en el que estás lista para reclamar tu inseparabilidad de mí, en mí, en ti. Todo lo que no entiendas o no puedas entender ahora, el amor te lo enseñará directamente y te lo aclarará».

Antes de continuar, te invito a leer dos veces más las palabras con las que Magdalena describe sus siete matrimonios interrelacionados con Jesús.

La primera vez, léelas como una revelación paso a paso de lo que una relación de amor entre amantes puede lograr y desplegar, tanto en el tiempo y la historia como más allá de ellos. Deja que te invadan oleadas de asombro y gratitud, y que un éxtasis tranquilo y empoderador descienda sobre ti.

La segunda vez, interioriza lentamente los siete matrimonios dentro de ti

como una revelación de aquello a lo que la unión progresiva de lo sagrado masculino y lo sagrado femenino dentro de ti te iniciará: una transfiguración que se despliega sin fin, primero en el tiempo y la historia, y después en la eternidad.

He llevado a cabo esta práctica innumerables veces, y la verdad es que enciende una alegría inmortal en todos los místicos evolutivos y se ha vuelto cada vez más asombrosamente viva en mí: las transformaciones en el amor divino no pueden terminar nunca, porque el amor es infinito.

***

AHORA, CON EL CORAZÓN y la mente muy abiertos, estamos listos para sumergirnos en la Unción y en todos los matrimonios sagrados que le siguieron entre Jesús y María Magdalena.

Como mujer que ama a su hombre, como esposa absolutamente comprometida con su marido, como encarnación viva de la Sulamita en el *Cantar de los Cantares*, y de todas las formas de conocimiento místico y éxtasis que revela el amor total, María Magdalena unge a Jesús, su amado, su esposo, su divino humano, noble y sublime igual.

María Magdalena unge a Jesús con el precioso perfume de la adoración y el respeto real con el que los amantes del *Cantar de los Cantares* se ungieron mutuamente. Lo hace de manera escandalosa, en público —indignando a los discípulos como hemos mostrado, y desvelando por primera y única vez en los Evangelios su primacía en la vida de Jesús—, justo cuando él va a entrar en el misterio de la prueba extrema que ambos sabían que llegaría.

La unción de María Magdalena es, a la vez, una curación, una coronación y una transmisión de su amor y del amor de ambos que ella le hace a Jesús, para irrigar todo su ser con un nuevo nivel de poder y fuerza en el momento en que más lo necesita. Como dice Jesús, lo prepara para el entierro —¿quién sino una esposa y amada podría prepararlo de esta manera?—, y lo prepara para el potencial nacimiento incognoscible que su muerte podría engendrar. Para todos los que tienen ojos para ver, manifiesta la verdad de lo que Matthew Fox expone en su obra maestra, *La llegada del*

Cristo cósmico.

El Cristo cósmico podría hablar así sobre el tema de la sexualidad: «Dejad que la religión y las iglesias dejen de esforzarse por ser "casas de sublimación". Volved, en cambio, a entrar en el misterio cósmico que es la sexualidad y enseñad a vuestra gente, jóvenes y mayores, a hacer lo mismo, recordando la justicia, recordando la responsabilidad como algo intrínseco a la experiencia mística. Todo acto amoroso (a diferencia de "tener relaciones sexuales") es Cristo encontrándose con Cristo. Las camas del amor son altares. Las personas son templos encontrándose con templos, el santo de los santos recibiendo al santo de los santos. Las alas de los querubines y los serafines laten al ritmo de los gemidos y las pasiones de los amantes humanos, porque los poderes cósmicos están allí, ansiosos por realzar la celebración».

Para comprender el alcance de la revelación sublime de la sexualidad a través de Jesús y María Magdalena, es esencial resaltar, como hace Fox, que quienes entran en el misterio cósmico de la sexualidad también deben recordar, como Jesús y María Magdalena nunca olvidaron, la justicia y la responsabilidad. La justicia y la responsabilidad son los rayos de sol de la conciencia del reino, y cuando se viven, alimentadas por el poder transfigurador del amor, ayudan a alumbrar el reino en el tiempo.

María Magdalena no solo unge a Jesús como su amado e igual. Lo unge para la prueba que les espera y porque toma conciencia de para qué era su amor total, y de para qué es toda la sexualidad sublime vivida en su nombre: para empoderarlo a él, y a ella con él, para que alcancen el propósito más profundo por el que se habían conocido y amado: el nacimiento de esa nueva creación que su amor estaba gestando en ellos.

La unción, por tanto, cristaliza y enfoca todo lo que habían aprendido y sabido del amor, y también cristaliza y enfoca esas revelaciones en el momento en que ambos más las van a necesitar. Jesús avanzaría hacia el nacimiento potencial que era posible que surgiera de la que iba a ser una muerte terrible, y María Magdalena lo acompañaría, literal y místicamente, a través de todo el viaje, unida a él en cada nivel.

La visión que María V. tuvo sobre la Magdalena nos revela que la unción fue un nuevo matrimonio en el momento en que el fruto dorado de

su amor iba a quedar aniquilado o iba a ser llevado a su plenitud cósmica. Imaginemos a los corazones de María y Jesús diciéndose, sin pronunciarlas, estas sublimes y nobles palabras del *Cantar de los Cantares*:

Ponme como un sello sobre tu corazón,

como un sello sobre tu brazo,
porque fuerte es, como la muerte, el amor.
Inflexibles como el sepulcro son los celos.
Sus destellos son destellos de fuego,
ardiente llama.
Las muchas aguas no pueden apagar el amor.
Ni lo ahogarán los ríos.
Si un hombre diera toda la riqueza de su casa por amor,
de cierto lo despreciarán.

María Magdalena sabía, al igual que Jesús, que si su unión no se renovaba a otro nivel de profundidad e intensidad, todo estaría perdido para ambos. Con esa renovación instalada, la verdad del amor más fuerte que la muerte —e indestructible por las inundaciones de la peor tortura y maldad —, el corazón de la revelación del *Cantar de los Cantares* se haría realidad en ellos y como ellos.

Pero hay más. En el *Cantar de los Cantares*, Sulamita dice de su amado:

Cuando encontré a aquel al que mi alma ama,
lo abracé y no lo solté,
hasta que lo llevé a la casa de mi madre,
y a la cámara de la que me concibió.

María Magdalena ungía a Jesús no solo como la Sulamita, sino como Asherah-Shekinah-Sofía, y como una encarnación femenina y plenamente divina de Cristo, ungía la encarnación masculina plenamente divina de Cristo.

Como hemos visto, María ya había llevado a Jesús a la «casa de su madre», había cumplido y completado su encarnación iniciándolo en los misterios maternos del amor libre y total. Ahora, en esta etapa de su amor

—en el momento en que él estaba a punto de entrar en la oscuridad totalmente fértil del misterio materno de la aniquilación y la recreación, la muerte y el renacimiento—, María Magdalena, la mujer Cristo, ungió al Cristo masculino, vertiendo en él, tanto simbólica como realmente, todo su conocimiento vivido de ese misterio.

María ya había sido crucificada y resucitada en su propia vida, resucitada por él y por el esplendor luminoso de su divina pasión humana. Su propia humanidad había sido torturada más allá de lo soportable, y luego milagrosamente renovada a través de lo que había sucedido entre ellos. Ella sabía, mientras que él aún no podía saberlo completamente —debido a la elevación de la conciencia divina que hubo en él desde su nacimiento—, cuán drástica e indescriptible sería la agonía que experimentaría al descender a las profundidades finales de la vulnerabilidad humana ante el mal.

Ella también sabía que ahora él necesitaría, como hombre, todo lo que ella sabía como mujer despierta humana y divina. Al ungirlo, ella lo llenó de todos sus poderes, que le habían sido otorgados por la maternidad de Dios. Ahora él necesitaría esos poderes para ser irradiado y guiado por ellos a fin de convertirse —en la prueba final de su humanidad y divinidad— en la madre de una nueva creación.

Si mi celebración de Jesús como Madre de la nueva creación parece extravagante, escucha lo que escribió con ardiente intensidad una priora del siglo XII, Marguerite de Oingt, miembro de un grupo de mujeres místicas que celebraban a Jesús la Madre, y entre las que se encontraba la sublime Juliana de Norwich:

«¿No eres tú mi madre y más que mi madre? La madre que me dio a luz se esforzó por darme a luz durante un día o una noche, pero tú, mi dulce y amado Señor, te esforzaste por mí durante más de treinta años. Ah, con qué amor te esforzaste por mí... Pero cuando llegó el momento de dar a luz, tus dolores de parto fueron tan grandes que tu santo sudor era como grandes gotas de sangre que salían de tu cuerpo y caían sobre la tierra... Ah, ¿quién ha visto a una madre sufrir un parto así? Cuando llegó la hora de dar a luz, te colocaron en la dura cama de la cruz, y tus nervios y todas tus venas se rompieron, y realmente no es de extrañar que tus venas reventaran cuando,

en un solo día, diste a luz al mundo entero».

Lo que Marguerite de Oingt no pudo decir, aunque bien podría haberlo sospechado o creído en secreto, es que María Magdalena ayudó a preparar a Jesús para esta maternidad cósmica.

A medida que nosotros, como raza humana, entramos en las últimas etapas de nuestro viaje evolutivo, que terminará con la muerte o con el nacimiento de una nueva humanidad, cada uno de nosotros, a su manera, está entrando en su propia Pasión, Crucifixión y Resurrección a través de y en la maternidad de Dios. Si no integramos dentro de nosotros todos los poderes de lo Divino Femenino con todos los poderes de lo Divino Masculino —nuestra María Magdalena interior con nuestro Jesús interior —, el nacimiento que se nos ofrece no podrá tener lugar. Si queremos renacer —a fin de unificarlo, fortalecerlo y envalentonarlo con los poderes sagrados de la maternidad de Dios para que pueda soportar las energías aniquiladoras y recreadoras de la madre—, dentro de nosotros tiene que tener lugar la unción maternal de Jesús por parte de María Magdalena, a profundidades cada vez mayores de fe y espontaneidad.

Una nueva visión de la Eucaristía

Ahora que hemos explorado más a fondo el despliegue de la maternidad cósmica de Jesús, bendecida, iniciada y empoderada por Magdalena como encarnación de lo Divino Femenino, es momento de que miremos con una nueva perspectiva la Última Cena y cómo al final de ella Jesús transmite la Eucaristía. A menos que se comprenda que la Eucaristía es, ante todo, un misterio femenino, se pierde gran parte de su incomparable poder místico. En el comentario de David James Duncan sobre la traducción de Judith Ernst del *Cantar de los Cantares*, Duncan habla de lo que él llama «el erotismo del sacrificio amoroso» revelado entre la novia y el novio. Duncan añade: «Al tomar a la amada en el amor, uno la consume. Al ofrecerse a la amada, uno es consumido». Invocando las más ricas profundidades del misticismo judío y cabalístico del *Cantar de los Cantares*, Duncan nos dice: «Lo que uno ofrece, recibe y celebra aquí no es solo una persona en el acto sexual: los rebaños de las colinas sagradas, los higos, las frutas y las especias, los huertos, los panales, la leche, los jardines secretos, son vistos muy enfáticamente como componentes del cuerpo. El cuerpo de la amada no es solo como estos dones divinos. Los dones pueden tocarse, sentirse y saborearse literalmente en su cuerpo. Cada uno a través del otro, los amantes beben, comen y conocen literalmente el regalo sagrado que es la tierra».

En la Eucaristía, Jesús cristaliza y expande de forma cósmica y universal lo que había vivido con María Magdalena: invita a todos los que lo aman con todo su ser a quedar inundados por el poder de la luz divina. Hacemos esto acogiéndolo en cada parte de nosotros mismos, en nuestro corazón, mente, alma y cuerpo, como hizo María, y así nos unificamos con el Cristo cósmico y la nueva creación.

Durante los años que he estado escribiendo este libro, he acudido a una iglesia católica local para oír misa todos los domingos. Cada vez que recibo el cuerpo de Cristo en el pan y su sangre en el vino, rezo a María Magdalena para ser capaz de recibirlo como ella lo recibió, tanto en su gloria como en toda su humanidad, en cada rincón de mi alma, en cada célula, hueso y músculo de mi cuerpo. Siempre he amado y creído en el

poder divino de la Eucaristía. Para mí, la transubstanciación, la creencia de que Cristo está verdaderamente presente en el pan y el vino, no es un dogma, sino una realidad extática, una realidad que millones de seres humanos han experimentado a lo largo de los últimos 2000 años.

Sin embargo, ahora, a través de lo que he vivido y experimentado de María y del poder liberador de su amor y el de Jesús, he descubierto que, si invoco su pasión y sabiduría para que me bendiga mientras participo en la misa, eleva mi experiencia a otra dimensión de intensidad más gloriosa y visceral.

Como he intentado mostrar, María bendice a Jesús al ungirlo con todo su conocimiento y con su experiencia, únicos, de los misterios maternos. En la transmisión de la misa, como sabían muy bien las grandes místicas del cristianismo, Jesús no solo está elevando la verdad mística del erotismo del sacrificio amoroso que celebra el *Cantar de los Cantares*, está mostrando a todos aquellos que pueden ver que él es tanto, quizás incluso más, madre que padre. Nada podría ser más explícitamente maternal que las palabras de Cristo sobre el pan y el vino: «Este es mi cuerpo y esta es mi sangre».

Algunos místicos masculinos también comprendieron este misterio. San Juan Crisóstomo escribe en su Catequesis: «Así como una mujer alimenta a su hijo con su propia sangre y leche, Cristo continúa alimentando con su sangre a aquellos a quienes ha dado la vida».

Una madre alimenta al embrión que lleva dentro con las fuerzas y los poderes de su cuerpo y a través de su sangre. Jesús, a través de la intensa terrenalidad de los símbolos que utiliza para los misterios más elevados de la transmisión, deja claro que, para él, su sacrificio, como el de una madre por su hijo y el de un amante por su amada, es absoluto; involucra a todo su ser y, por lo tanto, exige la participación del cuerpo y la sangre de quien recibe el misterio.

Jesús nos ofrece el pan de su carne y la sangre de su amor extremo para que lo comamos y lo bebamos, para que lo incorporemos al cuerpo y a la sangre de nuestro ser terrenal más profundo, a fin de que nazcamos como madres sagradas de la nueva creación. De esta manera, nos convertimos en seres que han aprendido a dar amor extremo, como una madre, y a vivir en un amor que quiere darlo todo en todo momento, para que la totalidad de la

vida pueda quedar impregnada de la creatividad y el poder divinos. La Eucaristía es, en su profundidad, un misterio femenino. No ver esto —o no ver que la transmisión que hace posible está fundamentalmente conectada con la maternidad de Dios— es perder su verdadera naturaleza, desviar su auténtico poder, y así paralizar la transmisión mística más poderosa jamás dada a la humanidad.

Creo que, para que la Eucaristía se revele en todo su poder, debemos restaurar la tradición que existió en los dos primeros siglos del cristianismo, hasta que Orígenes la prohibió como parte del proceso en el que la Iglesia empezó a tener una visión cada vez más etérica de Jesús y consagraron el odio al cuerpo y al sexo como verdad revelada.

Muy pocos cristianos saben que durante los dos primeros siglos, para recibir la Eucaristía, el sacerdote y toda la congregación bailaban juntos. No lo hacían solo por la pura alegría de celebrar el milagro de la misa, sino porque el propio Jesús había bailado después de transmitir la Eucaristía en la Última Cena. Esta revelación fue eliminada de los Evangelios canónicos, pero se conservó para nosotros en el documento gnóstico *Hechos de Juan*.

Antes de leer e interiorizar por ti mismo el pasaje que te voy a ofrecer de los *Hechos de Juan*, date cuenta de dónde nos encontramos ahora tú y yo en la historia del mundo, cada vez más lúcidos ante la perspectiva de los múltiples desastres que se están desarrollando tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo. ¿Qué enseñanza más poderosa y empoderadora que esta podría darnos Cristo a todos, desde el corazón del matrimonio sagrado que vivió con María Magdalena y desde su propia genialidad divina? El más grande de todos los pioneros evolutivos, consciente de la agonía y el horror que le esperaban, no se desesperó ni se entumeció. Bailó y celebró su verdad más profunda, la verdad del universo y de Dios, mostrándonos a todos el camino para afrontar nuestro propio destino doloroso y potencialmente asombroso.

> Antes de ser arrestado, Jesús nos reunió a todos y dijo: «Antes de que me entreguen a ellos, cantemos un himno al Padre y así vayamos al encuentro de lo que nos espera». Así que nos dijo que formáramos un círculo, tomándonos de las manos. Jesús se puso en medio y dijo: «Respondedme Amén».

«Así comenzó a cantar el himno.

Gloria a ti, Padre, amén.
Gloria a ti, Madre, amén.
Seré salvado y salvaré, amén.
Seré liberado y liberaré, amén.
Seré herido y heriré, amén.
Naceré y daré a luz, amén.
Comeré y seré comido, amén.
Lloraré y me golpearé el pecho, amén.
Los Ocho Santos cantan en coro con nosotros, amén.
El duodécimo Número baila en lo alto, amén.
Todo el universo pertenece al Bailarín, amén.
Si no bailas, no sabes lo que está pasando, amén».

El camino hacia la transfiguración es un camino de baile. Como revela los *Hechos de Juan*, el transfigurado, el *Anthropos*, es un bailarín de paradojas y matrimonios de opuestos a todos los niveles. El baile que se celebró durante dos siglos después de la misa mantuvo vivo el conocimiento alquímico y visceral, además de hacerlo eléctrico en cada célula del cuerpo. El verdadero objetivo de la Eucaristía es hacer que todos nosotros seamos bailarines cada vez más transfigurados, divinos y encarnados, uno con la gran danza del amor evolutivo del padre-madre. Como dice Jesús: «Si no bailas, no sabes lo que está pasando».

El quinto matrimonio, pasión y crucifixión

Comenzamos a adentrarnos en el misterio del quinto matrimonio que Magdalena le reveló a María V. el matrimonio entre ella y todo el ser humano y trascendente de Jesús, en un amor que es a la vez doloroso y gozoso en la pasión y la crucifixión. Necesitamos sumergirnos en la oración mental con tanta profundidad y riqueza como podamos. Esto es difícil, porque si realmente te expones a este misterio, te descubrirás temblando ante lo que revela de la verdad del amor evolutivo que Jesús y María están dando a luz. La verdad es que el amor total implica aceptar un sufrimiento que a veces resulta inimaginable y, finalmente, la crucifixión de toda separación a todos los niveles. El amor vasto y redentor que tal entrega engendra explota en todos aquellos que se encuentran incluso con una pequeña parte de él, como explotó en Jesús y María Magdalena, llevándolos a un reino de ardiente y majestuosa infinitud.

Lo que me ha resultado más revelador en mi viaje hacia el misterio del quinto matrimonio, tal como tuvo lugar en María Magdalena, son los escritos de dos de las grandes místicas cristianas, Isabel de la Trinidad y Matilde de Magdeburgo, para quienes María Magdalena fue una inspiración crucial tanto interna como externa.

Isabel de la Trinidad murió en 1906 a los 26 años, tras sufrir su propia crucifixión a través del horror de un año de agonía por la enfermedad de Addison, así como su propia transfiguración y resurrección en y a través de dicha agonía, que la santificó a ella y a muchos de los que fueron testigos del poder del amor divino que se manifestó en Isabel. En 1978, doblado y deslizado en una de las hojas de su diario personal, los compiladores de sus obras completas encontraron su relato más personal y revolucionario de lo que significaba para ella ser una novia de Cristo, como lo había sido María Magdalena, cuando entró a los 21 años en un convento carmelita.

No leas las palabras de Isabel demasiado rápido. Cada frase es una poderosa y radiante revelación de lo que te espera a medida que tu matrimonio interno entre ella y él continúe desarrollándose.

«Ser una novia de Cristo no es solo la expresión del más tierno de los sueños; es una realidad divina, la expresión de todo un misterio de similitud

y unión... Novia significa todo lo que este nombre representa de amor dado y recibido, de intimidad, fidelidad y devoción absoluta... Ser novia es ser entregada como él es entregado. Es ser inmolada como él, por él, para él... Es Cristo haciéndose completamente nuestro y nosotros llegando a ser completamente de Cristo. Es no saber nada más que amar, amar en adoración, amar en la reparación, en la oración, en el pedir, en el olvidarse de uno mismo. Amar siempre en todas las formas del amor.

»Ser "esposa" es mantener tus ojos en los suyos, mantener la mente obsesionada por él, el corazón apoderado e invadido completamente por él, como si saliera de sí mismo y se le pasara a él, el alma llena de su alma, llena de su oración, manteniendo todo el ser activo y entregado... Es entrar en todas sus alegrías, compartir todas sus penas».

A continuación, sorprendentemente, Isabel escribe estas palabras que nos llevan al corazón del misterio del quinto matrimonio en la Pasión y Crucifixión que María Magdalena vivió en y con su amado. Una vez más, léelas lentamente, integrando en ti la escandalosa promesa que Isabel completó con su muerte, y que tantos de nosotros como sea posible hemos de completar para morir en amor en medio de, y en nombre de, un mundo que muere y resucita.

«Ser esposa es ser fecunda, corredentora, dar a luz almas en la gracia, multiplicar a los adoptados por el padre y a los redimidos por Cristo, los coherederos de su gloria».

En esa última frase, Isabel de la Trinidad nos lleva al corazón de María Magdalena, tal como ella vivió su pasión y crucifixión juntamente con Jesús. María Magdalena también es —como Isabel de la Trinidad descubrió de sí misma— «fecunda, corredentora, da a luz almas en la gracia, multiplica a los adoptados por el Padre y a los redimidos por Cristo, los coherederos de su gloria». Isabel de la Trinidad escribe de manera inolvidable a partir de la revelación de la novia que es su propia (y nuestra propia) Magdalena interna. Para poder entrar en el misterio del quinto matrimonio y ser instruidos más allá de las palabras por su abrumadora belleza, agonía y poder, necesitaremos entrar —comulgando simultáneamente con nuestra Magdalena y nuestro Jesús internos, por separado y juntos— en el Cristo completo con el que ambos son uno.

Esto es difícil, y cualquiera que lo intente se verá conmovido tanto por lo que descubra de la naturaleza heroica del amor verdadero, como por lo que descubra de su propia nobleza y sublimidad innatas, y de las exigencias últimas de estas.

Quien creías que eras antes de permitir que este misterio se expandiera en ti no será quien seas cuando salgas de su iniciación. Si persistes, sea cual sea tu resistencia, descubrirás tres cosas.

La primera es la revelación de María Magdalena y de tu sagrada feminidad interna, en unión con tu sagrada masculinidad, como novia, corredentora y comadrona de almas en la gracia, y coheredera de la plena gloria de Cristo.

Sea cual sea el sexo o la sexualidad con la que te identifiques, esto revolucionará cómo te comprendes a ti mismo y te iniciará gradualmente en una identidad más allá de cualquier autoidentificación. Te preparará en este quinto misterio para tu propio matrimonio interno, para que puedas convertirte en Jesús y María Magdalena, con ellos y para ellos, en corredentora y dadora del nuevo fuego de amor que ellos dieron a luz progresivamente.

La segunda revelación es la naturaleza de la verdad del amor evolutivo, el amor que María Magdalena y Jesús vivieron en todos los ámbitos de desarrollo para alumbrarlo en nosotros y para nosotros, y que está llegando al corazón de la conciencia crística mediante el revolucionario retorno de lo sagrado femenino en María Magdalena. Esto te revelará y revelará en ti el heroísmo que requiere el amor verdadero —si es que vamos a alumbrarlo en estos tiempos devastadores— como esa alegría para la que te prepara la voluntad de ser aniquilado en el amor, como amor y por amor.

En tercer lugar, si, fortalecido por la fe, persistes en permitirte ser invadido y poseído por lo que invadió y poseyó a María Magdalena y a Jesús en este quinto misterio matrimonial, surgirá en ti una nueva visión transformadora y empoderadora de la Resurrección.

Lo que esta tercera revelación te dejará claro como el agua es que la Pasión y Crucifixión de Jesús, y las de María con él y en él, no son como se han descrito en el cristianismo ortodoxo, centradas en la expiación del pecado, la depravación y la maldad humanos. Esto es demasiado limitado y

restringido para describir el amor que descubrirás al revelarlo en ellos, dentro de ti mismo. Mientras acompañas en oración mental a María y Jesús a lo largo de la terrible prueba de la pasión y crucifixión, el amor mismo te revelará el secreto de su viaje matrimonial en esta etapa. Esta pasión y crucifixión son vividas por ambos en un abismo de rendición y perdón incondicional, plenamente pacífico y plenamente agonizante, no para expiar el pecado y la maldad humanos, sino para transfigurarlos a través del sufrimiento. María y Jesús transfiguran la naturaleza humana misma, aun con lo propensa que es a la oscuridad y a la autodestrucción, y la diviniza.

Este es el mayor de los milagros alquímicos que el amor de Jesús y María Magdalena se dedica a alumbrar en aquellos que guían su camino por este sol. Si se lo permitimos, ver brillar este sol en el cielo nocturno de la evolución de nuestro mundo, definido por todo tipo de crisis, lo cambia todo. Con el tiempo, nos da la fuerza humana divina para amar como ellos lo hicieron, abrazando como ellos en la rendición y el perdón el sufrimiento de la transformación extrema, con todo nuestro ser fijado, como el suyo, en su extático objetivo final. No se nos pide nada menos. Aspiramos a estar en ellos y para ellos, siendo nosotros corredentores y cocreadores de una nueva creación y de una nueva humanidad.

***

La persona más noble y sublime que nos guía a lo que María Magdalena vivió, presenció y sufrió durante la crucifixión de su amado es, una vez más, una de las mujeres místicas más importantes del cristianismo, Matilde de Magdeburgo. Deja que esta increíble descripción de la pasión de Magdalena, hecha por una de sus hijas místicas más inspiradas, te guíe a través de sus inspirados versos más allá de toda palabra. Por favor, lee despacio, con asombro y atención:

Ella lleva su cruz por un camino dulce

porque en todo su sufrimiento
se entrega totalmente a Dios...
Está clavada tan firmemente a la cruz

por el martillo del amor omnipotente
que todas las criaturas no pueden liberarla...
Su cuerpo es asesinado en amor vivo
y su espíritu se eleva
por encima de todos los sentidos humanos...
Después de esto, desciende al infierno
y consuela a las almas desesperadas
con sus oraciones sobre la bondad de Dios
aunque su cuerpo no sabe nada de ello.
Es traspasada en su costado
por un ciego
con una tierna lanza de amor inocente
y de su corazón
brota un torrente de enseñanzas santas.
Ella cuelga en la cruz del amor
en el aire puro del Espíritu Santo
afrontando el sol eterno
de la Divinidad viva
y despojada de todas las cosas terrenales.
Luego, en un final sagrado,
es bajada de la Cruz y dice:
«Padre, recibe mi espíritu. Es perfecto».
Ella es enterrada en una tumba sellada de humildad final...
También resucita alegremente el día de Pascua,
después de llorar extáticamente por la noche
con su amante en el lecho matrimonial.

El sexto matrimonio en el jardín de la resurrección

Ahora volvemos al punto donde comenzamos nuestro vasto viaje hacia Magdalena y los Evangelios, con María Magdalena en el jardín con el Cristo resucitado. Y veremos, con todo este viaje ya integrado en nosotros, su revolucionaria magnificencia y promesa.

Quizás la mayor bendición de mi relación con Bede ha sido la visión que me dio de la Resurrección. Tuvimos muchas conversaciones al respecto, tanto cuando estábamos filmando el documental sobre su vida como más tarde, cuando estaba muriendo. Esta es la esencia de lo que compartió conmigo a partir de su propia experiencia creciente de que estaba transfigurado.

«La visión cristiana tradicional de la Resurrección como el acontecimiento clave, no solo del ministerio de Cristo, sino de la historia humana, tiene unas fortalezas grandes y atemporales. Celebra en la Resurrección el triunfo del amor divino sobre el pecado, sobre el mal en todas sus formas más feroces y, lo que es más importante, sobre la muerte misma. También celebra la victoria de lo trascendente en lo inmanente, la primacía perpetua de lo trascendente en y sobre lo inmanente. Y revela a todos aquellos que reconocen su verdad y se vuelven hacia ella con gratitud y asombro que nosotros también, a través de la sobreabundante gracia divina, tenemos la fortaleza del amor y la sabiduría divinos dentro de nosotros. Esta fortaleza nos promete una resurrección de todo nuestro ser como Cristo y en Cristo. Esta promesa ha inflamado con su realidad a innumerables creyentes y a toda la tradición cristiana.

»Pero, según estoy descubriendo y tú descubrirás, hay mucho más. Cuando el proceso de transfiguración comenzó en mí, empecé a darme cuenta de la verdad de lo que los místicos ortodoxos, como San Simeón, describieron como *teosis*. Y también me di cuenta de que este proceso de divinización y su potencial activación en todos nosotros, no solo en los cristianos, es lo que la Resurrección hace posible. La resurrección no solo dio a luz a Jesús en el nuevo ser de la nueva creación, potencialmente nos dio a luz a todos nosotros.

»Lo que ahora veo y sé es que la Resurrección dio a luz a Cristo en

materia luminosa, en un cuerpo que podía aparecer y desaparecer según fuera necesario, que atravesaba paredes y caminaba de repente con los discípulos en el camino a Emaús. Al mismo tiempo, sembró potencialmente ese nacimiento en las profundidades de la estructura celular del ser humano, y en cada átomo de la materia de todo el universo.

»Cuando se entiende así, la resurrección de Cristo se revela como el destino evolutivo de toda la humanidad y —como Teilhard de Chardin ha explorado con intrépida brillantez— también se revela como el destino del universo creado, que se convertirá, como dijo San Agustín, en el cuerpo místico de Cristo en su estado definitivo: *unus Christus amans seipsum*, un solo Cristo, Cristo amoroso. Lo que el milagro inimaginable de la resurrección posibilita es una doble resurrección: la de la raza humana y la del universo mismo.

»Estoy descubriendo que lo verdaderamente asombroso es que estas dos resurrecciones están interrelacionadas. Cada vez que una persona entra en el proceso de transfiguración a través de su propio trabajo interior profundo y de la gracia divina, esa persona participa directa y conscientemente en su propia divinización, pero también —y esto es lo impresionante— en la divinización tanto de la humanidad como del universo mismo. Una resurrección nos lleva a nacer primero a la nueva creación y, a medida que crecemos, nos convierte en cocreadores del Cristo en crecimiento de una nueva humanidad y de un universo cristificado. Nos convertimos, en Cristo, con Cristo, para Cristo, a través de la gracia de Cristo, en corredentores o corredentoras».

Para muchos cristianos esto puede parecer blasfemo, pero para mí es el secreto de los secretos, y la revelación definitiva del amor ilimitado y transformador de Jesús.

Lo que este secreto muestra es que la resurrección siembra la posibilidad de dar un salto cuántico en la evolución humana, y en la evolución del universo, hacia la unión a todos los niveles con su dinámica fuente de luz.

Bede continuó: «La posibilidad de este salto cuántico se conoce de diferentes maneras en cada una de las grandes tradiciones místicas. Si se mira con suficiente profundidad, se descubrirá que este conocimiento es como el secreto de secretos en el corazón de todas las revelaciones y en la

obra de los científicos místicos del misticismo evolutivo, como Ibn Arabi y Aurobindo. Sin embargo, ningún otro sistema místico que yo conozca tiene en su corazón, esperando a ser descubierto, un modelo tan preciso de evolución infinita como el que Cristo vivió y vive.

»Como es tan preciso, creo que también es sólido y extáticamente alegre. Si las personas de todos los caminos, o de su propio camino directo, pueden meditar sobre él e integrarlo en su realidad interna, los milagros serán posibles, cumpliendo la promesa del Apocalipsis de "un nuevo cielo y una nueva tierra".

»La Biblia comienza con la creación del cielo y la tierra y llega a su clímax con la Segunda Venida, la llegada de un "nuevo cielo y una nueva tierra". En el Apocalipsis se dice: "Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo".

»Esta nueva Jerusalén no es el estado teocrático universal en el que creen muchos cristianos ciegos, y que sería una pesadilla demoníaca. La nueva Jerusalén es un símbolo de la humanidad redimida, unificada, cada vez más transfigurada y divinizada, y del nuevo mundo que cocreará en y con Dios».

Esto que Cristo transmitió a través de Bede ha sido mi pan y mi vino secretos durante treinta años y ha impregnado todo lo que he intentado ser, escribir y hacer.

Sin embargo, lo que la escritura de este libro me ha revelado es que hay una pieza crucial que falta en la visión de Bede, aquella que el viaje que estamos haciendo juntos se dedica a añadir: la contribución de María Magdalena —como ella misma, en su propio derecho divino femenino y en su íntima colaboración sagrada con Jesús— para que la Resurrección sea posible. Cuando el Apocalipsis describe la nueva Jerusalén descendiendo del cielo como «una novia adornada para su esposo», esa novia cósmica encarnada para el esposo cósmico trascendente está prefigurada en María y en su papel en la vida de Jesús. No puede haber Segunda Venida, ni humanidad redimida, unificada, cada vez más transfigurada y divinizada, ni nueva Jerusalén, sin el pleno retorno y la íntima recepción de la Novia, de María en todo su esplendor.

María Magdalena es aquella a quien celebra el *Cantar de los Cantares*: «¿Quién es ella que se asoma como el alba, hermosa como la luna, clara como el sol y terrible como un ejército con estandartes?».

María es la encarnación de lo sagrado femenino en su plenitud, sensual y trascendente, humilde y majestuosa, hermosa y terrible como un ejército con estandartes, que en unión con Jesús alumbra la fuerza del amor que lo cambia todo para siempre.

***

He descubierto que la forma más poderosa y esclarecedora de adentrarse en el misterio del sexto matrimonio sagrado en el Jardín de la Resurrección es preguntar y explorar juntos, con lentitud y tan profundamente como podamos, cinco preguntas en orden ascendente.

Estas cinco preguntas son:

¿Por qué María Magdalena llora cuando entra en el jardín?

¿Por qué Jesús le dice inicialmente: «¿A quién buscas?».

¿Por qué Jesús la llama por su nombre?

¿Por qué María Magdalena, cuando reconoce atónita a Jesús, le llama «Rabboni», pequeño maestro?

¿Por qué Jesús le dice a María Magdalena: «No me toques»?

No se trata de preguntas académicas. Cada una de las posibles respuestas irradia, como descubriremos juntos, sutiles revelaciones que, integradas entre sí, desvelan la verdad definitiva y liberadora.

Durante más de dos décadas he leído cientos de comentarios de algunos de los mejores místicos masculinos de las tradiciones católica y ortodoxa. Aunque contenían verdades sagradas, todos estaban contaminados por el sesgo patriarcal. En la gran mayoría de ellos, se retrataba a María Magdalena llorando porque era mujer y, por supuesto, todas las mujeres son histéricas y excesivamente emocionales.

Incluso cuando estos comentarios reconocen su sublime valentía por ser la única que permaneció durante el horror y la abominación de la crucifixión, mientras los discípulos varones se dispersaban como ratones aterrorizados y Pedro, supuestamente el único sucesor de Jesús, lo

traicionaba tres veces, la profundidad de su inconsciente y trágica misoginia les impedía ver la verdad de sus lágrimas. Una de las grandes bendiciones de este tiempo del regreso de María Magdalena es que, ahora, podemos ver con más claridad la respuesta a la primera pregunta: ¿por qué lloraba?

El glorioso poema de Matilde de Magdeburgo que ya he compartido con vosotros revela que el corazón visionario y ya divinizado de Magdalena acompañaba a Jesús en la cruz en unión rendida con él, alumbrando conscientemente con él y en él al milagro de lo que ambos sabían por su experiencia más íntima que era posible, la Resurrección en la nueva creación. Sin embargo, la mujer humana, esposa y amante que había en ella quedó calcinada hasta los huesos cuando tuvo que presenciar la abominación de que el cuerpo de su amado divino fuera torturado sistemáticamente, con toda la letal precisión de la crueldad patriarcal romana, mientras era burlado, escupido y humillado por los instrumentos humanos de fuerzas demoníacas decididas a abortar un posible gran nacimiento. Un horror multidimensional, mucho mayor que el que la había llevado a conocer a Jesús originalmente, sacudió y ensombreció de nuevo tanto su cordura como la certeza de su divina conciencia profética.

Cuando mi apartamento se incendió y murió el amor de mi vida, mi inteligencia divina supo inmediatamente que la crucifixión de tal atrocidad descarnada solo podía ser una apertura necesaria hacia un nuevo ser y una nueva realidad. Sin embargo, la parte humana de mí ardía con una intensidad de dolor que nunca antes había experimentado.

Y cuando por fin me quedé solo, lloré durante dos días en un estado que fusionaba dos extremos opuestos: una felicidad de gratitud por todo el amor perfecto que mi amada y yo habíamos vivido juntos, y que nos había transformado a ambos. Y una agonía de dolor en todo mi ser por la pérdida de quien había amado con todo mi ser, y que me había amado con todo su ser, de una manera que sabía que era incomparable y única, y de una manera que sabía que nunca volvería a experimentar.

No solo mi mente y mi corazón lloraban. Mi cuerpo, cada músculo, cada hueso, cada célula también sollozaba. Los padres que sostienen a un hijo moribundo en sus brazos y las abuelas que buscan los miembros dispersos de sus nietos después de la explosión de una bomba conocen este estado, y,

en mi experiencia, me uní a ellos y me uno a ellos ahora, para siempre.

Un mes después estoy empezando a comprender y a vivir una segunda razón por la que María Magdalena tuvo que soportar esta fusión de extremos opuestos para participar plenamente en el milagro de la Resurrección; un milagro que ahora vive en mí. La visión de María V. que he compartido contigo revela la increíble pista sobre la nueva vida que estoy empezando a vivir, y que ahora conozco por medio de su gracia. En esta visión, Magdalena reveló que al entrar en el jardín lloraba porque aún no sabía si el sueño divino que tenían su amor y el de Jesús de dar a luz una fuerza de amor universal, transformadora y transfiguradora, se había realizado por completo.

Había podido acompañar a Jesús en la agonía de su crucifixión y en su descenso al infierno para liberar a sus prisioneros, pero incluso sus poderes, nos dice Matilde, no le habían permitido ir más allá.

Creo que hay una razón para ello. El dolor extremo y la incertidumbre tuvieron que vaciarla completamente y sin piedad para que pudiera recibir el máximo empoderamiento posible del nacimiento que ella había ayudado a posibilitar. Al igual que en el *Cantar de los Cantares*, el éxtasis de la unión de los amantes se hace aún más glorioso y revelador a través de los choques y las repentinas y desconcertantes separaciones que tuvo que afrontar y soportar. Así, María Magdalena tuvo que ser llevada al vacío de una desesperación casi total para que la luz de la resurrección del esposo la inundara y la transfigurara con la máxima intensidad posible de alegría y asombro.

Ahora pasemos a la segunda pregunta. ¿Por qué Jesús le dice: «¿A quién buscas?».

La respuesta es reveladora.

Cuando en Juan 1, Jesús se encuentra por primera vez con los discípulos que van a ser sus amados y en ocasiones fieles compañeros, les pregunta significativamente no a quién buscan, sino qué buscan (*tize teite* en griego).

Está claro que este «qué» no se refiere a un guía o maestro, sino a un principio, a una visión, a una misión en la que pudieran basar todo su ser para satisfacer y colmar el hambre de su alma, además de su pasión por emplear su sagrada energía masculina al servicio del mundo.

Cuando Jesús, aún sin que ella lo reconozca, le dice a María Magdalena como Cristo resucitado: «¿A quién buscas? (*tina zeteis* en griego), está respondiendo a la verdad de su matrimonio humano divino. María Magdalena, desde su primer y sorprendente encuentro con él, no solo había estado buscando una nueva vida, visión y misión; su alma también había estado hambrienta de encontrar el camino, la verdad y la vida en una persona divinamente destinada para ella, para su sanación y transfiguración.

En el asombroso momento en que Jesús le hace esta pregunta, él sabe aún más plenamente que, antes que María Magdalena, es quien está destinada a transmitir, irradiar y arraigar la luz de la Resurrección en la humanidad; y a dar a luz su verdad evolutiva en las células de cada ser humano. María, la madre, cuando sostuvo por primera vez a su divino hijo en brazos, fue la primera en contemplar a Jesús en el esplendor de su divinidad.

María Magdalena fue la segunda. Ella ya había visto su esencia divina en su primer encuentro, de una manera que no la habían visto ninguno de sus amados hermanos. Como su esposa y amada humana divina, ella había iniciado y había sido iniciada en el gran misterio alquímico de su matrimonio y del matrimonio sagrado.

Y de una manera que ella aún no podía saber, la intensa intimidad de su sublime pasión compartida la convertiría a ella en la testigo, transmisora y alumbradora del misterio de la Resurrección. No a los discípulos varones que solo habían comprendido parcialmente su ser y su mensaje, que se habían quedado dormidos en el jardín de Getsemaní cuando él les había rogado que se mantuvieran despiertos y lo acompañaran en su agonía ante su destino, y que lo habían abandonado o traicionado en su crucifixión. Su madre fue quien presenció su gloria al nacer. Su esposa fue quien presenció, preparó y asistió en su segundo nacimiento, y con una autoridad única no solo renacería en él, sino que, como veremos, lo daría a luz y lo arraigaría en la humanidad y en su viaje evolutivo, así como en el desarrollo evolutivo del universo.

Ahora atrévete, amigo mío, a imaginar la dicha, el honor y la indescriptible gratitud con los que el Cristo resucitado debió mirar a la majestuosa e indómita mujer que lo había amado como Jesús. A su vez, él la

había amado como María, una María destinada a ser pronto transfigurada y a resucitar como el Cristo femenino.

Si haces lo que te he sugerido, descubrirás otra respuesta sagrada y sorprendente a la pregunta: «¿A quién buscas?». Con un ingenio divino y sublime, el Cristo resucitado está preparando a María para las revelaciones que van a venir en el Jardín de la Resurrección.

¿Cómo podía incluso la misma María Magdalena, con todo el conocimiento íntimo y místico que tenía de su esposo y toda su experiencia del gran trabajo alquímico al que su amor se había dedicado, siquiera empezar a imaginar lo inimaginable que pronto le sería revelado: que el Jesús que había conocido ahora se había transformado por completo en el Cristo resucitado? Bien podría haber imaginado a Jesús resucitado, pero ni siquiera la imaginación mística más elevada y amorosa, de la que sin duda estaba dotada, podía imaginar con realismo el milagro de Resurrección en el que él se había convertido. En el estado en el que ella se encontraba, todavía horrorizada por la pérdida de su amado humano y divino, ni siquiera podía empezar a imaginar —tal como nadie antes que ella en la historia había podido imaginar—, con «quién» estaba destinada a encontrarse muy pronto, cuando, en el momento señalado, la revelación le abrió los ojos.

Entendida de esta manera, la pregunta de Jesús se convierte a la vez en una celebración de la relación y el conocimiento únicos que tiene de María Magdalena, y en una tierna indicación de lo que se le iba a exigir a ella como comadrona de la fuerza generadora de la Resurrección. El «quién» que María Magdalena descubriría en Jesús también era una revelación de en «quién» se iba a convertir ella, en otro milagroso despliegue de su unión.

Pasemos ahora a la tercera pregunta: ¿Por qué Jesús el Cristo llamó a su amada por su nombre?

Nuestra mayor iluminación proviene, paradójicamente, del papa Gregorio, quien arraigó en la tradición cristiana patriarcal el mito de que María Magdalena era «una prostituta arrepentida». En la homilía 25 del papa Gregorio, escribe: «Jesús le dijo: María. Antes la había llamado mujer, un nombre común a todas las de su sexo, y ella no lo reconoció, y ahora la llama por su nombre». Gregorio va más allá y compara que el Cristo

resucitado la llamara específicamente María con Éxodo 33, versículo 12: «Y Moisés le dijo al Señor: "Ves que me dices: 'Saca a tu pueblo', y no me has hecho saber a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú has dicho: te conozco por tu nombre, y también has hallado gracia ante mis ojos"».

Gregorio comenta: «Hombre es un nombre común para todos nosotros. Moisés es un nombre propio. Y el Señor afirma que, sí, conoce a Moisés por su nombre, como si le dijera claramente: "Te conozco no de la manera global en que conozco a todos los demás, sino de una manera muy específica"».

En esta extraordinaria reflexión, Gregorio Magno vincula el hecho de que María Magdalena sea llamada de una manera muy específica con la intimidad profética de Moisés con Dios y, por lo tanto, la celebra implícitamente como la Moisés de la nueva creación.

Y ahora estamos listos para entrar en el misterioso santuario de la respuesta a la cuarta pregunta: ¿Por qué María llamó al Cristo resucitado «Rabboni», mi amado maestro?

En el Éxodo, Moisés no responde al Dios que lo ha llamado íntimamente por su nombre, porque está abrumado por la gloria de Yahvé. Sin embargo, en el caso de María Magdalena, ella sí lo hace.

Ella llama al Cristo resucitado —cuya revelación la sorprende y confirma la verdad radical de todo lo que habían vivido— «Rabboni», mi amado maestro, afirmando así el vínculo directo entre el ser humano divino que había adorado como su amado esposo y maestro, y el glorioso Cristo resucitado que ahora irradiaba sobre ella.

La gran mayoría de los comentarios patriarcales sobre esta escena utilizan el hecho de que María llame a Jesús «Rabboni» como una prueba de su sentimentalismo femenino. Se supone que muestra su incapacidad para ver su plena divinidad y gloria, a diferencia incluso del incrédulo Tomás, que después de su encuentro con él llama a Jesús «mi Señor», «mi Dios».

Sin embargo, el hecho de que María use un tierno diminutivo, después de haber sido llamada proféticamente por su nombre, implica algo mucho más profundo de lo que los antiguos comentarios patriarcales podían comprender. La relación profética de Moisés con lo divino es una relación

con la gloria trascendente, y la ley que estaba destinado a transmitir emana de esta relación en toda su majestad y precisión. La vocación profética de María está inextricablemente entrelazada con su matrimonio sagrado con su «Rabboni», el Jesús al que había amado con todo su ser, tanto en su humanidad como en su divinidad, y que ahora se alzaba ante ella, resucitado, sí, pero aún reconocible como su amado, su esposo.

La ley que emana de esta relación matrimonial sagrada no puede formularse con precisión, porque tiene su origen en estados cada vez más profundos y expansivos de intimidad y unión radicales, cada uno de los cuales evoca su propio conjunto de comportamientos inspirados y apropiados. La Magdalena es la Moisés, no de un conjunto de mandamientos, sino de una progresión de estados de unidad con el amor divino que conducen de la transfiguración a la resurrección y más allá; estados que ella misma encarnó e incorporó para nosotros en unión con Jesús, en su sagrado matrimonio con él.

María no llama a Jesús —ni siquiera en este momento asombroso— mi Señor y mi Dios, como hizo Tomás el incrédulo, porque su relación con él no es jerárquica. Su asombro y admiración ante él en la resurrección del sueño de su amor no ahoga la larga y radiante intimidad de su unión. Llamar a su amado «Rabboni», mi amado maestro, vincula al glorioso resucitado con aquel a quien ella ama y a quien ha amado de forma radical y definitiva. No es de extrañar que los comentarios patriarcales que he mencionado intenten humillar a María. Si sus autores se hubieran atrevido a explorar el verdadero significado de que ella llamara a Jesús «Rabboni», habrían tenido que abandonar todo lo que defendían para reimaginar no solo la historia de Jesús, sino la naturaleza de la conciencia crística.

¿Y si la verdadera ley de la conciencia crística no fuera otra serie de dogmas y prohibiciones, sino un despliegue de estados de unión en eterna expansión, tal como ejemplificaron y encarnaron Jesús y María Magdalena en su matrimonio sagrado? Entonces, todo el énfasis que el patriarcado ha puesto en la pecaminosidad humana y la necesidad de obediencia y adhesión a la fe en el dogma aceptado se revelaría como una evasión estéril y fallida del verdadero desafío que nos plantean Jesús, María y la conciencia crística que dieron a luz juntos: unir en nosotros mismos lo

sagrado masculino y lo sagrado femenino, y así nacer a nuestra divinidad plenamente transfigurada y resucitada.

Ahora estamos listos para comenzar a responder a la quinta pregunta: ¿Por qué, después de llamarla por su nombre, Jesús le dijo a María: «No me toques»?

Los comentarios patriarcales sobre esto han proclamado universalmente que se trata de Cristo resucitado para establecer una barrera con la contaminación por la sensualidad de María o con que ella le reclame como persona. Esto es absurdo, como afirma todo lo que se dice en este libro.

La verdadera razón por la que Jesús dijo «no me toques» es que, en su nueva forma de materia luminosa, él sería peligroso para ella. Jesús no estaba rechazando a María Magdalena. Le estaba advirtiendo con la mayor y más hermosa ternura y protección.

Su cuerpo resucitado era nuevo y, como él mismo dice, estaba a punto de ascender al Padre. Todo su ser estaba lleno e irradiaba la gloria de la luz que lo había resucitado. Si María Magdalena lo tocaba en ese momento, sería aniquilada. Más tarde, Jesús, en su cuerpo resucitado, pudo ser tocado por Tomás el incrédulo, pero en ese momento en que su amada estaba destinada a encontrarse con él, la gloria que en él vivía la habría destruido.

Creo que hay otra razón, asociada a la primera, por la que le advirtió tiernamente que no lo tocara. Él sabía que la gloria de la resurrección la inundaría y comenzaría a resucitarla y a revelarle lo que se le había revelado a él, y entonces ella ya no necesitaría tocarlo porque pronto, muy pronto, sabría que él estaba vivo en cada célula de su ser, y que cada célula de su ser estaba viva en él. Así como el hecho de que ella estuviera en él había ayudado a Jesús a renacer como Cristo resucitado, el Cristo resucitado en ella, como veremos, la llevaría a renacer en la plena conciencia crística femenina y la resucitaría.

***

En un acontecimiento tan trascendental como el encuentro de Jesús y María Magdalena en el Jardín de la Resurrección nada puede ser fortuito. Hemos explorado juntos las tradiciones místicas del Primer Templo y del

Cantar de los Cantares, que informaron e infundieron amor entre María Magdalena y Jesús desde su extático primer encuentro y a lo largo de todo su despliegue.

En la tradición del Primer Templo, Asera, como madre divina consorte del padre Yahvé, era adorada como la divinidad encarnada en los campos, bosques y jardines, y en festivales extáticos que se celebraban en la naturaleza salvaje. En el *Cantar de los Cantares* los amantes se adoran y se veneran mutuamente mediante múltiples imágenes extraídas del mundo creativo, reflejando la adoración interpenetrante del padre-madre en la tradición del Primer Templo.

Con esta revelación intacta en nosotros, ahora podemos entrar en el capítulo 2 del *Cantar de los Cantares* y presenciar que la llamada extática del novio a la novia impregna el pleno significado cósmico del Jardín de la Resurrección y del nacimiento de una nueva creación que dicha revelación posibilita. Esta es la cita del *Cantar de los Cantares*:

Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven.

Porque ya ha pasado el invierno.
La lluvia ha cesado y se ha ido.
Las flores aparecen en la tierra.
Ha llegado el momento del canto de los pájaros.

Ahora, querido amigo, con todo lo que hemos recorrido hasta este momento vivo en ti, sumerjámonos en la primera línea: «Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven». Jesús se levanta, y también María Magdalena, gracias a su amor por él y a su encuentro en el jardín. El amor de los amantes del *Cantar de los Cantares* ha engendrado una nueva creación que revela el poder evolutivo de ese amor tanto en la materia del universo como en los propios amantes que se levantan juntos.

A continuación, sumerjámonos juntos en la segunda y en la tercera línea, que proclaman: «ha pasado el invierno, la lluvia ha cesado y se ha ido». Esto nos revela la verdad de lo que podríamos llamar la eterna primavera que el matrimonio sagrado de María y Jesús engendra en la Resurrección. Esta primavera disuelve el invierno de la sumisión de la humanidad al mal y

a la muerte, y también el invierno de todos los sistemas religiosos patriarcales que niegan el poder del amor humano divinizado y la sacralidad inherente al cuerpo, así como la bondad esencial y siempre fértil de la creación.

Con estas ideas vibrando en nuestro interior, contemplemos la cuarta línea: «Las flores aparecen sobre la tierra». El amor trascendente e inmanente de los amantes del *Cantar de los Cantares*, y el de Jesús y María Magdalena, hace que nazca un nuevo mundo en el que aparecen las flores. Son las flores de una nueva humanidad divina, siendo María Magdalena la primera. Y también nacen nuevas revelaciones del padre-madre, originadas y empapadas de la tierna, triunfante y extática alegría de su unión y del eterno despliegue que brota de ella.

Ahora, fíjate en la última línea: «Ha llegado el tiempo del canto de los pájaros». La resurrección, que hace que nazca la eterna primavera en el jardín con una alegría tierna, triunfante y extática, no es solo para los amantes que la han parido y encarnado. Es para toda la humanidad, inicialmente despojada de su poder por las brutales visiones y por los sistemas del invierno y las lluvias del pasado, y ahora inconcebiblemente empoderada por la alegría de la vida divina, vivida en una unidad de cuerpo y alma, humana y divina. La Resurrección es un acontecimiento evolutivo personal y comunitario, y también universal. Empodera a los despreciados y marginados, a los que luchan por la justicia y la compasión en un mundo cruel, inundándolos con una nueva energía de amor.

Los que despiertan no cantan solo para sí mismos, sino para todos los universos materiales, ahora inundados por la nueva luz de la nueva creación. Tanto una nueva humanidad como una nueva creación cantan lo que el Apocalipsis llamó la nueva canción, el *canticum novum* del mundo dorado, del matrimonio sagrado, de la nueva Jerusalén.

Ahora, todos podemos ver por qué al principio Magdalena supone que Jesús es el jardinero. Los comentaristas que afirman que esto demuestra sus limitaciones como mujer han pasado por alto el misterio. La primera percepción que tuvo de Jesús, como jardinero, puede ser parcial, pero no es errónea. Es un atisbo inicial, pero revelador, de la inmensa gloria primaveral de la Resurrección y de la verdad esencial que engendra.

En otras palabras, el Cristo resucitado es un Jardinero, y crea un nuevo orden para revelar una nueva maravilla y poder en el jardín de la conciencia humana y en las profundidades del jardín universal de la materia.

En el *Talmud* hay una historia de cuatro hombres —Ben Azzai, Ben Zoma, Elisha Ben Abuyah y Rabí Akiva— que entran en un jardín (*pardes*) y allí quedan deslumbrados por estados de asombro y revelación. En algunas tradiciones cabalísticas, estos textos se leen en términos de un ascenso visionario en la conciencia que conduce a la revelación de que todos los mundos son el jardín de Dios, siempre en evolución, siempre regenerándose. *Pardes* se interpreta de diversas maneras: como el jardín del Edén, o el templo celestial y terrenal, o incluso como el cielo mismo; el cielo que, según revela el primer capítulo de Enoc, es la morada donde viven los justos y los elegidos.

La resurrección revela la verdad original de que la realidad es el jardín bueno y glorioso de Dios, la manifestación siempre floreciente del santo matrimonio de Yahvé y Asera.

El invierno de las tradiciones patriarcales que separaban la trascendencia de la inmanencia, lo masculino de lo femenino, el cuerpo del alma y la materia de la conciencia luminosa que la crea ha terminado, y la primavera del Jardín de la Resurrección revela la verdad original del jardín y el rostro ajardinado de la realidad.

Si la realidad es el jardín y la Conciencia Crística es el jardinero, la intención, las habilidades y los poderes inspirados de la creatividad divina llevarán constantemente a este jardín a evolucionar hacia revelaciones cada vez más complejas y unificadas de la belleza, la magnificencia, la justicia y la majestad divinas.

Así, en y a través de la Resurrección se revela que la naturaleza original de la creación es un jardín, y dicho jardín está abierto a una transfiguración evolutiva sin fin por parte del jardinero, una *epektasis* sin fin.

Volvamos ahora a la última línea: «Ha llegado el momento del canto de los pájaros». Cuando se empieza a asimilar la primera verdad que he compartido, en todos aquellos que han sido inundados por su esplendor despierta una alegría indescriptible y un nuevo nivel extático de creatividad, basado en la energía natal y sutilmente volcánica de la nueva creación.

Gracias a su origen, esta creatividad tiene una globalidad divina.

Si se experimenta, se integra y se desata, puede transfigurar la totalidad de la vida en la Tierra, desde las artes, las ciencias y las religiones hasta —y de manera esencial— las filosofías e instituciones políticas y económicas. La creatividad divina, basada en y alimentada por la luz de la Resurrección del jardinero, puede regenerarlo todo. A través de sus expresiones internas y externas puede dar a luz lo que Jesús llamó el reino y lo que yo llamo el jardín en la Tierra. Ahora es esencial conectarnos con la mayor profundidad posible con esta energía eterna del jardín primaveral, no solo para la supervivencia de la humanidad en estos tiempos terribles, sino para alcanzar el sueño divino de resucitar a la humanidad a través de su actual, necesaria e inevitable crucifixión.

Creo que, ahora, la tarea de los verdaderos amantes de Dios es ser pájaros cantores, activistas visionarios como Jesús y María Magdalena, cantando la canción de sus vidas al son de la música del *canticum novum*, la nueva canción. Hemos de cantar sin miedo la canción del Jardín de la Resurrección en medio del oscuro invierno de nuestra noche oscura global, no solo para inspirar a otros, sino para embriagarlos con la gloriosa libertad de los hijos de Dios y así atraerlos voluntariamente a un compromiso total de transformar la realidad en su verdad más esencial y gloriosa.

El Jardín de la Resurrección es al mismo tiempo el Origen Restaurado, el Origen Revitalizado y el nuevo Edén del proceso de divinización de la nueva creación tanto de la humanidad como del universo. Jesús es el nuevo Adán y María Magdalena la nueva Eva, y no son pasivamente obedientes como en el antiguo Edén, sino que ambos conscientes y plenos de vida, humanos y divinos, ambos irradiados por la nueva luz nacida de la nueva unión.

***

En el año que ha transcurrido desde que comprendí estas verdades, volví a sumergirme en la tradición para averiguar si alguno de los grandes místicos cristianos había tenido una intuición similar. Sabía que la visión de Jesús como el nuevo Adán era familiar para la teología mística cristiana,

pero ¿dónde estaba, entre los cientos de comentarios que devoré, la nueva Eva, la novia del novio Adán, la madre del padre?

Una vez más, como al principio de este libro, nos ilumina el genio visionario de Romanos Melodus. En el cuarto himno de la Resurrección, Romanos Melodus hace que María Magdalena le diga a los discípulos, desconcertados porque Jesús se le ha aparecido primero a ella y no a ellos: «Vosotros, que le amáis con un amor verdaderamente ferviente, no penséis así. Sed pacientes. No perdáis el coraje. Lo que ha sucedido es una gracia divina para las mujeres. La primera en caer es la primera en verlo resucitado».

La María Magdalena de Romanos Melodus no afirma explícitamente ser la Eva de la nueva creación. Sabe que los apóstoles habrían reaccionado a tal afirmación con burlas indignadas. En cambio, con humildad reverencial y compasión sagaz y estratégica ganada con esfuerzo, María Magdalena les revela el misterio del Jardín de la Resurrección. Les describe su papel revolucionario como mensajera, como gracia divina y bendición para las mujeres, e implícitamente para la Divinidad Femenina en general y para la redención de la caída y de la historia humana en particular. Los discípulos no podían oír lo que ella les decía, pero ahora, después de todo lo que hemos experimentado juntos, nosotros sí podemos. Y nos inunda una alegría asombrosa, pues somos libres de las esclavitudes invernales del pasado patriarcal.

Para ayudarte a embriagarte de la alegría de Jesús y María encontrándose como el nuevo Adán y la nueva Eva en el Jardín de la Resurrección, permíteme compartir contigo una práctica de oración mental que he desarrollado.

He elegido contemplar el momento de su encuentro que sucede justo después de que Jesús llame a Magdalena por su nombre y ella le diga: «Rabboni», y antes de que Jesús le anuncie su misión como mensajera. En ese momento atemporal, veo a María y a Jesús, la nueva Eva y el nuevo Adán, de pie, mirándose el uno al otro en un éxtasis mutuo de reconocimiento y gratitud en medio del Jardín de la Resurrección. Para mí, esta mirada se hace eco y expande inconmensurablemente aquella primera mirada eléctrica que los unió en Cafarnaúm.

Así como aquella primera mirada unió sus almas para siempre, esta mirada da comienzo a lo que María Magdalena le describió a María V. como su sexto matrimonio con Jesús. Es el matrimonio con el Jesús cósmico universal, más allá del espacio y el tiempo, que María Magdalena desplegaría durante el resto de su vida cada vez más trascendente y encarnada: como Eva para su Adán, Asera para su Yahvé, Sulamita para su esposo, Sofía para su Masculino Divino, la Shakti femenina para su Shiva trascendente, como el grial viviente, radiante con la luz resucitada y resucitadora de la sangre de Cristo.

Cada vez que practico esta contemplación, veo a Jesús y María a la vez más concretamente humanos y más expansivamente divinos, y me doy cuenta con claridad de que mi propio ser es el Jardín de la Resurrección. En él, mis propios Jesús y María Magdalena internos se encuentran frente a frente en éxtasis, en gratitud, unidos ahora para siempre en las luces doradas que lo transfiguran todo. Emanan de la nueva Eva y del nuevo Adán, y ahora comienzan a vivir tanto en mí como en ti.

***

Después de la Resurrección, María Magdalena, María la Torre, se convirtió en la líder espiritual de la iglesia esotérica que se estaba formando en centros de todo Oriente Medio, Europa y Egipto.

El plan original de Jesús era que Magdalena impartiera los misterios internos, que serían protegidos por la iglesia esotérica. Como hemos visto, esto no sucedió, con las desastrosas consecuencias que hemos explorado. A lo largo de los Evangelios gnósticos, redescubiertos en Nag Hammadi en 1945, encontramos descripciones exaltadas de su estatus real después de la crucifixión como «La mujer que comprende el Todo».

María Magdalena viajó mucho, enseñando los secretos del matrimonio sagrado que había vivido y encarnado progresivamente. Muchos estudiosos creen que enseñó el matrimonio sagrado en una escuela de misterios. Allí instruía a los adeptos en las etapas del camino que conduce a la unidad con el uno a través de la unión de los opuestos, en lo que los evangelios gnósticos llaman la «cámara nupcial». El objetivo de sus enseñanzas no era

exaltarse a sí misma ni siquiera a Jesús, sino presentarlos a ambos como guías espirituales que vivieron un camino al que cualquiera que lo emprendiera con pasión, devoción y una revelación interna en progresiva expansión podía acceder.

Este es el camino al que ella me ha guiado para que te invite a abrazarlo en *La revolución de María Magdalena*.

Después de que la Luz de la Resurrección irradiara sobre María Magdalena, su ya majestuosa realización continuó expandiéndose en resplandor encarnado y poder sagrado, como también lo hará la nuestra si entramos sin miedo en el camino del matrimonio sagrado que ella y Jesús nos muestran.

Hay dos misterios sublimes e interconectados que deben explorarse para completar nuestra visión de su obra y de su legado eterno, a fin de que su Pentecostés pueda ser lo más iniciático e inclusivo posible. El primero es el misterio de la ascensión de Magdalena.

El segundo es el misterio de la cueva del nacimiento, esa cueva de Saint-Baume, en el sur de Francia donde vivió los últimos años de su vida. Allí tuve la visión de su esplendor dorado, trascendente e inmanente que dio comienzo a nuestro viaje.

La revelación de la ascensión de Magdalena

En 2010 avanzamos de forma definitiva en lo que sabemos de «la mujer que comprende la Totalidad». El evangelio de María Magdalena lo escribió ella misma en griego en la Alejandría del siglo I, y posteriormente lo llevó a Francia, donde los cátaros lo guardaron en secreto. Finalmente fue traducido, publicado y comentado de forma brillante y conmovedora por Jehanne de Quillan.

Las revelaciones de *El evangelio de la amada compañera: el evangelio completo de María Magdalena* confirman todo lo que hemos expuesto hasta ahora en nuestro viaje. Hay seis revelaciones desde las que irradia la visión de *La revolución de Magdalena*.

La primera y más sorprendente: la boda de Caná fue la boda de Jesús y María.

Segunda: Jesús, en el evangelio de María, no se llamó a sí mismo hijo de Dios. Se llamó a sí mismo, y ella lo llamó, «el hijo de la humanidad».

Tercera: el Jesús de María Magdalena enfatizó constantemente su unión con la maternidad de Dios («mi verdadera madre me dio la vida»).

Cuarta: «el uno solo» que Jesús era y en el que se convirtió María —el *Anthropos* al que las enseñanzas de ambos tratan de ayudar a nacer— es, como hemos proclamado en este libro, el hijo de un matrimonio interno de opuestos que da a luz «al hombre y a la mujer en uno solo, de modo que el hombre no sea hombre, ni la mujer, mujer».

Quinta: *El evangelio de la amada compañera* confirma —al igual que algunosde los primeros evangelios gnósticos que han sido redescubiertos, así como los escritos modernos sobre Magdalena y el mensaje de auténticos canalizadores y visionarios— que es María Magdalena, y no Juan, quien se inclina con ternura contra el pecho de Jesús en la Última Cena. Y es, según proclama *El evangelio de la amada compañera*, a María Magdalena, y no a Juan, a quien Jesús confía desde la cruz el cuidado de su madre, convirtiendo simbólicamente a María Magdalena en su «hermana» y revelándola místicamente como la hija de la madre divina encarnada, su madre María.

Estas seis revelaciones ya serían lo suficientemente revolucionarias,

pero hay una séptima y culminante revelación que eleva nuestra idea de quién era y en quién se convirtió Magdalena; de quién era y es: la del proceso de Ascensión que Jesús abrió para ella y en ella, por amor, en otro despliegue más de su matrimonio sagrado, a fin de que naciera para siempre a la conciencia crística femenina.

A esto es, a una exploración precisa, reverente y profunda de este proceso de ascensión, a lo que debemos dirigirnos ahora. En el texto de *El evangelio de la amada compañera*, María Magdalena no nos da ninguna indicación precisa sobre cuándo Yeshua le reveló a ella, y en ella, el proceso de Ascensión que describe; si fue antes de la Resurrección, cuando aún estaba en un cuerpo, o después, en una visión divina.

Mi creencia es que Yeshua le reveló el proceso en las últimas semanas de su vida terrenal, antes de la Pasión, la Crucifixión y la Resurrección, para preparar lo máximo posible a su amada ante los horrores y pruebas que necesitaría soportar y transmutar a fin de nacer en el Jardín de la Resurrección. Recordemos lo que ya hemos leído en la gloriosa descripción de Matilde de Magdeburgo sobre el estado interno de María Magdalena durante la Pasión de Jesús. Creo que solo una María Magdalena ya iniciada en su plena humanidad divina podría haber encarnado un resplandor tan constante mientras presenciaba y participaba en la agonía de Jesús.

***

El evangelio de la amada compañera nos dice que al final de la primera semana después de la Resurrección, «cuando todos los discípulos se habían reunido en (su) casa en Betania», la Migdalah (María se refiere ahora a sí misma como la Torre después de lo que acababa de vivir y experimentar con Cristo) se acercó a ellos y les contó lo que había visto y lo que Yeshua le había dicho en privado.

Los discípulos estaban desolados, afligidos y asustados: «¿Cómo vamos a salir a predicar el evangelio del reino del Hijo del hombre? Si no le perdonaron a él, ¿cómo nos perdonarán a nosotros?».

La Torre se puso de pie, los saludó y, levantando su mano derecha, proclamó, desde lo más profundo de su nobleza innata y su verdad

intrépida, ahora irradiada por la Luz de la Resurrección que da origen a la Nueva Creación, lo que ella, en y a través de su Pentecostés, también nos dice a todos nosotros en nuestra noche oscura:

—Solo desde la verdad os digo: no lloréis, no os aflijáis ni os mostréis indecisos, porque su gracia y la gracia de quien le envió estarán plenamente con vosotros y os protegerá. Más bien, alabemos su grandeza, porque él nos ha preparado y nos ha hecho verdaderamente humanos.

Entonces, Pedro, reconociendo por fin la singular autoridad mística de Migdalah, aunque solo sea brevemente, dice:

—Hermana, sabemos que él te amaba más que a cualquier otra mujer. Dinos las palabras del rabino que recuerdas, que conoces y comprendes, pero que nosotros no, ni tampoco las hemos oído.

Animada por fin por Pedro, a quien muchos evangelios gnósticos retratan como celoso de ella y hostil a su testimonio, María Magdalena comienza a revelar progresivamente no solo su verdadera naturaleza y estatus después de la Resurrección, sino también lo que Yeshua mismo había reconocido en ella.

—Mi maestro me dijo así: «Miryam, bienaventurados los que vinieron a la existencia antes de que existiera la existencia, y cuyos ojos están fijos en el reino, los que desde el principio han comprendido y seguido mis enseñanzas.

Es evidente que la mujer divina humana —que había visto al Cristo resucitado en el jardín y había recibido de él la tarea específica de difundir la gloriosa «buena nueva»— está insinuando aquí, con orgullo divino y humildad divina, que anunciar su propia realidad como la que entendió, vivió y sigue viviendo sus enseñanzas era parte del mensaje del Jardín de la Resurrección, inseparable del pleno poder y la verdad de su revolución. Esto, por supuesto, lo cambia todo.

También me conmueve profundamente la sutileza y el tacto con que María Magdalena se abstiene de proclamar todo su esplendor interno ante los discípulos varones, y especialmente ante Pedro.

María Magdalena siempre supo, con su exquisita y tierna inteligencia Divina Femenina, hasta dónde podía llegar sin despertar la misoginia latente de la mayoría de los discípulos varones de Jesús. Sin embargo,

insinúa su secreta y auténtica igualdad con Jesús cuando relata que este le dijo que ella «había venido a la existencia antes de venir a la existencia». Ella insinúa que, al igual que Jesús, era y es una encarnación ordenada por lo divino, desde su nacimiento una con el Uno. Es posible que esta insinuación haya pasado desapercibida para los discípulos varones. María Magdalena sugiere de manera exquisita, sin enfatizar, lo que sabía que era su papel esencial y su misterio.

Con los discípulos varones ahora firme pero delicadamente preparados, María revela el despliegue del proceso de Ascensión que Jesús, su igual y amado, le reveló a ella y en ella.

Después de alabarla y reconocerla, Yeshua dice: «Solo desde la verdad te digo: hay un gran árbol dentro de ti que no cambia ni en verano ni en invierno, y cuyas hojas no caen. Quien escuche mis palabras y ascienda a su copa no conocerá la muerte».

Jesús le muestra entonces una visión en la que María Magdalena ve «un gran árbol que parecía llegar hasta los cielos». Mientras ella contempla esta asombrosa visión, Jesús le dice que este gran árbol hunde sus raíces en la tierra, que es su cuerpo. Luego le revela que su tronco asciende desde sus sombríos orígenes a través de las «cinco regiones» de la humanidad hasta su copa, que es el reino del Espíritu, la informe luz-fuerza divina del Uno, que todo lo crea y todo lo infunde.

Como escribe Annine Van Der Meer en el brillante comentario de Magdalene's Ascension [La ascensión de Magdalena] que explica el significado sagrado de esta visión no solo para María Magdalena, sino para todos nosotros: «El árbol interno dentro de cada ser humano se muestra a una escala mucho mayor en un gran árbol fuera de cada ser humano. Este gran árbol llega desde la tierra hasta el reino del Espíritu en el cielo, por lo que el árbol microcósmico se revela al mismo tiempo como un árbol macrocosmico». (El énfasis es mío).

En otras palabras, tanto Jesús como María están insinuando que todos nosotros somos este gran árbol «microcósmico y macrocósmico», con sus raíces en los músculos, huesos y células de nuestro cuerpo, y con nuestra columna vertebral como tronco. Van Der Meer escribe: «En el antiguo Egipto, la columna vertebral se yergue desde la posición reclinada o

durmiente a la postura firme del resucitado o despierto».

El tronco también representa lo que podría llamarse la región media del alma —esa realidad más vasta con la que todos somos uno, seamos conscientes de ello o no— que nos inicia, etapa por etapa, al reino donde toda dualidad muere en la unidad. La copa de nuestro árbol amplía esta deslumbrante realización para fundir todo lo que somos, o imaginamos que podríamos ser, en una unión viva, en constante transformación, directa, ordinaria y extraordinaria con lo Informe Que Da a Luz [todas las cosas].

La visión que Jesús le da a María resume todas las visiones de identidad con lo Divino de la primera era axial: en el budismo, el taoísmo, el hinduismo, la cábala primitiva y el chamanismo, al tiempo que las trasciende todas más allá de cualquier religión, dogma o sistema, y proclama todo nuestro potencial infinito, en expansión trascendente e inmanente, en y a través de nuestra naturaleza divina original.

Si el cristianismo y el misticismo cristiano hubieran evolucionado a partir de esta visión global que abarca tanto, desde este gran «Sí» natural original, el horror de nuestra noche oscura global —con sus llamas de arrogancia y disociación demencial cerrándose a nuestro alrededor y amenazando con quemar nuestra casa humana y medioambiental— no sería tan aterrador como es. Sin embargo, debido a que esta visión es eterna y original, su restauración en todo su poder y gloria —a través del Pentecostés de María Magdalena y del conocimiento, la energía de amor y la resolución que restaura en nosotros— todavía puede, si la aceptamos, renovar y regenerar todas las cosas.

***

Después de describir el gran árbol, Jesús le dice a su amada que se revelará como Eva a su Adán en el Jardín de la Resurrección, y como la Eva-Migdalah, la que expone la revelación a los discípulos en su casa de Betania, a través del texto redescubierto y ahora disponible para todos de *El evangelio de la amada compañera*:

«Hay ocho grandes ramas en este árbol, y cada rama da su propio fruto, que debes comer en toda su plenitud. Así como el fruto del árbol del jardín

hizo que Adán y Chav›vah (Eva) cayeran en la oscuridad, este fruto te concederá la luz del espíritu que es la vida eterna».

En otras palabras, la manzana que en la antigua creación causó la caída de Adán y Eva, en la nueva creación —que comenzó con su encarnación ordenada y conjunta, y que estalla en todo su poder transformador en el Jardín de la Resurrección— otorgará «la luz del espíritu que es la vida eterna» a María Magdalena, que la come primero para sí misma, y a todos los que reconocemos la verdad eterna de lo que dice el Cristo encarnado masculino.

En este momento es crucial recordar que esta «vida eterna» de la que habla Jesús no comienza, como sostienen los cristianos tradicionales, únicamente después de la muerte. Siempre está disponible para nosotros en este momento, en la tierra, en un cuerpo, en la historia, en el tiempo. El verdadero y revolucionario significado de la frase que resuena a lo largo de la Biblia: «Dios creó al ser humano a su imagen» —conocida y vivida por María y Jesús, por algunos gnósticos y por un puñado de místicos cristianos —, es que la vida en el cuerpo, a través de su fuente de luz, ya es eterna, ya es totalmente buena y bendita, sagrada en su totalidad y en todos sus detalles. Solo está esperando a ser reconocida como tal y disfrutada con humilde asombro por todos aquellos dispuestos a hacer el trabajo necesario para entrar en la auténtica «conciencia del reino», la unidad a todos los niveles y en todos los planos, de manera simultánea y normal, en el Uno.

A continuación, Jesús le dice a Migdalah: «Entre cada una (de las ocho ramas) hay una puerta y un guardián que desafía a los indignos que intentan pasar».

Luego le dice que las hojas en la base del árbol son densas y abundantes, por lo que allí no penetra la luz. Y añade: «Si no te liberas del mundo, morirás en la oscuridad que es la raíz del árbol, pero si te liberas, te elevarás y alcanzarás la luz, que es la vida eterna del espíritu». A medida que María Magdalena absorbe la majestuosidad de lo que Jesús le está desvelando a ella y en ella, escribe: «Sentí mi alma ascender». Entonces ella asciende por el gran árbol, rama a rama, fruto a fruto.

Sería maravilloso explorar en detalle cada paso de su ascenso, pero, para nuestros propósitos, de momento será suficiente una simple descripción de

cada etapa hasta la asombrosa revelación final en la última rama, teniendo en cuenta todo lo que ya hemos integrado y toda la luz que hemos recibido.

Describiré con precisión las primeras cinco etapas que conducen a la creciente libertad extática de las últimas tres. Si quieres relacionar lo que describo con lo que ya has vivido en tu vida y en tu búsqueda, trata cada simple descripción como una especie de koan zen. Tómala espiritual, intelectual y emocionalmente, y deja que te revele los diagramas secretos de tu propia evolución hasta este momento.

Imaginaos ahora en esa habitación de la casa de María Magdalena, sentados con los discípulos, escuchando con la boca abierta, el corazón acelerado y la mente en torbellino, mientras la mujer que Jesús amaba, la primera testigo directa de la resurrección de su amado, despliega ante ellos el humilde esplendor de su alma. Imagina la sagrada intensidad del ambiente de esa habitación, la quietud del silencio encarnado en ella, irradiando desde ella; imagina la luz de la Jerusalén dorada entrando a raudales y los pájaros cantando al comienzo de la primavera. Ahora entra en ti mismo con calma, en el relato de Magdalena sobre el «viaje de ascensión».

La primera gran rama: Esta gran rama da el fruto del amor y la compasión, que, como afirma María, es la base de todo. Los guardianes del fruto son el juicio y la ira: «Y oí la voz del Señor de la ira llamándome, pero yo lo negué, y él no tuvo parte en mí».

Mientras lees esas palabras, observa la ira y el juicio que aún hierven en ti. Con la cabeza inclinada, recita el mantra «Om Nama Maria Magdalenaya» y ofrécelos [el juicio y la ira] a lo Divino para que se transformen en compasión feroz y discernimiento amoroso.

Ahora imagina que aparece ante ti una manzana dorada y luminosa, la manzana luminosa de la nueva creación, como un pequeño sol. Tómala en tu corazón y siente cómo lo irradia y lo expande. Bendice a tus enemigos y a quienes han abusado de ti. Libera a aquellos a quienes sigues juzgando por dolor o por miedo. Siente la fuerza y la tierna intrepidez, el amor y la compasión incondicional que ahora estás empezando a irradiar.

Por favor, lleva a cabo esta sencilla práctica en las cuatro primeras ramas, hasta que lleguemos a la quinta rama con María Magdalena, donde

ya no la necesitaremos.

La segunda gran rama: Esta rama está cargada con el fruto de la sabiduría y la comprensión; y está protegida por la ignorancia y la intolerancia: «Y oí la voz de la ignorancia llamándome, pero no la reconocí y mi alma siguió adelante sin desafío alguno».

La forma más poderosa y desafiante de superar a los guardianes de la ignorancia y la intolerancia es elegir contemplar a un grupo de personas que te parezcan horribles o extremadamente peligrosas.

Nuestro mundo, como sabes, tiene una plétora de grupos de este tipo que causan estragos por todas partes. No renuncies a tu discernimiento ni a la feroz claridad de conciencia que ese grupo provoca en ti; más bien, medita profundamente sobre tres cosas: que el grupo de personas que te atormenta o indigna está formado por tus propios hermanos y hermanas; que ellos también son hijos del Viviente, por muy oscuras que sean sus obras; que ellos, en el campo de unidad del matrimonio sagrado, son aspectos de tu propia identidad. Ahora, sin miedo, ofrécele estos aspectos que temes en ellos y que descubres en ti mismo a la gracia divina para que los transforme. A continuación, mira a aquellos que te parecían aterradores con ojos de sabiduría y comprensión, e imagina cómo serían si estuvieran empapados por la gracia que ahora te empapa a ti. Sigue oponiéndote a lo que hacen, pero de forma pacífica, sin odio, y tú también comerás la manzana dorada de la sabiduría y la comprensión.

La tercera gran rama: Esta da el fruto del honor y la humildad. Sus guardianes son la doblez y la arrogancia. «La arrogancia me llamó diciendo: “No eres digno, vuelve atrás”, pero mi alma hizo oídos sordos y siguió adelante y hacia arriba, hacia una luz cada vez mayor».

En un mundo como el nuestro, dominado por mentirosos y mentiras, es vergonzoso y humillante enfrentarnos a nosotros mismos y ver cómo a menudo mentimos para protegernos, para encajar en un grupo o conseguir lo que queremos.

Recuerda tres mentiras recientes que hayas dicho, sean pequeñas o grandes. Abre a la gracia divina aquello en ti que descubras que te llevó a decirlas primero y luego a excusarlas, o incluso a justificarlas.

Ahora haz lo mismo con tu arrogancia. Cualquiera que siga en su ego,

por sutil que sea, es arrogante. La naturaleza misma del ego separado es la arrogancia. Si eres lo suficientemente necio como para creer que no eres arrogante, intenta darte cuenta, con un toque divertido, de que eso mismo es una peligrosa muestra de arrogancia. Basta con que observes tu mente durante una mañana, sin titubear ni autoflagelarte, y te sentirás humillado por la cantidad de superioridades fantásticas y derechos inconscientes que pasan por ella.

Elige ahora tres ejemplos de tu arrogancia y de los derechos que te atribuyes, sin juzgarte, pero con total honestidad, y ofréceselos a la gracia divina para que se transformen en honor a Dios, a los demás y a tu propio yo potencialmente regio y humilde. Atrévete a pedirle a la luz que continúe exponiendo tus mentiras, tu vanidad y arrogancia a niveles cada vez más profundos. No por un deseo morboso de exponer tu pecado original o tu indignidad, sino desde el anhelo de abrazar la bendición original y la radiante bondad esencial de tu naturaleza divina, así como el honor y la humildad que abrazarás en tu verdadero yo cuando lo encarnes, lo personifiques y comiences a actuar desde él.

La cuarta gran rama: Esta rama florece con la fuerza y el coraje que te llegan cuando la base de tu vida son el amor y la compasión; cuando el sol de tu corazón se ha expandido con las manzanas de luz dorada que te ofrecen la primera y la segunda rama, y que ancla en ti la tercera. A medida que asciendes a esta cuarta rama, te sientes —a menudo para tu sorpresa— fuerte, claro sin ser brutal, centrado sin ser fanático y valiente sin necesidad de herir, humillar o hacer alarde de tu «heroísmo» en muchas de las situaciones y responsabilidades que antes rehuías. En esta etapa comienza a emerger tu verdadero yo, y te sientes lleno de gratitud y asombro por tener dentro de ti la capacidad de enfrentar las feroces traiciones y pruebas de la vida sin caer en la falsa sensación de satisfacción que aporta el falso yo.

Sin embargo, los guardianes de esta rama, la debilidad de la carne y la ilusión de tus miedos, seguirán confrontándote de formas cada vez más sutiles, pero aún peligrosas. Una persona fuerte y valiente puede seguir viéndose obstaculizada por la fragilidad del ser humano y el miedo al abandono, y a la burla o el fracaso que puede provocar. En esta etapa necesitamos, sobre todo, una práctica sagrada implacable y un trabajo con

la sombra que deje claras como el cristal nuestras limitaciones, los desequilibrios que aún no hemos sanado y las formas en las que el trauma aún nos puede mantener encerrados y atemorizados en la prisión de nuestra historia personal. Debemos seguir purificando nuestra fuerza ante cualquier deseo que tengamos de ejercer poder sobre los demás, y nuestro coraje ante cualquier desprecio que sintamos en secreto o cualquier deseo que tengamos de avergonzar a otros porque no han adquirido o mostrado su coraje como creemos que deberían haberlo hecho.

Es fundamental que lleves a cabo este trabajo con la sombra para evitar que los activistas sagrados perpetúen de forma inconsciente las estructuras y las dinámicas de poder internas y externas que intentan transformar. También para protegerlos de que avergüencen a otros, hasta el punto de que empiecen a resistirse y alardeen con arrogancia de su propia verdad y heroísmo. Como dice Thich Nhat Hanh: «Si quieres sanar el medio ambiente, sana al ecologista».

Para alcanzar nuestros propósitos, ahora sugiero que te preguntes a ti mismo: «¿Cuánto me aterroriza perder cualquier seguridad interna y externa, grande o pequeña, que pueda imaginar que tengo?». Cuando despiertas, te das cuenta de que no hay seguridad en estar gobernado principalmente por locos ricos y corruptos, por religiones que denuncian a las demás, por un sistema económico que es un casino de Las Vegas glorificado, donde incluso los más astutos y corruptos pueden perderlo todo. No hay seguridad en absoluto excepto en tu propia conciencia divina, conscientemente realizada y encarnada. Hasta que esa iluminación encarnada, así como la fuerza y el coraje que solo ella puede dar estén verdaderamente consagrados en nosotros, todos somos vulnerables y lo sabemos. Nuestra potencial magnificencia está aprisionada por miedos de los que debemos tomar conciencia si queremos convertirnos, como lo hicieron Jesús y María, en guías y torres en una noche oscura global.

Mientras exploras lo que he dicho, ofrécele a la gracia divina las inseguridades que descubras, sin condenarte pero con lucidez, y fortalécete sin cesar mediante la oración, la meditación y, sobre todo, pronunciando el nombre de Dios. Si te golpea la catástrofe, te sentirás mucho más valiente y fuerte de lo que jamás imaginaste que podrías o querías ser.

Mientras lo haces, deja que la manzana dorada de la fuerza y el coraje se funda en tu corazón-sol en expansión, y ve cómo su resplandor se extiende desde tu cuerpo para abrazar con ternura protectora a todos los seres sensibles, a la creación y el universo.

Regocíjate de ser ahora una comadrona-guerrera del Amor en Acción.

La quinta gran rama: Esta rama da el fruto de la claridad y la verdad. La prueba de esta rama —como nos dice Jesús y nos han dicho todos los grandes maestros desde su extenuante experiencia— es «la puerta más difícil de todas». En esta etapa te encontrarás con «el Amo del Mundo», el Oscuro desenmascarado. Solo la fuerza y el coraje adquiridos en el viaje hacia la «unidad» con tu guerrera-comadrona innata pueden darte el poder para, como dice Jesús, rechazar al «Engañador», al «Amo del Mundo». Este Engañador y Amo del Mundo tiene dos aspectos. En el primero, el Maestro y Engañador es la inteligencia demoníaca que está detrás de lo que San Pablo llama «los principados y potestades», fuerzas impersonales de la oscuridad dentro del Uno que entran en nosotros a través de nuestros propios pensamientos oscuros y adicciones.

El segundo aspecto es más esotérico. En este segundo aspecto, en su sentido más profundo, el Engañador y Maestro del Mundo son la parte de nosotros que todavía nos engaña haciendo que creamos que estamos separados de la unidad. Este engaño sutil es muy difícil de superar, pero es letal porque impide el pleno nacimiento de nuestro esplendor y poder en el campo de unidad del matrimonio sagrado.

El viaje hasta la «puerta más difícil» te ha preparado para lo que necesitas, pero solo la gracia divina, como saben los místicos de todas las tradiciones, puede guiarte a través de la puerta. Solo puedes atravesar la «puerta más difícil» si mueres definitivamente para entrar en la vida, en la verdad y en el servicio incondicional a todos los seres. Esta muerte puede ser tierna y maravillosa, aunque eso es extremadamente raro. En la mayoría de los casos —como en el caso de la propia Magdalena, que fue arrastrada hasta más allá de sus treinta años por habitaciones interiores de cristales rotos, hasta que fue desollada y pudo abrirse lo suficiente como para ver y reconocer al viviente que tenía delante— esta muerte en vida a veces va precedida de un sufrimiento extremo, el sufrimiento de una auténtica e

implacable noche oscura.

Si esa violencia divina se dirige directamente a ti para tu crucifixión y resurrección, si continúas poniendo en práctica lo que te sugiero, descubrirás que tu amor por Dios y la gracia de tu práctica te darán, incluso en medio del desastre total, la fuerza y el valor para reconocer dicho desastre como misericordia divina. El último apego a una identidad separada que te quede será quemado, y entrarás en un nuevo yo, un nuevo mundo, una nueva creación: la nueva creación del Jardín de la Resurrección, con su «gloriosa libertad de los hijos de Dios». Serás crucificado y resucitarás, morirás y por primera vez estarás completamente vivo y presente, de manera normal, en la realidad total trascendente e inmanente.

Este estado se describe de maneras distintas pero relacionadas en todas las tradiciones místicas. María Magdalena, que hablaba en aquel aposento a los discípulos y que había ido incluso más allá de este resplandor del ser, sabía que todos los que la escuchaban —y todos los que ahora leen esto— eran y son tan capaces como ella de alcanzar su estado exaltado. Cuando sabes —como ella sabía cuando llegó a recoger el fruto de la quinta rama— que eres «un hijo del Espíritu Viviente» y que ya no puedes «oír la voz del mundo» y así devienes silencio, ves con claridad sobria y extática que todos los demás seres humanos, sea cual sea el angustiante o incluso, en parte, demoníaco disfraz que tengan ahora, son intrínsecamente divinos, intrépidos, dignos de amor y compasión; hagan lo que hagan o hayan hecho.

La práctica para esta rama consiste en comprender sin vergüenza cuánto te aterra morir para entrar en la vida, y cómo harás y creerás cualquier cosa para evitar este paso necesario. No te avergüences de descubrir esto.

Después de todo, incluso Jesús se tambaleó en el Jardín de Getsemaní ante lo que sabía que era inevitable. E incluso María Magdalena, con todo lo que su gran amor le había enseñado y revelado, debió tambalearse internamente cuando ungió a su amado para el terrible y glorioso camino que le esperaba.

El mantra para esta etapa de disolver al Engañador interno y contrarrestar al Maestro del Mundo siempre equivale a «más y más amor,

más y más rendición..., no mi voluntad, sino la tuya». Recita este mantra, amigo mío. Mientras lo haces, entrega tu terror a morir en vida y así te prepararás para cuando llegue tu momento de morir en vida. Prepárate de esta manera y por la gracia atravesarás «la puerta más difícil». Tu corazón-sol se llenará con la resplandeciente manzana de luz dorada, de claridad y verdad, y se abrirá por completo para siempre.

La sexta gran rama: Muchos mapas de la iluminación terminan en la dicha y la libertad de lo que se despliega al atravesar la «puerta más difícil». Sin embargo, para la auténtica conciencia amorosa evolutiva, la conciencia amorosa que María y Jesús encarnaron para hacer que naciera en nosotros, la iluminación es el asombroso comienzo de otro viaje que nunca termina: el viaje de la infinita expansión en Dios.

Los frutos de la sexta rama, la sanación y el poder, no tienen guardianes que te impidan comértelos. El nacimiento iluminado de tu yo real, fuerte y valiente, muerto, vivo y verdadero, significa que ya no los necesitas.

Incluso en este nivel, nos dice María, quien tiene la gracia de ascender hasta aquí tiene una tarea esencial ante sí: utilizar la fuerza de la curación y el sagrado poder milagroso que fluye naturalmente hacia él/ella primero en sí mismo/a, antes de poder emanarlo plenamente a los demás.

Uno de los aspectos más conmovedores y tranquilizadores de lo que enseñan María y Jesús es su santo realismo práctico. Los revolucionarios evolutivos no pueden permitirse flotar en la luz irreal de la fantasía, por muy exaltada que sea, ya que su objetivo es la transfiguración de la humanidad, el mundo y el universo mismo. Los costes de perseguir un objetivo tan exaltado pero realista son inmensos para el cuerpo, el corazón, la mente y el alma.

Por eso, en este nivel, Jesús le dice a María que ella y todos los que la siguen en el camino hacia la iluminación deben dirigir la fuerza del poder y la sanación con la que ahora están bendecidos a sanar sus propias almas, corazones y cuerpos. Es a esta sanación de todo el ser a lo que se dedicaba la tradición de la unción en las escuelas esotéricas fundadas por María.

Las tradiciones de la unción en las escuelas de misterios de Egipto, y las tradiciones secretas judías del Primer Templo y el misticismo del *Cantar de los Cantares* instruyeron e inspiraron rituales evolucionados de canto, danza

sagrada y unción con perfumes y ungüentos sagrados que podían fortalecer y regenerar a los iniciados en todos los niveles, pero especialmente y de manera crucial en el nivel de la sexta rama.

Esto se debe a que —como la propia María, de pie en aquella habitación de Jerusalén, supo definitivamente después de la Pasión y la Resurrección, y después de todo lo que había soportado como la amada del amado— las heridas del alma son las más difíciles y las últimas en sanar. Incluso después de la iluminación, el alma sigue marcada por todo lo que ha tenido que sufrir en un mundo que a menudo es horrible y está lleno de mentiras, crueldad y poder sin conciencia, debido al ego que la encerró, la envolvió y la arrastró por los hornos del sufrimiento.

Estoy seguro de que uno de los regalos supremos que María le hizo a Jesús a lo largo de su amor fue su protección sagrada, por ser alguien que conocía el misterio de la unción del cuerpo y el alma divinos y encarnados. Jesús, Hijo del Hombre e Hijo de Dios, conoció el agotamiento, la desesperación y la congoja ante la maldad humana como solo podía experimentarlos quien veía sin filtros su horror y peligro. Jesús se enfrentó a la malicia demoníaca, a la ignorancia y a la crueldad en todas sus formas humanas sin defenderse, como podríamos hacer nosotros, con apatía, negación o recurriendo a la brutalidad inútil. La encarnación de Jesús, igual que la de María, era finalmente vulnerable y expuesta debido a su humanidad. A través de sus rituales de unción, María Magdalena no solo lo guio a las alturas y profundidades de la sublime felicidad sexual que los unificó a ambos; también lo protegió, adoró, sanó y empoderó a través de su sagrada sabiduría de unción, limpiando constantemente su cuerpo y sanando constantemente las cicatrices internas que la depravación humana, la traición y el rechazo tallaron en su alma.

Imagina un mundo en el que todos los tipos posibles de amantes devotos reciben instrucción en rituales de unción que los mantienen, pase lo que pase, adorados, sanados y divinamente empoderados en corazón, mente, cuerpo y alma. Uno de los mayores milagros del Pentecostés de Magdalena es que ese mundo ya está aquí, en las auténticas escuelas de sacerdotisas de la unción que han surgido durante los últimos 40 años. Están comenzando a abrir su sabiduría a mujeres y hombres, y a todas las variedades sexuales y

humanas, en el momento en el que más se van a necesitar.

En el capítulo 42, versículo 11, de *El evangelio de la amada compañera*, Jesús, después de hablar de la necesaria sanación del alma en la etapa de la sexta rama, añade: «Esta sanación de tu propia alma... la prepara para ser llenada de los frutos de la luz y la bondad» en la séptima rama. Como escribe María Magdalena: «Y vi mi alma ascender de nuevo para llenarse de la luz y la bondad que es el espíritu».

Estudia los Evangelios canónicos y muchos de los Evangelios gnósticos, especialmente el de María Magdalena, y descubrirás, con asombro y dolor, que la lección original y más transformadora de Jesús, y la lección de Magdalena —que desarrolló por su cuenta y luego unió a la de él—, no contiene ninguna mención ni sugerencia del «pecado original». ¿Cómo podrían la naturaleza humana original y la naturaleza del universo creado, nacidos de la luz-carne del Uno creador, ser otra cosa que gloriosos, buenos y compasivos, e imbuidos potencialmente de un poder creativo milagroso y de una capacidad infinita para la expansión infinita?

Si seguimos el sublime mapa matrimonial que el proceso de ascensión le reveló a Magdalena para avanzar a través de las llamas huracanadas de la siguiente etapa de la noche oscura global —llamas que están perfectamente diseñadas para quemar la casa que el falso yo humano erigió en su miseria, el autodesprecio y la consiguiente adicción narcisista a las fantasías de poder ilimitado— todos vamos a necesitar lo que nos dará la séptima rama del gran árbol.

La séptima gran rama: ¿Cuáles son los frutos de luz y bondad de la séptima rama? El fruto más asombroso que irradia su sanadora luz dorada —a través de las enseñanzas y el ejemplo heroico de Jesús y María— es que, en esta etapa, el mal se revela como algo extremadamente poderoso, pero también, en su corazón secreto, como algo triste, desamparado, ignorante de sí mismo y autodestructivo. Además de —y esta es la fuente de la sonrisa en el rostro de los despiertos encarnados— ridículo, idiota e inconscientemente hilarante en su arrogancia, y en la seriedad con la que se toma a sí mismo. Recuerda la conversación que tuve en un capítulo anterior con el exorcista regordete y tierno del tren. Me dijo que solo hay dos cosas que el oscuro no puede soportar: un crucifijo y que se rían de él.

La hilaridad divina, que Tomás de Aquino y muchos otros de todas las tradiciones caracterizan como el don de la verdadera libertad, no es de ningún modo idiotez exaltada, divorciada o ignorante de la agonía del mundo y del mal devastador que siempre inflige. Es el conocimiento definitivo, a través de la gracia, de las formas en que la bondad divina utiliza el mal para su propia alquimia, sublime y feroz, de evolución y resurrección, de maneras que pueden dejar atónitos incluso a los más despiertos. Ahora bien, si estos despiertos son pacientes, se les revelarán sus fabulosas maravillas. Todas las auténticas tradiciones místicas guardan este secreto tan empoderador. Las vidas de Jesús y María Magdalena, por separado y juntas —que los llevaron a todo tipo de pruebas imaginables hasta la atrocidad de la crucifixión, y hasta la gloria redentora del Jardín de la Resurrección y más allá—, proclaman este secreto con un poder y una elocuencia triunfantes e incomparables.

Los frutos de la luz y la bondad nos dan un segundo regalo, y creo que todos, sin importar en qué punto del camino estemos, ahora tenemos que alinearnos con él lo máximo que podamos para enfrentarnos juntos a lo que nos espera. Todas las lecciones que María Magdalena impartió en las escuelas esotéricas que fundó y fomentó resaltan con calma, pero con énfasis, que la única forma realmente eficaz de contrarrestar el mal —al tiempo que se ve su poder de aniquilación con claridad y sin ilusiones— es a través del proceso que ella y Jesús descubrieron, vivieron y promovieron juntos. Es el proceso que te convierte en una Llama Viviente del Sí, el Sí de la Luz que alumbra la Resurrección, el Sí nacido en ti como tu nuevo yo cuando aceptas y te rindes a cualquier cosa —cualquier cosa en absoluto— que sea necesaria para nacer en ella. Este Sí ha sido conocido y vivido por los más grandes, humildes y amorosos de todas las tradiciones: Jesús y María lo vivieron con la máxima intensidad, y a través de él experimentaron una corriente progresiva de milagros inimaginables.

Lo que enseñan sobre los frutos de la luz y la bondad en la séptima rama, junto con lo que enseña *La revolución de María Magdalena* puede expresarse de forma sencilla, aunque, como muestran los Evangelios, vivirlo resultará agotador, extenuante, desconcertante e incluso, en ocasiones, parecerá una locura.

***

POR FAVOR, LEE LO QUE SIGUE DESPACIO, integrando cada uno de estos mensajes que están vinculados entre sí, y alineando la intención más profunda de tu alma con lo que se revela.

Toma una respiración larga y profunda. Inspira la luz dorada de la divina sabiduría iluminada de los frutos de la séptima rama, y exhala cualquier parte de ti que aún no te crea capaz de encarnar lo que es tuyo a través de la «bendición original», o a través de cualquier aspecto de tu ego sutil que desee aferrarse a la separación.

Ahora escucha con todo tu ser, radiante de luz dorada, lo que la sabiduría iluminada de «luz y bondad» nos revelará a todos cuando lleguemos a esta etapa.

Recuerda siempre que lo Divino es una fuente de milagros. Cree siempre, incluso cuando todo parezca y sea horrible, que el Sí tendrá la última palabra, como tuvo la primera. Ten siempre fe en la gracia y la misericordia insondables de aquel que te creó a su imagen unificada.

Recuerda siempre que, por muy destrozado, humillado y oprimido que estés ahora, el ingenio de tu padre-madre para protegerte, sanarte, liberarte y emanciparte tiene una inventiva infinita.

Recuerda siempre que tu naturaleza esencial y la naturaleza original de todos los Hitlers y Nerones, grandes y pequeños, que ahora se pavonean en el incendiado escenario mundial, es originalmente bendita, santa, sagrada, intrépida, noble y sublime. La naturaleza crística de Jesús y María es mi naturaleza crística y la tuya.

Si sigues el camino que ellos abrieron y continúas pidiéndoles el valor y la resolución inquebrantables que mostraron, los milagros que se desplegaron cuando abrazaron a todos los niveles el pacífico y dinámico «Sí en acción», se desplegarán también en ti con la misma naturalidad que en ellos. Este es el «Sí» en cada célula de su ser unificado que en ningún momento olvidaron honrar y seguir en medio de todas las atroces pruebas que se les presentaron.

Resiste al mal con firmeza, pero sin violencia; de lo contrario, te convertirás en malvado. No desperdicies las energías que Dios te ha dado

odiando el mal en aquellos que —en su ignorancia rabiosa de sí mismos y de su alma— se destruyen al abrazarlo. Más bien, lleva a cabo un progreso en el bien extático, agradecido, enérgico y constante. Si puedes, perdona incondicionalmente a tus enemigos, y si aún no puedes, no dejes de rezar pidiendo esa gracia; la gracia del amor incondicional de lo Divino para iluminarte y para ayudarte a hacerlo. Recuerda que el amor y el perdón incondicional que fluyen de él abren las puertas finales a tu liberación y al reconocimiento definitivo de ti mismo.

Debes comprender que, en cierto modo, tus peores enemigos son tus mejores maestros de paciencia, de los aspectos inconscientes del mal en ti mismo y de las virtudes heroicas del coraje, la fuerza y la ecuanimidad. También del perdón liberador que nunca habrías podido descubrir en ti sin su malicia y brutalidad y, a veces, sin la crueldad que amenaza la vida, hiere el alma y desgarra el corazón. Cuanto más te estén hiriendo tus enemigos, pídeles a Jesús y a María que te den la locura divina para rezar con más pasión por su sanación y liberación definitivas.

Entonces serás una llama viva del Sí, como lo fueron y son Jesús y María, dando a luz el nacimiento que está por venir a través de tu presencia incandescente, juguetona, heroica y tierna.

Y ahora, querido amigo, ya estamos preparados en la habitación alta de la Nueva Jerusalén, donde María Magdalena aparece en su tierno esplendor dorado para contarnos lo que le sucedió y lo que nos sucederá cuando «nos llenemos de la luz y bondad» que es el Espíritu.

Escucha con atención. Ahora ella nos está hablando a ti y a mí, pues nos enfrentamos juntos a la explosión de una triple noche oscura: la noche oscura del alma humana, la noche oscura del medio ambiente, la noche oscura de la democracia. Si tú y yo escuchamos con atención, confiando en la mujer que, como nos dicen los evangelios gnósticos, lo entiende todo, algo aún más maravilloso se abrirá para todos nosotros.

La oscuridad que nos rodea se hace cada vez más fuerte, pero el milagro que reside en el núcleo secreto de nuestro tiempo es que, al volverse aún más vergonzosa, notoriamente vehemente y depravada, la oscuridad está dando lugar a una gran luz en aquellos que se atreven a abrirse más a ella; una luz más invencible en su verdad y poder que cualquier otra anterior.

Una luz que, si muchos de nosotros la comprendemos y hacemos todo lo posible por encarnarla internamente, nos guiará a una acción urgente, estructurada, estratégica y sagrada que dará lugar a una nueva humanidad divina y a un nuevo mundo.

Ahora, María Magdalena nos habla desde el transfigurador fuego pentecostal de esa luz para compartir el secreto de los secretos, que sabe que no puede ser solo suyo. También es nuestro para que nos regocijemos en él y tratemos de comprenderlo en la medida de lo posible, mientras continuamos viajando hacia su plena y asombrosa realización, cuando nuestra propia ascensión alcance la culminación en nosotros.

***

María Magdalena está llena de la luz y de la bondad de la séptima rama y después nos habla de la octava rama:

«Y vi que mi alma, ahora libre de toda oscuridad, ascendía de nuevo para llenarse de la luz y la bondad que es el Espíritu, y me invadió una alegría intensa cuando mi alma se convirtió en fuego y voló hacia arriba entre las llamas, desde donde mi Maestro me mostró la octava y última rama, en la que ardía el fruto de la gracia y la belleza del Espíritu.

»Y sentí que mi alma y todo lo que podía ver se disolvían y desaparecían en una luz brillante, semejante al sol, y en la luz contemplé a una mujer de extraordinaria belleza vestida con ropas de un blanco brillante.

»La figura extendió sus brazos y sentí que mi alma era atraída hacia su abrazo, y, en ese momento, fui liberada del mundo. Me di cuenta de que el yugo del olvido era temporal a partir de ahora, y que descansaré en silencio durante el transcurso de la era. Y entonces, como desde una gran distancia, oí la voz de mi Maestro que me decía: "Miriam, a quien he llamado Migdalah, ahora has visto la Totalidad y has conocido la verdad de ti misma, la verdad que es Yo Soy. Ahora te has convertido en la culminación de las culminaciones, y así terminó la visión. Y otra se abre". Esto es lo que me ha dicho y me ha mostrado mi Maestro, y solo desde la verdad os digo que todo lo que os he revelado es cierto».

Cuando la Migdalah hubo contado todo lo que Yeshua había dicho y hecho, guardó silencio, pues en ese silencio Yeshua había hablado con ella y le había revelado estas verdades.

Irradiados, tal como ahora estamos, no solo por las palabras de María Magdalena, sino también por el silencio de la mujer que era y es la culminación de las culminaciones, recordemos también dos verdades que la erudición nos ha revelado recientemente.

La primera verdad es que, en el misticismo clásico del mundo, ningún otro viaje de ascensión que haya llegado hasta nosotros termina con un adepto siendo abrazado felizmente por una mujer. Hasta que María Magdalena escribió su relato, los únicos registros de ascensión habían sido escritos por hombres. Como han señalado algunos místicos modernos de Magdalena, la mujer es Hochmah, la sabiduría, la luz eterna en su forma femenina, el «padre» trascendencia mostrando su rostro «materno».

En su ascensión, María Magdalena alcanzó lo que en el Evangelio gnóstico de Felipe se describe como la cámara nupcial, el lecho nupcial de la conciencia amorosa trascendente e inmanente, en cuyo claro éxtasis unificado se fusionan y se aman todos los opuestos de corazón y mente, alma y cuerpo, masculino y femenino, luz y materia, oscuridad y luz. Se fusionan, hacen el amor y la dan a luz a ella como una Cristo femenina y —como insinúa *El evangelio de la amada compañera*, pero nunca afirma explícitamente—, también como la madre, con Jesús como padre, de una nueva humanidad divina encarnada y de una nueva creación.

Solo cuando la plena majestad, la pasión, la sabiduría vital y aceptación completa de todas las etapas y formas de vida de lo Divino Femenino se integran con el auténtico masculino sagrado, puede revelarse toda la fuerza de la conciencia crística, y realizarse la intención original de la misión que tenían Jesús y María de dar a luz una nueva raza humana, un nuevo mundo, una nueva creación.

La segunda verdad es que María Magdalena no solo es la única mujer de la antigüedad clásica que nos ha dejado esta descripción de un proceso de ascensión matrimonial sagrado, con un énfasis revolucionario en lo femenino, también es la única que une el proceso de ascensión con el árbol de la vida.

El árbol de la vida, en todos los sistemas místicos en los que aparece —desde el maya hasta el cabalista, y ciertas formas secretas del budismo y el hinduismo tántricos —, siempre es un símbolo de la Divinidad Femenina; un símbolo de la conciencia de vida femenina encarnada que abarca e interrelaciona todos los reinos de la realidad, desde los más densos hasta las vastas extensiones de lo informe.

Esto es especialmente cierto en la tradición del judaísmo del Primer Templo, que sobrevivió en secreto hasta la época de Jesús y María y que, como hemos demostrado, inspiró su matrimonio sagrado.

Como ha señalado Annine Van Der Meer, en el Primer Templo el Santo de los Santos estaba en una torre, y torre en hebreo es *debir*, que se deriva de la palabra «hablar» o «transmitir un oráculo». Así, una torre, o *migdalah*, es el lugar de la revelación última, y también es el lugar de la respuesta oracular y de la visión que María Magdalena, en su evangelio, representa y transmite.

Van Der Meer también escribe, adentrándonos aún más en el misterio: «En la torre (del Primer Templo), está oscuro hasta que se encienden las luces del árbol». El árbol da luz, y esa luz se refleja mil veces en las paredes doradas que recubren el Santo de los Santos. El regreso de la visión de María Magdalena y su experiencia del proceso de ascensión ha vuelto a encender las luces del árbol. Imagínate ahora en el *debir*, en la torre, el lugar tanto de la revelación como del oráculo, en esa sala superior de Jerusalén, en el silencio de la Migdalah cuando termina de describir las etapas de la ascensión.

Ahora imagina que las luces del árbol están completamente encendidas gracias a que hemos explorado sus precisas y gloriosas descripciones de cada etapa. Imagina ahora que eres uno de los innumerables reflejos de estas luces sagradas, brillando, mezclándose y bailando entre ellas desde las paredes. Imagina que, de la forma que te sea más natural y esté más viva en ti, empiezas a regocijarte por saber quién eres en esencia y en qué puedes convertirte al expandirte sin límites.

El misterio de la cueva del nacimiento

La revolución de María Magdalena empieza y termina, y vuelve a empezar para seguir desplegándose en nosotros en la cueva de Sainte-Baume, la cueva del nacimiento de un nuevo sendero revolucionario, evolutivo y universal que fusiona un camino de divinización y de amor divino en acción; el camino que recorrieron Jesús y María de todas las formas ricas y apasionadas que te he presentado. Cuando este camino se comprenda y, lo que es más importante, se viva con el mismo compromiso absoluto y con la valentía y la alegría que lo vivieron María y Jesús, dará lugar a una nueva humanidad, un nuevo mundo y una nueva creación.

La obra maestra suprema de Bach, *El arte de la fuga*, en cuyo modelo se ha basado la estructura de *La revolución de María Magdalena*, termina de forma inconclusa. Pero no porque, como afirman algunos musicólogos, Bach muriera antes de poder completarla, sino porque sabía que había llegado todo lo lejos que la música y su propio genio podían llegar. La música tendría que continuar en aquellos que realmente comprendían que se desarrollaba eternamente dentro de ellos, dentro de su propio instrumento único. *La revolución de María Magdalena* acaba y vuelve a empezar, para no terminar nunca, en la cueva del nacimiento, en esa cueva-útero donde se inició, la cueva de Sainte-Baume, que se traduce como «Bálsamo Sagrado».

El nacimiento de María Magdalena en la conciencia crística femenina durante la experiencia de ascensión, tal y como lo describe en su obra, *El evangelio de la amada compañera*, no puso fin a su viaje. Al igual que la encarnación de Cristo como Jesús en Belén inició el viaje sin fin que hemos descrito desde diferentes manifestaciones de la divinidad hasta el Cristo cósmico y más allá, el nacimiento de María Magdalena como Cristo femenino en la experiencia de ascensión inició su viaje sin fin.

Después de la resurrección de Jesús, sus viajes por Francia y otros lugares la revelan como maestra mundial, guía y compartidora del camino por derecho propio. Como una Cristo femenina plenamente encarnada, fuente de enseñanzas con autoridad y obradora de milagros internos y externos, tal como lo había sido Jesús, el Cristo masculino.

En sus últimos años, para completar y cumplir su divina y particular

misión femenina como «madre de una nueva humanidad», se retiró, primero periódicamente y luego de forma definitiva, a la cueva de Saint-Baume. Como veremos, el regalo revolucionario de la labor silenciosa que realizó allí llega ahora en su Pentecostés, en un tierno fuego transfigurador.

Desentrañemos, en la medida que las palabras permitan, este interminable viaje de María Magdalena después de la resurrección de Jesús.

***

Tras su experiencia de la Ascensión, María Magdalena, la Migdalah, la Torre, la Cristo femenina, la mujer que muestra y comparte el camino, vivió la vida humana divina que ahora, a través de ella y de él, se nos ofrece a todos. Con su testimonio demuestra, como lo hace Jesús con el suyo, los poderes sublimes que encarnaremos con asombro y gratitud cuando nos reconozcamos —sea cual sea nuestra religión, nacionalidad u orientación sexual— como hermanos y hermanas de Jesús y María en el matrimonio sagrado. Lo que ellos vivieron y conocieron, nosotros lo viviremos y conoceremos: el camino que ellos desplegaron se desplegará en nosotros con todo su rigor, exigencia, responsabilidad, asombro milagroso y alegría.

Ahora sé la verdad viva de esto y me produce una felicidad deslumbrante y sobrecogedora. La crucifixión que sufrí cuando mi casa y mi vida se incendiaron, y perdí al amor de mi alma y mi vida —como Magdalena perdió el suyo en la Pasión, para acabar encontrándolo vivo en ella, de una manera nueva y más vasta—, mi gata, se ha convertido en una nueva vida, la vida del Jardín de la Resurrección. Todo ha quedado, de manera silenciosa y normal, completamente transfigurado: la forma en que camino y conozco mi cuerpo, la forma en que hablo y enseño, la forma en que como y sueño. Sé, más allá de la razón, de las palabras o de cualquier necesidad de justificar o explicar, que el nacimiento de una nueva humanidad a través del amor en acción en todos los niveles no es una fantasía. Está aquí.

Este nacimiento está ocurriendo ahora, en medio de nuestra triple noche oscura global. Sé que lo que me ha sido dado le será dado a cualquiera, en cualquier lugar, que se arriesgue a emprender la aventura. Sé que la manera

en que Jesús y María caminaron —que fusiona simultáneamente un compromiso con la encarnación y con la acción sagrada inspirada—, es la que ofrece a toda la humanidad la fuerza, el poder, el amor y la sabiduría que ahora tendrá que encarnar, no solo para sobrevivir a los inevitables huracanes de destrucción, sino para seguir dando a luz, en ella y a través de ella, al nuevo mundo que está llegando y que ya está comenzando.

***

QUERIDO AMIGO, CON LO QUE ACABO DE ESCRIBIR ardiendo en tu corazón, volvamos ahora a María Magdalena, que regresó, una vez completó su labor de enseñar y obrar milagros, a la cueva de Sainte-Baume para realizar, como «culminación de la culminación», una última gran obra para todos nosotros. Reúne todo lo que has escuchado en la música fugaz de este libro y en las graduales revelaciones internas que has integrado en ti mismo y para ti mismo a través de las prácticas que lo puntúan. Y date cuenta, en la medida de lo posible, de que cada una de las palabras que siguen no es solo una descripción de lo que hicieron María Magdalena y su conciencia crística ascendida y encarnada, sino también de lo que tú puedes hacer a través de su gracia y la de Jesús en el nacimiento en eterna expansión del matrimonio sagrado en el Uno.

Al final de su vida, en el seno de la cueva de Sainte-Baume, María Magdalena incubó, arraigó e integró la luz eterna del Uno, la luz eterna liberada por la Resurrección, la semilla que el Cristo resucitado había sembrado en ella y potencialmente en todos nosotros, y en toda la creación y el universo en evolución. Ella no lo hizo para sí misma.

Nada de lo que hicieron nuestros sublimes hermano y hermana fue para ellos mismos. No quedaba en ella ningún «yo» individual, separado o aislado. En la cueva útero del Santo Bálsamo, María Magdalena trabajó en un silencio extático para unir la luz de la Resurrección de una manera cada vez más arraigada, práctica e indisoluble con cada pensamiento de su mente iluminada, con cada emoción de su corazón destrozado, abierto y transformado, y, lo que es más crucial y definitivo para nosotros, con cada célula de su cuerpo cada vez más divinizado. Lo hizo con paciencia, en

silencio, con realismo Divino Femenino, guiada tanto por su trascendente ser maternal como por el Cristo masculino, su amado humano y ahora divino, vibrante, preciso y expansivamente vivo en todo su ser.

María Magdalena realizó este trabajo de parto sublime, noble y a veces agotador para todos nosotros, como madre de una nueva humanidad divina y de un nuevo mundo. Jesús, como el masculino sagrado en su encarnación más completa y espléndida, tanto humana como divina, cumplió su misión de alumbrar —ayudado, inspirado, nutrido y empoderado por Magdalena— la luz de la Resurrección, sembrando a través de ella una posibilidad evolutiva completamente nueva para toda la humanidad, la naturaleza y la evolución de todo el universo hacia una unidad en constante expansión con su fuente de luz. María Magdalena, como lo femenino sagrado en su encarnación más completa y magnífica, humana y divina, cumplió su misión divinamente ordenada en la cueva del Santo Bálsamo. Fue ayudada, inspirada, nutrida y guiada por su esposo divino y humano —ahora el Cristo cósmico, vivo en todo su ser— para alumbrar y arraigar la fogosa semilla de la luz de la Resurrección en todo su ser y, simultánea y potencialmente, en los corazones, las mentes, almas y cuerpos cada vez más transfigurados de todos nosotros.

Juntos, en el despliegue de su matrimonio sagrado, nuestro hermano-padre y nuestra hermana-madre alumbraron para nosotros —y potencialmente a través del segundo Pentecostés de María Magdalena, cuyo poder iniciático se une con el primero, completándolo con lo que más necesitamos en nuestra triple noche oscura sin precedentes— un camino a seguir que nos ayudará a fusionar por primera vez en la historia las corrientes ascética y tántrica de transfiguración y divinización. Juntos los hemos explorado y celebrado para que nos inspiren y guíen de manera sagrada mediante un activismo tranquilo y urgente, tal como lo practicaron María y Jesús en su matrimonio en el tiempo, y continuaron haciéndolo en su matrimonio en la eternidad.

Las palabras, al igual que la música de Bach, terminan en un asombro pleno y sorprendente ante el misterio que ayudan a aclarar e instalar, pero que nunca pueden encarnar ni describir del todo. Puedes leer todas las grandes obras místicas de la humanidad, pero al final tendrás que quemarlas

y quedarte de pie entre las agrias cenizas de tu biblioteca interior quemada, como hice yo el 2 de mayo de 2025, y aceptar el mismo reto que yo estoy empezando a afrontar: convertirte tú mismo en un libro vivo. Convertirte en la quintaesencia viviente de lo que todas las obras señalaban, al igual que María y Jesús, y todos los grandes chamanes, profetas y místicos incendiarios han hecho en el pasado, y tal y como tú y yo debemos convertirnos ahora para ser comadronas útiles e intrépidos amantes guerreros del gran nacimiento que se nos ofrece.

Ocupa con valentía tu lugar único, querido amigo, como una creciente y cada vez más alegre «culminación de culminaciones», junto con todos los demás seres humanos, conscientes o no, que potencialmente también son «culminación de culminaciones».

Entra ahora con calma en tu corazón-mente, más allá de todas las religiones y sistemas místicos del pasado que, a pesar de su gloriosa y heroica labor de preservar las verdades sagradas esenciales, han sido inevitablemente limitados y parcialmente corrompidos por el mundo patriarcal en el que nacieron. Venera sus transmisiones esenciales, intégralas con humildad y gratitud, reconoce sin necesidad de condenar u odiar sus inevitables restricciones y el daño que han causado sin darse cuenta, así como la miseria y la agonía que inconscientemente han perpetuado en su necesidad de controlar. En nombre de Jesús y María, reivindícate ahora como plenamente humano y divino, mientras te comprometes con rigor y humildad a seguir el camino que han abierto para ti. Este te revelará progresivamente lo que esa reivindicación significa para ti y en ti, a medida que te conviertes en una «torre dorada», en un «niño de fuego» de la nueva humanidad, en el nacimiento que ya está aquí y que ahora se expandirá, sea cual sea el costo de las ígneas iniciaciones que le esperan.

El «mejor vino» de las bodas de Caná, del matrimonio sagrado, original y eterno de todos los opuestos en el uno —y del matrimonio de Jesús y María, ahora tiernamente en llamas en todas las dimensiones y reinos— se derrama para todos nosotros en la fiesta nupcial a la que toda la humanidad está invitada. Seas lo que seas, quienquiera que imagines ser, sea cual sea la religión a la que pertenezcas, o el camino o la ausencia de camino en el que

te encuentres, sea cual sea la sexualidad con la que te identifiques, cualesquiera que sean los errores, crímenes o incluso abominaciones que hayas cometido, el «mejor vino» de Caná se derrama para ti. Y mediante el regreso de la novia en plena igualdad radiante con el novio, se derramará para ti por siempre, si realmente lo deseas con todo tu ser, y aceptas todo lo que se despliegue y tenga que desplegarse para realizar en ti lo que revela su fuego bendito. Pon en práctica lo que la Torre Dorada que vi hace 20 años, ante la Cueva del Bálsamo Sagrado, me inspiró a ofrecerte, aquello que también el resto de las «llamas cantarinas» de su Pentecostés ya han preparado para ti. Así, los mayores milagros comenzarán a danzar en ti y a tu alrededor, como danzaron en y alrededor de Jesús y María, los pioneros en el camino para ayudarte a vivir lo que ellos vivieron y, con ellos, dar a luz una nueva realidad.

***

AQUÍ HAY UNA ÚLTIMA PRÁCTICA, noble y sublime, que la Magdalena me ha inspirado a ofrecerte, para que tú también puedas arraigar, incubar y alumbrar la semilla de luz de la resurrección en tu corazón, tu mente y la cueva de tu templo corporal.

***

IMAGINA AHORA, QUERIDO AMIGO, que tú también estás viendo, como yo tuve la gracia de ver a la Magdalena, la Torre Dorada, al comienzo de nuestro viaje, ardiendo débil con un suave fuego dorado fuera de la cueva.

Con todas las revelaciones de la revolución de Magdalena vivas en ti, ofrece sonriendo este libro a su fuego dorado para que se quemen todas sus palabras y páginas. Observa cómo se quema este libro y sus cenizas desaparecen en un viento fragante, el viento del misterio incognoscible pero presente de Magdalena.

Imagina que ahora eres tu propio libro viviente, revolucionario, único y tierno, del amor en acción. De la manera que espontáneamente surja en ti en ese momento, bendícete con orgullo y humildad divinos por descubrirte, a través de la gracia, tal como eres realmente. Bendice a Magdalena por

mostrarte, como me mostró a mí, quién es ella realmente, y quién es ahora y siempre para ti y en ti.

Ahora imagina a Jesús, el Cristo resucitado y cósmico, saliendo de la cueva y uniéndose a su eterna compañera, su amada esposa, la mujer cósmica que comprendió, comprende y vive la Totalidad. Jesús también es una torre dorada en un resplandor de luz dorada. Los resplandores de luz dorada que ahora rodean a Jesús y María por separado, ante tus atónitos ojos internos, primero se tocan y luego se expanden en un círculo alrededor de ambos, que a continuación explota suavemente en un gran estallido de luz dorada que irradia, repentina y finalmente, sobre todas las cosas: la cueva y la montaña detrás de ellos, el exuberante paisaje de la creación más allá, y después la totalidad del universo. Y también irradia sobre ti, ahora embriagado por el vino dorado de su matrimonio, vivo en este momento en todo tu ser, mente, corazón, entrañas, músculos, huesos, células.

Si lo deseas, canta Om Nama Cana, que significa «Celebro mi matrimonio interior con el vuestro, seres eternos», con las manos sobre tu corazón extasiado que se expande para abrazar a todos los seres del universo en constante nacimiento con un Sí vasto e incondicional, más allá de la razón o las palabras.

Descansa en la gloriosa, arraigada y extática esperanza en la divina gracia sobreabundante con la que te llenará este Sí final e inefable.

Ahora, en la etapa final de nuestro viaje juntos, concentra la felicidad, la esperanza y el «Sí» constantes que encarnas en el núcleo vivo de tu sagrado centro corazón. Imagínalo como un sol dorado danzarín que extiende su luz naciente hacia arriba, hasta el centro coronario, y más allá de él hacia lo incognoscible; y hacia abajo, hasta la planta de los pies, y el núcleo de fuego de nuestra tierra.

Ahora comienza a recitar tiernamente, pero con firmeza, el mantra de la Cristo femenina que me ha sido dado para que lo ofrezca humildemente en su nombre a cualquiera que desee experimentar su poder milagroso, tal como yo he comenzado a hacer: Om Nama Maria Magdalenaya. Comienza a dirigir internamente su poder hacia los billones de células de tu cuerpo que han estado esperando durante miles de millones de años, a lo largo de tus encarnaciones, para que reciban el beso dorado y directo que se les dará

al recitar el mantra de Magdalena.

Imagina ahora con gran alegría —mientras continúas recitando el mantra con asombro cada vez mayor— que tus billones de células comienzan a despertar como brillantes diamantes de luz dorada que bailan y giran en formas geométricas cada vez más asombrosamente hermosas, que aparecen y desaparecen en configuraciones cada vez más lúcidas y deslumbrantes. Imagina también todas tus células como diamantes de luz dorada que ahora se unen a ti, y a tu corazón-sol dorado y despierto, para recitar «Om Nama Maria Magdalenaya» con vocecitas extasiadas, llamitas cantarinas de la llama pentecostal del amor de la Magdalena.

Dedica todo lo que descubras que ya eres, y todo lo que vas a seguir deviniendo para siempre —tanto en el tiempo y la historia como más allá de ellos, en reinos que aún nadie puede imaginar, pero que reconocerás y en los que entrarás con éxtasis, asombro y adoración cuando se revelen—, a ser un creador, un guía y un compartidor de caminos en este mundo y en todos los demás.

***

Escribí este capítulo, «El misterio de la cueva del nacimiento», el 8 de junio; el día anterior a mi 73 cumpleaños. Lo escribí en una anodina y desnuda habitación de hotel en Oak Park, donde he estado viviendo desde el incendio del 2 de mayo que acabó con una vida y comenzó otra. La tarde del día 9, mi gran amiga Theresa Joseph, la receptora de visiones y mensajes divinos más pura y auténtica que conozco, que me ha guiado semanalmente en los últimos meses de cristalización de este libro, me ofreció una sesión por Zoom como regalo de cumpleaños.

La sesión comenzó, como siempre comienzan las sesiones de Theresa, con silencio, tranquilidad y respiración concentrada. Normalmente, Theresa se coloca detrás de su escritorio en su casa de Connecticut, con las manos extendidas en oración. Sin embargo, ese día estaba sentada con su mullido perro blanco Gaia en el regazo.

En todas nuestras otras sesiones, Theresa me hablaba y me contaba, a su manera clara y directa, lo que veía y oía. Esta vez, milagrosamente, me

encontré a mí mismo en su visión con ella, como viendo y oyendo a través de sus ojos y oídos.

Yo estaba sentado en una vieja silla sencilla a la entrada de la cueva de María Magdalena, bajo la luz del sol primaveral. María Magdalena salió de la cueva, se colocó detrás de mí y me tocó suavemente el hombro derecho con su mano derecha. Después vino, se colocó delante de mí y me mostró una hermosa pintura bidimensional, hecha meticulosamente, de ella misma en estilo renacentista.

La mujer que me mostraba el cuadro no era la mujer que vi en la visión con la que comienza este libro, ni la Torre en llamas con la luz Pentecostal dorada. Era una mujer mayor, fuerte, de hombros anchos, encapuchada, con el pelo enmarañado, vestida con una túnica holgada y raída de color marrón oscuro, con el rostro curtido por el tiempo y mirándome con ojos marrones oscuros, tiernos pero penetrantes. Recuerdo haber pensado: «He visto mujeres con la misma majestuosidad ordinaria en las calles del Bronx, en pueblos de Francia o Turquía, en las montañas de Cachemira».

Señaló el cuadro renacentista y dijo con una sonrisa irónica:

—Así es como me han representado tanto los hombres como las mujeres. Yo no soy eso. Soy una mujer como las demás: valiente, apasionada, esculpida por las alegrías y las pruebas de la vida.

Luego dijo:

—Hoy en día, la gente le tiene pánico a envejecer. Hacen todo lo posible para evitar que se muestren los estragos de la edad. Se embalsaman con cremas y cirugía plástica. ¿Por qué embalsamarse cuando estás viva? Espera a estar muerta. ¿Cómo puedes tú, o cualquiera, detener el arte de la consumación? Cada etapa de la vida tiene su belleza sagrada. Lo que escribiste sobre mí en la cueva es cierto. Sin embargo, recuerda siempre que hice lo que hice como la mujer que ves ante ti, y no solo para mí misma, sino como y por todas las mujeres y hombres. Yo soy todas las mujeres y la mujer que hay en cada hombre. La gloria que has celebrado en mí está esperando a ser descubierta en cada uno. Tú lo sabes.

Entonces, Jesús salió de la cueva y se colocó a su lado.

Ahora me encontraba caminando con él por una calle estrecha y oscura de Jerusalén. Llegamos a una puerta sencilla, en una casa indistinguible de

las demás que la rodeaban. Él empujó la puerta para abrirla y lo vi sentado en la Última Cena, rodeado de los discípulos, con Magdalena a su derecha, sonriendo tranquilamente.

Jesús señaló a un niño pequeño vestido con harapos, agachado en un rincón, mirándolo con ojos brillantes y enamorados.

—Este eras tú —dijo.

La alegría del niño pequeño que yo era llenó mi viejo cuerpo. Luego levantó la copa que tenía delante. Ahora solo quedaba él en la habitación, él y yo.

Jesús dijo, y cito textualmente:

—La humanidad todavía es demasiado inmadura para encontrar el cáliz. Si lo hiciera, lo idolatraría y lo idealizaría, y seguiría enterrando e ignorando mi verdadero mensaje.

A continuación, dijo:

—María Magdalena fue la única que no necesitó beber mi vino, mi sangre, mi esencia luminosa del cáliz de la Última Cena. Ella ya había bebido mi esencia y ya era el cáliz. María Magdalena es el verdadero grial, no el objeto, la copa de la que bebí. María Magdalena se convirtió en el primer grial para revelar a todos los seres humanos que ellos también pueden ser griales vivientes.

Vinimos para revelar esto, además del camino para que todos lo comprendan por sí mismos. Ha llegado el momento de que esto sea conocido y vivido en todas partes.

In Memoriam

Mi gata Jade

Nacida de una madre rescatada de una casa quemada por las fuerzas especiales de los marines en Tikrit, Iraq, a finales de 2007, y que murió en otra casa en llamas en Oak Park, Illinois, entre las 11:15 y las 11:30 de la mañana del 2 de mayo de 2025.

Mi bebé, mi compañera de juegos, mi amor, mi mejor amiga, mi musa, mi sanadora sagrada, mi maestra de paz, mi guía hacia el amor tierno, dichoso e incondicional, mi serena iniciadora en el misterio de la adoración mutua más allá de todas las categorías o palabras, mi piedra filosofal con pelaje, mi jardín del paraíso privado, mi diosa con 108 nombres secretos, mi gata Magdalena a lo largo de su larga vida, mi gata Cristo que entregó su vida misteriosamente para que su amado pudiera seguir viviendo y que ahora vive en mí como la mejor y más dulce parte de mí para estabilizarme, madurarme, iluminarme y ennoblecerme como siempre lo hizo y, ahora, siempre lo hará.

Se ha acabado. Ha comenzado de nuevo.
Mysterium tremendum.
Sanctus, sanctus, sanctus.

Agradecimientos

Para Jill Angelo, mi pilar, mi leona. Para Leena El-Ali, por toda su sagrada y precisa sabiduría. Para Anne Baring, querida reveladora. Para Anne Barthel, maravillosa afinadora de la música. Para Cynthia Bourgeault, por su valentía pionera y heroica. Para Roland Comtois, ¿cómo podría agradecerte lo suficiente? Para Stephen Dinan, por defender mi trabajo y por su sagrada hermandad. Para Elayne Doughty, coconspiradora ungida por su *sprezzatura*. Para Matthew Fox, por su ejemplo siempre sorprendente. Para Laurence Freeman, querido amigo en Cristo. Para Patty Gift, por su fe y su sublime claridad. Para Beth Grossman, extraordinaria publicista y amiga del corazón. Para Ellen Gunter, por todo lo que dio y da. Para Miles Gunter, por su lúcida amistad. Para Robyn y Mike Fitzgerald, compañeros incomparables. Para Theresa Joseph[2], por sus increíbles dones de amor y guía. Para Sheryl Leach, por todo, siempre. Para Annie Wilson, hermana de mi corazón.

Un agradecimiento especial a Jehanne de Quillan[3] por la brillantez y la audacia de su traducción y comentario del Evangelio de María Magdalena, y por la clara profundidad de sus indispensables enseñanzas.

Hosannas a todos los de Hay House que contribuyeron al diseño, la belleza y la difusión del mensaje de *La revolución de María Magdalena*. Que ella os bendiga a todos por vuestro altruismo y experiencia.

2 Theresa es una mística, directora espiritual y sanadora con grandes dotes. Consulta su trabajo en theresajoseph.com.

3 Si estás interesado en asistir a un seminario o taller presentado por Jehanne de Quillan sobre *El evangelio de la compañera amada: el evangelio completo de María Magdalena*, consulta www.editionsathara.fr para ver el calendario de los próximos eventos.

Siete libros esenciales

Estos son siete libros esenciales para profundizar en nuestra comprensión de María Magdalena y la Divinidad Femenina.

- *Love is Everything* [*El amor lo es todo*], de Hadewijch de Amberes.
- *El mito de la diosa: evolución de una imagen*, de Anne Baring y Jules Cashford.
- *María Magdalena: descubriendo la mujer del corazón del cristianismo*, de Cynthia Bourgeault.
- *The Gospel of the Beloved Companion: The Complete Gospel of Mary Magdalene*. [*El evangelio de la compañera amada: el evangelio completo de María Magdalena*], traducido y anotado por Jehanne De Quillan.
- *La resurrección de María Magdalena: leyendas, apócrifos y testamento cristiano*, de Jane Schaberg.
- *Ordinary Mysticism: Your Life as Sacred Ground* [*Misticismo ordinario: tu vida como tierra sagrada*], de Mirabai Starr.
- *La ascensión de Magdalena: el viaje de María para convertirse en luz*, de Annine Van Der Meer.

Fuentes y recursos

Sri Aurobindo, *La vida divina*, Fundación Centro Aurobindo, 2006.

Anne Baring, *The Dream of the Cosmos: A Quest for the Soul*, Archive Publishing, 2019.

Bruce Chilton, *Mary Magdalene: A Biography*, Image, 2006.

Henry Corbin, *The Man of Light in Iranian Sufism*, Omega Publications, 1971.

Matthew Fox, *The Coming of the Cosmic Christ*, HarperCollins, 1998.

Matthew Fox, *Sins of the Spirit, Blessings of the Flesh: Lessons for Transforming Evil in Soul and Society*, Harmony, 2000.

Bede Griffiths, *A New Vision of Reality: Western Science, Eastern Mysticism and Christian Faith*, Templegate, 1990.

Andrew Harvey, *Becoming God: 108 Epigrams from the Cherubinic Pilgrim by Angelus Silesius*, iUniverse, 2019.

Andrew Harvey, *Engoldenment: A Year with Kabir: 366 Timeless Poems*, iUniverse, 2021.

Andrew Harvey, *Son of Man: The Mystical Path to Christ*, Tarcher, 1999.

Andrew Harvey, *Teachings of the Christian Mystics*, Shambala, 1998.

Kerrie Hide, *Love's Oneing: A Book About Contemplation*, Austin Macauley, 2022.

Jean-Yves Leloup, *The Gospel of Philip: Jesus, Mary Magdalene, and the Gnosis of Sacred Union*, Inner Traditions, 2004.

Jean-Yves Leloup, *The Sacred Embrace of Jesus and Mary,* Inner Traditions, 2006.

La Madre [de Aurobindo Ashram], Mother's Agenda, 13 Volúmenes, Institut de Recherches Evolutives, 1978.

Elaine Pagels, *Los evangelios gnósticos*, Editorial Crítica, 2022.

Satprem, *Evolution II: After Man, Who?*, Mira Aditi Centre, 1998.

Satprem, *La mente de las células*, Edaf, 1989.

Satprem, *Mother or the Divine Materialism: 1,* Inst. for Evolutionary Research, 1976.

Satprem*, Sri Aurobindo or the Adventure of Consciousness*, Lotus Brands, 2018.

Sobre el autor

Andrew Harvey es un maestro espiritual, místico evolutivo y activista sagrado de renombre mundial. Su obra se nutre de los principales sistemas místicos y es aclamada por su combinación de erudición y testimonio personal intrépido y visionario. Ha escrito 40 libros, entre los que destacan *The Way of Passion*, *The Return of the Mother*, *The Direct Path*, *Sun at Midnight: A Memoir of the Dark Night* y *The Hope: A Guide to Sacred Activism*. Este último libro inició y continúa dirigiendo un movimiento global de activismo sagrado a través de su Instituto para el Activismo Sagrado. Ha dedicado una parte considerable de su trabajo a una revisión radical de la conciencia crística en nuestra época: *The Son of Man: The Mystical Path to Christ*, a sus innovadoras traducciones de Hadewijch de Amberes y Angelus Silesius, y ahora a *La revolución de María Magdalena*. Toda su obra está dedicada a ayudar a la humanidad —mediante una fusión de pasión mística, sabiduría y acción sagrada— a dar a luz una nueva humanidad divina y un nuevo mundo.

www.andrewharvey.net